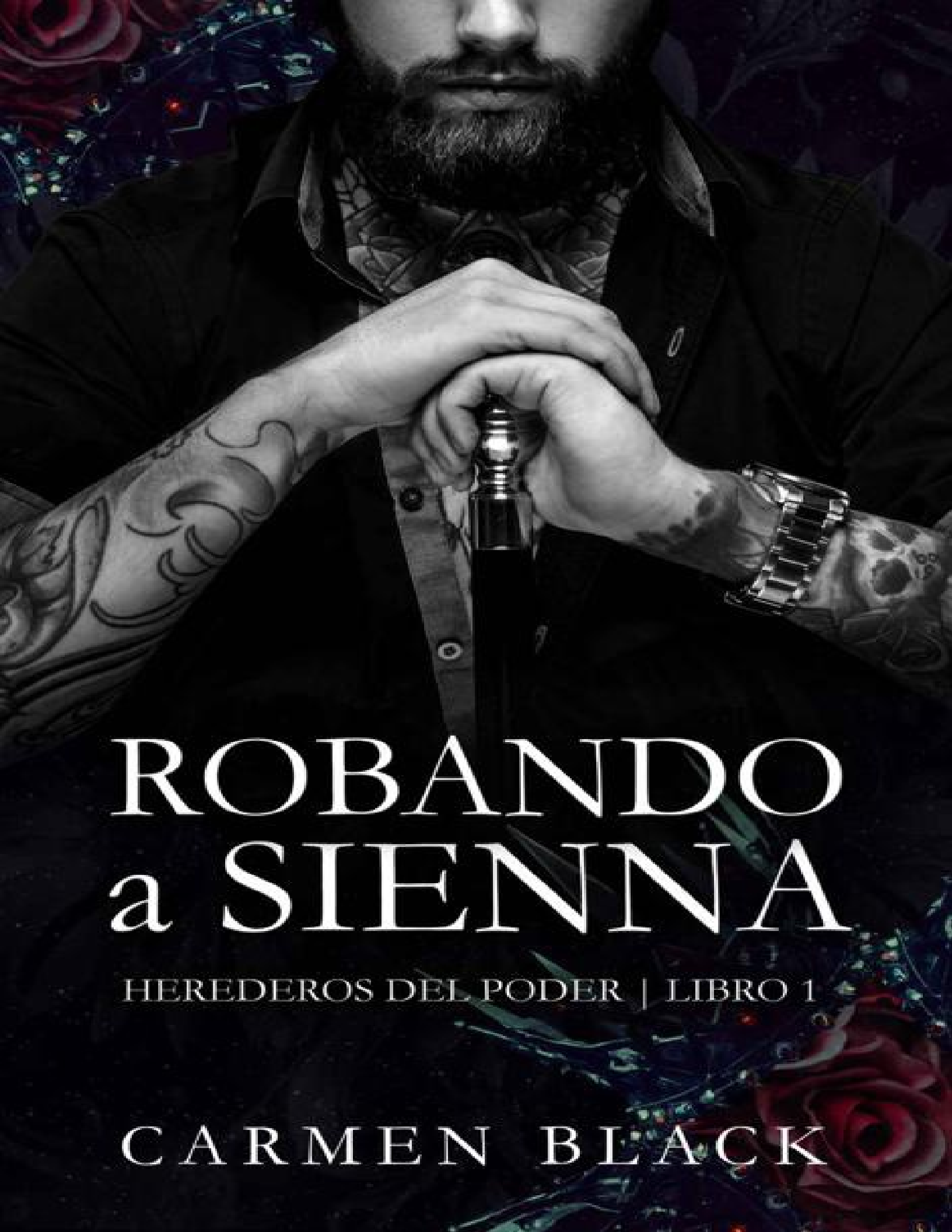


ROBANDO a SIENNA

HEREDEROS DEL PODER | LIBRO 1

CARMEN BLACK

Robando a Sienna

Herederos del Poder | Libro 1

Carmen Black



Scarlet Lantern Publishing

Copyright © 2023 por Carmen Black y Scarlet Lantern Publishing.

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, incluyendo fotocopiado, grabación o cualquier otro método electrónico o mecánico, sin el permiso previo por escrito del editor, excepto en los casos permitidos por la ley de derechos de autor de EE. UU.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, lugares, eventos e incidentes son fruto de la imaginación del autor o usados de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, o eventos reales es pura coincidencia.

Este libro contiene escenas sexualmente explícitas y lenguaje adulto.

Contenidos

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

Otros títulos de Carmen Black

CAPÍTULO 1

Hoy fue el día en que el infierno se congeló. La vida perfecta de Sienna Ryder ya no era tan perfecta. Perder a su padre ya había sido suficientemente malo. Perder su hogar y su territorio fue un golpe enorme. Pero todo eso no era nada en comparación con lo que estaba a punto de hacer.

—El Sr. Remington la recibirá ahora.

Sienna miró al esbirro bien vestido. Sus ojos se detuvieron en la cintura de sus pantalones, y él le dio una sonrisa astuta.

—¿Te gusta lo que ves?

Luchando contra el impulso de rodar los ojos, Sienna se seguía recordando a sí misma por qué estaba ahí.

—He visto cosas más grandes —respondió, en contra de su mejor juicio. Tan pronto como las palabras salieron, bajó la cabeza en señal de sumisión.

Para su alivio, el esbirro soltó una carcajada mientras metía la mano en su pantalón y sacaba un arma. —Estoy de acuerdo en que no es el más grande del grupo, pero aún así cumple su función. —Su tono se volvió más oscuro mientras daba un paso hacia ella, su colonia llenando sus fosas nasales al tiempo que ella reprimía un escalofrío. —Estaría encantado de mostrártelo un poco más de cerca, pequeña Ryder. En cuanto el Sr. Remington termine contigo, cuenta con que estaré ahí. Tenemos cuentas pendientes.

Sienna se mordió el labio. Iba en contra de cada célula de su cuerpo no contraatacar, no mostrarle de lo que estaba hecha. Él creía que era intimidante, pero estaba equivocado. Crecieron en el mismo mundo, vieron las mismas monstruosidades cometidas por sus familias. Tendría que hacer mucho más para asustarla.

Perdiendo interés o recordando lo que estaban a punto de hacer, el esbirro la agarró del brazo con fuerza y la empujó hacia la puerta. —Al Sr. Remington no le gusta que lo hagan esperar.

Tomando una respiración profunda, Sienna caminó a través de la puerta ricamente decorada hacia un salón de baile. La luz que se reflejaba en la decoración blanca y dorada le lastimaba los ojos. Lo que los Remingtons tenían en riquezas, les faltaba en gusto. Pero a ella no le interesaba su gusto por la belleza. Todo lo que le importaba era su gusto por la sangre, su habilidad en la canción del asesinato.

El salón estaba lleno de matones, sus armas preparadas. Todos los ojos se volvieron hacia ella, calculando qué tipo de amenaza representaba. Sienna sabía que estaría muerta si estornudaba sin aviso. Sentía el odio irradiándose de todos en la habitación, lo veía en sus posturas rígidas.

Al final del salón se encontraba un trono lujoso digno de un rey con el señor Remington sentado sobre él. Sus hijos gemelos estaban parados a su lado izquierdo y derecho.

Sienna había escuchado historias sobre sus apariencias similares, pero nunca imaginó cuán verdaderamente equivocadas estaban. No eran solo similares, eran iguales. Al menos por fuera. Eran altos y oscuros en todo el sentido de la palabra. Sus ojos, su cabello peinado hacia atrás y sus expresiones pétreas, todos oscuros como la misma noche. Las historias sobre sus personalidades no se quedaban cortas de oscuridad tampoco. Esos dos habían nacido y sido criados en el arte del asesinato. Sus trajes negros a medida se ajustaban a sus cuerpos casi demasiado bien. Los brazos musculosos, combinados con sus expresiones faciales, parecían francamente amenazantes.

Formaban un fuerte contraste con su anciano padre. El cabello del señor Remington era blanco y retrocedía. Sus ojos brillaban con una ferocidad calculadora, mientras que su sonrisa parecía casi agradable. Mirándola desde su trono, daba la impresión de ser eterno.

Sienna sabía mejor. Nada ni nadie era eterno. Tarde o temprano, todos morirían. Todo estaba destinado a terminar. Y así también terminaría su sufrimiento una vez que tragase su orgullo y terminara con esto.

Hincándose de rodillas, bajó su cabeza frente al líder de la familia Remington. Manteniendo sus ojos cerrados, no se atrevió a respirar mientras esperaba la reacción de Remington.

Debido a su historia, su venida aquí podría describirse de muchas maneras: suicida, temeraria, estúpida, valiente y su favorita, que también era la verdad, desesperada. Venía porque no le quedaba nada que perder. Sin hogar, sola, sin un céntimo. Lo único que le quedaba era una chispa de ira que podía ser cultivada en algo más. Pero para eso, necesitaba orientación adecuada y recursos. Todo lo que Remington tenía para ofrecer.

—Levántate, niña. —La profunda voz del señor Remington viajó a través del salón de baile.

Sienna sintió cómo los matones apretaban el agarre en sus armas mientras levantaba la cabeza y se ponía de pie.

—La última Ryder. —El señor Remington sonrió con suficiencia, y sus hijos se rieron entre dientes.

Con la sangre hirviendo por dentro, Sienna se obligó a ignorarlos riéndose de su dolor. No podía convertirlos en enemigos aún mayores de lo que ya eran. Los necesitaba.

—He recibido informes sobre lo que ocurrió en el complejo Ryder, pero me gustaría escucharlo de ti —dijo el señor Remington.

Sabiendo que esto llegaría, Sienna se aclaró la garganta. Podía sentir la atención de la habitación sobre ella.

—Nos atacaron. Ocurrió rápido. Todos están muertos. —Habló en oraciones cortas, transmitiendo hechos. Sabía que si decía más, terminaría llorando. Ya era bastante embarazoso estar aquí; no dejaría que sus enemigos también vieran su dolor.

—Todos excepto tú —señaló el señor Remington.

Sienna concedió con una inclinación de cabeza. —Sí, todos excepto yo.

—Dime, pequeña Ryder, ¿por qué te dejaron vivir?

—No lo hicieron, o no lo habrían hecho si hubiera estado allí —le dijo Sienna.

El señor Remington levantó una ceja en señal de pregunta.

—De hecho, no estaba allí, señor. No vi la carnicería en persona.

La expresión de los gemelos era tan inescrutable como siempre. Bajo otras circunstancias, Sienna encontraría su actitud estoica intrigante. No podía negar su atractivo, y nunca había estado con gemelos antes. Se preguntaba si sus movimientos serían en perfecta armonía.

—Ya veo —dijo el señor Remington, devolviéndole al horrible momento presente. Dejar vagar su mente era uno de sus mecanismos de defensa, su manera de sobrellevar la situación. Eso y el sexo.

El señor Remington se rascó la barbilla pensativo. —¿Por qué estás aquí, niña?

Sienna se irritó al ser llamada niña, y a pesar de saber que era mejor no hacerlo, miró al viejo Remington a los ojos mientras hablaba, con una voz firme. —Quiero su ayuda para derribar a los Carringtons.

Silencio.

Fue como si toda la habitación dejara de respirar mientras procesaban sus palabras. Permitió que sus esperanzas crecieran. Quizás venir aquí no había sido un completo error.

El viejo Remington inclinó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada estruendosa, destruyendo todas sus ilusiones de obtener su ayuda. Sus hijos siguieron, el sonido de sus risas profundas tan oscuro como lo había imaginado. Poco después, toda la habitación estaba convulsionada por las risas.

Curiosamente, el ruido se detuvo tan rápido como empezó. En cuanto el viejo Remington se puso serio, la habitación cayó en un silencio sepulcral.

Los músculos de Sienna estaban rígidos. Trató de ignorar la lluvia de insultos implícita en su comportamiento. Se recordó a sí misma que los necesitaba.

—¿Por qué haría un movimiento contra los Carringtons? —dijo finalmente el señor Remington.

Sienna exhaló aliviada. Era una pregunta para la que estaba preparada. Había oído los rumores sobre la avaricia y el orgullo del viejo Remington. Con gran cautela, jugaría esas cartas para conseguir que él hiciera su voluntad.

—¿Por qué conformarse con gobernar el Norte cuando podrías unir la ciudad y finalmente añadir el Sur a tu territorio? Solo piénsalo por un momento. La ciudad ha estado dividida en Norte y Sur durante cientos de años. Ha sido liderada por dos familias. El Norte ha estado en manos de los Remington desde el principio, y hasta hace poco el Sur ha sido gobernado por los Ryders. No más. Las cosas han cambiado, y nuevas oportunidades se han presentado.

Arriesgándose a mirar a los hijos de Remington, Sienna sabía que tenía toda su atención. Con vigor renovado, se atrevió a dar un pequeño paso hacia el estrado del trono y tomó una respiración que bien podría ser la última si no les gustaba su plan.

—Por primera vez, el Sur está débil y listo para ser tomado. Los Carringtons aún no han establecido los protocolos ni cuentan con la lealtad. Todo lo que tienen es fuerza bruta, con la que se apoderaron del Sur. Fuerza bruta y un ataque sorpresa. Los Remington podrían irrumpir y arrebatarles todo eso de un solo golpe. Así, la ciudad estaría unida por primera vez en cientos de años. El Norte y el Sur bajo un solo mando de nuevo, en manos de los Remington.

Al terminar de hablar, Sienna hizo una ligera inclinación de cabeza, intentando mostrar respeto. Respeto que no sentía. Respeto que nunca sentiría hacia el viejo bastardo. Era tan malo como los Carringtons. Pero en la situación en la que se encontraba ahora, no podía permitirse ser exigente. Tenía cuentas más grandes que saldar con los Carringtons que con los Remingtons. Pero ellos serían los siguientes. Una vez que derribara a los Carringtons, los Remingtons seguirían.

—Hablas bien, pequeña Ryder. —Sonrió el Sr. Remington—. Pero dime, ¿qué me impide matarte ahora? ¿De qué me servirías?

Era una buena pregunta. A decir verdad, el viejo Remington no necesitaba su ayuda y estaría mucho más seguro con ella muerta. Afortunadamente, ella había anticipado esto y venía preparada.

—Porque conozco no solo las calles, sino también las casas y los corredores secretos. Sé dónde están las entradas y a dónde llevan. Como parte de mi educación mientras crecía, me enseñaron a manejar tanto pistolas como cuchillos. Soy tan mortal como cualquiera de tus soldados aquí. Además de todo, conozco a la gente del Sur. Algunos de ellos aún son leales a los Ryders y ayudarán a derribar a los Carringtons.

—Kyle, Lyle —llamó el Sr. Remington a sus hijos—. Escolten a la señorita Ryder a nuestra suite de invitados donde pueda asearse y descansar antes de la cena.

Como si fueran uno solo, los gemelos avanzaron. Notando que era despedida, Sienna se dio la vuelta y dejó el salón de baile, flanqueada por Kyle y Lyle. Al salir de la sala, vio al matón de antes. Incapaz de controlarse más, le lanzó un guiño burlón. El efecto fue muy satisfactorio y no pudo evitar sonreír al ver cómo él apretaba los dientes y tensaba la mandíbula.

Los gemelos la acompañaron por el pasillo, subieron las escaleras, siguieron por otro pasillo, atravesaron un conjunto de puertas, bajaron otro pasillo... Deben haber caminado casi quince minutos antes de que Sienna se diera cuenta de que había visto uno de los cuadros antes.

—¿Qué tal si dejan de llevarme en círculos y me muestran mi maldita habitación? —exclamó, cansada de ser tomada por tonta.

Considerándola indigna de una respuesta, la llevaron por otro pasillo antes de detenerse. Uno de los gemelos se inclinó hacia adelante y abrió la puerta, mientras el otro le ponía la mano en la espalda para empujarla hacia adelante y dentro de la habitación.

La sensación de su mano en la parte baja de su espalda le envió escalofríos por todo el cuerpo. Al observar la gran cama tamaño king en medio de la lujosa habitación, Sienna miró a los gemelos.

—¿Seguros que no quieren quedarse un rato más? Puedo hacer que valga la pena —dijo con una sonrisa pícara y mordiéndose el labio, intentando parecer seductora.

La verdad era que no quería estar sola. No le gustaban sus pensamientos cuando no había nada ni nadie que la distrajera. Pensó que los gemelos serían una buena distracción. Incluso estaría feliz con solo uno de ellos.

Para su desgracia, la única respuesta que recibió fue silencio y una mirada llena de odio. Dejó escapar un suspiro de derrota. Los gemelos sentían tanto odio hacia los Ryder. Toda esa energía contenida deseaba ser liberada de alguna manera. Ella estaría más que dispuesta a ayudar con eso. Habría tiempo para ello. Seguro que se presentaría otra oportunidad. Quizás después de la cena.

Se le hizo agua la boca al observar sus fuertes cuerpos moverse en sus trajes oscuros, bien ajustados. Los músculos amenazaban con romper las costuras de las mangas mientras Kyle, o tal vez fuera Lyle, no podía distinguirlos, lo que definitivamente era parte de la diversión, levantaba el brazo para abrir la puerta y cerrarla al salir.

De repente, Sienna se encontraba sola en territorio enemigo. Con una pequeña cantidad de conmoción, se dio cuenta de que todo el territorio pertenecía al enemigo. No tenía un lugar que pudiera llamar propio, ningún refugio al que correr.

Todo lo que le quedaba era la sed de venganza y las habilidades para satisfacerla.

CAPÍTULO 2

Cielo. O algo muy parecido. Así se sentía Sienna respecto a la ducha. Parecía una eternidad desde la última vez que se había duchado. Furiosamente, se frotaba la piel hasta casi dejarla en carne viva. Era como si pudiera eliminar las memorias grabadas en los rincones más profundos de su mente.

Las memorias de los cuerpos sin vida que vio en las cámaras instaladas por todo el complejo de los Ryders. Decenas y decenas de cuerpos de gente que conocía, con la que creció, por quienes se preocupaba. Su familia, sus amigos, sus amores. Todos muertos.

Continuó frotándose hasta que el agua salió fría. Incluso después de eso, no abandonó inmediatamente la ducha, permitiendo que el agua fría calmara su piel irritada.

Finalmente, cerró el agua y salió de la ducha, para encontrarse desnuda frente a un enorme espejo del baño.

Sabía que no tenía una belleza común. Sus rasgos faciales eran preciosos, y su cuerpo estaba bien cuidado. Fácilmente podría estar en la portada de revistas. Estaría, si no hubiese nacido Ryder.

Ser parte de una de las familias de la Mafia tenía tanto ventajas como desventajas. Una de las desventajas era que tenía que intentar mantener un bajo perfil. No lo hacía. Para satisfacer a su padre de que seguía la regla, no se dejaba fotografiar para revistas a propósito. Lo que hicieran una vez que estaba en una fiesta no era su preocupación. Eso era trabajo de su equipo de seguridad privado.

O lo había sido. Todos ellos estaban muertos, y esa vida había terminado.

Volviendo a mirarse en el espejo, notó sus curvas. No usaría su cuerpo solo como un instrumento de placer y diversión nunca más. Era hora de convertirlo en un arma letal.

Con una determinación renovada, salió del baño privado y se dirigió hacia el armario. Seguramente, el viejo Remington tendría algo allí para sus invitados.

Bingo.

Sienna se permitió una pequeña sonrisa mientras sus dedos recorrían perezosamente los vestidos, sintiendo las telas. Sabía cuál era el indicado tan pronto como lo vio.

Hábilmente, armó un atuendo que sin duda llamaría la atención de sus anfitriones. Vistiendo un vestido negro que solo podía describirse como de venganza, combinado con tacones altísimos, se sintió en su elemento. Era una seductora. Era un ángel de venganza.

Alguien tocó la puerta, sobresaltándola. Echó un último vistazo al espejo para confirmar que estaba lista.

Sin esperar respuesta, la puerta se abrió y uno de los gemelos entró. Sus ojos se abrieron de par en par al verla. Juguetonamente, hizo una pose sutil que expuso aún más el largo corte del vestido, revelando la totalidad de su pierna. Su reticente admirador incómodamente cambió de postura, su traje de repente parecía demasiado ajustado en todas las áreas incorrectas. Parecería que al menos uno de los gemelos no era tan estoico como pretendía ser.

Sienna sonrió con malicia. —¿Te puedo ayudar?

Sus ojos se desviaron hacia su rostro. Un ligero enrojecimiento apareció en su cuello, pero eso fue sobre todo la única señal de su vergüenza por haber sido sorprendido mirando. A juzgar por el gran bulto luchando por quedarse dentro de su pantalón, no tenía nada de qué avergonzarse.

—La cena está lista —le dijo, con una voz profunda y gutural.

Esas fueron las primeras palabras que le dirigió. Sonaba tan delicioso como se veía. Sienna se lamió los labios, esperando contra toda esperanza que este hombre terminara en su cama antes de terminar el día.

Quería escucharlo gemir en su oído, sentir su aliento en su piel, mientras la llenaba con su gran polla. Solo pensar en el peso de él sobre ella la hacía sentir mareada de placer.

—¿Estás sorda o qué? —le preguntó bruscamente. Sus ojos brillaban con odio, mientras que los de ella indudablemente estaban llenos de deseo.

—Solo estoy viendo qué tendré de postre más tarde. —Guiñó un ojo mientras pasaba junto a él. Él la agarró del brazo, aprisionándola contra la puerta.

—No eres nada. Eres una puta maldita. Antes me cortaría la polla que tocarte. Puta sucia.

Sorprendida por el impacto de su cabeza contra la puerta, a Sienna le llevó un momento procesar sus palabras. Sabía lo que él quería decir. Ella también lo sentía. En su vida anterior, nunca tocaría a un Remington, y mucho menos respiraría el mismo aire que ellos. Pero los

tiempos desesperados requerían medidas desesperadas. Su sexualidad, su cuerpo, era el único arma que tenía. El único arma que nadie podía quitarle. No permitiría que alguien le impidiera usarla.

Al encontrarse con su mirada, vio que no eran negros como había pensado, sino que en realidad eran marrones oscuros. —¿Kyle o Lyle?

Su ceño se frunció ligeramente, revelando confusión.

—Solo quiero saber cuál de los dos eres, para no proponerte nada de nuevo. No quisiera que tuvieras que cortarte tu hermosa polla. —Para hacerse entender, y posiblemente sellar su cierta muerte, agarró sus joyas de la familia, pillándolo completamente desprevenido.

Él gruñó. Quizás de dolor, quizás de placer. No podía distinguirlo. Se recuperó bastante rápido, y sus ojos destellaron de ira. Agarrándole del brazo, la giró, apretando su mejilla contra la puerta. Podía sentir su cuerpo presionado contra el suyo.

—Entonces, ¿te gusta por detrás?

Sienna sabía que debería mantener la boca cerrada. Estaba aquí a merced de ellos, y necesitaba su ayuda. Pero estaría condenada si les permitía quitarle su orgullo. Era lo único que le quedaba.

—En cuanto el Padre termine contigo, te destriparé y te daré de comer a los perros. Perra.

Sienna hizo un sonido de *tsk*. —¿Besas a tu mamá con esa boca sucia?

Él presionó su cuerpo aún más fuerte contra ella. Si su intención era hacerla sentir atrapada y pequeña, no funcionó. Su movimiento tuvo el efecto contrario. Acercó más su cuerpo al de ella.

Cerrando los ojos, se concentró en cómo se sentía. Músculos fuertes apoyándose en su espalda, brazos y piernas aprisionándola contra la puerta. Se permitió un pequeño movimiento y fue recompensada con una respiración entrecortada de su captor cuando su trasero rozó su polla. Él estaba listo, y ella también. Lástima que él fuera tan malditamente obstinado como para disfrutar de la liberación que solo el sexo caliente podía ofrecer.

—Es Kyle —le susurró al oído, enviando escalofríos a todos los lugares correctos. Quizás no era tan inmune a sus encantos después de todo.

—Encantada de conocerte oficialmente, Kyle —respondió Sienna, algo sin aliento. —¿Qué tal si continuamos esta encantadora charla después de la cena?

Al mencionar la cena, Kyle se tensó y se enderezó. Soltó a Sienna y señaló hacia la puerta. Dándole una pequeña sonrisa, Sienna salió de la habitación y lo siguió al comedor.

Kyle era un enigma. Un enigma delicioso. En un momento, estaba lleno de odio, gritando a los cuatro vientos, y al siguiente, estaba todo alterado. Por suerte para él, a Sienna le encantaba jugar.

—¿Dónde está tu hermano, por cierto? —Sienna hizo una pregunta aparentemente inocente, intentando iniciar una conversación. Sería de su interés construir cualquier tipo de relación con los Remington. Kyle parecía un buen punto de partida.

—Ya está cenando.

Solo se sorprendió a medias cuando él respondió. Mantenía sus respuestas cortas, sin duda pensando que de alguna manera la estaba castigando, pero en realidad, aún le estaba dando nueva información.

—¿Le interesaría unirse a nosotros más tarde?

—Está casado.

Sienna guardó la noticia para usarla más tarde. —No me importa. Cuantos más, mejor.

Kyle se detuvo abruptamente, enfrentándola. —Primero que nada, no habrá nada entre nosotros para unirse. Segundo, si valoras tu miserable vida, mantendrás la boca cerrada.

Sienna alzó la ceja en una sorpresa fingida. —Entonces, ¿me estás diciendo que tu pene siempre está así?

Kyle sonrió con suficiencia. —Deberías verlo cuando realmente estoy excitado.

Viendo la apertura en su error, Sienna tomó la oportunidad. —Quizás debería. ¿Seguro que no quieres pasarte por mi habitación más tarde? Podría aliviar mucho más que solo la tensión en tus hombros.

Rollando los ojos, pero esbozando una pequeña sonrisa, Kyle la agarró del brazo y la empujó —más suavemente que antes—hacia el comedor. Sienna podía decir que estaba comenzando a caerle bien.

Al entrar, la mesa del comedor ya estaba ocupada. En un lado estaba Lyle con su esposa. Al otro lado, la mesa tenía dos lugares preparados. Probablemente para ella y para Kyle. En la cabecera de la mesa estaba el propio anciano Remington.

Todas las miradas estaban puestas en Sienna. Especialmente las de los guardias de seguridad situados en cada puerta y ventana de la habitación.

Ella hizo una pequeña reverencia, luchando con su naturaleza para no hacerlo de manera burlona. Una cosa era burlarse de Kyle, y otra insultar al jefe de la familia.

—Disculpen la espera —dijo Sienna, con una voz que sonaba pequeña.

—No hay problema, querida. —El señor Remington le regaló una sonrisa paternal. —Por favor, siéntate. Supongo que ya has conocido a mi hijo Kyle. —Señaló a su escolta. —Este es mi otro hijo Lyle y su encantadora esposa Tina.

Al escuchar su nombre, Tina alzó la mirada hacia ella. Sienna hizo todo lo posible por no reaccionar. A juzgar por cómo se le abrieron los ojos a Tina, sabía que ella estaba igual de impactada. Reconociendo el miedo en su rostro, Sienna decidió guardar su secreto. Por ahora.

—Un placer conocerlos a todos. Gracias por recibirme. —Sienna sonrió y tomó asiento enfrente de Tina, cuyo rostro era una máscara bien elaborada. Solo sus ojos revelaban un pequeño alivio.

Kyle se sentó a su izquierda, simbólicamente mostrando que era la mano derecha de su padre. A Lyle no pareció importarle.

—¿Qué te parece tu habitación? —le preguntó el señor Remington.

—Es hermosa. Gracias, señor Remington. Ha sido muy amable conmigo —respondió Sienna, alcanzando el vino. Si iba a pasar la cena diciendo cosas así, necesitaría una copa. Al menos así tendría una excusa si se enfermaba de tanto fingir.

Por suerte para ella, esa fue el final de la interacción del señor Remington con ella. Mantuvo una charla constante con sus hijos, hablando de cosas que Sienna no entendía. Si hablaban de algo importante para ella, debían estar usando códigos. Aunque, dudaba mucho que fueran tan estúpidos para discutir asuntos serios en su presencia.

Con una copa de vino en la mano, dejó vagar su mirada hacia Tina. Aparte del saludo inicial, Tina hizo todo lo posible por no reconocer su presencia. Sienna estaba que hervía. Su ya frágil control sobre sus emociones se estaba adelgazando con cada sorbo de vino que tomaba, y el comportamiento de Tina ciertamente no ayudaba.

Después de lo que debió haber sido su cuarta copa de vino, Sienna se cansó de tratar de captar la atención de Tina. En su lugar, se concentró en el delicioso juguete que estaba sentado a su lado.

Kyle llevaba un traje similar al de antes. Sin duda tenía todo un armario de ellos. Estaba claro que ponía mucho esfuerzo en su apariencia. Esos músculos no aparecían de la nada, y tenía que tener un régimen de ejercicio intenso para mantenerlos. Seguramente salía del gimnasio cubierto de sudor.

El pensamiento la hizo sentir un cosquilleo en todos los lugares correctos. Podía sentir el calor creciendo dentro de ella. Joder, necesitaba urgentemente una liberación.

Tan sutilmente como pudo en su estado medio ebrio, Sienna deslizó su mano bajo la mesa, fingiendo arreglar una servilleta en su regazo mientras servían el postre. Una vez que todos tomaron un bocado, movió su mano a la izquierda, tocando el pene de Kyle. Tenía una erección.

Sorprendido, Kyle comenzó a toser mientras el pequeño bocado de pastel le bajaba por el conducto equivocado. Se movió en su asiento, tratando de sacudirse la mano de Sienna, pero en cambio, solo logró darle un mejor agarre.

Entrando en otro ataque de tos, atrajo la atención de su padre. —¿Estás bien, hijo?

—S-sí —balbuceó entre toses.

—Toma un poco de vino —sugirió Sienna con inocencia.

Kyle alcanzó su copa y tomó un sorbo. Disfrutando del pequeño poder sobre su enemigo, Sienna movió su mano, acariciando sus bolas. Su agarre hizo que Kyle se atragantara con el vino. Su rostro se puso rojo, un brillo de sudor visible en su frente.

El anciano Remington miró preocupado a su hijo. —¿Kyle?

Dándose palmadas en el pecho, Kyle logró asentir. —Estoy bien, Padre. Lo siento por el inesperado disturbio —dijo, poniendo énfasis en las últimas dos palabras, tratando de zafarse sutilmente del agarre de Sienna, lo que la hizo reforzar su agarre.

El autocontrol del hombre era increíble. De alguna manera, aún lograba mantener una expresión agradable y continuar con el postre. Entre bocado y bocado, le lanzaba miradas sucias, prometiendo problemas. Sienna se relamió los labios, deleitándose al imaginar todas las deliciosas formas en que él podría castigarla.

Dejó su mano en su entrepierna un momento más antes de retirarla lentamente. Aprovechando su movimiento, movió los dedos, sintiendo la dureza de su pene. Quedó satisfecha con su inspección inicial y no podía esperar para familiarizarse más con su equipo.

La cena llegó a su fin en el momento perfecto. Sienna estaba adecuadamente emocionada para mover la fiesta a su habitación. Dado que Kyle la había acompañado al comedor, estaba en lo cierto al suponer que sería él quien la mostrara de vuelta a su habitación.

El camino de regreso fue tranquilo pero no desagradable. Podía sentir que Kyle estaba de algún humor, pero no podía decir cuál. Ojalá, uno ansioso por satisfacer.

Tan pronto como la puerta se cerró detrás de ellos, él la empujó contra la cama, con el rostro contorsionado por la ira. —¿Esto es lo que quieres? ¿Eh? ¿Es esto?

Solo ahora Sienna se dio cuenta de lo mucho más grande que Kyle era en comparación con ella. Si él decidiera dominarla, ella no podría hacer nada. Estaba a merced de él. Una esclava de su paciencia. La misma paciencia que ella había estado desgastando durante todo el día con sus acciones.

Necesitaba decir algo para desactivar la situación. —Lo siento.

Él se rió, el sonido era profundo y malicioso. —¿Lo sientes? Aún no, pequeña Ryder, pero pronto lo estarás.

Agarrando su camisa, la abrió con tanta fuerza que los botones salieron volando. Si Sienna no estuviera tan sorprendida por su repentina muestra de poder, habría tomado un momento para deleitar sus ojos en su abdomen bien definido. Le habría encantado lamer esos músculos para calentarlos y luego ponerlos a trabajar.

En cambio, todo lo que pudo sentir fue su cuerpo llenándose de terror. El miedo a lo que estaba por venir finalmente la alcanzó. Sabía que no tenía a nadie más que culpar por la situación en la que estaba excepto a sí misma.

Con una mirada frenética en sus ojos, Kyle comenzó a desabrocharse el cinturón. —Te daré lo que quieres, puta. Te llenaré de todas las maneras que me estabas suplicando.

Sus palabras tuvieron el efecto contrario en ella. Maldiciéndose a sí misma por haber bebido tanto, luchó por reunir sus pensamientos, por tomar control de su cuerpo. Sabía que solo tenía unos momentos antes de que Kyle se subiera encima de ella y se satisfaciera a sí mismo.

Miró a su alrededor, buscando desesperadamente algo que pudiera ayudarla. ¿Debería pedir ayuda? Dudaba que le sirviera de algo. Todo lo contrario, incluso podrían unirse. Estaba en territorio enemigo, completamente a su disposición, su vida sujeta a los caprichos de ellos. Había metido la pata de más de una manera.

Al bajar sus pantalones junto con su ropa interior, Kyle expuso su pene completamente erecto. El mismo con el que ella había estado jugando hace apenas unos momentos, imaginándolo llenándola. Ahora que él correspondía, ya no le parecía tan divertido.

Sienna sintió la cama hundirse bajo el peso de Kyle cuando se subió encima de ella.

—¿Cómo es esto diferente de lo que querías? Eres una puta y te trataré como tal —gruñó en su oído.

Todo lo que antes le había parecido atractivo de él ahora le repugnaba. Tomó una respiración profunda, reuniendo su fuerza para empujarlo lejos de ella cuando una bomba explotó no muy lejos, haciendo que la casa se sacudiera.

Kyle saltó de la cama, poniéndose la ropa rápidamente. —¿Qué está pasando? —gritó, preguntando a quienquiera que estuviera al otro lado de la puerta.

—¡Estamos bajo ataque!

CAPÍTULO 3

Solo había una posibilidad de quién podría estar atacando el complejo Remington en este preciso momento. Solo una familia tenía la osadía de hacerlo. Después de todo, ya lo habían hecho una vez antes.

Malditos Carringtons.

¿Se enteraron de que Sienna estaba viva y vinieron a terminar el trabajo? ¿O estaban aquí por otra razón?

No había tiempo para encontrar respuestas a esas preguntas porque el peligro estaba frente a su puerta. Kyle aún estaba allí, poniéndose su última prenda de vestir. Para su sorpresa y desagrado, él no parecía estar armado. ¿Por qué lo estaría? Era su casa y, además de eso, estaba llena de guardias de seguridad fuertemente armados. Los mismos matones que ahora no se veían por ningún lado. Eso no significaba que no estuvieran allí, sin embargo.

El sonido de los disparos resonó en el aire. Kyle ni siquiera se molestó en echarle un vistazo mientras corría hacia la puerta, dejándola sola en la casa desconocida.

Al saltar de la cama, Sienna empezó a buscar frenéticamente alrededor de la habitación algo que pudiera ser utilizado como arma. Por supuesto, los Remingtons tuvieron la absurda previsión de quitar cualquier cosa que pudiera ser utilizada para herirlos. Todo lo que tenía era una pequeña lámpara en la mesita de noche. La sacó junto con el cable y la levantó alta, preparada para atacar a la próxima persona que pasara por la puerta.

Escuchó pasos acercándose por el pasillo. Agachándose en posición de cuclillas, se acurrucó detrás de la cama, apretando su agarre en la lámpara. Voces masculinas acompañaban los apresurados pasos. Podía distinguir tres o cuatro voces diferentes. Parecían estar discutiendo sobre algo.

Lo siguiente que supo, la puerta se abrió de golpe, su reacción fue demasiado lenta para causar algún daño duradero ya que cuatro atacantes entraron en la habitación. Llevaban máscaras de esquí, cubriendo sus rostros, pero eso no impidió que Sienna intentara golpear a uno de ellos con la lámpara, conectando con su cara. Fue recompensada con un crujido satisfactorio, seguido de una larga serie de maldiciones.

—¡Jodida perra me rompió la nariz!

—Basta de eso. Agárrenla —ordenó el más alto de ellos.

Un individuo de hombros anchos se movió hacia ella, y Sienna levantó la lámpara amenazadoramente. —Tócame y romperé mucho más que solo tu nariz.

El más pequeño del grupo se rió. —La chica tiene agallas. ¡Me encanta!

—¡Tenemos que movernos ya! —gruñó el más alto al grupo.

Atrapándola desprevenida por detrás, el de la nariz rota le torció el brazo a Sienna. Ella soltó un grito de dolor que fue ahogado por el brazo del tipo de hombros anchos.

—Cállate —siseó en su oído.

Demasiado asustada para moverse, las piernas de Sienna se volvieron gelatina, obligando al tipo a sostener todo su peso.

—Joder —se quejó.

—¿Qué? —preguntó el más alto.

—¡Pesa una tonelada!

El insulto hizo que el cerebro de Sienna volviera a funcionar. Empezó a mover su cuerpo, intentando liberarse del agarre del tipo. Habría tenido éxito también, si el de hombros anchos no hubiera agarrado sus pies, levantándola del suelo.

—Es hora de irnos —urgió el más pequeño desde su posición en la puerta. Sienna se dio cuenta de que era un vigilante.

Luchando aún contra sus captores, Sienna finalmente logró soltar un grito penetrante. El más alto de ellos se puso en alerta, sus ojos brillando con ira.

—Basta de esto —gruñó. Sacando de su bolsillo una botella y un trapo.

Sienna conocía la botella. Su familia la usaba a menudo. Era cloroformo. Renovó sus esfuerzos por moverse, tratando de escapar.

El tipo más alto se cernía sobre ella, sus ojos fijos en los de ella mientras ponía cloroformo en el trapo. Antes de que lo supiera, lo estaba sosteniendo contra su boca y nariz, obligándola a inhalarlo.

Después de uno o dos respiros, Sienna quedó inconsciente.

El golpeteo detrás de sus ojos era severo. Sienna los mantuvo cerrados mientras intentaba aclarar sus pensamientos y recordar qué había pasado. Moviendo su brazo, se encontró con falta de fuerza. Su mente estaba adormecida, y el martilleo en su cabeza no ayudaba.

Una ola de náuseas la golpeó, obligándola a reunir suficiente fuerza para rodar hacia un lado y vaciar el contenido de su estómago.

—¿Me estás tomando el pelo? —Una voz demasiado alta llegó desde el otro lado de la habitación.

Sienna se quejó. Su mente intentaba reconstruir lo que había pasado.

—¡Eres un cerdo! —La misma voz continuaba gritándole, esta vez más cerca.

—Tranquilo, ¿no ves que todavía está colocada?

Sienna podía escuchar el arrastrar de pies seguido de voces susurrantes. Se sentía horrible y estaba demasiado cansada para hacer otra cosa que no fuera dormir.

Su último pensamiento antes de caer en la inconsciencia fue sobre los Carrington.

Lavanda.

El primer pensamiento consciente de Sienna fue que olía a lavanda. Era el mismo olor que asociaba con su dormitorio. Su hermosa habitación, su santuario, su refugio seguro.

El dolor detrás de sus ojos había desaparecido, aunque su cuerpo todavía se sentía un poco extraño. Muy despacio, temiendo lo que vería, abrió los ojos. Sienna soltó un grito de sorpresa. La reconocimiento la golpeó como un camión.

—Mierda, —gimió, un poco mareada, mientras se sentaba para mirar mejor.

Sienna estaba en su vieja habitación. Era casi igual a como la había dejado. Su cama le resultaba familiar a su cuerpo, sus paredes estaban llenas de fotos de sus amigos. Realmente era su habitación. Eso solo podía significar una cosa...

Los Carrington la habían secuestrado.

De un territorio enemigo a otro. Su vida se estaba convirtiendo en un gran éxito.

—Mierda, mierda, mierda, —murmuraba entre dientes.

Empujándose fuera de la cama, echó un buen vistazo a lo que llevaba puesto. Alguien le había cambiado su vestido sexy de venganza por cómodos pijamas. No solo habían tenido el descaro de desvestirla, sino que los pijamas que habían usado eran de su propio armario.

La puerta se abrió de repente, sobresaltándola.

—Bien, ya despertaste. —Una chica de su edad entró con una pequeña sonrisa en su rostro.

—¿Por qué estoy aquí? —preguntó Sienna, con voz ronca.

—¿No es obvio? Vas a ser utilizada como una máquina de procrear para dar a luz a herederos fuertes que serán dignos de liderar el país.

La boca de Sienna se abrió de shock. La cerró y la abrió como un pez, intentando encontrar una respuesta.

La chica estalló en risas. —Deberías haber visto tu cara. No puedo creer que hayas caído en eso.

El rostro de Sienna se tornó carmesí, sus ojos se entrecerraron. —¿Quién eres tú?

La chica saltó sobre la cama, dando palmadas en el espacio junto a ella para que Sienna se sentara. Solo habló una vez que Sienna se unió a ella.

—Mi nombre es Adrianna, pero puedes considerarme tu nueva mejor amiga.

Aún sintiendo los efectos del cloroformo, a Sienna le resultaba difícil procesar completamente lo que Adrianna acababa de decir, así que en su lugar se centró en un pensamiento más sencillo. —¿Por qué tienes el cabello morado?

Los ojos de Adrianna brillaron con emoción, completamente ajena al tono raro en la voz de Sienna. —¿No te encanta? Me tomó tres productos y sesiones diferentes para conseguir el tono de morado deseado. Te juro que si tuviera que hacerlo una cuarta vez, estoy segura de que mi cabello empezaría a caerse. ¿No sería eso un desastre? Estoy segura de que sabes de lo que hablo. Oh, wow, mira tu hermoso cabello. Aunque el marrón es un poco aburrido, ¿no crees?

Los ojos de Sienna se abrieron ligeramente ante el constante parloteo de Adrianna. Su manera de hablar era demasiado inocente para tomárselo como un insulto. Aún así, el último comentario hizo que Sienna agarrara un mechón de su cabello y lo estudiara más de cerca. El marrón oscuro era su color natural de cabello, pero sí, algo se podría hacer respecto a las puntas abiertas.

—¿Por qué estoy aquí? —preguntó Sienna, intentando concentrarse en la situación en la que se encontraba. —¿Qué está pasando?

—Bueno, —comenzó Adrianna, pareciendo insegura de lo que podría contarle. —Eres una invitada honorable en la casa de los Carrington.

La visión de Sienna se tiñó de rojo. —¿La casa de los Carrington? ¡Esta es y siempre será la casa de los Ryder! No importa cuántas personas maten los Carrington o cuánto gasten en redecorar, esta casa y el territorio siempre pertenecerán a los Ryder.

Adrianna rodó los ojos. —En serio, chica, deberías relajarte. Puedo ver la tensión en tus hombros desde aquí. ¿Has probado hacer ejercicio para liberar la presión? Puedo darte algunos

consejos sobre qué tipo de ejercicio sería más útil.

La mente de Sienna trajo el desagradable recuerdo de la última vez que estuvo demasiado ansiosa por liberarla... con Kyle. Dándose una leve sacudida en la cabeza, empujó el recuerdo a lo más profundo de donde pertenecía.

—¿Naciste estúpida, o eres así a propósito?

Las cejas de Adrianna se fruncieron. —¿Por qué sigues insultándome cuando todo lo que he hecho es ser amable contigo? Estoy intentando ayudarte, estúpida vaca.

Encontrando toda la situación ridícula, Sienna estalló en incontrolables accesos de risa. —¿Realmente me llamaste vaca? —preguntó entre respiraciones.

Suavizando la mirada, Adrianna sonrió y se encogió de hombros. —Te lo merecías.

Con un profundo suspiro, Sienna detuvo la nueva ola de risitas que brotaba.

—No será tan malo aquí, —le dijo Adrianna. —Estoy segura de que fue mucho peor con el viejo puerco de Remington y sus asquerosos hijos.

El tono de Adrianna era amargo. Sienna podía reconocer la mirada en sus ojos por lo que era: un asunto pendiente.

—Todavía no entiendo qué hago aquí.

—Eres una Ryder. Esta es tu casa. —La manera en que Adrianna lo dijo, sonaba como lo más natural del mundo. Olvidando el hecho de que todos los Ryder, excepto ella, estaban muertos, y su hogar pertenecía a sus archienemigos.

Sienna asintió lentamente. Tenía la sensación de que no sacaría nada útil de Adrianna. Debía ser un peón menor en el gran esquema de las cosas. Todo lo que quedaba ahora era desempeñar su papel.

—Tengo hambre —dijo Sienna, mientras su estómago sonaba como si fuera en señal.

Adrianna se dio una palmada en la cabeza. —Qué tonta de mi parte. Correré a la cocina para traerte algo. ¿Te gustaría darte una ducha mientras tanto? Todo lo que necesites debe estar ahí.

Sienna esbozó una pequeña sonrisa. —Suena bien.

—¡Excelente! —Adrianna aplaudió emocionada, saltando sobre sus pies. —Te veo en un momento.

Sienna asintió.

—Una cosa más —dijo Adrianna, girando desde la puerta para enfrentarla. —No te equivoques: puedes ser tratada como una invitada, pero sigues siendo una prisionera.

CAPÍTULO 4

La comida ya estaba esperándola cuando Sienna salió del baño. Para alivio de Sienna, Adrianna no estaba en ninguna parte visible. Sienna no sabía qué pensar sobre toda la situación. No tenía idea de qué estaba sucediendo.

Intentando ignorar la incertidumbre que era su vida, se zambulló en la comida. Decía la verdad cuando afirmaba que estaba hambrienta. Debía haber pasado mucho tiempo desde la última vez que comió.

Adrianna podría haberle traído un simple sándwich de jamón y queso, pero para ella sabía a gloria. En este momento, este sándwich era mejor que cualquier pizza o hamburguesa. Este sándwich era todo en lo que se obligó a concentrarse.

Tristemente, como siempre, todas las cosas buenas deben llegar a su fin. Era hora de que Sienna enfrentara la realidad.

Miró alrededor de la habitación mientras se frotaba las manos para sacudirse las migajas que quedaban. Escapar por la ventana no era una opción. Saltar desde el tercer piso seguramente alertaría a todo el complejo, sin mencionar que sería increíblemente afortunada si no se rompía una pierna. En el mejor de los casos, se torcería un tobillo, lo que haría imposible huir. Además, todavía no sabía qué era lo que querían de ella.

Suspirando, se levantó y caminó hacia la puerta. Permanecer sentada en una habitación vacía no le daría ninguna respuesta. Al alcanzar el pomo, encontró la puerta cerrada con llave.

—¿Hola? —llamó.

Golpeó la puerta. —¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

—Quizás —respondió una voz familiar desde el otro lado.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres de mí?

Una risa agradable vino del otro lado. —Lo averiguarás pronto.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Sienna. —Por favor —suplicó—. Déjame salir. No hice nada.

—Eres una Ryder. Eso debería ser razón suficiente para matarte.

—¡Déjame salir! ¡Déjame salir! ¡Déjame salir!

Sienna gritó hasta quedar afónica durante lo que parecieron horas, sus nudillos en carne viva de tanto golpear la puerta. No hubo reacción desde el otro lado. Las lágrimas corrían por sus mejillas en un flujo incontrolable.

Agotada y derrotada, regresó a la cama y se acurrucó bajo las mantas. Nunca imaginó que su habitación se sentiría como una celda de prisión. Repasando en su mente todas las cosas horribles que habían sucedido en las últimas semanas, finalmente logró llorar hasta quedarse dormida intranquila.

—Sienna.

Una voz lejana.

—Sienna.

Esta vez, más cerca.

—¡Sienna!

Sienna se incorporó de golpe, golpeándose la cabeza con algo. —¡Mierda!

Abrió los ojos y vio a Adrianna frotándose la frente.

—Duermes como los muertos —le dijo Adrianna.

—Deberías estar agradecida de que no te apuñalé —replicó Sienna.

Adrianna soltó una carcajada. —¿Con qué? Si no te has dado cuenta, no hay nada que puedas usar en la habitación.

Sienna había notado eso. No sería capaz ni de cortarse las uñas si quisiera.

—¿Me estás dejando salir al fin?

Adrianna rodó los ojos. —Para nada. Estoy aquí para ayudarte a prepararte.

—¿Para?

—Es hora de que conozcas a tus amables anfitriones.

Había un brillo en los ojos de la chica que Sienna no pudo descifrar. Por alguna razón, tenía la sensación de que este encuentro sería más movido que el que tuvo con el viejo Remington.

Los Carrington eran nuevos en el poder, su reputación casi desconocida en los círculos más altos. Los Remington y los Ryder habían estado en la cima de la pirámide durante tanto tiempo, que era difícil creer que estaban ocurriendo cambios. No hace falta decir que los Carrington tenían mucho que demostrar.

Sienna se recordaba a sí misma en silencio que debía andar con pies de plomo. Había dejado que su temperamento se mostrara con los Remington, pero aquí necesitaría un enfoque completamente diferente. Los Carrington estaban sedientos de venganza y no dudarían en hacer un ejemplo de ella. Después de todo, habían asesinado a toda su familia.

Sabiendo que era inútil discutir, Sienna siguió las instrucciones de Adrianna y se puso un vestido sencillo que resaltaba sus curvas pero al mismo tiempo lograba hacerla lucir decentemente humilde.

Después de que el último toque de maquillaje fue aplicado, Adrianna se echó un paso atrás y asintió en señal de aprobación. —Espero que no te moleste que lo diga, pero realmente soy la mejor en lo que hago.

Sienna rodó los ojos. La extraña chica empezaba a caerle bien. —¿Podemos irnos ya? —preguntó, no segura de si se sentía impaciente o ansiosa.

Mirando el elegante reloj en su mano, Adrianna finalmente asintió. —Supongo que no haría daño llegar unos minutos antes.

Adrianna tomó la mano de Sienna y la llevó fuera de la habitación. Sienna notó un detalle de seguridad aumentado alrededor de la casa. Tenía sentido que los Carrington estuvieran siendo extra cuidadosos, pero al mismo tiempo, Sienna no podía desprenderse de la sensación de que algo estaba pasando.

Todavía con la mano en la de Adrianna, siguió a la chica por el pasillo familiar. Para su sorpresa, en vez de girar a la derecha hacia el gran salón donde su padre solía recibir a sus invitados, Adrianna fue hacia la izquierda, hacia lo que su padre llamaba una sala de guerra.

Con gentileza pero con determinación, Adrianna llamó a la puerta, girándose brevemente solo para darle a Sienna una sonrisa reconfortante.

La puerta se abrió, revelando a dos guardias de seguridad con una letra C escarlata bordada en sus trajes negros. Sienna reconoció esto como parte de su uniforme, dejando claro que estaban al servicio de los Carrington.

—Pasen —dijo uno de los guardias, haciéndola entrar.

—Tú no —dijo el otro, interponiéndose frente a Adrianna, y luego inclinó la cabeza hacia Sienna. —Solo ella.

—Eso no es justo —dijo ella, poniendo un puchero falso. Luego se volvió hacia Sienna y encogió de hombros. —Buena suerte.

Los guardias de seguridad salieron de la sala con Adrianna, dejando a Sienna sola con un grupo de personas sentadas alrededor de una gran mesa redonda, todos con los ojos puestos en

ella.

La familiaridad de la sala le causó a Sienna un pequeño pinchazo de dolor en el pecho. Recordaba su infancia jugando allí, escuchando a su padre discutir asuntos importantes con su consejo, siendo instruida en política y el significado de ser una Ryder.

Sus recuerdos eran todo lo que quedaba. El resto había desaparecido. Incluso el olor de la sala era diferente.

Tomando la lección de los Remington, y especialmente de Kyle, Sienna inclinó la cabeza hacia abajo, insegura de si debería o no encontrar sus miradas. No les daría una razón para convertirla en un ejemplo de lo que le pasa a la gente que desafía el nuevo gobierno de los Carrington.

—Patética.

Sienna se estremeció ante las palabras. No estaban destinadas a ser altas, pero el hablante tampoco intentó esconder sus pensamientos de ella.

—Es una Ryder —dijo una voz anciana. A pesar de su edad, Sienna podía escuchar la fuerza en ella. —Será tratada con respeto.

—¿Respeto? —escupió otro tipo. —Me rompió la maldita nariz.

El cerebro de Sienna se iluminó con el reconocimiento. Debían de ser los tipos que la secuestraron del complejo de los Remington. La curiosidad empezaba a arder dentro de ella como un fuego descontrolado, pero aún así no se atrevía a levantar la cabeza. No hasta que se le pidiera y se le invitara a sentarse. *Si* es que ocurriese.

—Habla con Brian sobre darte clases marciales adicionales. No puedo permitir que un heredero mío sea visto como débil. —No era una solicitud; era una orden.

Sienna reprimió una pequeña sonrisa que amenazaba con mostrarse. Era un heredero a quien había roto la nariz. Pero, ¿por qué el jefe de los Carrington enviaría a su propio heredero a secuestrarla?

—Pero Padre —Su heredero de nariz rota empezó a discutir pero aparentemente lo pensó mejor. —Por supuesto, padre. No volverá a suceder.

Sienna podía escuchar la deferencia y la ira en su voz. Esta última estaba casi definitivamente dirigida hacia ella.

—Acérquese, señorita Ryder.

Al oír cómo la dirección por la persona que asumía era el jefe del clan en persona, Sienna se permitió finalmente observar bien a los presentes alrededor de la mesa.

Sus ojos reconocieron de inmediato al señor Carrington, rodeado por cuatro chicos guapos, dos a cada lado.

Su atención se desvió luego hacia el chico de pelo castaño oscuro con ojos grises como tormenta. Curiosamente, no fueron sus buenos modales lo que captaron su interés, ni lo que parecía ser un cuerpo muy musculoso. En cambio, lo que notó fue el gran vendaje que cubría la mitad de su cara, indudablemente escondiendo su nariz.

Al ver hacia dónde dirigía la mirada, el señor Carrington sonrió. —Señorita Ryder, me gustaría que conociera oficialmente a mi hijo Aiden.

Aiden murmuró un saludo, mientras Sienna solo pudo asentir levemente.

Continuando, el señor Carrington señaló al tipo de ojos azules con una sonrisa seductora en los labios. Su cabello rubio sucio transmitía una vibra de surfista, al igual que su cuerpo delgado. Era el más pequeño del grupo y el más relajado.

—Éste es mi otro hijo, Jaxon —le informó el señor Carrington.

Jaxon se levantó y le hizo una pequeña reverencia. —Encantado de conocerla, señorita Ryder.

Sienna conocía esa voz. No solo era otro de las personas que vinieron a secuestrarla, sino que era el chico que le hablaba desde el otro lado de la puerta. Sabiendo que ella lo había reconocido, Jaxon le guiñó el ojo disimuladamente.

—Xavier Carrington, señorita Ryder. Estoy a su disposición —se presentó el chico de hombros anchos. Tenía ojos marrones cálidos. Sienna inmediatamente se sintió atraída por él. Su cabello castaño claro necesitaba un corte, pero aparte de eso, lucía impecable. Todos ellos lo hacían en sus trajes oscuros y corbatas elegantes.

Intuyendo el patrón, Sienna estaba segura de que este era el grupo que la había secuestrado. No sabía por qué el señor Carrington enviaría a sus propios *Herederos del Poder* en una misión tan peligrosa y sin sentido como secuestrar a una tonta nadie. Eso era lo que ella era ahora que los Ryder habían muerto; una nadie.

—Y por último, pero no menos importante, mi hijo mayor Jensen —concluyó el señor Carrington con un asentimiento hacia el derecho al tipo más alto de la habitación. Con ojos azules penetrantes y cabello negro oscuro, Jensen era el más guapo de todos ellos. Aunque tenía que admitir que la expresión severa en su rostro lo hacía ver mucho menos atractivo.

—Por favor, siéntese, señorita Ryder —insistió el señor Carrington.

No queriendo insultar al patriarca reinante, Sienna se sentó en la mesa demasiado familiar, rodeada de rostros extraños.

—Me gustaría disculparme por la manera en que fue traída ante nosotros —dijo el señor Carrington, sonando sincero—. Quiero que sepa que la decisión de secuestrarla no fue tomada a la ligera. De hecho, hemos estado discutiéndolo durante un tiempo. Al final, simplemente no vimos otra opción. Teníamos que salvarla.

Manteniendo sus ojos fijos en la mesa, Sienna centró toda su atención en controlar su cuerpo. No quería temblar frente a ellos. Por lo que a ella le concernía, estaba en la habitación con el grupo de personas más peligrosas que residían actualmente en la ciudad. Probablemente incluso más peligrosas que el viejo Remington y sus hijos.

Era ridículo que hablaran de salvarla cuando la mantenían en la habitación contra su voluntad. Al menos con los Remingtons, podría irse cuando quisiera. ¿O no?

—Hemos escuchado algunos rumores inquietantes sobre los planes de los Remington para usted —continuó el señor Carrington, aparentemente ajeno a su tormento interno—. Estoy seguro de que comprende, señorita Ryder, que simplemente no podíamos permitir que la hicieran parte de su familia. Usted ha sido instruida en el arte de la política también. Seguramente sabe lo que eso significaría para nosotros.

De hecho, lo sabía. Si ella se casara con un Remington, probablemente con Kyle él mismo, tendrían una mejor oportunidad de tomar control del Sur. Se preguntaba si le había dado esa idea al viejo Remington cuando le pidió ayuda, prácticamente incitándolo a expandir su territorio, o si ese había sido su plan todo el tiempo y solo quería verla suplicar.

Se preguntaba si los Carrington la mantenían aquí por la misma razón. No podrían obligarla a casarse. Nadie podía. Hace mucho tiempo, había decidido que nunca se casaría.

—No creo que ella sienta que ha sido salvada, Padre —dijo Xavier—. Quiero decir, solo mírala. Está demasiado asustada hasta para moverse.

—No estoy tan seguro de eso. Era muy combativa cuando le rompió la nariz a Aiden —contrarrestó Jaxon.

Aiden gruñó, lanzando una mirada fulminante a su hermano.

El señor Carrington asintió pensativamente. —Ha pasado por un calvario y su mundo ha cambiado prácticamente de la noche a la mañana. Es completamente normal que esté un poco asustada. Después de todo, solo nos conoce como las personas que mataron a su familia y amigos, luego tomaron su territorio, convirtiéndola en prisionera en su propia casa.

—No deberíamos hablar de ella como si no estuviera presente —finalmente intervino Jensen, su fría voz llena de autoridad.

Para sorpresa de ella, al señor Carrington no le molestó que su hijo le hablara de esa manera. En su lugar, le dio una pequeña sonrisa antes de volver su atención hacia Sienna. —Te pido disculpas, señorita Ryder. No estamos acostumbrados a tener una compañía como la tuya. Ahora que todos hemos sido presentados, creo que lo mejor es dejar que descanses un poco. Pronto vendrá alguien para acompañarte a tu habitación.

—Permíteme hacerlo, Padre —dijo rápidamente Jaxon, y se levantó de su silla, sin darle a nadie la oportunidad de disentir. Con una sonrisa diabólica en su rostro y un brillo en sus ojos azules, se giró hacia Sienna. —Después de ti, señorita.

Muy lentamente, Sienna se levantó de su propia silla. Deseaba desesperadamente que el señor Carrington llamara a alguien más para que la escoltara a la habitación. Deseaba que Adrianna estuviera aquí. Cuando nadie dijo nada, cometió el error de encontrarse con los ojos de Aiden antes de girarse. Cualquier tormenta que se estuviera gestando allí, no significaba nada bueno para ella.

—Por aquí —indicó Jaxon, gesto que apuntaba en una dirección general hacia la puerta.

Sienna se dirigió hacia el pasillo, seguida de cerca por el Carrington más joven.

—Probablemente no debería decírtelo aún, pero qué más da —dijo Jaxon mientras la acompañaba a su habitación. —Solo te permitirán salir de la habitación si estás acompañada por uno de nosotros. No te preocupes, padre dijo que debemos dejarte salir al menos una vez al día.

Sienna se estremeció ante la idea de recibir tanta atención de los herederos Carrington. De alguna manera, preferiría quedarse encerrada en su habitación antes que salir con ellos.

—Te contaré un secreto —susurró Jaxon, girándola hacia él, con un atisbo de travesura claramente visible en sus ojos. —Soy el mejor de todos nosotros. En todos los aspectos que importan. Puedo mostrarte tanto divertimiento, que contarás las horas para verme la próxima vez.

Sienna tragó saliva. ¿Realmente estaba diciendo lo que ella creía?

—Xavier probablemente te lleve a una biblioteca o algo así, Aiden es un bruto estúpido y Jensen es aburrido —continuó Jaxon. —Yo, por otro lado, puedo inventar todo tipo de actividades para hacer.

Continuando su camino de regreso a la habitación, Jaxon se tornó pensativo. —Supongo que el hecho de que no te permitan salir del complejo hace que cualquier viaje en motocicleta sea fuera de discusión. Helicóptero también.

Sienna soltó un suspiro que no se había dado cuenta que estaba conteniendo. Así que esas eran las actividades de las que hablaba.

—No te preocupes —dijo Jaxon, girando su cabeza en dirección a ella, dándole una sonrisa torcida. —Puedo pensar en una lista de cosas que podemos hacer en la casa. De hecho, ni siquiera necesitaríamos salir de la habitación.

El rostro de Sienna se volvió carmesí. Esta vez no había duda de lo que estaba hablando.

Jaxon se rió. —Relájate. No estoy proponiendo sexo. Aunque, estaría totalmente bien con eso. Estaba pensando más bien en otro tipo de ejercicio. Pareces una persona a la que le gusta mantenerse en forma. ¿Qué haces? ¿Correr?

Quedó claro que esperaba una respuesta. —Hay un gimnasio en el sótano —respondió Sienna, hablándole por primera vez.

Jaxon sonrió aprobatoriamente. —Podríamos hacer eso sin duda. De hecho, ¿qué te parece si te unes a mí para desayunar mañana y luego podemos dar un paseo por los terrenos?

Lo planteó como una pregunta, pero Sienna sabía mejor. También vio una oportunidad en dar un paseo. Parte de ella quería idear un plan para escapar, mientras que otra parte quería ver qué había pasado con su hogar. Se preguntaba si los Carrington habían cambiado mucho de él.

—Me gustaría eso —le dijo a él, notando que él estaba complacido con su respuesta.

—Aquí estamos —anunció sin sentido cuando llegaron a su habitación, como si ella no supiera su ubicación exacta. —Espero que no te moleste que te diga, pero creo que el vestido negro que llevabas el otro día te quedaba mejor. Te vendría bien mostrar más tus piernas.

La boca de Sienna se abrió de sorpresa.

—Hasta mañana, señorita Ryder. —Le hizo una pequeña reverencia antes de encerrarla en la habitación, dejándola sola, pero no sin guardias al otro lado de la puerta. Podía escuchar cómo se movían sus pies en cuanto los pasos de Jaxon se desvanecieron.

Finalmente, en la seguridad de su propia habitación, Sienna se permitió relajarse. Tomando una respiración profunda tras otra, trató de calmar su corazón acelerado. El dolor de cabeza inducido por el cloroformo todavía estaba presente y su mente estaba un poco aturdida. Sabía que no sería capaz de pensar con claridad hasta que la última traza de la droga se hubiera ido.

Con nada más que hacer en la habitación casi vacía, subió a su cama y cerró los ojos, permitiendo que su mente se alejara mientras la promesa del sueño se acercaba.

CAPÍTULO 5

A estas alturas, Sienna ya debería estar acostumbrada a despertarse por Adrianna.

Cuando entró, dejó que la puerta se cerrara con un fuerte golpe, haciendo que Sienna se despertara de un salto.

—Traigo golosinas —canturreó Adrianna.

—¿Comida? —preguntó Sienna, sintiendo cómo su estómago rugía.

—Mejor —prometió Adrianna.

¿Qué podría ser mejor que la comida?

—¿Mi libertad?

Adrianna soltó una carcajada. —Eres graciosa, ¿sabías?

Sienna rodó los ojos. Sería demasiado fácil de todos modos.

—¿Qué es? —finalmente cedió.

—¡Una carta! —Adrianna prácticamente chilló de emoción.

Sienna se incorporó de un salto, su cuerpo alerta. —¿Una carta? ¿De quién es?

—Del más delicioso de los herederos Carrington —dijo Adrianna soñadoramente. —Jaxon.

Sienna soltó un gemido, dejándose caer de nuevo en el confortable abrazo de su cama. —No me importa.

Adrianna pareció horrorizada. —¿Cómo que no te importa?

Sienna se encogió de hombros. —Simplemente no me importa.

Adrianna se unió a ella en la cama, su rostro grave. —¿Tienes alguna idea de lo que eso significa? Jaxon Carrington te está enviando una correspondencia oficial, intentando construir un nivel de compañerismo contigo. Créeme cuando te digo que quieres estar en su buena gracia. En la *buena gracia* de *todos* ellos.

Había un tono de advertencia en su voz.

—Léela tú —dijo Sienna al fin, sabiendo que no sería capaz de simplemente tirarla sin abrirla, pero al mismo tiempo no queriendo ser ella quien lo hiciera. Era el único acto de rebeldía que podía permitirse.

Adriana aplaudió emocionada antes de rasgar el sobre. Desde donde estaba sentada, Sienna podía ver la elegante caligrafía de Jaxon. Adrianna comenzó a leer.

Estimada señorita Ryder,

Después de dejar su habitación ayer, me di cuenta de lo sumamente insensible que fue de mi parte asumir que desearía pasar la mañana conmigo, a pesar de que dijo que lo haría.

Quiero que sepas que, a pesar de tu estatus aquí, mis intenciones contigo son honorables y no tienes nada que temer cuando estoy cerca. Nadie te pondrá un dedo encima.

Tu situación como invitada podría no ser ideal y los eventos de las últimas semanas demasiado horribles para mencionar. Por favor, ten en cuenta que no eres la única que ha pasado por mucho. No eres la única que ha perdido personas.

Todo lo que te estoy pidiendo es que pases unas horas conmigo. Creo que podríamos hacer bien el uno al otro. Podríamos ser la distracción del otro.

Por favor, considera esto una invitación oficial para desayunar conmigo.

Quiero recordarte que cualquier elección que hagas, no afectará tu posición en la casa ni pondrá en peligro tu vida de ninguna manera.

Puesto que sabes que no puedes dejar la casa sin un acompañante, te aconsejaría que me hagas saber tus deseos circulando la respuesta a la pregunta en la otra hoja de papel.

Atentamente,

Jaxon

Adrianna se abanicaba con la mano. —¡Jaxon es tan encantador!

—Veamos la otra hoja —dijo Sienna, ignorando el comentario de Adrianna.

Adrianna metió la mano en el sobre y sacó otra hoja. Solo había una frase escrita en medio de ella.

SIENNA RYDER PIENSA QUE JAXON CARRINGTON ES ATRACTIVO

SÍ NO

—¡Sí! —Adrianna comenzó a asentir con entusiasmo, buscando su bolígrafo en el bolsillo.

—¡No! —chilló Sienna—. No puedes marcar eso.

—Claro que puedo.

—¡No! Es ridículo. Él es ridículo —Sienna negó con la cabeza—. Marca "NO". Es cierto que me encantaría salir de la habitación, pero preferiría morir antes que permitir que marques "SÍ" a

esa pregunta ridícula. Es cosa de niños.

Los ojos de Adrianna se volvieron sombríos. —Escúchame, niña tonta. No creo que hayas comprendido del todo la gravedad de la situación en la que estás. Confía en mí cuando te digo que podrías estar mucho peor que con Jaxon Carrington. Gracias a Dios que no llamaste la atención del Maestro Aiden.

Los ojos de Sienna se abrieron de par en par.

—Oh, no lo hiciste —Adrianna negó con la cabeza incrédula—. Has estado aquí menos de una semana y ya has logrado cavarte un hoyo que podría contener a una persona tres veces tu tamaño.

—Pero yo no hice nada —insistió Sienna.

—Eres una Ryder —le dijo Adrianna en un susurro forzado.

—¿Podrían todos dejar de decir eso? Sé que soy una Ryder, y también sé que todos los Ryder están muertos.

—Excepto tú —dijo Adrianna, señalando lo obvio—. ¿No ves lo que eso significa? ¿De verdad eres tan ciega?

—Por el amor de Dios, ¿podrías decirme ya? Estoy harta y cansada de estar a oscuras. Si querías aumentar el suspenso, lo has hecho de maravilla. Pero ahora necesito que dejes de hacerlo y empieces a hablar.

Adrianna tomó una respiración profunda. Sienna podía decir que estaba luchando consigo misma sobre cuánto contarle, si es que le contaba algo.

—Por favor —suplicó Sienna, con una voz tenue.

Adrianna la miró con una mezcla de ternura y lástima en sus ojos.

—Es terrible no saber si me van a matar hoy o mañana. No sé cómo actuar, qué decir, a dónde ir. No sé nada. Estoy sola por primera vez en mi vida. Nunca me he sentido tan perdida. Se le empezaron a correr las lágrimas por las mejillas a Sienna. —Sé que son tu familia, tu clan. No te pido que me digas nada que pueda ponerte en peligro. Pero por favor, ayúdame. Un poco. De cualquier manera que puedas. Por favor.

Después de lo que pareció una eternidad, Adrianna finalmente asintió. —Está bien.

Los ojos de Sienna se iluminaron de esperanza.

—No es mucho, pero te diré lo que pueda.

—Gracias —dijo Sienna, con una voz tranquila.

Adrianna habló rápidamente, manteniendo su voz baja. —Mientras no hagas nada extremadamente estúpido, deberías estar segura. Tener aquí te beneficia a los Carrington.

Quieren desarrollar una buena relación contigo. Quieren detener más muertes.

—No entiendo. ¿Qué significa eso?

—Significa —dijo Adrianna, inclinándose más cerca— que necesitas llevarte bien con los herederos Carrington. Ellos son tu llave para una vida larga y feliz.

El ceño de Sienna se frunció. —¿Quieren que me case con uno de ellos?

Adrianna negó con la cabeza. —No estoy segura de que ellos mismos lo sepan. Creo que su prioridad es detener las rebeliones. Eso se logrará aceptándote públicamente en la familia. No sé cómo, pero supongo que los detalles se arreglarán más adelante.

—¿Por eso Jaxon quiere pasar tiempo conmigo?

Adrianna se encogió de hombros. —Eso, o quizás simplemente te encuentra intrigante.

Sienna se estremeció. —No quiero tener nada que ver con ninguno de ellos.

—Escúchame, chica. Como dije antes, podrías estar en una situación mucho peor. Puede que seas una invitada aquí, pero todavía eres una prisionera. Cualquier elección que puedas tener, es solo una ilusión. Harías bien en recordar eso.

Sienna acercó sus rodillas a su cuerpo, abrazándolas. —¿Qué debo hacer?

Adrianna se aclaró la garganta y recogió la pluma momentáneamente olvidada. —Para empezar, creo que deberíamos dejarle saber al Maestro Jaxon que piensas que es atractivo.

Al decirlo, circuló 'sí' en el papel. Lo llevó a la puerta y se lo entregó al guardia que estaba afuera con órdenes estrictas de entregárselo a Jaxon en ese mismo momento. El movimiento de pies le dijo a Sienna que el guardia había hecho lo que se le pidió.

La atención de Adrianna volvió a Sienna. —¿Qué tal si te levantas de la cama, Bella Durmiente? Jaxon te esperará en breve, y tenemos trabajo que hacer.

Dándose cuenta de que la ducha era tan buen lugar como cualquier otro para procesar la información que acababa de recibir, Sienna siguió a Adrianna al baño.

—Hazlo rápido —le dijo la chica—. Escogeré un atuendo para tu cita de desayuno. Por suerte para ti, conozco el color favorito de Jaxon.

Desvistiéndose, Sienna sonrió al escuchar a Adrianna gritar desde el dormitorio: —Por si te lo has estado preguntando, es turquesa oscuro.

Lavada y vestida, Sienna permitió que Adrianna le aplicara una capa bonita de maquillaje que resaltaba sus rasgos.

—Me encanta el color de tus ojos —le dijo Adrianna—. Son el tono de verde más único que he visto.

—Gracias —dijo Sienna, sintiendo cómo se extendía una calidez en su interior.

Adrianna se rió. —Si vas a sonrojarte por el más mínimo de los cumplidos, vas a tener serios problemas con Jaxon. Es bastante coqueto. Mayormente inofensivo, a menos que se le dé motivo.

—¿Tú y él alguna vez...? —Sienna dejó la pregunta sin terminar en el aire.

—Oh sí, muchas veces —le dijo Adrianna con desenfado—. Puedo decirte que, en mi opinión, es fácilmente el mejor.

—¿El mejor con el que has estado? —preguntó Sienna.

Adrianna se rió. —No, tonta. El mejor de los herederos Carrington. Aunque supongo que es cuestión de gustos y preferencias. Aiden, por ejemplo, le gusta un poco brusco. Eso no es lo mío.

Los ojos de Sienna se abrieron desmesuradamente.

—No me mires así —la regañó Adrianna—. La gente necesita sexo como necesitamos aire para respirar o comida para comer. Es completamente natural. Todos aquí lo entienden. A menos que estés casado, eres libre. No se tolerará la celosía, y cualquier acto de posesividad es mal visto.

—Así que eso significa...

—Eso significa que eres libre de tener un poco de diversión sexy con quien quieras —terminó Adrianna—. Solo asegúrate de que no tengan un anillo en el dedo. Acostarte con una persona casada te puede costar la vida. Está en los Códigos de Honor de los Carrington.

Tras aplicar la última capa sutil de maquillaje y hacer los retoques finales en su cabello y vestido, Adrianna miró a Sienna con aprobación. —Creo que Jaxon no va a saber qué lo golpeó.

Sienna se sonrojó. —Gracias, Adrianna. No creo que pudiera hacer esto sin ti.

Adrianna sonrió. —Te dije que iba a ser tu mejor amiga.

Sienna abrió la boca para responder, pero fue interrumpida por un golpe en la puerta.

Adrianna soltó un chillido ahogado, la emoción clara en sus ojos. —¡Jaxon está aquí!

CAPÍTULO 6

Adrianna corrió prácticamente hasta abrir la puerta, revelando a un apuesto Jaxon. El más joven de los Carrington vestía un traje azul marino un poco menos formal con una corbata a juego.

—Buenos días, Ade —saludó Jaxon a Adrianna y le dio un beso en la mejilla.

—Buenos días, Jax —canturreó Adrianna.

Su mirada se dirigió hacia Sienna, su sonrisa se amplió. —Buenos días también para ti, señorita Ryder.

Sienna asintió levemente con la cabeza en señal de saludo. —Buenos días.

Adrianna salió de la habitación, pero no sin antes decirle a Sienna en voz baja: —*¡Está buenísimo!*

Jaxon se acercó a ella. —Permíteme decirte lo hermosa que te ves.

—Las lisonjas solo te llevarán hasta cierto punto, señor Carrington. —Sienna sonrió. Insegura de la gravedad de la situación, intentó sonar formal y educada.

Jaxon soltó una carcajada. —Señor Carrington es mi padre. Por favor, llámame Jaxon, y yo te llamaré Sienna. ¿Trato?

—Trato —aceptó Sienna, relajando un poco más los hombros.

—Creo que deberíamos irnos. Si nos retrasamos un poco más, estaremos tomando el brunch en vez de desayunar. —Jaxon le guiñó un ojo y le regaló una de sus sonrisas pícaras que le decía a ella que no le importaría eso en lo absoluto.

Él la guió fuera de la habitación y por el pasillo que Sienna sabía llevaba al gran comedor. Su padre lo usaba para cenas. Su grandeza lo hacía demasiado formal para ser usado como un posible escenario romántico.

Cuando los guardias abrieron la puerta, Sienna se quedó boquiabierta. La sala era como nada de lo que recordaba.

Parecía como si San Valentín hubiera resucitado y vomitado por todos lados. Había docenas y docenas de corazones brillantes colgando del techo y globos de helio en las esquinas de la sala. Estaba claro que toda la decoración seguía el tema rojo y blanco que generalmente se asocia con el Día de San Valentín.

Volviéndose hacia Jaxon, vio que él sonreía ampliamente.

—¿Qué? —preguntó, sonriendo abiertamente. —¿Demasiado?

—¿Demasiado? —repitió ella, su voz aguda. —¿Qué te hace pensar eso? ¿La pequeña torre de cupcakes en la mesa o las servilletas rosas con 'amor' escrito por todas partes?

Jaxon se tocó pensativo la barbilla. —Puedo entender tu incomodidad. Probablemente pienses que estoy coqueteando contigo.

—¿Acaso no lo estás?

Jaxon fingió sorpresa. —¡Jamás! Deberías saber que soy un caballero.

Mirando expresivamente a su alrededor antes de enfrentarse a Jaxon de nuevo, Sienna levantó una ceja.

—¿Un caballero al que le encanta el amor? —preguntó Jaxon, manteniéndolo serio un momento más antes de estallar en risas.

—¿Qué tiene de gracioso? —Sienna preguntó, sin entender su reacción.

—Deberías haber visto tu cara —le dijo Jaxon entre risas. —En serio, cuando tus ojos se posaron en los corazones y los globos... Fue hilarante. Y cuando viste los cupcakes, pensé que ibas a montar un número.

El tipo se había tomado todo el trabajo de decorar una de las salas más grandes de la mansión solo para ver su reacción. Dudo que lo habría hecho si hubiera sido él colocando todas las decoraciones.

—Tus sirvientes realmente deben odiarte —comentó Sienna.

Jaxon dejó pasar el comentario. En cambio, se acercó a la mesa y sacó una silla. —¿Nos sentamos?

Resistiendo el impulso de rodar los ojos, Sienna se unió a él. Mirando alrededor de la mesa, se preguntaba qué comería. Todo era azúcar.

—¿Puedo sugerirte el cupcake rojo? El sabor a fresa es increíble.

Observando el cupcake, Sienna intentó e imaginó comerlo en el desayuno, pero fracasó.

—No te gusta —dijo Jaxon, frunciendo el ceño.

—No es eso —dijo Sienna apresuradamente—. Me encantan las cosas dulces. Podría comerme el pastel entero yo sola. Es solo que...

Jaxon arqueó una ceja, dándole un asentimiento alentador.

—No es material de desayuno —terminó Sienna.

—Ya veo —dijo Jaxon. Miró alrededor de la mesa, aparentemente perdido en sus pensamientos.

Esperando su reacción, Sienna no pudo levantar la vista de su plato vacío.

—Levántate —dijo él, no demasiado fríamente.

Con movimientos robóticos, Sienna se levantó.

Tomándole la mano, Jaxon la llevó fuera de la habitación. Los guardias de seguridad los seguían a una distancia adecuada, dándoles algo de semblanza de privacidad.

—¿A dónde vamos? —preguntó Sienna.

—Vamos a buscar un desayuno adecuado —le dijo Jaxon—. Solo hay un lugar para hacer eso.

Al girar por un pasillo familiar, Sienna sonrió. —¿Me llevas a la cocina?

Jaxon le dio un asentimiento solemne. —Intenté hacerte el desayuno. Había un 50-50 de probabilidades de acertar o fallar. Claramente, fue un fallo.

Él hablaba tan seriamente sobre un tema tan tonto que Sienna no pudo evitar mirarlo con un nuevo calor.

—Entonces, ¿cuál es el plan?

—¡Me alegra que lo preguntes! Es una excelente pregunta —ahora estaba hablando por hablar, convirtiendo una respuesta corta y simple en un largo discurso—. Ya que intenté y fallé en hacerte el desayuno, creo que es tu turno de intentar prepararnos uno.

Los ojos de Sienna se agrandaron. —¡Eso no es justo! Tuviste gente haciendo todo el trabajo por ti, ¿y esperas que lo haga sola y con tan poco aviso?

Jaxon le dio una sonrisa torcida. —Sí.

Sienna rodó los ojos. —¿Puedo hacer lo que suelo hacer para el desayuno, o quieres una gran muestra?

—Mujer, no tenemos tanto tiempo. Haz algo simple y rápido. Me gustaría dar un paseo después del desayuno.

Sienna asintió. Podría hacerlo. Movíendose por la cocina familiar, estaba contenta de encontrar todo en su lugar habitual.

Mientras calentaba la leche, sacó dos tazas y cucharas pequeñas. Las colocó frente a Jaxon, quien estaba sentado en la isla de la cocina. Luego, fue a la despensa, donde sabía que una nueva

caja de su desayuno favorito la estaba esperando.

—¿Cereal? —preguntó Jaxon con incredulidad.

Sienna sonrió. —Desayuno de campeones.

—¿Escogerías tener cereal en lugar de cupcakes?

—Solo para el desayuno —le dijo Sienna—. Tomo mi desayuno muy en serio. Me encanta mi rutina. Cereal con leche es indispensable.

—Definitivamente eres algo especial —dijo Jaxon, dándole una mirada de aprobación.

—Soy simple —le dijo Sienna mientras vertía leche en sus tazas—. No necesito mucho, pero lo que necesito y quiero tiene que ser de alta calidad.

Jaxon rió entre dientes. —Este es un claro ejemplo de lo diferentes que somos. Yo prefiero mucho de todo, y como soy un Carrington, puedo permitírmelo de alta calidad también.

—Qué desperdicio.

—Para nada. Estoy seguro de que los sirvientes se llevan lo que sobra —le aseguró Jaxon.

Sienna rodó los ojos. —Eso es asqueroso.

Jaxon sonrió. —No siempre. Pasa algo de tiempo conmigo y te mostraré cómo vivo. Verás que no hay nada asqueroso ni aburrido en ello. Estoy bastante seguro de que será un gran ejemplo de cómo los opuestos se atraen.

—¿A qué te refieres con eso? —preguntó Sienna, arqueando la ceja—. ¿Acabas de llamarme aburrida?

Jaxon se encogió de hombros con indiferencia, haciendo un gesto hacia el desayuno. —Todo es muy simple. ¿Dónde está el brillo? ¿Dónde está la chispa?

Sienna lo miró preocupada. —¿Estás bien? ¿Te duele la cabeza? ¿Tienes migrañas recurrentes?

Jaxon parecía confundido. —A veces. No sé. ¿Por qué?

Asintiendo pensativamente, Sienna se rascó la barbilla, frunciendo el ceño. —Sí, me temo que mis suposiciones han sido correctas.

—¿Qué? —preguntó Jaxon, con un aspecto ansioso.

Con un grave movimiento de cabeza, ella suspiró.

—¿Qué sucede? —la voz de Jaxon se elevó.

—Me temo que te dejaron caer en la cabeza demasiadas veces cuando eras niño —le dijo Sienna con seriedad.

A Jaxon le tomó un momento procesar sus palabras, pero cuando lo hizo, inclinó la cabeza hacia atrás y rugió de risa. El sonido era tan cálido, rico y lleno de alegría genuina. Sus

penetrantes ojos azules se llenaron de lágrimas inducidas por la risa.

Tan rápido como llegó la risa, vino el ataque de tos. Las lágrimas de alegría se convirtieron en verdaderas lágrimas mientras luchaba por respirar entre tosidos.

Entrando en pánico, sin saber qué hacer, Sienna se levantó y comenzó a golpearle la espalda con la palma de la mano. —¡Jaxon! ¿Estás bien? ¿Jaxon?!

Aún tosiendo, incapaz de tomar una respiración completa, la cara de Jaxon se tornó roja.

—¡Jaxon! —gritó Sienna. —Te juro que te mato si esto es otra de tus bromas.

Negando con la cabeza furiosamente, Jaxon tosió algunas veces más antes de poder finalmente respirar hondo, llenando sus pulmones de aire.

—Uf, eso estuvo loco —dijo finalmente.

—¿Qué pasó? —preguntó Sienna, con las manos temblorosas.

Jaxon se encogió de hombros. —La saliva entró por el camino equivocado.

Los ojos de Sienna se agrandaron. —¿Estás bromeando? Creí que tenías alguna enfermedad incurable y que ibas a caer muerto frente a mí.

Le tocó a Jaxon rodar los ojos. —No seas tan dramática.

Recomponiéndose, Sienna suspiró en señal de derrota. —Está bien. Admito que puede que haya reaccionado un poco de más.

Jaxon sonrió. —Te preocupabas por mí.

—¡No! —dijo Sienna, negando con la cabeza firmemente.

Haciendo eco de sus movimientos de cabeza, Jaxon asintió en cambio. —¡Sí!

—¡No!

—Te importo —bromeó Jaxon, inclinándose hacia adelante.

De golpe, el olor de él golpeó las fosas nasales de Sienna. La sonrisa que le estaba dando era divertida y coqueta. Con su traje azul marino, cabello rubio sucio y ojos azules penetrantes, Jaxon era extremadamente guapo.

No era tan musculoso como sus hermanos, pero la estructura delgada de su cuerpo le sentaba mejor que cualquier cantidad de músculos. Eso no significa que no estuviera bien definido. Sienna aún no lo había visto sin camisa, así que realmente no podía decir qué tipo de abdomen tenía, pero juzgando por sus brazos, estaba segura de que no sería la única parte de él que sería dura al tacto.

—Ni siquiera te conozco —dijo Sienna.

Jaxon le lanzó una mirada reflexiva, con un fantasma de sonrisa aún jugueteando en sus labios. —¿Qué te parece si hacemos algo al respecto?

—¿Qué tenías en mente?

—Creo que tengo una promesa que cumplir —dijo Jaxon mientras se levantaba y ponía los platos en el fregadero. —Estoy seguro de que te mueres por dar un paseo.

Los ojos de Sienna se iluminaron y sus labios se curvaron en una sonrisa genuina. —Me gustaría mucho eso.

—Bueno, vamos.

—¿Pero y los platos?

Jaxon rodó los ojos. —Dios santo, mujer. ¿Realmente tenemos que hacer todo? ¿De qué sirve tener ayuda contratada si hacemos todo el trabajo de todas formas?

—Ayuda a mantenerte humilde.

—Soy muchas cosas, pero nunca seré humilde.

Sienna soltó una carcajada. —Sí, ya veo.

Mirando los platos y luego de vuelta a ella, la cara de Jaxon se volvió seria, aunque sus ojos aún estaban llenos de travesura. —Me duele tener que imponerte, señorita Ryder, pero estoy a cargo, y digo que dejaremos los platos en el fregadero para que alguien más los haga.

—Como desees, señor Carrington —dijo Sienna, igual de formal.

Volviendo a una sonrisa completa, Jaxon puso su mano en la parte baja de la espalda de Sienna y la acompañó hasta la puerta. —Vamos a dar ese paseo, ¿te parece?

Tratando de disfrutar de un agradable paseo por el jardín, Sienna hizo lo mejor que pudo por no pensar, lo que solo la hizo pensar aún más.

—¿En qué piensas? —preguntó Jaxon, percibiendo su incomodidad.

—En nada.

—Vamos —la animó. —Puedes decírmelo.

—Es nada —le dijo ella, sin querer hablar o pensar en el tema.

—Vamos —insistió él. —Estamos haciéndonos amigos, ¿no? Además, ¿cómo esperas que lleguemos a conocernos si te niegas a hablar conmigo?

Mirando alrededor del jardín, todo lo que Sienna podía ver era la imagen que se había quemado en su mente. Una escena que había tenido la suerte de no presenciar en persona, aunque eso no significaba que la afectara menos.

—¿Qué sucede? —preguntó Jaxon de nuevo, agarrándole el brazo, haciéndola voltear hacia él.

—No es nada —repitió Sienna, con voz débil.

—Sienna —dijo Jaxon, con un atisbo de advertencia en su tono usualmente juguetón—. Cuando pregunto algo, espero obtener una respuesta. No me hagas repetirme de nuevo.

Dejando escapar un suspiro de derrota, Sienna se obligó a mirar a los penetrantes ojos azules de Jaxon. Mientras los suyos empezaban a llenarse de lágrimas, todo lo que podía ver en él era un extraño tipo de frialdad. Así debió haber sido cómo el heredero Carrington lucía y sonaba.

—Estos jardines solían encantarme —dijo al fin.

El ceño de Jaxon se frunció, mirando alrededor. —Entonces, ¿qué pasa? No creo que hayamos cambiado mucho, si es que cambiamos algo, ¿verdad?

—Mira esa cámara. —Señaló hacia lo alto del árbol donde una cámara estaba escondida—. En la noche de la invasión, vi lo que hiciste aquí.

Los ojos de Jaxon se abrieron de par en par al captar sus palabras. Se aclaró la garganta. —Ya veo.

La primera lágrima cayó por la mejilla de Sienna. Alcanzó a secársela antes de que Jaxon pudiera verla. Solo había tanto que él toleraría.

—Llamas invasión a ello —dijo él, mirando el punto que ella había indicado—. Es curioso, realmente. Porque nuestra gente lo llama de una manera completamente diferente. Nos llamas asesinos, y otras palabras feas que ni siquiera quiero pronunciar. Pero nuestra gente nos llama salvadores.

Sabiendo que era mejor no responder, Sienna fijó su mirada firmemente en el suelo cubierto de hierba bajo sus pies.

—Te crees una víctima, pero ni siquiera ves que has sido la agresora todo este tiempo —continuó Jaxon, ajeno al mundo que lo rodeaba—. Las cosas que hicimos, las cosas que tuvimos que sacrificar para tener éxito... Jamás comprenderás su importancia. Creciste en la riqueza. Eres del viejo dinero. Nosotros no. Construimos todo desde cero. Ahí es donde yace el verdadero poder.

Tocando su barbilla, él levantó su cabeza hasta que sus ojos se encontraron.

—Tu linaje ha sido corrompido. Diluido a lo largo de los años. Nosotros somos puros. Somos frescos. Somos lo que se necesita aquí y ahora —terminó Jaxon, soltándola.

Dirigiéndose hacia el lugar que siempre estaría grabado en su mente, Jaxon gestó a su alrededor.— Es un mundo cruel en el que vivimos, Sienna. Es matar o morir. Harías bien en recordar eso.

Jaxon caminó un poco más lejos, sentándose en un banco de piedra que daba al jardín. Siguiéndolo, Sienna alejó mentalmente la imagen de los cuerpos de su familia y amigos esparcidos por todo el jardín antes de ser arrojados en una gran pila debajo del mismo árbol por

el que habían estado parados unos momentos antes. El último lugar que su familia tocó antes de ser lanzada a camiones y llevada a quién sabe dónde.

Con cautela, se sentó al lado de Jaxon, insegura acerca de su estado de ánimo. Lo había visto pasar de serio a juguetón en segundos. Considerando su posición como prisionera-invitada, le resultaba estresante navegar las aguas a su alrededor. Por lo que sabía, podría decir algo aparentemente ofensivo y él ordenaría su ejecución en un abrir y cerrar de ojos. Daba la impresión de ser lo suficientemente mimado como para hacer algo así.

Consideró más seguro sentarse junto a él y permitir que él hablara primero. Así él revelaría su estado de ánimo y le daría un tema de conversación a seguir.

Pareció pasar mucho tiempo antes de que Jaxon inhalara, su rostro iluminándose. Cualquiera que fueran los demonios con los que luchaba dentro de él o bien se retiraron o él ganó.

—Prometo que intentaré sacarte de la habitación tanto como pueda, aunque tienes que entender que tengo ciertos deberes que vienen con mi posición —le dijo Jaxon, luciendo apenado —. Sobre mis hermanos, no sé. Ni qué estarán tramando. Supongo que tendrás que descubrirlos por ti misma. Si hay algo que pueda hacer o darte que haga tu estancia aquí más satisfactoria, por favor házmelo saber.

Sienna asintió, permitiéndose relajarse un poco. —Lo haré. Gracias, Jaxon. Has sido muy amable conmigo.

Jaxon le dio una pequeña sonrisa. —Es mi placer absoluto, señorita Ryder. De verdad.

Incapaz de sostener su mirada por más tiempo, Sienna se giró antes de que él pudiera ver cómo se sonrojaba. Podía sentir el calor subiendo en su cuerpo.

—Vamos, te acompañaré de regreso a tu habitación. —Se levantó, ofreciéndole su brazo. Sin dudarlo, ella pasó el suyo por el de él y se permitió ser guiada de vuelta al interior, mientras intentaba muy duro no memorizar la sensación del brazo de Jaxon contra el suyo.

CAPÍTULO 7

De vuelta en su habitación, Sienna descubrió que el tiempo pasaba increíblemente lento. En toda su vida, nunca se había aburrido tanto. Tampoco había estado sujeta a los caprichos de los hombres. Su única diversión era cuando los herederos Carrington decidían honrarla con su presencia.

Adrianna pasó brevemente para traer el almuerzo, pero eso fue lo único emocionante que sucedió después de que Jaxon la llevase a su habitación.

Se hizo la nota mental de pedirles algo de material de lectura al menos. No era lectora, pero consideraba que era más estimulante que mirar al techo. Podría liberar algo de tensión, pero prefería los dúos a los solos. Lo mejor que podía pasar era que le dieran una computadora para ver películas. Incluso una televisión vieja serviría. Algo. Cualquier cosa.

Gimiendo en voz alta, Sienna se apoyó contra la pared y comenzó a golpearse la frente. No tenía intención de hacerse daño. Solo quería sentir algo distinto al aburrimiento.

De repente, la puerta se abrió, sobresaltándola.

—¿Acaso nunca has oído de tocar antes de entrar? —exclamó antes de poder detenerse o procesar quién había entrado en la habitación.

—Tienes 5 minutos para cambiarte a tu ropa de gimnasia —le espetó Aiden—. Estaré afuera. No me gusta esperar.

Salía de la habitación tan rápido como había entrado. A Sienna le tomó un momento registrar sus palabras. A pesar de no tener el deseo de pasar tiempo con Aiden, de todas las personas, y sabiendo lo peligroso que era, aún lo consideraba una mejor alternativa a golpearse la cabeza contra la pared.

Salió de su ropa tan rápido como humanamente posible, sin importarle dónde cayeran al lanzarlas. Antes de que los cinco minutos terminaran, Sienna estaba de pie fuera de la puerta,

vistiendo sus sudaderas y recogiendo su cabello en una cola de caballo alta.

Aiden la examinó de arriba abajo. Al parecer, la consideró adecuada porque, sin dirigirle otra palabra, caminó por el pasillo a gran velocidad. Sienna luchaba por seguirle el paso mientras bajaban las escaleras y entraban al sótano donde tenían un gimnasio bien equipado.

Aiden se quitó el suéter por la cabeza, dando a Sienna un vistazo de su abdomen besado por el sol. Apartando la vista, se ocupó de volver a atar sus zapatillas.

—Veamos lo que puedes hacer —dijo Aiden, su voz sonando amortiguada gracias a la venda en su nariz—. Súbete a la cinta de correr.

Siguiendo sus órdenes tajantes, Sienna empezó con un trote ligero. No sabía qué tenía planeado, pero estaba contenta de hacer algo de jogging ligero. Él encendió la radio antes de unirse a ella en la cinta de al lado. Su música no sería su primera elección, pero supuso que podrían haber estado peor que rock.

—Más rápido —ordenó después de que terminó la primera canción.

Sienna obedeció y subió el ajuste.

Lo mismo sucedió después de que terminó la segunda canción. —Más rápido.

Otra canción terminó. —Más rápido.

Aiden parecía que podría hacer esto todo el día, mientras Sienna respiraba con dificultad.

—Más rápido —ordenó después de otra canción.

—No puedo —dijo Sienna, bajando la velocidad de la cinta.

Aiden se puso en alerta. —¿No puedes?

Sienna negó con la cabeza. —Ya terminé.

Saltando de su propia cinta de correr, Aiden se plantó frente a ella, luciendo tan amenazante como grande. —Terminas cuando yo digo que terminas.

—Por favor —gemía Sienna—. Voy a enfermar.

Extendiendo la mano, él aumentó la velocidad de su cinta. —Más rápido.

Exhausta, Sienna se esforzaba, sus pesadas piernas bombeaban contra la cinta giratoria. El único sonido en su cabeza era la voz de Aiden ladrándole que fuera más y más rápido. Estaba allí de pie con una mirada sombría en su rostro, subiendo la intensidad.

Ya era demasiado. Sienna no podía más. Sus piernas estaban al borde de rendirse. Justo cuando estaba a punto de agarrar las manijas al costado y saltar de la cinta, Aiden apagó la máquina.

Respirando con dificultad, Sienna se dobló, usando sus rodillas como apoyo. Previendo su siguiente movimiento, Aiden le pasó una botella de agua. Solo después de que ella la aceptó,

sintiéndose agradecida, se dio cuenta de que había una pequeña parte de ella que temía que él mantuviera lo más básico fuera de su alcance.

Observándola desde arriba, Aiden sonrió con suficiencia. —Vamos a considerar esto un empate, ¿de acuerdo? Digo, podría hacerte cosas mucho peores por romperme la nariz, pero tomo en cuenta que no lo sabías.

—Tienes razón —dijo Sienna entre respiraciones—. No lo sabía.

—Y estoy seguro de que si lo hubieras sabido, —continuó Aiden—, no habrías roto mi preciosa nariz, ¿verdad?

Todavía jadeante, Sienna logró asentir con la cabeza. —Verdad.

Aiden le lanzó una mirada aparentemente satisfecha antes de empezar a regañarla. —Debo decir que estoy decepcionado. Esperaba más de ti. Estás completamente fuera de forma.

Sienna quería argumentar que estaba lo suficientemente en forma como para romper su estúpida nariz, pero logró mantener la boca cerrada.

—No te preocupes, —continuó Aiden—, te ayudaré a ponerte en forma. Tengo un régimen de ejercicios muy estricto, y te permitiré unirte a mí una vez al día.

Un gemido se escapó de ella.

Aiden levantó la ceja, por suerte pareciendo más divertido que otra cosa. —¿Prefieres quedarte en tu habitación y golpearte la cabeza contra la pared?

Viéndolo de esa manera, Sienna supo que él tenía razón. Ponerse en la mejor forma también sería de gran ayuda cuando encontrara una oportunidad para escapar.

—Me gustaría unirme a ti en el gimnasio —le dijo.

Aiden sonrió, sus ojos grises luciendo más brillantes que nunca. —Si dependiera de mí, también te pondría a dieta estricta, pero no puedo. Mis estúpidos hermanos seguramente querrán llenarte de todo tipo de azúcares. Escuché que Jaxon ya lo intentó.

Sienna pudo percibir un tono de aprobación en su voz. Él debía saber que ella no comió ninguno de los cupcakes. Hablando de eso, mataría por tener uno ahora mismo.

Sacándose la camisa por la cabeza, Aiden se expuso completamente ante ella. En un momento de debilidad, Sienna fue atrapada mirándolo con la boca abierta.

Aiden soltó una risa. —Vamos, veamos cuán fuerte puedes golpear una bolsa.

Tomando un par de guantes del lado del gimnasio, Sienna caminó hacia la bolsa de boxeo. Estaba bastante confiada de que lo sorprendería con su fuerza.

—¿Lista? —preguntó Aiden.

Levantando los brazos, Sienna asintió.

—Adelante.

Con movimientos rápidos y seguros, Sienna ejecutó una serie de golpes.

Derecha. Derecha. Izquierda. Derecha.

Luego repitió la combinación otra vez.

Cuando terminó con algunas combinaciones diferentes, Aiden sonrió aprobatoriamente.

—No está mal —le dijo.

Ella vio una gota de sudor recorriendo su pecho, sobre su abdomen bien definido, solo para ser capturada por el borde de su pantalón.

—¿Qué más sabes hacer? —le preguntó, hablándole como si fuera su igual por primera vez.

—Tengo una patada feroz —le dijo ella. Era uno de sus movimientos estrella.

Aiden sonrió ampliamente. —Bien, vamos a verla.

Con una sonrisa de oreja a oreja, como niño la mañana de Navidad, Sienna cambió su peso de cuerpo, girando sobre una pierna para poder lanzar una patada fuerte con toda su fuerza. El impacto hizo que Aiden retrocediera dos pasos mientras soltaba un gemido apenas audible.

—¿Bien? —preguntó Sienna.

—Bien —asintió Aiden, y luego preguntó—. ¿Qué más te gusta hacer?

Sienna pensó un momento antes de responder. —Me gusta hacer algo de yoga para relajarme.

Aiden soltó una carcajada. —Sí, cómo no. El yoga es para débiles.

—¡No es cierto! —Sienna puso morros—. Apuesto a que no puedes hacer un escorpión en parada de manos.

—¿Una parada de manos qué?

—Un escorpión en parada de manos —explicó Sienna—. Requiere que tengas equilibrio perfecto, buena flexibilidad y mucha fuerza.

—Tengo todo eso —sonrió Aiden—. Muéstrame de qué se trata y te demostraré que puedo hacerlo.

—Está bien, pero si no puedes, la próxima vez haremos yoga —dijo Sienna, confiando en que saliera a relucir su espíritu competitivo.

Aiden mostró los dientes en un gesto de desafío. —Adelante.

Tomándose un momento para estirarse adecuadamente, Sienna exhaló un largo suspiro antes de comenzar con la postura del perro cachorro. Después de algunas respiraciones, pasó a un perro cachorro con las piernas rectas, luego procedió a la postura de la sirena. Respirando, pasó a la postura del rey paloma y luego se deslizó a la del rey cobra. Casi ahí, lentamente se posicionó

en una postura de doble corzo antes de facilitar el paso a la del escorpión. Casi ahí, reunió su fuerza, mantuvo su equilibrio y se impulsó hacia una perfecta parada de manos en escorpión.

Mantuvo la postura unos momentos antes de salir de ella y lanzar a Aiden una mirada desafiante. Él la miraba con la boca medio abierta.

—¿Qué? —preguntó ella.

Alzando las cejas, él parecía atónito.

—¿Qué? —preguntó de nuevo, con un dejo de molestia—. Mejor cierra la boca, o algo podría entrar volando.

El comentario lo devolvió a la realidad y sacudió la cabeza como si estuviese en un estado de asombro e incredulidad.

—Eso fue... —comenzó—. Tú eras...

—¿Qué?

—Increíble —finalizó finalmente—. Eso fue increíble. No sabía que el yoga podía ser así.

Sienna encogió de hombros, fingiendo humildad.

—Tengo algunas cosas que hacer mañana, pero en cuanto termine, vendré a buscarte y podemos comenzar —le dijo Aiden, sus ojos brillando con una emoción que también podía percibirse como locura.

—¿Hablas en serio?

Asintió con entusiasmo. —Totalmente en serio. Mira, tengo un control perfecto de mi cuerpo. Cada uno de mis músculos está perfectamente definido y nutrido a su máximo potencial. Lo que no tengo es el nivel de flexibilidad que tú posees. Me gustaría que me enseñaras eso. Prometo que valdrá la pena.

Sienna podía ver a qué se refería. El chico era todo sobre músculos, ejercicio y nutrición saludable. En cierto modo, parecía un fisicoculturista. Realmente podría beneficiarse de la sutileza que viene con el entrenamiento en yoga.

—De acuerdo —aceptó Sienna.

—¿Sí?

—Sí. Tienes un trato.

—¡Genial!

Ambos, sonriendo, se dieron la mano. Quizás Adrianna estaba equivocada, y Aiden no era tan mal chico. Sienna supuso que tendría que esperar y ver por sí misma. Mientras tanto, se divertiría mucho practicando yoga, y él estaría en deuda con ella. A sus ojos, era una situación en la que ambos ganaban.

CAPÍTULO 8

Después de todo el ejercicio y emoción del día, Sienna no se sorprendió demasiado de haber dormido como un tronco. Había pasado tiempo desde que había tenido un sueño largo, ininterrumpido y reparador.

—Buenos días, Bella Durmiente —la saludó Adrianna al entrar en la habitación, trayendo el desayuno—. Espero que tengas hambre.

Al levantarse de la cama, Sienna captó el aroma. —¿Qué tienes ahí?

Adrianna le dio una sonrisa maliciosa. —Bueno, después del ejercicio que tuviste con Aiden ayer, pensé que querrías algo más lujoso que tu cereal.

Sienna frunció el ceño. —¿Cómo sabes tú de mi cereal?

Los ojos de Adrianna se abrieron ligeramente, tanto que Sienna pensaría que lo imaginaba si no estuviera mirándola directamente. Le quedó claro que Adrianna había metido la pata.

—Es un desayuno tan obvio —dijo Adrianna, minimizando la situación.

Sienna lo dejó pasar, ofreciéndole en cambio una sonrisa desarmante. —¿Ah, sí? Entonces, ¿qué me has traído?

Devolviéndole la sonrisa con brillantez, Adrianna dejó la bandeja sobre la mesa. —Mira tú misma.

Dejando que la curiosidad la superara, Sienna saltó de la cama para comprobar lo que sin duda era un desayuno cálido y dulce. Al levantar la tapa del plato, soltó una exclamación.

—¿Ves? —preguntó Adrianna, sonriendo.

—Esto es . . .

—¿Ves?

Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro de Sienna. En el plato había un croissant casero con relleno de chocolate que venía de su chocolatero favorito. Al lado, en una taza, había un café de

aroma delicioso.

—¿Cómo supiste que esta era mi golosina favorita?

Adrianna se encogió de hombros. —Tal vez encontré un libro que el personal de cocina guardaba sobre ti.

—¿Ellos hicieron qué? —preguntó Sienna, incrédula.

—Estaban haciendo anotaciones sobre lo que comías y cuánto de ciertos alimentos dejabas en el plato. Espero que les pagaras bien, porque a juzgar por el cuaderno, estaban haciendo un trabajo excelente.

El comentario se hizo de manera tan casual, y a pesar de que su intención no era insultar, Sienna aún se sintió herida. Todo lo que logró fue recordarle que toda esa gente ahora estaba muerta. No había nadie en todo el mundo que la conociera de la manera en que ellos lo hacían. Era una extraña para todos.

—¿Vas a empezar o no? —Adrianna la instó, ajena a la ola de tristeza que amenazaba con abrumar a Sienna.

Sacudiéndolo, Sienna asintió. —Por supuesto que sí.

Después del desayuno y la ducha, Sienna estaba lista para comenzar el día. Adrianna la ayudó a elegir un vestido y aplicar maquillaje, pero luego tuvo que excusarse e irse para atender sus deberes.

Una vez más, Sienna se quedó sola en su habitación, su tiempo completamente a merced de cuatro herederos mimados. Por lo que sabía, podrían haberla olvidado completamente y dejarla pudrirse en la habitación durante días.

Mientras calculaba cuán aburrida se sentía en una escala del uno al diez, un golpe astuto en la puerta la devolvió a la atención.

—Entra —llamó, sin saber realmente a quién esperaba que entrara por la puerta.

—¿Puedo? —preguntó una voz, abriendo la puerta solo ligeramente. Era la mayor cortesía que había experimentado en las últimas semanas.

—Sí, por favor —respondió de la misma manera.

Lo primero que vio fue la cabeza de Xavier, con su pelo despeinado y sin peinar, seguido de su cuerpo de hombros anchos.

—Hola —la saludó él, con una sonrisa tímida.

Sienna no pudo evitar devolverle la sonrisa. —Hola.

—Te traje algo —dijo él, y solo ahora Sienna vio que llevaba una pequeña bolsa. —Pensé que debes aburrirte muchísimo estando encerrada aquí.

Sienna se encogió de hombros como si no fuera para tanto. De hecho, estaba muriendo por ver qué tenía en la bolsa.

Mostrando señales de timidez o respeto inesperado, Xavier se tomó su tiempo. Comparado con sus hermanos, parecía pensar las cosas antes de responder, expresando sus pensamientos de manera perfecta y educada.

Al mirar alrededor de la habitación, Xavier pareció darse cuenta de que no había muchos lugares donde sentarse.

Sienna tomó la iniciativa. —Podemos sentarnos en la cama. O yo puedo tomar la cama y tú puedes sentarte en la silla, si eso te hace sentir mejor.

Después de pensar un segundo, Xavier asintió. —Supongo que eso funcionaría.

Sienna no sabía a cuál oferta había accedido, pero sin dejar que él retrasara el darle el paquete, inmediatamente tomó la cama mientras acercaba la silla.

Al sentarse, Xavier pareció relajarse un poco.

—Entonces —empezó Sienna, sintiéndose impaciente, —¿qué tienes para mí?

Al mencionar el paquete, los ojos de Xavier se iluminaron. —Te traje unos cuantos libros que me gustan, y pensé que a ti también podrían gustarte.

La cara de Sienna se descompuso por completo. Libros. Le había traído libros. Se recordó a sí misma que no hacía ni un día había estado rogando por ellos, por cualquier tipo de entretenimiento ya que estaba encerrada en lo que solía ser su lugar favorito en la Tierra.

—Me gustaría mostrarte algo, pero a menos que estés familiarizada con la historia, no creo que lo entiendas. Así que creo que sería mejor si lees los libros primero, y luego podemos pasar a lo otro —continuó Xavier, su emoción creciendo con cada palabra.

—Pensé que podrías empezar con estos dos —dijo, y sacó dos libros de su bolsa, entregándoselos.

Sienna los miró, leyendo los títulos. "*La isla del tesoro* y *Las aventuras de Alicia en el país de las maravillas*."

—¿Los conoces? ¿Los has leído? —preguntó Xavier emocionado.

Sienna pensó por un momento. —Creo que mi niñera me leyó *Las aventuras de Alicia en el país de las maravillas*, pero era demasiado joven para recordar mucho. ¿No hicieron una película?

—¿Al menos recuerdas algunos de los personajes? —inquirió Xavier.

—No lo sé —admitió Sienna.

—Vamos, piensa.

Las cejas de Sienna se fruncieron en concentración, intentando recordar. —Obviamente, está Alice. Creo que había un Sombrerero Loco, y algo con un conejo blanco. Oh, y la Reina y el gato también estaban, ¿no es así?

Xavier asintió emocionado. —¡Sí, sí, perfecto!

—¿Por qué me preguntas esto?

—Supongo que puedo mostrarte la parte que está conectada con Alice.

Sienna no tenía idea de lo que Xavier estaba hablando. Hasta ahora, él era el más excéntrico de todos los Carrington.

—Si te muestro esto, tienes que prometerme algo —comenzó, su rostro volviéndose serio.

—Está bien —aceptó Sienna, su curiosidad en su punto más alto.

—Lo digo en serio —le dijo. —Si rompes mi confianza, las consecuencias serán graves.

—Está bien —repitió Sienna, preguntándose en qué se estaba metiendo.

—Tienes que entender —continuó Xavier— que ninguno de mis hermanos sabe sobre esto. Si llegaran a enterarse, estaría en muchos problemas. Así que necesito que seas sincera cuando prometas que no dirás nada.

—Lo prometo —le dijo Sienna.

—Está bien si no quieres. Prefiero que me lo digas ahora en lugar de—

—Lo prometo —lo interrumpió Sienna, su voz más firme.

Aparentemente relajándose, Xavier sonrió nuevamente. —Bien, entonces vamos.

Levantándose, le ofreció su mano, la cual ella tomó sin pensarlo dos veces. Estaba más que lista para explorar el secreto más oscuro del segundo heredero Carrington.

—Obviamente, esto es muy importante para ti. ¿Por qué confías en mí con ello? Ni siquiera me conoces —no pudo evitar comentar Sienna mientras él la llevaba hacia el lugar secreto que tenía en mente.

—Esa es una muy buena pregunta —dijo Xavier, asintiendo aprobatoriamente.

Después de un momento de silencio, Sienna habló de nuevo. —Bueno, ¿no vas a responder?

—¿Hmm? —Xavier la miró, su brazo en el suyo mientras se abrían paso a través de un conjunto de puertas más grande. —Oh, cierto. Como probablemente ya te hayan dicho, se supone que debemos construir una buena relación contigo.

Sienna asintió. Adrianna sí le mencionó que los herederos Carrington querrían ganarse su simpatía... o ponerla de su lado.

—No sé qué táctica eligieron mis hermanos —continuó Xavier—. Verás, soy bastante malo en todo este asunto del cortejo, y no quiero presionarte para nada. Me gusta mantenerme al margen,

y prefiero que la gente no se meta en mis asuntos.

La admisión de Sienna no la sorprendió demasiado. Él parecía bastante incómodo en situaciones uno a uno, pero basándose en sus encuentros pasados, sabía que él daría un paso al frente y haría lo que fuera necesario cuando fuese necesario.

—Mi padre nos dio una orden, y tengo la intención de cumplirla. Para hacer eso, tú y yo necesitamos ser amigos —dijo de manera directa. —Ahora, entiendo que estás en una situación extraña como una invitada-prisionera aquí, lo que hace muy difícil confiar en cualquiera de nosotros. Entonces, pensé que debería ser yo quien dé el primer paso y revelar algo vulnerable sobre mí.

—Supongo que tiene sentido —aceptó Sienna. Era todo lo que podía pensar decir mientras trataba de comprender lo que él acababa de decirle.

—Aquí estamos —dijo él, deteniéndose frente a una puerta grande que Sienna reconoció.

—¿Biblioteca? —preguntó Sienna, confundida.

Xavier le dio una sonrisa cómplice. —Como Carrington, tengo el privilegio de conocer a mis hermanos mejor que nadie, y por eso sé que ninguno de ellos lee.

—Lo que significa que no entrarán a la biblioteca —terminó la idea Sienna.

—Exactamente.

Empujando la pesada puerta, Xavier permitió que Sienna entrara primero. Ella no sabía qué esperaba ver, pero no había nada fuera de lo ordinario en su familiar biblioteca. Volviéndose hacia Xavier, la confusión era evidente en su rostro.

Xavier rió entre dientes. —No pensaste que lo dejaría tirado por ahí, ¿verdad? Puedo parecer lento, pero no soy estúpido.

—Nunca pensé que fueras ninguna de esas cosas —dijo Sienna, dándose cuenta de que decía la verdad.

Xavier alzó la ceja. —¿Ah, sí? Entonces, ¿qué crees que soy?

Sienna se encogió de hombros. —No lo sé. Es demasiado pronto para decirlo.

—Vamos. Intenta. Dame solo una.

Él sonaba tan inocente que Sienna no pudo evitar complacerlo. Dándose un momento para pensar, finalmente se le ocurrió una palabra que podría describirlo.

—Distante.

Xavier inclinó su cabeza, una pequeña sonrisa se dibujaba lentamente en su rostro. —Me gusta eso. Gracias.

Correspondiendo su sonrisa, Sienna sintió una ola de calidez creciendo en su pecho. Tenía que admitirlo, le gustaba Xavier. Era diferente a sus hermanos, y no le daba vergüenza. Al contrario, parecía abrazar completamente su singularidad.

Pronto descubriría cuán cierto era eso.

Guiándola más profundamente en la biblioteca de aspecto arcaico, Xavier parecía saber exactamente a dónde iba. No se molestó en encender las luces mientras pasaban pasillo tras pasillo, sino que confió en la luz natural proporcionada por las ventanas del techo.

—Ya casi llegamos —le dijo después de lo que parecieron al menos quince minutos de caminata.

Sienna sabía que la biblioteca era enorme. Su familia había estado coleccionando diferentes tipos de libros durante siglos y preservando antiguos tomos. Por lo general, siempre que entraba, tendía a quedarse cerca de la puerta donde estaban las mesas. Si necesitaba que se buscara algo desde las profundidades de la biblioteca, hacía una solicitud a uno de los bibliotecarios disponibles.

—Aquí estamos —le dijo Xavier.

Mirando alrededor del pasillo en el que estaban, a Sienna no le parecía que este fuera diferente de los anteriores.

—Vale —dijo Sienna lentamente, sin saber cómo él esperaba que reaccionara o qué se suponía que debía estar viendo.

—Antes de que veas lo que estoy a punto de mostrarte, tienes que prometerme una cosa más —dijo Xavier, su tono serio de nuevo.

Sienna soltó un gemido. —Ya basta de promesas. Sigamos adelante.

Un destello de dolor apareció en el rostro de Xavier, pero rápidamente lo cubrió con la máscara que vio cuando lo conoció a él y a su familia en la sala de guerra.

—Quizás es demasiado pronto para exponerme de esta manera —dijo, de repente sonando inseguro.

Sienna sabía que había cometido un error y que podría haberlo ofendido incluso. —No —dijo apresuradamente. —Lo siento, no quise decirlo así.

—Regresemos —le dijo él, dándole la espalda.

—Xavier, por favor, espera —suplicó Sienna—. Soy una idiota. No quise decirlo de ese modo. Estoy muy emocionada por ver lo que quieres mostrarme, y no puedo esperar, por eso quizás soné impaciente. No porque quisiera faltarte al respeto. Esa no fue mi intención en absoluto. Lo prometo.

Lentamente, Xavier se volvió hacia ella de nuevo, una pequeña chispa de esperanza brillando en sus ojos. —¿En serio?

—Sí —dijo ella suavemente, tomando su mano entre las suyas—. También quiero que seamos amigos. Realmente podría usar uno en este momento.

Cuando los ojos de Xavier se encontraron con los de ella, Sienna trató de parecer tan sincera y genuina como se sentía. Ella había dicho cada palabra en serio.

—Está bien —dijo Xavier al fin—. Pero aún necesito que me hagas una promesa más.

—Lo que quieras —aceptó Sienna.

Una sombra de sonrisa apareció en los labios de Xavier. —Lo que estoy a punto de mostrarte probablemente se considere extremadamente raro. Necesito que prometas no burlarte de mí ni reírte de mí.

Soltando un pequeño suspiro, Sienna le dio una cálida sonrisa. —Lo prometo.

Asintiendo para sí mismo, probablemente para reunir un poco de coraje, Xavier finalmente sacó un enorme y viejo tomo. Le entregó el libro polvoriento. Sienna gruñó bajo el peso del viejo tomo pero logró mantener la compostura.

Para su alivio, Xavier metió la mano en el espacio vacío donde estaba ubicado el libro y sacó una pequeña bolsa. Internamente, estaba tan feliz de que no necesitaría abrir el libro polvoriento ni siquiera leerlo.

—Puedes dejarlo en el suelo —le dijo Xavier de manera casual, mientras miraba en la bolsa, confirmando que su contenido estaba todo ahí.

Mirando alrededor, Sienna consideró que el suelo era tan buen lugar como cualquier otro para ello. Una vez que se deshizo de él, frotó sus manos varias veces en un intento inútil de quitarse el polvo.

—¿Lista? —le preguntó Xavier, mirándola. Mientras su rostro mostraba emoción, ella pudo ver una gran cantidad de vulnerabilidad en sus ojos.

Sienna asintió. Era ahora o nunca.

Metiéndose en la bolsa, Xavier sacó un objeto.

—¿Una roca? —preguntó Sienna, esforzándose por mantener su tono neutro.

Xavier asintió con entusiasmo. —Sé que la iluminación aquí no es buena pero acércate.

Cumpliendo, ella se inclinó más cerca, su frente casi tocando la de él mientras ambos miraban la simple roca redonda. Ella esperó su explicación.

—¿Qué te parece? ¿Puedes verlo?

Las cejas de Sienna se fruncieron en concentración.

—Toma, llévatela. Ve y párate ahí, la luz debería ser mejor —le dijo él, entregándole la roca.

Sienna hizo lo que él dijo y se posicionó donde la ventana del techo daba más luz. Fue entonces cuando ella lo vio.

—Es Alice —dijo ella al fin.

La cara de Xavier se transformó en una brillante sonrisa. —¿Te gusta?

—Pintaste a Alice en una roca —repitió ella, más para sí misma que para él. Trataba arduamente de procesar cómo proceder.

Xavier la miraba expectante, esperando su reacción.

Sin reconocer cuán inesperado y raro le parecía, Sienna decidió concentrarse en otras cosas. —Xavier, ¿tú pintaste esto? Los detalles son asombrosos. Alice parece como si hubiera saltado del libro.

Los hombros de Xavier se relajaron visiblemente. Se acercó a Sienna, su emoción crecía mientras empezaba a señalar cosas en la roca. —Tuve algunos problemas al pintar sus ojos, porque la roca está un poco deformada aquí y me preocupaba que quedara viéndose muy extraño. ¿Qué piensas?

Sienna sonrió. Su entusiasmo infantil era contagioso, y empezaba a influir en ella. —Creo que hiciste un gran trabajo. Honestamente, ni siquiera lo habría notado si tú no lo mencionabas.

Pasaron la siguiente hora hablando sobre las rocas que pintó inspiradas en *Las aventuras de Alicia en el país de las maravillas*.

—¿Por qué pintura en rocas? —preguntó Sienna mientras él la acompañaba a su habitación—. ¿Cómo te interesaste en eso?

Su brazo aún en el de él, Xavier se ajustó ligeramente para poder verla mejor mientras hablaba. —El negocio en el que estamos se trata de matar y destruir. Supongo que quería un pasatiempo que me permitiera dar vida a las historias, vivir a través de ellas con ellas. Como te habrás dado cuenta, mi vida, al igual que la tuya, está lejos de ser un cuento de hadas. ¿Es tan malo querer hacer algo que te permita desconectar, soñar con otros mundos? No le hago daño a nadie con ello.

—En realidad, es bastante genial —dijo Sienna, y lo decía en serio—. También tienes mucho talento para ello.

Xavier soltó una carcajada. —Años de práctica.

Sienna sonrió. —Lo que no entiendo es, si quieres escapar de tu mundo, ¿por qué pintar rocas en lugar de simplemente leer o escribir tus propias historias?

—Primero, mi imaginación es pésima. Segundo, leer es genial, pero no me hizo sentir como si fuera parte de ello hasta que comencé a pintar rocas. —Lanzándole una mirada, sonrió—. Probablemente te estés preguntando por qué no dibujo en un papel o algo así.

—Básicamente.

—Porque es aburrido. Las cosas que hago podrían ser percibidas como aburridas, pero están lejos de serlo.

Habían llegado a la puerta de la habitación de Sienna.

—Quédate conmigo, señorita Ryder. Te divertirás más de lo que crees —le dijo con una encantadora sonrisa en su rostro y un brillo en sus ojos marrones.

Sienna no pudo evitar devolverle la sonrisa. —Créelo o no, realmente disfruté mi tiempo contigo. Gracias.

—Tengo la sensación de que seremos buenos amigos. —Todavía sonriendo, se inclinó hacia adelante y le besó la mejilla—. Hasta la próxima.

Todavía tocando el lugar en su mejilla, lo observó alejarse mientras cerraba la puerta con una mirada disculpática.

Xavier Carrington era un tipo de raro único.

CAPÍTULO 9

En su breve tiempo con los Carrington, Sienna ya había pasado un rato con Jaxon, Aiden y Xavier. A su manera, dentro de sus capacidades, todos hacían lo posible por cortejarla. Sabía que pasar tiempo con ella formaba parte de sus deberes y no tenía ilusiones de que fuera algo más.

La realidad era que ella era y siempre sería una Ryder. Después de lo que los Carrington hicieron a los Ryders, nunca podría haber una cantidad saludable de confianza y respeto entre ellos.

Incluso pasar el rato con los herederos Carrington era todo por el bien mayor. Les permitió llevarla por el complejo, dándose así la oportunidad de echar un vistazo sutil a los nuevos sistemas de seguridad.

Esperando su momento, sabía que su oportunidad llegaría. Solo que no estaba segura de qué exactamente haría: si matar a los Carrington o escapar con su vida.

Por ahora, se dejaría llevar por la corriente y aprovecharía cualquier oportunidad que tuviera.

—¡Hora de comer! —anunció Adrianna, entrando sin más.

Tan pronto tomó la bandeja de ella, Sienna no perdió un instante antes de comenzar a comer. Tenía más hambre de lo que pensaba.

Adrianna se sentó en la cama, mirándola con una expresión extraña en su rostro.

—¿Qué? —preguntó Sienna entre bocado y bocado.

—¿Cómo estuvo?

—¿El qué?

—Adrianna puso los ojos en blanco. —¿Cómo fue tu tiempo con Xavier? Está un poco loco, pero es un buen tipo. Es muy querido en el clan. ¿Has visto esos hombros anchos que tiene? Solo

entre nosotras, es muy talentoso y sensual. El chico tiene un sentido por los detalles, si me entiendes.

Sienna se atragantó con la comida.

—¡Deja de ser tan mojigata! Es perfectamente normal hablar de estas cosas —insistió Adrianna.

—¡No mientras estoy comiendo!

—Supéralo. Si no fuera la comida, encontrarías otra excusa para no hablar de ello. No puedes engañarme. No vas a poder evitar esta conversación, por más que intentes.

Adrianna se acomodó en la cama, acercándose más. —Hablando de duro—

—¡Para! —gritó Sienna. —¡Al menos espera a que termine!

Adrianna gruñó. —Bien. Lo que tú digas. Eres un aburrimiento.

Poniéndose de pie, se dirigió hacia la puerta. —Hablaremos más sobre esto después —prometió. —Pero antes de que lo olvide, por talentoso que sea, también es muy egocéntrico cuando se trata de sus propias necesidades. Nadie es perfecto.

Sienna se quedó sola, finalmente teniendo la oportunidad de disfrutar de su desayuno en paz. Cuando terminó, se tiró en la cama y tomó uno de los libros que Xavier le había regalado.

Luego de pasar un tiempo leyendo, fue interrumpida por un golpe en la puerta. Esperando completamente que fuera el turno de Jensen de sacarla de la habitación, Sienna se sorprendió al ver a Aiden de pie en su puerta. Si ayer había lucido sombrío y casi enojado, hoy se veía más relajado y hasta agradable.

—Hola —la saludó, como si fuera un ser humano. Había una marcada diferencia en comparación con el día anterior. —¿Cómo estás?

—Bien, gracias. ¿Y tú? —Comenzó la conversación lentamente, siguiendo su ejemplo mientras se sentaba más erguida en la cama.

—Bien, bien —dijo un poco distraído, dejando que su mirada vagara por la habitación. —¿Qué hiciste hoy?

—Pasé un tiempo con Xavier, —le dijo Sienna, cuyos ojos se posaron atentos en ella al mencionar el nombre de su hermano.

—¿En serio? —Levantó una ceja, dejando ver más sus ojos grises.

Sienna asintió.

—¿Qué te hizo hacer mi querido hermano? —Aiden preguntó con un tono burlón. —¿Te llevó de aventura?

—De hecho, sí, y ha sido lo más divertido que he hecho en semanas, —replicó Sienna, sintiendo una ola inesperada de protección hacia Xavier surgir dentro de ella.

Aiden notó el filo en su tono. Visiblemente avergonzado, inclinó la cabeza en señal de disculpa. —Lo siento, no quise decirlo así.

Escucharlo disculparse la tomó por sorpresa y la dejó bastante descolocada. Sin saber qué decir, abrió y cerró la boca sin emitir sonido alguno.

—¿Quieres acompañarme a hacer yoga? —Aiden preguntó, cambiando de tema.

Solo entonces se percató de que llevaba puesto un pantalón corto similar al que había usado en su visita al gimnasio el día anterior. Empezó a asociarlo como su equipo de entrenamiento.

—Dame unos minutos para cambiarme.

Aiden asintió y salió de la habitación para esperarla afuera.

No queriendo perder tiempo, Sienna se puso su ropa de gimnasia y llamó a la puerta, esperando que Aiden la dejara salir. Estaba emocionada por tener la oportunidad de ejercitarse nuevamente.

—Hice algo de investigación sobre lo que necesitamos para el yoga, y creo que ya tenemos todo en el gimnasio, —le contó Aiden mientras se dirigían al sótano.

Sienna asintió. —Conseguí que mi padre me comprara cada pequeña cosa que creí que sería útil.

—¿Qué tipo de música deberíamos poner?

—Definitivamente no rock, —dijo Sienna, con una pequeña sonrisa en sus labios.

Para su sorpresa, cuando Aiden la miró, vio que él también estaba sonriendo.

—No te preocupes, seguro que alguno de mis viejos CDs todavía está en el armario, —le dijo.

Aiden asintió, su expresión tornándose pensativa. —Estaba pensando, —comenzó, —creo que podemos saltarnos la basura básica y hacer las cosas de equilibrio, flexibilidad y fuerza.

Sienna negó con la cabeza adamantemente. —De ninguna manera.

—Pero estoy en gran forma, —argumentó, gestualizando hacia su cuerpo musculoso.

—Sí, lo estás, —estuvo de acuerdo, mientras dejaba viajar sus ojos a lo largo de su cuerpo, deteniéndose en el largo de sus pantalones cortos.

—Te garantizo que cada parte de mí es tan musculosa como parece, —le dijo él, captando su mirada.

El rostro de Sienna se tiñó de rojo. —Eso puede ser, —continuó, intentando sacudirse la sensación de incomodidad, —pero no puedes pasar a lo más difícil hasta que hayas dominado lo básico.

—Te aseguro que he dominado lo básico y estoy listo para toda la dificultad que está por venir, —dijo él, con un tono burlón.

Al captar el doble sentido de sus palabras, Sienna le dio una palmada juguetona en el brazo. —¡Basta!

Aiden sonrió ampliamente, su rostro transformándose completamente. —No puedo evitarlo. Lo haces tan fácil.

Sienna rodó los ojos. —Ten cuidado de no sonreír demasiado. No querrás lastimarte alguna vena de la nariz que aún no haya sanado completamente.

Los ojos grises de Aiden se tornaron tormentosos, su semblante alegre se nubló. Sienna se mordió el labio esperando lo peor.

Afortunadamente, tan rápido como el cambio se apoderó de él, con la misma rapidez lo sacudió.

—Vamos, —le dijo él, su tono ahora un poco más serio. —Podemos empezar con lo que tú quieras.

Maldiciéndose a sí misma en su mente, Sienna lo siguió. La facilidad entre ellos había desaparecido por completo.

Cuando entraron al gimnasio, Sienna se dirigió inmediatamente a la radio. Para su alivio, sus CDs estaban intactos. Escogió uno de sus favoritos que solo tenía pistas de música ambiental, lo puso y lo reprodujo.

—¿Pero qué demonios? —Aiden preguntó cuando la música sonó.

Sienna soltó una carcajada. —El yoga se trata de la paz interior y el equilibrio en el universo. Te enseñará cómo controlar y calmar tu mente. Es una práctica de mente y cuerpo.

El labio de Aiden se curvó en una mueca de disgusto.

—Viste lo que hice ayer, —dijo Sienna rápidamente, antes de que él pudiera cambiar de idea. —Dame una hora. Haz todo lo que yo diga.

Un fantasma de sonrisa reapareció en sus labios mientras alzaba una ceja desafiante. —¿Qué gano yo con esto?

—¿Aparte de promover la resistencia, fuerza, flexibilidad, serenidad y bienestar?

—Sí, aparte de eso.

Sienna inclinó su cabeza, interrogante. —¿Qué quieres?

Aiden sonrió. —Aún no lo sé.

Se acercó un paso, quedando justo frente a ella. Sus ojos grises se llenaron de algo que ella no reconoció, sus labios se curvaron en una sonrisa desafiante, invitándola a retroceder. Estaba tan

cerca que ella podía sentir su aliento en su rostro.

Subconscientemente, se pasó la lengua por los labios, haciendo que los de él se elevaran aún más, sus ojos sosteniendo los de ella con una mirada firme. Respiró hondo para calmar su corazón acelerado, y pudo llenarse con el aroma de él. Olía a cítricos. No podía discernir si era por los productos que usaba o su propio olor. Francamente, no le importaba. Le gustaba.

—Esa es la belleza de todo esto, ¿no es así? —dijo él suavemente—. Me deberás un favor sin contenido y vendré a cobrarlo cuando quiera.

—No creo que eso sea justo —dijo Sienna, un poco sin aliento.

Aiden se rió. —La vida no es justa.

Sintiendo el calor de su cuerpo, Sienna notó como el suyo aumentaba en respuesta. Estaba al borde de sudar sin siquiera hacer ejercicio— su corazón latiendo a mil, la sangre bombeando en su oído.

—Te diré qué haremos, estableceremos algunas reglas básicas —dijo Aiden lo suficientemente alto para romper el momento. No sabía qué habría hecho si hubieran seguido así un segundo más.

—¿Qué reglas? —preguntó ella, tomando una botella de agua para saciar su sed, aunque sabía que ninguna cantidad de agua satisfaría la sed que realmente sentía.

Aiden pensó por un momento. —Qué tal si cualquier favor que se me ocurra, aceptarás a menos que te ponga en peligro de alguna manera o te haga hacer cosas en contra de tu voluntad.

—Eso es bastante vago —señaló Sienna.

Aiden se encogió de hombros. —Supongo que lo es. Tómalo o déjalo, Princesa. O eso y hacemos yoga, o regresas a tu habitación y nuestros ejercicios se detienen.

No queriendo perder la oportunidad de salir de la habitación y mantenerse en forma, Sienna no vio otra opción más que aceptar. —Está bien.

Aiden sonrió, visiblemente complacido con él mismo. —Confía en mí. Seguro que será algo divertido.

Sienna rodó los ojos. —Eso es lo que me da miedo.

—Deja de ser tan estirada. Vamos, libera un poco de la tensión que has acumulado —dijo Aiden, y ella se sonrojó otra vez, pensando en todas las maneras en que podría liberarla.

Al darse cuenta, Aiden se rió. —¿Alguien te ha dicho alguna vez que tienes una mente sucia? Estaba hablando de hacer yoga. ¿Por dónde empezamos?

Sonriente, Sienna señaló las colchonetas en el suelo. —Primero, meditamos un poco.

Siguiendo su ejemplo, Aiden se tumbó en la colchoneta y cerró los ojos. Juntos, lado a lado, se alejaron hacia un mundo de relajación mediante la meditación.

Sienna los guió a través de posturas de yoga básicas, aumentando gradualmente la dificultad para ver de qué era capaz Aiden.

Después de una hora o algo así de lo que ella sintió que fue un buen entrenamiento, los guió a través de una serie de estiramientos antes de relajar sus cuerpos nuevamente y terminar la sesión.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó Sienna cuando terminaron.

—Honestamente —comenzó Aiden, secándose el sudor de la frente—, esto ha sido mejor de lo que esperaba. Gracias.

Sienna sonrió. —Me alegra que sientas eso. Yo también lo disfruté mucho.

—Yo también —dijo él con voz profunda, sus ojos fijos en los de ella.

Sienna carraspeó, mirando a cualquier lugar menos a él. —Espero que podamos hacer esto de nuevo pronto.

—Lo haremos —prometió él—. No puedo decir cuándo con certeza porque, como te dije, tengo ciertos deberes que atender y no tengo exactamente un horario fijo. Pero haré mi mejor esfuerzo para hacerlo lo antes posible.

Sienna le dio una amplia sonrisa. —Gracias.

—Vamos —dijo él, señalando la puerta con la cabeza—. Te acompaño a tu habitación.

Era la primera vez que él le ofrecía su brazo. Quedó maravillada con la sensación de este, sus músculos abultándose y palpintando con cada movimiento que hacían. Había un aire de camaradería entre ellos ahora.

Demasiado pronto para su gusto, llegaron a su habitación. Aiden se inclinó para abrir la puerta, dejándola entrar primero.

Al retirar lentamente su brazo del de él, Sienna sintió cómo él la atraía hacia él, y antes de que se diera cuenta, él la estaba besando. Su mente tardó un momento en decidir si devolver el beso o abofetearlo cuando todo terminó.

Aiden se retiró, una pequeña sonrisa en sus labios. Ahora ella sabía a qué sabía él y cuán suaves eran sus labios. Atónita, simplemente se quedó allí, mirándolos, pasándose la lengua por los labios inconscientemente.

—Buenas noches, Sienna —dijo Aiden suavemente, antes de salir de la habitación, dejándola sola con sus pensamientos y el recuerdo de lo que indudablemente había sido un beso muy placentero.

CAPÍTULO 10

—¡Levántate y brilla, Bella Durmiente!

Si de algo podía estar segura Sienna, era de que Adrianna la despertaría temprano y con energía.

—¿Por qué tengo que levantarme a esta hora? No es como si tuviera algo que hacer aparte de quedarme en mi habitación esperando a que los Carrington se aburran lo suficiente como para sacarme a pasear —dijo Sienna, quejándose mientras se tapaba hasta la cabeza con las sábanas.

Adrianna se rió. —Vamos, es hora de desayunar. Te traje cereal.

Esa información hizo que a Sienna le fuera más fácil salir de la cama.

—¿Cómo fue tu tarde con Jensen? —preguntó Adrianna.

Sienna le lanzó una mirada confundida. —¿Jensen?

—Sí. ¿Qué hicieron?

—No pasé la tarde con Jensen —aclaró Sienna.

—¿Cómo que no? Si era su turno, ¿verdad? —preguntó Adrianna, dando la apariencia de pensar intensamente.

Sienna se encogió de hombros. —No tengo idea de cómo deciden quién me sacará a pasear. También asumí que iba a ser Jensen. Supongo que tuvo algo mejor que hacer.

Adrianna negó con la cabeza. —De ninguna manera. El señor Carrington dejó muy claro lo importante que es mantenerte feliz y entretenida.

—Me entretuve bastante —dijo Sienna, dejándose ir.

Los ojos de Adrianna se abrieron de emoción. —¡Cuéntame, hermana!

—Tuve una sesión de yoga con Aiden.

—¿Aiden haciendo yoga? ¡Dios mío!

Sienna sonrió. —Fue genial.

Adrianna la estudió por un momento antes de exclamar: —¡Te gusta!

Sienna se sonrojó. —Ni siquiera lo conozco.

—No necesitas conocer a un chico para sentirte atraída por él. Aiden es guapo. Todos los Carrington lo son. Créeme, lo sé.

—Bueno, y qué si me gusta —preguntó Sienna desafiante.

Adrianna sonrió. —Así se hace, chica.

Sienna logró otra cucharada de cereal antes de ser interrumpida nuevamente.

—Solo prométeme que tendrás cuidado, ¿vale? —dijo Adrianna, su voz baja.

Sienna asintió. —Lo prometo.

Con el rostro iluminado de nuevo, Adrianna sonrió. —Genial. ¿Qué tal si terminas tu desayuno mientras te preparo un baño para variar?

—¡Me encantaría! —dijo Sienna, y lo decía en serio.

Hacía tiempo que no se permitía tomarse el tiempo para relajarse y disfrutar de un largo baño. Supuso que no había nada más que hacer excepto relajarse y esperar a que el siguiente heredero Carrington tocara a la puerta.

Sienna se quedó en la bañera hasta que su piel se arrugó toda y el agua se enfrió. Solo cuando ya no lo soportó más, se arrastró fuera de la bañera y se envolvió el cabello cuidadosamente en una toalla. Saliendo del baño, se dirigió directamente al armario para escoger su atuendo.

—Debes haber quedado muy impresionada conmigo para recibirme así.

Al girarse hacia el sonido de la voz, Sienna dio un grito, tratando desesperadamente de cubrir su cuerpo con los brazos. —¡Aiden! ¿Qué demonios haces aquí?

Aiden se encogió de hombros. —¿Qué? Intenté llamar, pero nadie respondió.

—¡Porque estaba en el baño!

Una enorme sonrisa se extendió por el rostro de Aiden, y solo ahora Sienna notó que su nariz ya no estaba cubierta. Aún estaba un poco morada, pero por lo demás, se veía bien. Su rostro se veía muy guapo.

—Ya veo, ya veo. —Aiden rió entre dientes.

Con un grito, Sienna intentó esconderse detrás de la puerta del armario. —¡Sal de aquí!

—¿Estás segura de eso? —preguntó Aiden, su voz más cercana.

Asomándose detrás de la puerta, Sienna vio que él estaba parado justo al lado.

—¿Segura que quieres que me vaya? —repitió Aiden la pregunta, su voz ronca.

Sienna tragó audiblemente mientras el recuerdo de la sensación de sus labios se forzaba en su mente.

—Puedo pensar en un ejercicio muy beneficioso que podríamos probar —dijo Aiden.

Tocó la puerta del armario, deslizando su mano hacia abajo en un movimiento lento y sensual. El sonido de ello hizo que Sienna se estremeciera con escalofríos. Su traicionera piel le dio toda la respuesta que él necesitaba.

Aiden carraspeó, y Sienna pudo escuchar una sonrisa en el sonido de ello. —Pero soy un caballero. Primero te invitaré a cenar y solo después de eso te llevaré a la cama.

Sienna se atragantó con su saliva, cayendo en un ataque de tos. Podía escuchar el eco de la risa de Aiden mientras salía de la habitación, el sonido viajando hasta sus zonas más íntimas. Su cuerpo no dudaba en hacerle saber cuánto ansiaba sentir su toque y su lengua por todo él.

Tomando una respiración profunda, Sienna se centró en la tarea que tenía entre manos. Necesitaba vestirse.

Adrianna, bendiga su alma, había colgado un vestido corto al lado de la puerta. Todo lo que Sienna tenía que hacer era ponérselo junto con los zapatos que también estaban preparados y esperándola.

Escuchó voces al otro lado de la pared, seguido por la apertura de su puerta y la entrada de Adrianna.

—¿Sabes que Aiden te está esperando afuera, y lleva la sonrisa más tonta que he visto? —comentó Adrianna, echando un vistazo al cabello aún envuelto de Sienna y llegando a su propia conclusión.

—Estoy casi lista. Solo necesito cepillar mi cabello.

Adrianna negó con la cabeza. —No voy a dejarte salir así. Primero, vamos a cepillar tu cabello, luego te pondré algo de maquillaje.

—No es necesario. Ya me está esperando.

—No me importa. Puede esperar un poco más. Estás bajo mi cuidado, y no te voy a dejar salir así. Especialmente no con un heredero Carrington.

El tono de Adrianna no dejaba lugar a discusión. Poniendo morritos, Sienna se sentó y dejó que ella hiciera todo el trabajo.

Después de unos minutos, hubo una llamada en la puerta.

—¿Estás decente? —preguntó Aiden, su voz burlona.

Adrianna le lanzó una mirada inquisitiva, pero Sienna solo rodó los ojos.

—Más o menos —respondió ella.

La puerta se abrió y Aiden entró. Sus ojos recorrieron su cuerpo de arriba abajo, observándola.

—No es mi atuendo favorito, pero supongo que servirá —dijo con un guiño—. ¿Estará lista pronto, Ade?

—Ya casi termino —le aseguró Adrianna con confianza.

—No necesitas aplicarte tanto maquillaje. Prefiero el aspecto natural —dijo Aiden y luego su voz se tornó coqueta—. Además, tengo algo planeado que seguramente ensuciará sus manos.

—¡Aiden! —Adrianna lo regañó, pero solo a medias, mientras que Sienna sentía cómo el calor subía una vez más, deteniéndose solo cuando alcanzaba sus mejillas, coloreándolas indudablemente en un bonito tono de rojo.

—Creo que aquí terminamos —dijo Sienna luego de que Adrianna intentara pasarle el cepillo por el cabello por enésima vez.

Adrianna parecía querer discrepar pero, al final, cedió y le abrió paso.

Al encontrarse con la mirada de Aiden, Sienna sonrió. —¿Qué vamos a hacer?

Aiden guiñó un ojo. —Es una sorpresa. No puedo revelar todos mis secretos.

Le ofreció a Sienna su brazo, una cálida sonrisa en sus labios. Se veía muy guapo en su traje. Le quedaba perfecto. Su cabello parecía solo peinado cuando pasaba los dedos por él. Al pensarlo, Sienna sintió el impulso de pasar sus propios dedos por él. Sus rizos caían de una manera deliciosamente desordenada.

Tomando su brazo, ella le permitió acercarla más a él, su fragancia la golpeó junto con una nueva ola de deseo.

—Pensé que dijiste que íbamos a ensuciar nuestras manos. ¿No arruinará eso tu traje?

Llevándola por el corredor, Aiden se encogió de hombros. Ese movimiento le permitió a ella sentir sus músculos.

—Supongo que sí. De todos modos, tengo cientos de ellos. Además, es culpa de Papá hacernos usarlos.

—¿Cómo es eso?

—Hay un código de vestimenta que él inventó. Hay algunos huecos que aprovecho al máximo.

—Pero la mayoría de las veces que te veo, llevas ropa deportiva.

Aiden le dio una sonrisa cómplice. —Porque supuestamente estoy ejercitándome todo el tiempo.

—¿Y no es así?

—Encogió de hombros. La mitad del tiempo, sí, pero la otra mitad, solo quiero sentirme relajado. ¿Sabes a qué me refiero?

Sienna asintió.

—Estos trajes son tan ajustados y formales. Nunca me gustaron —se quejó—. Jensen es el único que parece disfrutar usándolos. Pero también disfruta seguir todas las reglas. Vive para ellas.

—Excepto una —comentó Sienna antes de poder detenerse.

Aiden se detuvo, girándola hacia él. Había una sonrisa comprensiva en su rostro. —Sabes algo.

Sienna negó con la cabeza. —No realmente.

—Dímelo.

—No es nada.

—Dime lo que crees saber.

Sabiendo que no se detendría a menos que le diera algo, Sienna comenzó a hablar. —Sé que ayer no te tocaba pasar tiempo conmigo. Era el turno de Jensen.

—Interesante. Sigue —Sus ojos grises no revelaban nada.

—Sé que todos ustedes me están cortejando, y que nada de esto es real.

Su ceja se alzó mientras le lanzaba una mirada inquisitiva. —¿Realmente lo crees?

Tomando una respiración profunda para ganar un segundo antes de responder, Sienna finalmente sacudió la cabeza. —No. Creo que la primera vez que salimos estabas enojado conmigo, pero ayer te divertiste. Igual que yo.

Él mantuvo su mirada, su expresión aún un misterio. —¿Qué más?

—Ya dije demasiado.

—Sí, lo hiciste —Aiden estuvo de acuerdo—. Pero tienes suerte de habérmelo dicho a mí. No le diré a nadie que Ade te está contando más de lo que debería. Eso la metería en muchos problemas, y no quiero eso para ella. Tampoco quiero que experimentes la sensación de culpa si algo le pasara, por lo que nunca deberías repetir nada de esto a nadie. ¿Me escuchas? Nunca.

Sienna asintió. Sabía que debería haberse quedado callada, pero estar con Aiden, hablar con Aiden... había algo dentro de ella que quería contarle todos sus secretos más profundos y oscuros.

Tomándola del brazo, él comenzó a caminar de nuevo. —Por cierto, tienes razón —dijo casualmente—. Jensen renunció a su lugar. No tengo idea de por qué, pero sé que si Padre se entera, estará en muchos problemas. Si hay algo que a Padre no le gusta, es que lo falten al respeto. Lo que él dice, se hace. Su palabra es ley.

—Por lo que vale, me alegra que hayas sido tú quien obtuvo el lugar de ayer —le dijo Sienna después de procesar sus palabras—. Y para tu información, creo que te ves muy guapo con el

traje.

Aiden le regaló una sonrisa brillante que llegó a sus ojos. —Realmente deberías verme sin él.

Riendo ante su intento de coqueteo, Sienna le dio un golpecito en el brazo.

—¿Qué hacemos en la cocina? —preguntó Sienna una vez que llegaron.

Un rápido recuerdo pasó por su mente de su primera cita con Jaxon, sentada en esa misma mesa, desayunando.

Soltándole el brazo, Aiden se adentró más en la cocina, usando sus manos mientras hablaba. —Sabes que creo que el ejercicio es muy importante. Te lo dije antes, gracias a la extraña situación de cortejo y diferentes horarios, no puedo ayudarte a planificar un régimen alimenticio adecuado para ti.

Sienna le lanzó una mirada.

—No es que lo necesites —añadió rápidamente—. Solo digo que es muy importante cuidar de nuestro cuerpo de todas las maneras posibles. No hay nada mejor que una comida casera, por eso pensé que podríamos intentar preparar una nosotros mismos.

Los ojos de Sienna se agrandaron. —¿Quieres que cocinemos?

Aiden sonrió. Eso le dijo todo lo que necesitaba saber.

—No sabes cocinar, ¿verdad? —le preguntó ella.

—Nope —dijo él, aún sonriendo—. Pero pensé que sería divertido aprender juntos.

—Te das cuenta de que esto será un desastre. No tengo idea de cómo cocinar. Ni siquiera sé cómo encender el horno. Teníamos gente para eso —le dijo Sienna, su voz acelerándose mientras comenzaba a entrar en pánico.

—Relájate —le dijo Aiden, su voz transmitiendo una autoridad tranquila. Tomó sus manos entre las suyas—. En el peor de los casos, conseguiremos a alguien más para preparar una comida para nosotros. O pediremos una pizza o algo así. Solo quiero que nos divirtamos haciendo algo nuevo. ¿Qué piensas? ¿Puedes hacerlo?

Tragando saliva, Sienna lo miró, encontrando la calma en sus ojos grises tormentosos. —Sí, creo que puedo.

—Genial —dijo Aiden, su voz suave.

Soltó las manos de Sienna, pero ella aún sentía el fantasmal rastro de su calor y sus dedos en ellas.

—¿Qué deberíamos cocinar? —preguntó Aiden, mirando alrededor de la cocina.

—¿Cómo? —chilló Sienna. —¿No tienes ni idea de qué vamos a cocinar? ¿No le dedicaste ningún pensamiento o esfuerzo a esta supuesta cita? ¿Absolutamente ninguna preparación de

antemano?

Aiden le lanzó una mirada avergonzada. —Estoy bastante seguro de que entre los dos, podemos idear algo.

El calor subía dentro de Sienna, y no de la buena manera. No tenía idea de por qué el cocinar la estaba poniendo tan nerviosa. Una pequeña parte de ella quería impresionar a Aiden, pero la parte más grande quería darle un golpe por ponerla en esta situación completamente desprevenida.

Notando su descontento, Aiden miró frenéticamente alrededor de la cocina. —¡Bingo!

Se dirigió hacia la pared llena de libros.

—¿Quieres que leamos un libro? —preguntó Sienna incrédula.

Aiden revoleó los ojos. —No, tonta. Son libros de cocina. Vamos a escoger uno al azar y cocinar lo que sea que aparezca en la página a la que lo abramos.

Sienna gruñó. —Es oficial. Eres el más raro de todos los herederos de Carrington.

Aiden soltó una carcajada. —Vamos, Sienna. Vive un poco. Además, es muy probable que lo arruinemos de todas formas. Mejor que nos divirtamos en el proceso.

Incapaz de discutir con su lógica, Sienna finalmente asintió. —Está bien, tú escoge el libro y yo lo abriré.

Aiden aplaudió emocionado. —¡Eso es, ese es el espíritu!

Observando la estantería, pasó por los libros, tocándolos todos con su dedo. Lo hizo dos veces.

—Creo que ya lo tengo —dijo, y sacó el libro más viejo. Su lomo estaba en muy mal estado, lo que dejaba claro que se había usado mucho. Al entregarle el libro a Sienna, un par de páginas cayeron al suelo.

—Joder —maldijo ella.

—Yo recojo eso —le dijo él. —Tú preocúpate por encontrar una receta.

Tomando una oportunidad, Sienna abrió el libro.

—¿Qué es? —preguntó Aiden, colocando las páginas en la encimera.

—Es una pizza —dijo Sienna. Extrañamente, se sintió un poco decepcionada.

—¿Una pizza?

—Sí —dijo Sienna y leyó la entrada. —Pizza Margherita en Cuatro Pasos Fáciles.

—Bien, podemos hacer esto. —Aiden se frotó las manos emocionado. —¿Por dónde empezamos?

—Dice que incluso un cocinero novato puede dominar el arte de la pizza.

—¡Ese somos nosotros! Totalmente podemos hacerlo. Dime qué necesitamos.

Sienna leyó en voz alta los ingredientes, y juntos los buscaron. Aiden encendió la radio para ocuparse del ruido de fondo.

—Creo que deberías quitarte la chaqueta antes de empezar a manejar la harina.

—Creo que es una buena idea —estuvo de acuerdo él y cuidadosamente la colgó sobre una silla.

Siguiendo el libro, comenzaron a poner ingredientes en el bol. Aiden empezó a mezclar con la cuchara.

—Creo que deberías usar tus manos —le dijo Sienna.

—¿Sí?

Ella encogió de hombros. —No sé. Solo lo vi en las películas.

—¿Así? —preguntó él metiendo las manos y empezando a jugar con la masa. —¿O así? Levantó las manos, soplando harina hacia Sienna.

Riendo, Sienna se alejó de su alcance. —Creo que lo estás haciendo muy bien.

—Intentaré hacer la salsa —le dijo ella, posicionándose lejos de él.

Trabajaron en un agradable silencio que solo era interrumpido por el sonido de la radio. Concentrada en su salsa y asegurándose de seguir la receta correctamente, Sienna no notó a Aiden acercándose sigilosamente por detrás. Puso sus manos alrededor de ella, dejando marcas de harina por todas partes.

Estaba a punto de protestar cuando sintió que él le daba un suave beso en el cuello. Su cálido aliento la hizo estremecerse por completo. Se acercó más, y ella pudo sentirlo endurecerse. No era la única afectada por su cercanía.

No solo necesitándolo sino también deseándolo, Sienna se volteó, agarró a Aiden por el cuello y lo atrajo hacia abajo para besarlo. Su boca chocó contra la de ella. Ni siquiera le importó que sus manos, cubiertas de salsa, ensuciaran su camisa. A él tampoco, ya que gimió en su boca, atrayéndola más hacia él.

Sintió su considerable longitud presionando contra su estómago. Sus manos viajaron hacia abajo por su pecho, deteniéndose brevemente en su estómago para palparlo. Se maravilló al sentir sus abdominales duros como roca.

Las manos de Aiden siguieron un camino similar, trazando la longitud de su espalda. Cuando se detuvo en su trasero, apretó fuertemente. Sienna gimió de placer.

—Llévame —gimió en su cuello.

Él dejó escapar un sonido gutural, agarrándola del trasero para levantarla. Ella enredó las piernas alrededor de su cintura.

Envuelta en su abrazo, Sienna hizo un leve movimiento con las caderas. El agarre de Aiden se apretó mientras su bulto rozaba su zona más suave.

—Llévame —repitió Sienna sin aliento.

Él la besó nuevamente. El beso contenía la mezcla perfecta de aspereza y furia con pasión y desesperación.

A ciegas, sin terminar el beso, la llevó hasta la mesa donde la colocó suavemente. Alejándose ligeramente, fijó sus ojos en los de ella. Los suyos estaban nublados con el deseo más tormentoso. No tenía duda de que los suyos reflejaban una emoción similar.

—Fóllame —lo desafió.

Desabrochándose la camisa, finalmente reveló su estómago. Sienna solo tomó un momento para admirarlo, dándole una rápida lamida a sus abdominales, antes de ocuparse en desabrochar su cinturón. Su amigo estaba demasiado impaciente como para permanecer escondido un momento más.

Aiden gimió cuando sus dedos movieron a desabotonar sus pantalones. Se inclinó hacia delante para besarla otra vez.

—¡DIOS MÍO!

Se separaron de un tirón. Aiden se lanzó hacia su camisa y abrochó su cinturón con una velocidad inhumana.

—¡Madre! —exclamó Aiden. —¿Qué haces aquí?

—¿Madre? —preguntó Sienna, echando su primer vistazo a la mujer de aspecto regio.

—¿Qué estoy haciendo aquí?! —preguntó ella, cubriéndose los ojos con la palma de su mano. —Esta es una cocina, Aiden, no un burdel.

—¡Madre! —dijo Aiden, con un tono de reprimenda. —Esta es Sienna. Volviéndose hacia Sienna, la presentó ante su madre. —Sienna, esta es mi madre.

Forzándose a mirar a la mujer a los ojos, Sienna luchó contra el rubor que seguro estaba invadiendo su rostro. —Un placer conocerla, señora.

—Dudo que sea el mismo placer que mi hijo estaba a punto de darte —comentó ella sin perder el ritmo. —Pero, por favor, llámame Aurora.

Imposiblemente, el rostro de Sienna se volvió del color de un tomate.

—Te acompañaré de regreso a tu habitación —le dijo Aiden mientras abotonaba el último botón de su camisa ahora sucia. Se puso una chaqueta y le ofreció a Sienna su brazo.

—Madre —se despidió de su mamá mientras salían.

Cuando estaban lejos y caminaban por el tercer pasillo, Sienna le golpeó el brazo.

—¡Ay! ¿Y eso por qué? —preguntó Aiden, frotándose el lugar donde ella le había pegado.

—¿Madre? ¿¡Madre?! ¿Estás bromeando, Aiden?

Aiden sonrió. —Lo sé. Tranquila. Fue una complicación inesperada. Estoy bastante seguro de que podemos retomar donde lo dejamos en tu habitación.

Sienna lo golpeó de nuevo.

—¡Ay!

—¿En serio esperas que quiera tener sexo después de que tu madre nos ha pillado?!

—¿No? —Lo planteó como una pregunta.

—¡No! —exclamó Sienna—. ¡Y además tengo hambre! Nunca terminamos de comer nuestra pizza. Todo es tu culpa.

—¿Cómo es mi culpa? —preguntó Aiden, sorprendido—. Yo no hice nada.

—Tuviste que venir y besarme. Ahora, por tu culpa, no solo estoy excitada sino también hambrienta.

Aiden la agarró de las caderas, atrayéndola hacia su pecho.

—Puedo encargarme de la parte de excitada, si quieres —dijo él, con voz ronca.

Alejándose, Sienna lo abofeteó de nuevo. —Una ducha fría se encargará de eso. Más te vale asegurarte de que me envíen comida a mi habitación. ¡Esta cita ha terminado oficialmente!

Sienna caminó enfadada hacia su habitación y cerró la puerta de un portazo tras ella. En el fondo, sabía que no era culpa de Aiden que los interrumpieran. No estaba enojada con él. Estaba enojada consigo misma. Se odiaba.

Se suponía que debía vengar a su familia, pero en cambio, estaba desarrollando sentimientos por ciertos miembros del clan Carrington. Era una traidora.

CAPÍTULO 11

No importa cuán fría pusiera el agua de la ducha, no podía eliminar el recuerdo de la vergüenza. El frío tampoco ayudaba con su deseo sexual. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que tuvo sexo y lo extrañaba.

Como si fuera una señal, sus pensamientos tomaron otro rumbo, y ahora lo único en lo que podía pensar era en cómo estaba decepcionando a su familia. Sus amigos murieron protegiendo precisamente el hogar en el que ahora estaba bailando con el diablo.

Girando la llave para que el agua saliera más caliente, Sienna se quedó inmóvil. Merecía ser castigada. Necesitaba sufrir. El agua no estaba lo suficientemente caliente como para lavar la culpa. Girando la llave aún más, finalmente sintió la quemazón.

Soltando un siseo de dolor, respiró profundo. El vapor llenó sus fosas nasales. El calor le mareaba la cabeza. Puntos negros danzaban en las esquinas de su visión.

A Sienna no le importaba. El dolor en su espalda no era nada comparado con el dolor de perder a las personas que amaba.

—¡SIENNA, QUÉ DEMONIOS?!

Adrianna metió la mano en la ducha para apagarla. Gritó cuando el agua tocó su piel.

—¿Qué demonios te pasa? —Adrianna le gritó. —¡Estás completamente loca! ¿Perdiste la razón?

Paralizada, Sienna simplemente se quedó ahí y miró cómo Adrianna tomaba la toalla. Con cuidado, la envolvió alrededor de Sienna.

—Estás bien —dijo Adrianna, su voz suave y consoladora.

Sienna colapsó en los brazos de Adrianna. La chica era más fuerte de lo que parecía.

—Está bien —repitió, calmando los sollozos de Sienna. —Estás bien.

—Están muertos —lloró Sienna. —Mi familia está muerta. No tengo a nadie. Estoy completamente sola.

—No estás sola, cariño —le dijo Adrianna. —Sé que no llevas mucho tiempo aquí y toda la situación es un completo desastre, pero tienes gente aquí que se preocupa por ti. *Yo* me preocupo por ti.

Sienna sintió que Adrianna tocaba su espalda.

—Está bien —dijo Adrianna más para sí misma que para ella. —No te quemaste. No creo que hayas causado un daño duradero.

Ella la condujo a la habitación, la ayudó a vestirse y la arropó en la cama.

—Intenta descansar —le dijo Adrianna.

Se escuchó un golpe en la puerta.

—¿Sí? —llamó Adrianna.

—Hay una entrega para la señorita Ryder —respondió una voz desde el otro lado de la puerta.

Adrianna se levantó para ver. Uno de los guardias de seguridad sostenía una caja de pizza.

—El maestro Aiden dijo que la señorita Ryder podría tener hambre —dijo, entregándole a Adrianna la caja.

—Gracias —dijo Adrianna, y prácticamente le cerró la puerta en la cara, volviendo su atención hacia Sienna. —Pensé que ustedes dos tenían una cita para almorzar.

—Así fue —respondió Sienna, débilmente. —Solo que nunca llegamos a la parte del almuerzo de la cita.

Adrianna levantó una ceja. —¿Te gustaría contármelo?

No queriendo sentirse sola nunca más, Sienna decidió dejar entrar un poco a Adrianna. —Solo si te unes a mí para comer esa pizza.

Adrianna sonrió. —Creí que nunca lo dirías.

Sienna hizo espacio en la cama para la caja. Juntas, ella y Adrianna se sumergieron en la deliciosa comida, cuyo olor llenaba la habitación.

Después del primer bocado, Sienna se sintió un poco mejor. Estaba ansiosa por hablar sobre los Herederos del Poder con Adrianna y verlos desde su punto de vista.

—Empieza —ordenó Adrianna, mordiendo su porción.

—Las cosas se calentaron un poco —comenzó Sienna y no pudo evitar sonrojarse al pensar en ello. —Un momento, Aiden y yo estábamos cocinando, y al siguiente, estábamos en una intensa sesión de besos sobre la mesa de la cocina.

Los labios de Adrianna se curvaron en una sonrisa. —Continúa y no escatimes en detalles.

—No puedo compartir todo contigo —le dijo Sienna. —Me muero de vergüenza solo de pensarlo.

—Está bien. Cuéntame lo que puedas —cedió Adrianna. Sienna sospechaba que solo accedió porque quería saber qué había pasado y planeaba obtener los detalles más tarde.

—Bueno, supongo que estábamos a punto de hacerlo cuando nos interrumpieron.

—¿Por quién?

—¡Por su madre!

Adrianna soltó un grito. —¡No!

—¡Sí!

Mirándola con los ojos muy abiertos, Adrianna estalló en risas.

—¡Fue horrible! —le dijo Sienna. —Nos regañó e hizo algunos comentarios.

—Ella es la última persona que debería hacerte sentir incómoda —dijo Adrianna.

—¿Por qué?

Su amiga se inclinó más cerca, su voz tornándose conspirativa. —Al parecer, en sus tiempos, no era precisamente una dama.

—¿Qué?

—Estaba con hombres fuera del clan Carrington. ¡Se cree que incluso se acostó con el viejo Remington una vez!

—¿En serio? —preguntó Sienna, sin poder creerlo. —Pero parecía tan correcta y regia.

Adrianna se encogió de hombros. —Después de que el señor Carrington le pusiera el anillo, tuvo que arreglar su vida. Después del matrimonio, solo podían estar el uno con el otro. La lealtad es muy importante para los Carrington.

—¿Y tú por qué no estás casada? —soltó Sienna de repente.

—¡Perdón! Tengo más o menos tu misma edad. De ninguna manera me casaré antes de los treinta, y aun así no estoy tan segura.

—¿Por qué no? —indagó Sienna—. ¿No quieres encontrar a esa persona especial?

—Si alguna vez encuentro a esa persona especial, podría considerar permitirle que me ponga un anillo en el dedo —admitió Adrianna—. Pero hasta entonces, estoy perfectamente feliz navegando en el mar lleno de peces.

Sienna se rió de eso.

—¿Y tú? —preguntó Adrianna.

Sienna se encogió de hombros. —No creo en el matrimonio. Me gusta demasiado mi libertad para eso.

—Pero si encuentras a la persona adecuada, aún te sentirás libre. O querrás dejarlo todo por completo para estar con ellos.

—Supongo —concedió Sienna—. Pero sinceramente no lo creo. No puedo creer que esté diciendo esto en voz alta, pero creo que me gusta el Código de Honor de los Carrington y su visión sobre el sexo.

Las cejas de Adrianna se levantaron. —No puedo creer que te haya escuchado decir eso tampoco.

Sienna se rió, toda la tensión y culpa anteriores habían desaparecido de su cuerpo. —Creo que me gusta el hecho de que eres libre de hacer lo que quieras con quien quieras sin ser juzgada por ello.

—Es verdad. También ayuda que no haya posesividad. La gente ha sido ejecutada por mucho menos. —Adrianna se estremeció, sin duda, reviviendo un horrible recuerdo del pasado.

—Creo que no quiero saber —admitió Sienna.

—No te culpo —dijo Adrianna y recogió la caja vacía—. Tengo que irme, pero te veo más tarde, ¿vale?

Sienna asintió.

—Gracias por el almuerzo.

—No hay de qué —respondió Sienna y saludó con la mano mientras Adrianna se iba, cerrando la puerta detrás de ella.

Sin saber qué más hacer, recogió el libro de Xavier. Le ayudaría a matar unas horas hasta que el siguiente heredero Carrington la honrara con su presencia. Si sus cálculos eran correctos, era el turno de Jaxon.

Unas horas y muchas páginas después, Adrianna entró en la habitación de golpe.

—¡Chica! ¡No tienes idea de lo que acabo de ver! —Saltaba arriba y abajo, aplaudiendo emocionada.

Su emoción era contagiosa, y Sienna se encontró sentándose en la cama, completamente alerta. —¿Qué?

—Tu cita de esta noche va a ser perfecta. Va a ser increíble. Juro que estoy tan celosa. Pero no de una mala manera —Adrianna dijo rápidamente.

—Ya, ya. —Sienna la apartó con un gesto—. Dime qué viste.

—No puedo porque arruinaría la sorpresa. Pero puedo ayudarte a vestirte para la ocasión.

Adrianna ya estaba rebuscando en el armario, murmurando por lo bajo.

—¿Con quién es?

—Con el más soñador de todos —suspiró Adrianna.

Sienna se rió. —Jaxon.

—Eres tan afortunada —le dijo—. Él nunca escatima en estas cosas y siempre lo hace a lo grande. De alguna manera, es tan simple, pero al mismo tiempo, es increíblemente romántico.

—Al menos dame una pista —rogó Sienna.

—No, porque solo arruinaría la sorpresa para ti. Debes prometerme que después me contarás todo al respecto.

—Solo si me das una pista —insistió Sienna, intentando negociar.

La cara de Adrianna parecía que estuviera sufriendo. —No seas tan fastidiosa. Cuando lo veas, estarás agradecida de que no te dije nada. Hay cosas que simplemente necesitas experimentar por ti misma.

Sienna rodó los ojos. —Está bien. Ayúdame a prepararme para poder determinar por mí misma si vale la pena hacer tanto alboroto.

—¡Una cita con Jaxon Carrington siempre vale la pena hacer un alboroto!

Finalmente, Adrianna sacó un vestido que consideró digno de la ocasión.

—Ponte esto —ordenó. Sin esperar a ver si Sienna hacía lo que le pedía, Adrianna ya estaba en su siguiente tarea. No solo era muy buena en lo que hacía, sino también rápida.

No mucho después de que las chicas terminaran, Jaxon apareció en la puerta. Sostenía un ramo de flores de aspecto costoso, su brillante sonrisa era el complemento perfecto de su esmoquin negro.

—Buenas noches, señorita Ryder —la saludó, acompañado de una ligera inclinación de cabeza.

Sienna creyó poder ver deseo en sus ojos mientras la recorría con la mirada. —Jaxon.

El sonido de su nombre saliendo de sus labios pareció devolverlo a la acción. —Te ves absolutamente hermosa —le dijo, con la voz llena de genuina admiración.

—Yo me encargo de esas —dijo Adrianna, entrando en acción. Agarró las flores y las puso en un jarrón vacío junto a la ventana. —Que se diviertan esta noche, chicos.

—Gracias, Ade. Eso tengo planeado —dijo Jaxon, recuperando su actitud habitual.

Caminando hacia él, Sienna le ofreció su mano. —¿A dónde me llevas, amable caballero?

Jaxon sonrió. —¿Qué te parece si vamos a un lugar donde la luz nunca se apaga?

La manera en que la miraba le envió escalofríos por la espalda. Sienna logró devolverle la sonrisa. —Guía el camino.

—Me alegra ver que decidiste ponerte algo similar a lo que llevabas el día que nos conocimos —dijo Jaxon, guiándola escaleras arriba.

Sienna soltó una risa. —Ni siquiera me había pasado por la cabeza, pero supongo que no debería sorprenderme que lo notaras.

—Yo lo noto todo, Sienna.

La manera en que lo dijo envió todo tipo de señales a través de su cuerpo y no todas eran buenas. Con un ligero sacudir de cabeza, las reprimió, ignorando la incomodidad.

—Yo también noto más de lo que podrías pensar, Jaxon —replicó ella.

Él le dio una mirada evaluadora. —Lo sé.

—Deberías haberme dicho que esta era una cita para hacer ejercicio. Si hubiera sabido, me habría vestido apropiadamente —respiró Sienna después de que llegaron arriba del todo.

Jaxon soltó una risa. —Me disculpo. Te prometo que ya hemos llegado. Además, si después te apetece hacer ejercicio, estaré más que feliz de hacerlo sin ropa alguna.

Sienna se sonrojó. Maldijo su piel excesivamente reactiva por siempre ponerse roja al menor indicio de incomodidad, vergüenza o deseo.

—Es una invitación abierta —añadió Jaxon, perfectamente consciente del calor cada vez mayor en el interior de su traicionero cuerpo.

Haciendo caso omiso de su comentario, Sienna se enfocó en la fecha. —¿Por qué me trajiste al tejado? Estoy segura de que hay maneras más fáciles de matarme que esta. Supongo que querrías que pareciera un accidente para no meterte en problemas con tu padre, ¿no?

Jaxon soltó una carcajada. —No te preocupes, Sienna, nadie va a intentar matarte esta noche.

—Me alegra saber que estoy segura por lo menos una noche —dijo Sienna con sarcasmo.

Jaxon le lanzó una mirada severa antes de que sus ojos se suavizaran. —Ni siquiera puedo imaginar cómo debes sentirte. Realmente no puedo. Tu vida y tu futuro son un gran interrogante. Eso debe ser horrible. Pero conozco tu presente. Planeé tu presente. ¿Qué te parece si vivimos un poco en él?

—Creo que eso me gustaría, para variar.

—Bien. —Extendiendo su mano alrededor de ella, puso una mano en la parte baja de su espalda, mientras con la otra abría lentamente la puerta. —¿Estás lista?

—Sí —respiró Sienna.

Jaxon empujó completamente la puerta, ejerciendo una ligera presión en la parte baja de su espalda, invitándola a salir al tejado.

Las lágrimas afloraron en los ojos de Sienna.

—¿Estás bien? —preguntó Jaxon. Dio un paso más hacia afuera, gesticulando a su alrededor. —No te gusta, ¿verdad?

Sienna negó con la cabeza, incapaz de hablar.

—¿No es lo suficientemente romántico? ¿Es demasiado romántico? —Jaxon miró a su alrededor con una mirada frenética. —No te gustan esas cosas. Te interpreté mal. Esto nunca me pasa. Te juro, generalmente soy muy bueno en esto. El romance es mi segundo nombre.

Ahora estaba balbuceando.

—Jaxon —dijo Sienna suavemente, recuperando su compostura.

Sus ojos volaron hacia ella.

—Es perfecto.

Sus cejas se elevaron con un atisbo de esperanza. —¿En serio?

Sienna asintió, conteniendo un torrente de lágrimas. —Mira esto —gesticuló a su alrededor hacia las linternas que iluminaban el área. —Es increíble.

Jaxon dio un paso más hacia ella. —¿En serio?

Dando un paso hacia él, sintió una sensación divertida en el suelo. Al mirar hacia abajo, vio que estaba parada sobre un camino de pétalos de rosa.

—¿Demasiado? —preguntó Jaxon, ansioso.

Sienna negó con la cabeza y le ofreció su mano. —Es perfecto.

Visiblemente relajado, Jaxon sonrió y tomó su mano. —Nuestra mesa nos espera.

Siguiendo el hermoso camino realizado, Sienna maravillada ante el ambiente de luz de velas, hasta que su atención fue robada.

—¡Jaxon!

—Como dije, nuestra mesa nos espera —le dijo él con una sonrisa.

—Todo esto, Jaxon... Es hermoso. Gracias.

—Te lo mereces, Sienna. Te mereces ser feliz.

Un pensamiento oscuro apareció en la mente de Sienna, pero antes de que pudiera tomar forma completa, Jaxon se acercó a la silla.

—¿Te gustaría acompañarme en una cena romántica bajo las estrellas?

—Me encantaría. —Sienna sonrió y tomó asiento.

Antes de sentarse, Jaxon abrió el vino, llenando sus copas.

—Gracias.

Levantando una copa, él le brindó a Sienna una de sus sonrisas encantadoras. —¿Qué te parece si brindamos?

—Está bien —aceptó Sienna, y tomó una copa propia.

—Por una noche, me gustaría que olvidáramos que yo soy un Carrington y tú una Ryder. Esta noche, somos solo dos personas disfrutando de la compañía del otro. Dos personas con mucha química y chispas eléctricas saltando a nuestro alrededor, amenazando con quemar un edificio. Dos personas en un viaje espontáneo hacia donde nos lleve. Esta noche, somos solo Jaxon y Sienna.

Sienna sonrió, chocando su copa con la de él. —Por Jaxon y Sienna.

CAPÍTULO 12

Después de que los meseros recogieron el último de los postres, Jaxon abrió otra botella de vino.

—Estoy agradablemente ebrio —anunció y tomó otro sorbo de vino.

—Yo también —confirmó Sienna. —La comida estuvo fantástica.

—¿Y la compañía?

—La compañía también —le aseguró Sienna.

—Bien. —Sonrió y luego se inclinó hacia adelante. —Ahora que ambos estamos ebrios y un poco fuera de guardia, me gustaría hablar contigo sobre algo.

Sienna levantó una ceja. Le gustaba pasar tiempo con Jaxon. Su constante coqueteo la ayudó a relajarse y divertirse. Desde que Adrianna le dijo que él era el mejor de los Herederos Carrington, Sienna no podía dejar de pensar en ello.

—Sé que sabes más de lo que deberías —dijo él, su tono volviéndose un poco más serio.

Aquí estaba ella esperando que él continuara con el coqueteo. Incluso estaba dispuesta a llevarlo un poco más allá.

Despejando su mente, inclinó la cabeza hacia un lado. —Me temo que no sé de qué estás hablando.

—Supongo que tengo que ceder un poco para ganar un poco. Seré honesto contigo —dijo antes de tomar otro gran sorbo de su copa casi vacía. —Sé que te han informado que se nos ha pedido cortejarte.

Sienna abrió la boca para responder.

—Solo escucha por ahora, por favor, y luego te dejaré hablar.

Ella asintió.

Relajándose, él le ofreció una de sus brillantes sonrisas que mostraban todos sus perfectos dientes blancos. Transformaba su rostro y lo hacía parecer más joven de lo que era. —Soy un conquistador, Sienna. No lo ocultaré y no intentaré cambiarlo. Vi tu foto mucho antes de que se nos pidiera salir contigo. Siempre había planeado tener ese hermoso trasero tuyo.

Sienna rodó los ojos y se sonrojó. Un fantasma de sonrisa luchaba por aparecer en sus labios.

—¿Conoces el Código de Honor Carrington? —le preguntó, inclinándose hacia adelante con interés.

—Un poco.

Jaxon asintió pensativo. —Está bien, eso es bueno. Si no te importa, te contaré la parte que más nos interesa. Se refiere a la forma en que manejamos nuestras relaciones.

—Esa es la parte que he escuchado —le dijo Sienna, luego tomó un sorbo de su propio vino. Si iba a continuar esta conversación con el siempre encantador Jaxon Carrington, necesitaría beber un poco más.

—Entonces sabes que somos libres de tener relaciones sexuales con quien queramos.

Sintiendo que el vino hacía su efecto, Sienna encontró los penetrantes ojos azules de Jaxon, sosteniendo su mirada. La noche iba perfectamente, pero había una guinda que le faltaba.

—Siempre has sido bastante directo conmigo, Jaxon —dijo Sienna, su voz seductoramente baja. —¿Puedo ser honesta contigo?

Los ojos de Jaxon destellaron con una emoción que Sienna no pudo interpretar. Sus labios se curvaron en una pequeña sonrisa. —Por favor.

—Me gusta esa parte de tu Código de Honor —admitió, sintiéndose valiente.

La sonrisa de Jaxon creció. Inclinó ligeramente la cabeza y se acercó más a Sienna. —Por favor continúa —dijo suavemente, su aliento mentolado alcanzándola.

Vaciando su copa de un gran trago, Sienna lanzó la precaución por la ventana. —Creo que eres muy atractivo y hace tiempo que no tengo sexo.

Como uno solo, se levantaron de sus sillas, derramando la botella de vino mientras sus bocas se encontraban. Sus cuerpos chocaron, encajando perfectamente. Sus lenguas bailaron en una pista de baile de vino y menta.

Sienna agarró el cabello de Jaxon, tirando de su cabeza hacia atrás mientras dejaba una estela de besos por su cuello y línea de la mandíbula. Mordisqueó su oreja.

—Joder —gimió él.

Con un movimiento de su mano, él despejó la mesa y puso a Sienna sobre ella. Subiéndose a medias él mismo, Jaxon la besó con hambre. El cuerpo de Sienna respondió con deseo.

Necesitaba esto. Echaba de menos esto. Sus manos viajaron por su espalda, sintiendo sus músculos.

—Quítatelo —ordenó ella, sacando su camisa de sus pantalones.

En algún momento, él ya había perdido su chaqueta. Ávidamente, ella pasó su mano por su estómago desnudo, admirando la dureza de su cuerpo esbelto.

Jaxon le desabrochó el vestido, rompiendo el beso el tiempo suficiente para quitárselo. Sus ojos destellaron con deseo y empezó a desabrocharse el cinturón mientras la contemplaba. Estaba tendida frente a él en la mesa en nada más que su ropa interior.

—Más rápido, —ordenó ella, incapaz de contenerse. Necesitaba liberación ahora. Lo deseaba a él.

Con los pantalones fuera, el hermoso pene de Jaxon estaba completamente erecto. Agarrando la ropa interior de Sienna, la rompió, revelando su ya húmeda vagina.

—Maldita sea, —murmuró antes de tirar de ella hacia adelante, besándola con fiereza.

El roce de su pene contra el exterior de su vagina la volvió loca. Aruñando la espalda de Jaxon con sus uñas, lo sintió gemir en su boca. Levantó las piernas, las enredó alrededor de sus caderas y le dio una clara apertura.

—Fóllame, Jaxon, —ordenó ella, con voz ronca. —¡Fóllame ahora!

Agarrando su pene, Jaxon penetró la vagina de Sienna con un movimiento rápido.

—Sí, sí, sí... —Repetía sus gemidos mientras Jaxon seguía con movimientos tortuosamente lentos.

—Más rápido, Jaxon, —gemía ella. —Necesito que sea más rápido.

—Todavía no, —le gruñó él a cambio.

—¡Más rápido! —gritó ella, corriendo sus dedos por su espalda.

Gimiendo con una mezcla de placer y dolor, Jaxon finalmente obedeció, acelerando sus movimientos. Su duro pene devoraba su vagina, brindándole todo el placer que había extrañado.

—¡Voy a acabar! —gritó ella.

Jaxon aceleró el paso, embistiéndola sin piedad. El sonido de sus cuerpos sudorosos creaba una dulce música.

Con un último poderoso empuje, el cuerpo de Jaxon se tensó mientras liberaba su acumulación. Sentirlo palpitar dentro de ella fue la gota que colmó el vaso para Sienna y terminaron juntos.

Después de que lograron recuperar el aliento, todavía jadeando, Jaxon se retiró cuidadosamente de Sienna, haciendo que ella gemiera de placer una última vez.

—Eso fue- —comenzó Sienna.

—¿Increíble? —ofreció Jaxon, con una sonrisa satisfecha en su rostro.

—Exactamente lo que necesitaba, —terminó Sienna, devolviéndole la sonrisa.

—Encantado de ayudar en lo que sea. —Jaxon le guiñó un ojo, luego recogió lo que quedaba de su ropa interior, dándole a Sienna una vista de su espalda profundamente arañada.

—Has sido marcado, —le dijo ella, con voz baja y ronca.

Con un movimiento rápido, Jaxon la agarró de las caderas, atrayéndola hacia él nuevamente. El aliento de Sienna se entrecortó en anticipación mientras su frente tocaba la de ella.

—Un pequeño precio que pagar, —le dijo, sus labios rozando los suyos con cada palabra.

Agarrando la nuca de él, Sienna atrajo su boca hacia la suya. Lo saboreó una vez más, permitiéndole sentir cuán ferozmente hambrienta estaba por ello.

Jaxon se veía visiblemente despeinado mientras ella se alejaba, dándole una sonrisa que sabía lo desarmaría. Bajando la mano, tocó su pene creciente de nuevo.

—Cuidado, —advirtió él cuando ella dio un ligero apretón. —Si continúas con este juego, tendré que follarte de nuevo.

Sienna lo miró con una mezcla de desafío y seducción. —Solo me follaste porque yo te lo permití. Puede que sea tu prisionera, pero en muchos sentidos, todavía tengo el control.

Lentamente, los labios de Jaxon se curvaron en una amplia sonrisa. —Considérame impresionado.

Ligeramente, pero con suficiente fuerza para subrayar el significado, Sienna empujó a Jaxon lejos de ella. —Vístete. Nuestra cita ha terminado.

Dándose la vuelta, Sienna recogió su vestido descartado. Se sobresaltó cuando Jaxon agarró su muñeca y la giró hacia él. Había un brillo peligroso en sus ahora fríos ojos azules.

—No te equivoques, Sienna, por mucho que me guste jugar este juego, hay un límite hasta donde puedes presionarme. No me hagas mostrarte quién manda, —dijo Jaxon, sin molestarse en disimular su amenaza poco sutil.

Las campanas de alarma sonaron en la cabeza de Sienna. Demasiado atrapada en el alcohol y el placer, había olvidado momentáneamente con quién estaba tratando.

Jaxon podría ser diversión y juegos, pero eso no era todo lo que era. Era un heredero Carrington, y uno muy peligroso.

Soltándole la muñeca, él fue a ponerse los pantalones. Sin querer que él la viera, Sienna frotó el lugar doloroso. Ya se estaba formando un moretón.

Tan rápido como humanamente posible, se puso la ropa, lista para regresar a su habitación. Todo lo que deseaba ahora era estar lejos de Jaxon y reevaluar su situación actual.

Se odiaba a sí misma por haber bajado la guardia. Hablarle así podría haberla matado y debería considerarse afortunada de que todo lo que hizo fue darle una advertencia.

—¿Listo? —preguntó Jaxon mientras se ponía la chaqueta de su esmoquin.

Sienna se obligó a sonreír. —Sí.

Tomando su mano en la suya, Jaxon los guió escaleras abajo y de vuelta hacia su habitación.

—Sienna, —dijo él para llamar su atención, antes de dejarla sola.

Ella le dio una mirada dudosa.

—Lo siento por cómo terminó la noche, —le dijo él, sonando sincero. —Quiero que sepas que nunca tuve la intención de imponerme sobre ti de nuevo.

Y sin embargo, seguía haciéndolo, pensó Sienna para sus adentros, pero sabía que era mejor no decírselo.

—No te preocupes, Jaxon. Al final, me divertí bastante. Fue una noche encantadora. Gracias, —dijo ella, obligándose a mirarlo a los ojos. Si quería sobrevivir, necesitaría jugar su juego. Su juego.

Sus labios se extendieron en una amplia sonrisa y sus hombros se relajaron con alivio. —No tienes idea de cuánto me alegra que no lo tomes personal. Juntos, tú y yo vamos a divertirnos mucho, —le prometió.

Sienna asintió y se inclinó hacia adelante, dándole un beso en la mejilla. —Buenas noches, Jaxon.

—Hasta la próxima, —le dijo él y salió de la habitación, dejándola finalmente sola.

Agotada y ebria, pero agradablemente satisfecha, Sienna decidió dar por terminado el día. Se quitó el vestido una vez más, se duchó rápidamente antes de irse a la cama.

Mañana podría esperar hasta que estuviera descansada.

CAPÍTULO 13

¡Levántate! No puedo creer que ya estés desperdiciando mi tiempo.

Al abrir los ojos, Sienna fue recibida por una luz brillante que intensificaba su dolor de cabeza.

—Ugh —se quejó, rodando hacia un lado—. Nunca volveré a beber.

—Mejor para ti. Ahora levántate de una puta vez. No tengo todo el día —ordenó la voz, sin amabilidad.

Volteando su atormentada cabeza, Sienna pudo ver claramente a la persona responsable de su abrupto despertar. —Jensen.

—Genial, sabe mi nombre —murmuró él—. Hueles peor que un cadáver.

Tomando una bocanada de aire, la cara de Sienna se contrajo en disgusto. Él tenía razón. Olfateaba a sudor seco, alcohol y sexo.

—Me daré una ducha.

Él rodó los ojos. —Como quieras. Volveré en diez minutos. Es mejor que estés lista para entonces.

Sienna asintió, el movimiento provocó una nueva oleada de dolor. Se preguntaba dónde estaba Adrianna y por qué no había sido ella quien la despertara.

Arrastrándose fuera de la cama, sus ojos se abrieron de par en par al ver el reloj. —¡Son las putas seis de la mañana! —gritó incrédula, a nadie en particular—. Que me parta un rayo.

Con pasos pesados, se dirigió al baño y encendió una ducha caliente. Había dormido menos de dos horas, todavía estaba borracha y su cabeza dolía como el infierno. Hoy iba a ser divertido.

—Que te jodan, Jensen. Que te jodan. Que te jodan. Que te jodan —murmuraba una y otra vez mientras se frotaba el cuerpo, forzando a su mente a despertar.

Sin importarle cómo lucía, se puso lo primero que encontró, que resultó ser un conjunto de pijama de Mickey Mouse que Adrianna había dejado sobre la silla para que se lo pusiera después de su cita con Jaxon. Obviamente, había estado demasiado borracha para hacerlo.

Jensen entró en la habitación exactamente diez minutos después. Levantó una ceja al ver su atuendo pero no dijo nada. En lugar de ello, señaló hacia la puerta.

Abatida, Sienna dejó el confort de su habitación. Tenía la medio esperanza de que él la llevara a comer algo, pero al mismo tiempo no estaba tan segura de poder mantener los contenidos en su estómago.

Jensen la condujo al estudio. Señaló una silla mientras él tomaba la otra. Sobre la mesa había un tablero de ajedrez.

—De ninguna manera —se quejó Sienna.

—Juegas al ajedrez, ¿no? —preguntó Jensen, con tono neutral.

—Sí, pero no en plena madrugada —arguyó ella.

—No es la madrugada. Es temprano en la mañana.

—Odio las mañanas.

—Demasiado mal. No me importa. Ahora juega —ordenó, con un gesto hacia sus piezas blancas.

A regañadientes, inició con un peón. —¿Por qué quieres jugar al ajedrez?

—Porque aunque me vea obligado a pasar tiempo contigo, no tengo que hablar —le dijo él, sin rodeos, haciendo su propio movimiento.

—¿De verdad soy tan mala?

Él la ignoró, mirando el tablero.

—Lo que sea. —Ella suspiró y movió su pieza.

Jugaron en silencio un rato más hasta que Sienna lo rompió de nuevo. —¿Puedo tomar un aspirina?

Justo cuando pensaba que él la ignoraría, los ojos de Jensen se encontraron con los suyos. Notó que los suyos eran un tono de azul más oscuro que los de Jaxon.

Metiendo la mano en su bolsillo, Jensen sacó su móvil y envió un rápido mensaje de texto. —Alguien te la traerá en un momento —le dijo, volviendo su atención al juego.

—Gracias —fue todo lo que dijo, sin querer molestarlo.

Fiel a su palabra, la puerta del estudio se abrió y entró un sirviente, llevando una pequeña bandeja. Sienna intercambió una mirada con Jensen, luego él la puso en la mesa junto a Sienna.

Tomando un aspirina de la bandeja, Sienna lo engulló de un trago con el vaso entero de agua. No estaba preparada para la ola de náuseas que le siguió.

—Parece que tu estómago todavía no es lo suficientemente fuerte. Toma más agua, pero esta vez más despacio —ordenó, rellenando su vaso.

Haciendo lo que él decía, Sienna tomó su tiempo bebiendo otro vaso. Volviendo al juego, tomó su torre con su reina.

Sonrió aprobatoriamente. —Debo decir que lo estás haciendo mejor de lo que esperaba, señorita Ryder.

El ceño de Sienna se alzó mientras Jensen comentaba sobre su juego, iniciando una conversación.

—Fui criada jugando este juego —ofreció ella a cambio.

Jensen asintió, sin apartar la vista del tablero. —El ajedrez puede enseñarte muchas valiosas lecciones de vida. Se trata de hacer movimientos fuertes y mantenerse firme en ellos. Si planeamos hacer algo, tenemos que asegurarnos de defender nuestra posición y luchar por lo que creemos. —Movió su reina.— Jaque.

—Estoy de acuerdo. También te enseña a tener una estrategia, a ver el panorama completo y a pensar con anticipación —dijo Sienna, mientras tomaba su reina con su caballo.

—Y a veces te enseña cómo fingir, cómo pensar como tu oponente y cuándo sacrificarse por el bien de la victoria —añadió Jensen, moviendo su otra torre.— Jaque mate.

Los ojos de Sienna se agrandaron. Nunca perdía. —Eso es imposible —dijo.— No lo vi venir.

Jensen sonrió. —Ayuda tener un plan B, C y D preparados.

—Lo tenía. Siempre lo hago.

—También ayuda estar sobrio. Otra vez.

Comenzó a preparar el tablero de nuevo, tomando las piezas blancas esta vez. Sienna preparó su propio lado.

Su dolor de cabeza disminuyó a medida que la aspirina comenzaba a hacer efecto.

—Espera —dijo ella, deteniéndolo en el aire justo cuando estaba a punto de hacer su primer movimiento.— Antes de empezar, ¿te importaría pedir que trajeran algo de café?

—¿Realmente crees que eso ayudará a tu juego? —preguntó él. Sienna se convenció de que detectaba un tono de burla en su voz.

—Tienes una clara ventaja. Conseguirme una taza de café es lo menos que podrías hacer.

Él sostuvo su mirada por un momento, una extraña expresión en su rostro. —Como desees —dijo al fin, y sacó su teléfono para enviar un mensaje de texto.

Se sentaron en silencio, mirándose el uno al otro, hasta que llegó el café. La misma camarera lo trajo. Intercambiaron las bandejas y se fue sin decir una palabra.

—¿Satisfecha? —preguntó Jensen.

—Sumamente.

—¿Puedo comenzar ahora?

—Solo si estás preparado para perder —desafió Sienna. El olor del café la llenó de fuerzas. Su mente estaba despierta y alerta, y su cuerpo mucho menos dolorido.

—Será mejor que puedas respaldar tus palabras.

Jensen hizo el movimiento, comenzando un nuevo juego. Sorprendentemente, Sienna disfrutaba su tiempo con Jensen. El silencio pasó de incómodo a cómodo. Ambos estaban enfocados en el juego. Ella tenía que admitir que él era muy bueno, pero sabía que ella era mejor.

—Jaque —le dijo a él.

El ceño de Jensen se frunció. El movimiento arrugó su rostro y Sienna contuvo una risita.

—Buen intento —le dijo él, moviendo su rey.

Ella podía ver que él estaba armando una trampa para ella, así que hizo todo lo posible por evitarla. Pensó que estaba lográndolo cuando...

—Jaque mate —anunció Jensen.

La boca de Sienna se abrió. —N-no.

—Tus patrones son predecibles. Juegas demasiado agresivamente, dejando a tu rey expuesto —le dijo.— Deja esto ser una lección para ti de nunca sentirte demasiado cómoda. Sea lo que sea que creas saber, asume que estás equivocada. No dejes que las emociones guíen tus acciones.

—Pero yo nunca pierdo —dijo ella, estudiando el tablero, su mente en shock.

—Todos ganamos o perdemos. Está bien, siempre y cuando aprendamos.

Jensen se levantó, indicándole que hiciera lo mismo.

—Eso es todo por hoy —dijo.— Te acompañaré a tu habitación.

—Juguemos otra —rogó ella.

—No. Hora de ir a tu habitación.

Sabiendo que era mejor no discutir, Sienna lo siguió fuera del estudio.

—¿Jugaremos de nuevo? —preguntó ella.

—Quizás.

Cuando volvió a su habitación, Sienna se dio cuenta de que apenas eran las ocho de la mañana. Jensen se fue sin decir otra palabra.

No sabiendo qué más hacer, Sienna abrió uno de los libros que Xavier le había traído y esperó a que Adrianna entrara con su desayuno.

Una hora más tarde, no solo Adrianna trajo la comida, sino que también tenía una noticia que determinaría cómo procedería el día de Sienna.

CAPÍTULO 14

—El Sr. Carrington querría verte —le dijo Adrianna a Sienna, observándola comer su cereal. Su estómago estaba mucho mejor ahora, pero aún no había recuperado toda su fuerza.

Los ojos de Sienna se levantaron de golpe, su desayuno momentáneamente olvidado. —¿Para qué?

—No lo sé —admitió Adrianna.

La mente de Sienna se disparó en todas las direcciones posibles, tratando de encontrar una razón para que el Sr. Carrington solicitara su presencia. Había cruzado una línea con Jaxon, pero ella pensaba que, en lo que a él respecta, habían terminado bien.

—Oye —dijo Adrianna suavemente, tocándole la mano con un gesto reconfortante—. Seguro que no es nada.

—Sí, no es nada —se obligó a estar de acuerdo Sienna, el apetito ya desaparecido.

—Entonces, ¿qué hay de nuevo? —preguntó Adrianna, cambiando el tema—. Hoy te levantaste temprano.

Sienna puso los ojos en blanco. —San Jensen vino a buscarme a las seis de la maldita mañana.

Adrianna soltó una carcajada. —¿En serio?

—¡Sí! Estaba hecha un desastre y olía horrible. Me obligó a ducharme antes de unirme a él —recordó con una mueca en su rostro—. No puedo decir que le culpo. Realmente olía fatal.

—Hablando de eso, ¿cómo fue tu cita con Jaxon? Increíble, ¿verdad? —preguntó Adrianna emocionada.

Sienna se permitió reflejar su emoción. A pesar de aquel momento en que él afirmó su estatus social mientras le recordaba su condición de prisionera, la noche fue agradable.

—Es todo un romántico —finalmente le contó a su amiga—. El techo estaba increíble y la cena deliciosa.

Adrianna aplaudió emocionada. —Sabía que te gustaría. Ahora cuéntame los detalles picantes.

—¿Qué? —preguntó Sienna, frunciendo el ceño.

—Ya sabes —dijo Adrianna—. Dime todos los detalles jugosos.

—No hay nada que contar —mintió Sienna.

—No te creo. Te veo mucho menos tensa que ayer. Ahora habla —ordenó Adrianna.

—¿Por qué todos aquí son tan jodidamente mandones todo el tiempo? —se quejó Sienna.

—Porque sabemos lo que queremos, y lo queremos ahora.

Sienna rodó los ojos. —Está bien, te lo diré. ¿Qué quieres saber?

—Todo —susurró Adrianna conspiratoriamente.

Sienna reflexionó un momento. —Es bastante delicioso. Sus labios son tan suaves, y sabe cómo usar su boca. Sabía a menta y vino.

Adrianna asintió con entusiasmo, instándola a continuar.

—Lo hicimos sobre la mesa. No fue particularmente romántico. Fue más una necesidad que otra cosa. Especialmente de mi lado. Una picazón que rascar.

Le tocó el turno a Adrianna de rodar los ojos. —Sí, sí, eso es perfectamente aceptable. Pero, ¿cómo lo hizo? ¿Rascó bien?

Sienna soltó una risita. —Sí, rascó bien y profundo. Fue bastante impresionante, para ser honesta.

Adrianna lanzó un chillido. —¡Dios mío, mi corazón! Eso es todo. No puedo con más detalles.

—¿No quieres saber sobre mi cita con Jensen?

—¿Cogisteis?

Los ojos de Sienna se abrieron de par en par ante la idea de tener sexo con Jensen. —No.

—Entonces creo que no me interesa —le dijo Adrianna de manera directa.

Sienna estaba a punto de responder cuando la interrumpió la apertura de la puerta.

—¿Nunca has oído de llamar? —le espetó Adrianna al guardia que entró.

—Mis disculpas, señorita —dijo él, inclinando levemente la cabeza en señal de reverencia. —El señor Carrington está listo para ver al prisionero ahora.

Los ojos de Adrianna se agrandaron. —No, no, no. Ella aún no está lista.

—Me temo que tengo que insistir —dijo el guardia. —Órdenes del señor Carrington. Estoy seguro de que comprende.

Adrianna asintió, con el rostro pálido.

—¿Adrianna? —preguntó Sienna, su voz pequeña. —¿Qué está pasando?

—No te hemos maquillado, y todavía estás en pijama.

—¿Eso es todo? —preguntó Sienna, permitiéndose relajarse.

—¿Eso es todo?! —repitió Adrianna. Sus ojos tenían un brillo loco. —Este es mi trabajo. Hacerte presentable es mi trabajo. ¿No entiendes que mi vida está en juego aquí?

—¿En serio?

—¡Sí, en serio! Probablemente has notado cuánto esfuerzo ponen los Carrington en su apariencia. Esto es un desastre. Tú pareces un desastre.

—Gracias —replicó Sienna sarcásticamente.

—Tenemos que irnos —intervino el guardia.

Adrianna se sentó en la cama, luciendo abatida. —Buena suerte —le dijo a Sienna.

—Me aseguraré de hacer saber que el look de hoy es mi culpa —le dijo Sienna. —Y de Jensen.

Adrianna negó con la cabeza. —Puede que no importe.

Dejando atrás a su amiga deprimida, Sienna siguió al guardia. Él la condujo de nuevo a la sala de guerra. Con un breve golpe para anunciar su llegada, los dejó entrar sin esperar respuesta.

Para su sorpresa, el señor Carrington estaba sentado solo en la gran mesa. Levantó la vista hacia Sienna, saludándola con una sonrisa.

—Señorita Ryder, gracias por unirse a mí. Por favor, siéntese.

—Hola, señor Carrington —Sienna trató de ser lo más cortés posible y tomó asiento frente a él.

—Mis hijos se unirán a nosotros en un momento —dijo como si le leyera la mente—. Quería hablar contigo a solas primero.

Sienna asintió, esperando expectante escuchar lo que tenía que decir. Puso sus manos sobre las rodillas para detener el temblor.

—He oído que te has llevado bien con mis hijos.

—Así es. Han cuidado bien de mí —dijo Sienna cuando quedó claro que esperaba una respuesta.

El señor Carrington asintió aprobatoriamente. —Bien. Les dije que te trataran como a familia.

—Gracias, señor Carrington.

—Verás, señorita Ryder —dijo el señor Carrington, inclinándose hacia adelante, apoyando los codos en la mesa—. Eres una mujer inteligente, y seré directo contigo, ¿de acuerdo?

—Lo apreciaría.

El señor Carrington le dio una pequeña sonrisa. —Las rebeliones han estado ardiendo por todo el territorio. Tu familia era bien vista, pero también tenía un lado cruel. Especialmente hacia las regiones exteriores, que es donde vivía mi familia. Digamos que hubo algunas cosas que sucedieron, palabras que se dijeron, que no pudimos ignorar. Por todo eso, nos encontramos en esta situación.

Sienna no tenía idea de qué estaba hablando. Se había mantenido al margen de los negocios de su padre y se había centrado en las fiestas en su lugar. A él no le había hecho gracia, y sabía que solo le quedaba un año o dos hasta que la hubiera empujado a la política familiar.

—La realidad es que necesitamos tu ayuda —le dijo el señor Carrington—. Me gustaría que te unieras a nuestra familia.

La boca de Sienna se abrió de sorpresa. Unirse a los Carrington significaría traicionar completamente a los Ryder. Tendría que cortar todos los lazos con quién era.

—Sé que no es una decisión fácil de tomar. No espero que la tomes ahora —le aseguró—. Pero quiero que sepas que es una de las opciones.

—¿Y cuáles son las otras opciones? —se atrevió a preguntar Sienna.

El señor Carrington se encogió de hombros. —Podrías casarte con uno de mis hijos, pero estoy seguro de que has oído hablar del Código de Honor de los Carrington. No quiero someterte a eso hasta que estés lista. Si es que alguna vez lo estás.

Sienna tragó saliva. Desearía tener algo de tiempo para procesar sus palabras.

—Otra opción es matarte a ti y a todos los rebeldes. Mientras estés viva, eres un símbolo de la rebelión. Podría aplastar todo eso con un golpe bien dirigido.

—¿Por qué no lo haces?

El señor Carrington le dio una mirada que parecía paternal. —No quiero matarte, querida. Ni a los rebeldes. Ha habido suficiente muerte. No tengo ganas de más. ¿Por qué crees que ordené a mis hijos que te cortejaran? Estoy esperando que las chispas sean lo suficientemente fuertes como para iniciar un fuego.

Tenía sentido. También sería más fácil para él si ella se uniera a la familia. Si la matara, su muerte podría convertirla en mártir. En ese caso, los Carrington estarían realmente jodidos.

—Gracias por decírmelo. —Fue todo lo que Sienna pudo pensar en decir.

El jefe del clan Carrington sostuvo su mirada. —Hay una cosa más que quiero que sepas.

Sienna levemente levantó la ceja en señal de invitación para que continuara. No es que él lo necesitara.

—Los Remington están reuniendo fuerzas. Creemos que planean llevarte de vuelta.

Los ojos de Sienna se abrieron de par en par. No se sentía segura con los Carrington, pero en el corto tiempo que había estado aquí, se habían ganado su afecto. Resultó que los Remington eran un demonio mucho mayor que los Carrington.

—Realmente necesito que trabajes con nosotros. Intenta encontrarnos en la mitad del camino. No quiero que caigas en manos de los Remington, y haré todo lo que esté en mi poder para evitar que eso suceda —le aseguró el señor Carrington.

—Gracias —dijo ella, sorprendiéndose a sí misma de que lo decía en serio—. Haré mi mejor esfuerzo.

El señor Carrington sonrió. —Creo que encontrarás que tus esfuerzos serán adecuadamente recompensados. Me aseguraré de que todas tus acciones sean notadas y premiadas.

Confundida por la posibilidad de un doble significado detrás de sus palabras, Sienna decidió no responder. A él no pareció importarle, ya que metió la mano en su bolsillo y sacó su teléfono. Momentos después de guardarlo, la puerta se abrió y entraron los herederos Carrington. Cada uno le hizo un gesto de saludo con la cabeza. Sienna devolvió sus sonrisas.

—Padre —dijo Jensen, centrando su atención en el Carrington mayor—. ¿Qué necesitas de nosotros?

El señor Carrington miró con cariño a sus hijos. —Todos han hecho un buen trabajo. La señorita Ryder parece bastante cómoda y bien adaptada.

Los herederos intercambiaron miradas de satisfacción. Jaxon captó la mirada de Sienna y le guiñó un ojo. El efecto del calor creciente en su cuerpo fue inmediato y sus mejillas se sonrojaron. Tomando una profunda respiración, apartó el pensamiento de su apasionado encuentro.

En algún momento, cruzó la mirada con todos. La tensión sexual en el aire era tan espesa que se podría cortar con un cuchillo. Rogó que el señor Carrington no se diera cuenta. Ya estaba sonrojándose más de lo necesario.

—A partir de ahora, no te obligaré a salir en citas más. He tenido una buena conversación con la señorita Ryder, y ella entiende lo que está en juego. Si alguno de ustedes quisiera pasar tiempo con ella, lo animaría mucho —anunció el señor Carrington.

Juzgando por las caras de los herederos, estaba claro que los tomó por sorpresa. Jensen fue el único que pareció aliviado.

—¿Y qué hay de mis salidas de la habitación? —exclamó Sienna antes de poder detenerse. Si ya no estaban obligados a pasar tiempo con ella, podría terminar encerrada durante días seguidos.

El señor Carrington le dirigió una mirada seria. —Estoy mejorando tu estatus de invitada-prisionera. Felicidades, señorita Ryder. Eres oficialmente nuestra invitada.

Una pequeña sonrisa de alivio apareció en el rostro de Sienna.

—Espero que entiendas que aún no se te permite abandonar el complejo, y que tendrás un escolta armado a donde quiera que vayas. Es más por tu protección que por cualquier otra cosa —le aseguró.

—Gracias —dijo Sienna suavemente.

Poco a poco, empezó a sentirse como una persona de nuevo. Se prometió a sí misma que no haría nada impulsivo. El mundo era demasiado peligroso para una Ryder. Le costaba creerlo o incluso admitirlo, pero parecía que el lugar más seguro para ella en este momento estaba al lado de los Carrington.

—Eres libre de irte —la despidió el señor Carrington, no demasiado groseramente, con un asentimiento de cabeza.

Aliviada y emocionada, Sienna se levantó y caminó hacia la puerta.

—Señorita Ryder —la llamó el señor Carrington, y ella se volteó—. Por favor, recuérdele a Adrianna que tiene un trabajo que hacer, y se espera que lo haga bien.

Paralizada en el lugar ante la mención del fallo de su amiga, Sienna no pudo defenderla. Para su sorpresa, fue Jensen quien habló.

—Me temo que la culpa es totalmente mía, Padre —dijo con una ligera inclinación de cabeza —. Saqué a la señorita Ryder de la cama temprano en la mañana y la devolví a su habitación horas después, sin darle a Adrianna tiempo suficiente para prepararla.

El señor Carrington miró a su hijo mayor un momento más antes de asentir. —Muy bien, entonces. Continúen.

Sin esperar otra palabra, Sienna salió de la habitación donde la esperaba su prometida escolta armada. Sin mirar para ver si la seguirían, se dirigió a la habitación. Usaría la libertad para recorrer la casa, pero primero necesitaba vestirse. No tenía planes de darle al señor Carrington ninguna razón para restringir sus privilegios.

CAPÍTULO 15

La primera acción de libertad de Sienna fue ir al salón y ver una película. Sabía que no era demasiado emocionante, pero el verdadero significado de la diversión estaba en las pequeñas cosas.

Su escolta de cuatro guardias la siguió al interior de la sala y se posicionaron discretamente alrededor de la habitación. A decir verdad, estaba acostumbrada a ser seguida, así que no le molestaban en lo absoluto.

Instalándose en el sofá familiar, Sienna tomó el control remoto y encendió el televisor. Pasó los canales, pero nada captó su interés.

—¿Ya aburrida? —Una voz llegó desde detrás de ella.

—¡Jaxon! —dijo Sienna, sobresaltada. Sus labios se curvaron en una sonrisa al verlo.

—¿Me extrañaste? —preguntó él en tono burlón y se sentó a su lado.

—Siempre.

Levantando suggestivamente una ceja, los ojos de Jaxon brillaron con picardía. —Eres una mujer difícil de encontrar. Tuve que mover cielo y tierra para localizarte.

—¿Como qué? —preguntó Sienna. —No me digas, tuviste que usar tu teléfono, enviar un mensaje y conseguir mi ubicación con eso.

—Como dije, eres una mujer difícil de encontrar —asintió Jaxon.

—¿Quieres ver algo? —le preguntó ella, señalando el televisor.

Jaxon suspiró. —Me encantaría. Tengo trabajo por hacer y vine a despedirme rápidamente.

—¿Te vas?

Asintió.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—Quién sabe. Quizás unas horas, o quizás unos días. Veremos.

—¿Adónde vas? —Se atrevió a preguntar Sienna.

Le dió una mirada pensativa antes de responder, sorprendiéndola con su honestidad. —Voy a intentar reunirme con los rebeldes y hablar con ellos, convencerlos de que se unan a nuestro bando.

Los ojos de Sienna se abrieron de par en par. —Pero, ¿no es peligroso? Podrías hacerte daño. O que te maten.

—Me alegra ver que te importo —dijo Jaxon en broma, con una pequeña sonrisa.

Sorprendentemente, sí le importaba. De una manera extraña y complicada, le importaban los herederos Carrington.

—¿Hay algo que pueda hacer para ayudar?

Él sacudió la cabeza. —Por ahora, nada. Solo sigue siendo tu encantadora persona y no causes demasiados problemas en mi ausencia.

Sienna soltó una carcajada. —Como si pudiera.

Jaxon sonrió. Se inclinó hacia ella, su frente tocando la de ella. Su olor a menta viajó por sus fosas nasales, causando sensaciones de hormigueo en sus áreas más íntimas. Las áreas que él había visitado el día anterior.

—Te veré pronto —susurró antes de atraerla hacia un beso suave.

En un impulso del momento, Sienna agarró su cabello, profundizando el beso. Empujándolo hacia atrás en el sofá, se subió encima de él, montándolo. Su lengua danzó con la de él hasta que ambos se retiraron, jadeando.

—Más te vale volver ileso —le dijo Sienna. —O me enojaré mucho.

—Cuenta con ello —dijo Jaxon, dándole el beso más suave antes de dejarla bajar de él. Se fue sin mirar atrás. Probablemente fue tan difícil para él como lo fue para ella.

Incapaz de concentrarse en el televisor, los pies de Sienna no paraban de moverse en el suelo. Necesitaba hacer algo para aliviar la tensión y dejar de pensar en Jaxon. Él estaría bien. Tenía que estarlo.

Levantándose, seguida a una distancia respetuosa por sus guardaespaldas, pasó por su habitación solo para agarrar su bolsa de gimnasio, luego se dirigió al sótano. El ejercicio siempre le había ayudado en el pasado. No había razón para que ahora no tuviera el mismo efecto.

Se alegró al ver que el gimnasio ya estaba ocupado.

—Hola, guapo —lo saludó alegremente.

—Hola a ti, hermosa —respondió Aiden fácilmente, una gran sonrisa en sus labios. La emoción se reflejaba en sus ojos grises.

Dejando las pesas, caminó hacia ella. —Pueden esperar afuera —les dijo a los guardias, dejándolos solos.

—Están aquí para mantenerme a salvo, sabes —bromeó Sienna.

Aiden le dio una mirada falsamente sorprendida. —¿Estás diciendo que no soy capaz de hacer eso?

Sienna mordió su labio inferior. —Estoy segura de que eres capaz de muchas cosas.

Los ojos de Aiden destellaron con lo que ella reconoció como deseo. —¿Qué tipo de ejercicio tenías planeado hacer hoy?

Los labios de Sienna se curvaron en una sonrisa seductora mientras permitía que sus ojos explicaran el doble sentido de sus palabras. —Todo dependía del equipo disponible.

Aiden inhaló involuntariamente. —¿No deberías hacer algunos calentamientos primero?

Sienna se encogió de hombros, dando un paso adelante. Ahora estaba parada justo frente a él mientras él la sobrepasaba por buena cabeza. Mirándolo a los ojos, puso las palmas de sus manos sobre su fuerte pecho.

Sintiendo demasiado y tratando de mantener el control de sí mismo, Aiden cerró los ojos. Su expresión parecía como si estuviera luchando consigo mismo. Sienna sabía que necesitaba solo un poco más de presión y él perdería.

Parándose de puntillas, su rostro ahora estaba más cerca del suyo. —Tal vez deberíamos poner música —susurró, su aliento haciendo cosquillas en su oreja.

—Al diablo con eso —Aiden gruñó, estrellando su boca contra la de ella.

Él atrajo su cuerpo más cerca del suyo, permitiendo a Sienna sentir la dureza de sus músculos. Él estaba duro en todos los lugares perfectos, y ella estaba suave y húmeda donde importaba. Sus manos se deslizaron detrás de su cuello, sosteniéndole la cabeza, sintiendo la suavidad de su oscuro cabello sedoso.

Ciegamente, aún besándose, Aiden los guio de vuelta a las colchonetas de entrenamiento donde gentilmente la acostó sobre su espalda. Besó su cuello mientras sus manos recorrían más abajo, trazando un camino más allá de sus pechos donde se detuvo el tiempo suficiente para dar un apretón tentativo antes de continuar más allá de su estómago hacia sus caderas y bajando por sus piernas. De repente deslizó sus manos detrás, cogiéndole el trasero, apretándolo.

La sensación de sus manos, el residuo húmedo en su piel donde aterrizaron sus besos, la dureza de su cuerpo contra el de ella...

Sienna se volvió salvaje. Empujando sus caderas hacia arriba, presionando su área más suave contra la parte más dura de él, dejó claro lo que quería.

Aiden gimió, sus ojos vidriosos de deseo. Las manos de Sienna viajaron por su espalda, agarrando el dobladillo de su camiseta y arrancándola con brusquedad. Aiden rompió el beso por el más breve de los momentos para quitarse la camiseta, luego continuó saboreándola tan vorazmente como antes.

Sienna le devolvió los besos con igual ferocidad, sus manos recorriendo la suave piel de su espalda, y luego subiendo de nuevo, enredando sus dedos en su cabello.

Ella gimió en su boca mientras su mano la acariciaba a través de los pantalones. Antes de que se diera cuenta, él le había quitado los pantalones junto con sus bragas.

Con una mirada hambrienta en sus ojos, la observó completamente expuesta. Tan rápido como un rayo, agarró su cintura y enterró su cabeza entre sus rodillas, su lengua hábilmente haciéndose camino en su vulva.

La intensa sensación hizo que Sienna apretara sus rodillas mientras agarraba su cabeza, presionándola más cerca de ella. Comenzó a gemir fuertemente, incapaz de contener el placer que él le estaba dando.

Desenredándose de sus piernas, Aiden viajó hacia arriba, dejando un camino de besos.

—Prueba tuyo —gruñó antes de besarla profundamente, su lengua atrapada en un baile con la suya.

—Fóllame —gimió Sienna en su boca, ansiando su pene.

Sus manos fueron hacia su pantalón. Podía sentirlo listo. Sus pantalones cortos de gimnasia eran lo único que estorbaba. Ligeramente desplazándose hacia un lado, él la ayudó a quitárselos.

Sin perder otro momento, lo agarró por su pene, dándole un leve tirón mientras lo dirigía hacia su vulva.

—Fóllame, Aiden —repitió, con los ojos salvajes.

Al escuchar su nombre salir de su boca perfecta, Aiden perdió el control. Agarrándola bruscamente por el cuello con una mano, la empujó hacia atrás sobre el colchón. Con la otra mano, apoyó su pene contra su vulva durante el más breve de los segundos antes de introducirlo de un solo movimiento rápido.

Sienna gimió fuertemente mientras tomaba toda su longitud. El placer de su pene y el dolor de su agarre en su cuello trajeron una mezcla de sensaciones que no podía identificar.

Con la resistencia de un atleta, Aiden comenzó a mover sus caderas contra las de ella. Sus movimientos ganaron velocidad y sus gemidos se intensificaron.

Sienna agarró su trasero, clavando sus uñas en la suave piel. Sentía el cambio de sus duros músculos con cada embestida.

Aiden le dio a su cuello otro apretón fuerte con una mano, mientras con la otra le pellizcaba el trasero, haciendo que la piel se pusiera roja. Mientras tanto, seguía entrando y saliendo, llenándola con toda la longitud de su pene.

Con un fuerte gemido, su ya rápida velocidad se incrementó aún más. Sus caderas chocaban con las de ella. Su vulva palpitaba de placer, el anhelo por un pene fuerte temporalmente satisfecho.

Apretando su cuello lo suficiente como para cortarle la respiración, Aiden la estaba follando como un animal salvaje. A ciegas, Sienna extendió su mano hacia su pecho cuando, de repente, él la soltó, su peso colapsando sobre ella mientras comenzaba a temblar. Gimió en su oído, liberando su semilla profundamente dentro de ella.

Aiden se tomó un momento para recuperar el aliento antes de desplazar su peso sobre los codos. El más mínimo movimiento hacía que su pene, todavía dentro de ella, rozara su área ahora sensible. Bajando la mano, Aiden se sacó de ella suavemente.

Tumbándose de espaldas, jaló a Sienna hacia sus brazos. Ella estaba tanto exhausta como satisfecha.

Se quedaron allí en silencio, recuperando fuerzas.

Aiden fue el primero en hablar. —¿Te he hecho daño?

Sorprendida, Sienna se apoyó en su pecho, usando su peso para sostenerse. —¿A qué te refieres?

—Tu cuello...

—No —le dijo Sienna, y lo decía en serio. —Estoy bien. Te habría dicho si fuera demasiado.

Los anchos hombros de Aiden parecieron relajarse. —Bien. Me alegro. A veces, cuando siento tanto, pierdo el control. No sé cómo describirlo. Pero quiero que sepas que nunca te haría daño. No de esa manera.

Sienna sonrió y se inclinó hacia adelante, dándole un beso sensual. —Lo sé —susurró contra sus labios. Sintió a Aiden sonreír.

Se acurrucó en sus brazos, sintiéndose más feliz y segura de lo que había estado en mucho tiempo.

—¿Has pensado en lo que harás? —preguntó Aiden.

—Todavía no —le dijo Sienna. —Solo han pasado unas horas desde que tu padre habló conmigo.

—Lo sé.

—¿Pero? —lo pinchó ella, sabiendo que había más que quería decir.

—Pero creo que en el fondo ya sabes lo que harás —le dijo.

Empujándose hacia arriba, Sienna le dirigió una mirada dudosa. —¿Ah, sí?

Levantándose también, Aiden asintió. —Sí. Piénsalo, ¿realmente te permitirías desarrollar un apego a alguno de nosotros si tuvieras planeado destruirnos?

—¿Quién dijo que me he apegado? —preguntó Sienna, con voz fría.

Aiden le dio una pequeña sonrisa. —Acabamos de tener Sexo.

Sienna se encogió de hombros con indiferencia. —No eres el primer ni el último hombre con quien he tenido sexo. Eso no significa que no te mataría si tuviera la oportunidad.

—¿No lo ves? —preguntó, sacudiendo la cabeza incrédulo. —Te han dado muchas oportunidades pero no tomaste ninguna.

—No —insistió Sienna.

—Podrías haber matado a Jaxon el primer día cuando desayunaste. Sé que estabas en la cocina, y sabes dónde están los cuchillos. No los usaste. También estuviste en la cocina conmigo. No hiciste nada. No sé qué hiciste con Xavier, pero estoy seguro de que hubo oportunidades para herirlo también. —Se rascó la barbilla pensativo. —No estoy seguro de Jensen, though. El tipo nunca baja la guardia. Sería imposible matar a un Carrington así. Por el amor de Dios, incluso estuviste sola con mi padre. No me digas que no podrías haber dominado a un anciano frágil.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Sienna entre dientes apretados.

—Estoy diciendo que, quieras o no, te importamos. Tarde o temprano, te convertirás en uno de nosotros. —Suspiró, tomando un momento antes de hablar de nuevo, permitiendo que una pizca de vulnerabilidad entrara en su voz. —¿Sería tan malo?

Sienna se levantó y comenzó a vestirse.

—Sienna —dijo Aiden, tratando de llamar su atención.

Ella continuó ignorándolo, concentrándose en vestirse en cambio.

—Sienna —repitió Aiden, levantándose también. Se posicionó entre ella y sus pantalones que todavía estaban en el suelo. —Háblame.

Finalmente, Sienna levantó la mirada con lágrimas en los ojos. —¿Qué quieres que diga? Sí, me gustaría ser parte de la familia que asesinó a mi verdadera familia. Sí, soy el peor tipo de traidora por amar a las personas que fueron responsables de que perdiera todo. Sí, pensé en matarlos a todos ustedes. Sí, no pude hacerlo porque soy tan jodidamente débil e inútil. ¿Eso es lo que querías escuchar? ¿Eso?

Todo el cuerpo de Sienna comenzó a temblar mientras sollozaba. Aiden la atrajo hacia el abrazo de sus fuertes brazos. Llorando incontrolablemente, Sienna apoyó su mejilla contra su

cálido pecho.

—Eres la persona más fuerte que conozco —murmuró en su cabello. —Has pasado por tanto y aún así estás de pie y sonriendo. Eres increíble.

—No, no lo soy —lloró Sienna, el sonido amortiguado contra él.

Aiden acarició su cabello, su toque cómodo y tranquilizador. —Sí, lo eres. Siempre hay dos lados de la historia. Tu familia podría haber sido buena contigo, pero no con otros. Eran despiadados.

—Eso no significa que merecieran morir —dijo Sienna con voz débil.

—Tienes razón —concedió Aiden—. Pero no nos dejaron otra opción. Intentamos hablar con ellos. Mi padre intentó razonar con el tuyo. Fue en vano. Y aquí estamos ahora. Por supuesto, tuvimos ayuda. No podríamos haberlo hecho solos.

Fue la primera vez que Sienna escuchó sobre ello. Sabía que su familia no estaba compuesta por ángeles, pero no sabía que la gente estaba tan enfadada y quería matarlos.

—Entonces, ¿por qué hay personas que aún se rebelan? —preguntó, sin entender nada más.

—Porque prosperaban bajo el dominio de los Ryder. Mi padre les hace pagar lo que deben. Estamos intentando erradicar la peor miseria. La única forma de hacer eso es tomando algo del dinero de las personas que lo poseen. Puedes imaginar que no están demasiado contentos con eso.

Eso significaría que los Carrington tenían enemigos muy fuertes y poderosos.

—Pero, ¿cómo me ayudaría tomar tus colores? Ya tienes el apoyo del pueblo.

—Lo siento, Sienna. Ya he dicho demasiado. No tengo libertad para decir más —dando un paso atrás, sacudió la cabeza enfadado—. Solo mi padre o Jensen pueden decirte. Ellos tienen el rango más alto.

—No entiendo. —Era todo lo que Sienna podía decir una y otra vez. Su mente corría, sus pensamientos nublados por la confusión. Nada tenía sentido.

Vestido completamente, Aiden tomó su mano en la suya. —Puede que no me permitan decírtelo, pero no puedo impedirte descubrir la verdad por ti misma. Busca los orígenes.

—¿Orígenes? ¿Qué orígenes?

—Tus orígenes —le dijo Aiden, con voz tranquila—. Y manténlo en secreto. Podría costarme la vida si alguien se enterara.

Mirando a sus calmados ojos grises, Sienna sintió una sensación de certeza envolverla. Le dio un asentimiento decidido. —No tienes de qué preocuparte. Gracias.

Aiden le dio una pequeña sonrisa antes de inclinarse hacia adelante, besando su frente. —Siempre es un placer, señorita Ryder.

Sin mirar atrás, dejó el gimnasio, su presencia reemplazada por su escolta armada.

Sintiendo ganas de tomar una ducha caliente ella misma, Sienna se dirigió a su habitación. Mientras caminaba por los pasillos familiares, su mente giraba, pensando en lo que Aiden quería decir. No pensaba que hubiera nada raro en sus orígenes. Era una Ryder de pies a cabeza.

Todos los recuerdos que tenía eran de esta casa y de su padre. Fue entonces cuando se dio cuenta. Nunca se había molestado en preguntar sobre su madre. Tal vez ahí encontraría su respuesta.

Era hora de que Sienna buscara a su madre.

CAPÍTULO 16

Cuando Sienna era más joven, su padre le contó una historia sobre una hermosa, joven pero frágil mujer que se enamoró. Era amable y querida por todos. No había mucho que contar sobre su vida porque terminó antes de que realmente comenzara. Tenía solo diecinueve años cuando murió.

Sin estar casada, quedó embarazada. Por suerte para ella, el chico la amaba tanto como ella a él. Empezaron a planear su boda. Querían casarse antes de que ella diera a luz, pero rompió aguas primero y fue llevada de urgencia al hospital.

Al principio, el chico no estaba al tanto de eso. La esperaba en la iglesia. De pie en el altar, seguía mirando su reloj, creciendo la sensación oscura en su interior. Sintió que algo iba mal mucho antes de que alguien se lo comunicara. No necesitaba que se lo dijeran. Lo sabía.

Hubo complicaciones en el parto. La joven era demasiado frágil para luchar. Murió. Pero antes de que su cuerpo se apagara, los doctores trabajaron arduamente para evitar que su hijo se asfixiara dentro. Sacaron al pequeño bebé. La luz le daba un resplandor rojo-marrón, lo que llevó al doctor a darle un nombre.

Demasiado afligido por el dolor, al chico nunca le importó cambiarlo. Desde ese momento, se le conoció como Sienna.

Su padre le contó esa historia solo una vez. La muerte de su madre fue tan dura para él que prohibió a cualquiera hablar sobre ella.

Sienna tuvo una infancia lo suficientemente plena y feliz como para no cuestionarla. Rodeada de amigos y familia, Sienna nunca sintió la ausencia de una persona que nunca conoció en primer lugar. No extrañaba a su madre ni quería saber nada de ella.

Hasta ahora.

Tenía la sensación de que las palabras de Aiden tenían que ver con su madre, muerta hace tiempo. Por lo que sabía, todas las personas que podrían haberle dado respuestas estaban muertas. Solo había una persona a la que podría engañar para que le contara, solo una persona que poseía la información que deseaba.

Sienna tendría que seducir a Jensen.

Dejó escapar un gemido de desesperación. De todos los herederos Carrington, tenía que ser el más estricto. Realmente necesitaría hacerle caer rendido a sus pies para conseguir que rompiera las reglas.

No sabiendo mucho sobre él, excepto que era un firme defensor del Código de Honor Carrington y que aprobaba su código de vestimenta, Sienna no tenía mucho de donde agarrarse. Por suerte para ella, había una persona que conocía a todos los herederos Carrington. Íntimamente.

—Adrianna —saludó Sienna a su amiga con una gran sonrisa al entrar en su habitación.

Adrianna silbó. —¡Mírate! Te ves tan elegante.

Deslizando su mano por su vestido sedoso, Sienna alisó pliegues aparentemente inexistentes. —Gracias.

—Supe de tus últimas noticias —le dijo Adrianna—. Vine a agradecerte por salvarme el pellejo. Es demasiado bonito para que lo dañen.

Sienna sonrió. —Deberías agradecérselo a Jensen en su lugar.

Adrianna levantó una ceja. —¿En serio? ¿Conseguiste que el Santo Jensen esté de tu lado?

Sienna negó con la cabeza. —Todavía no. Pero tengo planes de hacer que así sea.

—¡Qué interesante! Cuéntame más.

—De hecho, esperaba que tú pudieras ayudarme —dijo Sienna con cautela.

—¿Oh?

—El señor Carrington me presentó algunas opciones sobre mi vida. Tengo algunas decisiones que tomar pero para eso, me gustaría pasar más tiempo con las personas que podrían convertirse en mi familia —le contó Sienna, sin mentir exactamente pero tampoco diciéndole toda la verdad.

—Vale, ¿y qué necesitas de mí?

—No tengo problema en hablar con Jaxon, Aiden y Xavier. Es Jensen el que me resulta un misterio. ¿Puedes contarme algo sobre él que me pueda ayudar a hacer que se abra, a hablar conmigo y a dejar de tratarme como a una enemiga?

Adrianna asintió, frunciendo el ceño. —Jensen es un misterio para todos nosotros. No creo que ni siquiera sus hermanos lo conozcan bien. Bueno, en realidad, eso no me sorprende

considerando que ni siquiera son verdaderos hermanos.

—¿Cómo que no son verdaderos hermanos? —preguntó Sienna, sorprendida.

—Sí, es un secreto a voces. ¿Sabes algo sobre la historia de los hijos de las familias líderes de nuestro país, verdad? —dijo Adrianna, sorprendida por su reacción.

Sienna negó con la cabeza. —No tengo ni idea de lo que me estás hablando.

Las cejas de Adrianna se elevaron en incredulidad. —Estás bromeando, ¿verdad?

Sienna negó con la cabeza, esta vez más enfáticamente. —Adrianna, te prometo que no tengo ni puta idea de lo que me estás hablando.

Cubriéndose la boca en shock, el rostro de Adrianna se puso pálido. —Oh, cariño. No sé si soy la persona adecuada para contarte esto.

—¿Contarme qué? —La voz de Sienna se tornó frenética—. ¿Alguien puede por favor darme una respuesta directa por una vez? Estoy cansada de todos los malditos secretos.

Adrianna negó con la cabeza, dándole una mirada de disculpa. —Lo siento. Realmente no puedo. Mi vida podría estar en juego aquí.

—¿Y qué hay de *mi* vida? —gritó Sienna—. A nadie le importa lo suficiente como para hablarme.

—Oh, cariño, eso no es cierto y tú lo sabes —Adrianna suspiró con resignación—. Hay algunas reglas que necesitamos seguir, y esta es una de ellas. Lo siento.

Tomando una profunda respiración para calmarse, Sienna supo que no podría obtener nada de Adrianna. —Déjame adivinar, solo el señor Carrington y Jensen tienen permiso para decírmelo.

—Sí —confirmó Adrianna su sospecha.

—Ok, no te preguntaré de nuevo, pero por favor vete. Quiero estar sola un rato.

Con una mirada torturada en sus ojos, Adrianna salió de la habitación sin decir otra palabra.

Saliendo de ese estúpido vestido, Sienna se puso algo igualmente elegante pero infinitamente más cómodo. Se sentó en la cama, permitiéndose simplemente detenerse por un momento. El peso de todo estaba pesando sobre ella. Los secretos cada vez más crecientes amenazaban con ahogarla. Necesitaba desesperadamente algo de aire fresco, o se asfixiaría.

Al salir de la habitación, se encontró en el jardín, sin recordar realmente su camino hasta allí. Se sentó en uno de los bancos más alejados, su escolta armada dándole suficiente espacio.

Levantando la vista hacia el cielo brillante, Sienna tomó un respiro profundo. Centrándose en el momento que la rodeaba, olió el césped recién cortado. Sus oídos captaron el canto de los pájaros. Se enfocó tanto en su presente que no se dio cuenta de que ya no estaba sola.

Xavier se sentó tranquilamente a su lado.

—Hola —dijo él después de un momento de silencio. Xavier le lanzó una mirada confundida cuando ella no respondió—. ¿He hecho algo para ofenderte?

Mirando sus pies, Sienna negó con la cabeza.

—¿Hizo algo uno de mis hermanos para ofenderte?

Sienna negó con la cabeza de nuevo.

Xavier pensó por un momento más. —Estás infeliz —observó—. No puedo ayudarte si no me hablas.

—Aunque te hable, no me ayudarás —le dijo Sienna con terquedad.

—No sabes eso —contradijo Xavier.

—Pero lo sé. Es por todas tus estúpidas reglas. Nadie quiere hablarme.

—¿Hablar de qué?

—Olvidalo —dijo Sienna, levantándose del banco.

—Espera. —Xavier tomó su mano, tirando de ella para que volviera a sentarse—. Somos amigos, ¿no? Los amigos se hablan. Se ayudan. Te ayudaré.

Considerando que no tenía nada que perder, Sienna asintió. —¿Qué está pasando con los hijos de los poderosos líderes?

En cuanto la pregunta salió de sus labios, los ojos de Xavier se abrieron de par en par. Miró a su alrededor, asegurándose de que nadie los oyera.

—Ahí está de nuevo —dijo Sienna—. ¿Por qué todos reaccionan así?

La cabeza de Xavier se giró, sus ojos se encontraron con los de ella. —¿Todos? —siseó—. ¿Con cuántas personas has estado hablando de esto? Por el amor de Dios, Sienna. Tienes que ser más cuidadosa. Estas son aguas muy peligrosas en las que te estás metiendo.

—No me importa —dijo Sienna, sin igualar su tono de voz bajo.

Xavier agarró su brazo de manera bastante brusca, acercándola más a él. —¿Has oído alguna vez la expresión la tormenta perfecta?

Ella negó con la cabeza.

—Sucede gracias a una combinación extremadamente rara de circunstancias que resultan en la formación de una tormenta increíblemente severa y mortal. O en otras palabras, la tormenta perfecta.

El ceño de Sienna se frunció en confusión. —¿De qué diablos estás hablando?

—La situación en la que todos nosotros estamos es una combinación de eventos del pasado. Todos fuimos conducidos hasta aquí. Podemos pensar que estamos a cargo de nuestras vidas, de nuestras decisiones, pero no lo estamos. Todo es solo una ilusión. Todo esto es el resultado de la

acumulación de cosas a lo largo de los años, y ahora estamos aquí, atrapados en la tormenta perfecta.

—No entiendo —dijo Sienna, con frustración en su voz.

Xavier suspiró. Sus ojos estaban tristes pero alerta. Después de otra mirada al jardín, pareció satisfecho con su privacidad.

—Sienna —comenzó—. Lo que estoy a punto de contarte es un secreto bien conocido, ignorado. ¿Estás segura de que quieres involucrarte más de lo que ya estás?

—Estoy segura —le dijo—. Tengo que saber.

Xavier parecía estar luchando una batalla interna.

—Por favor —instó Sienna—. Prometo no decirle a nadie. Somos amigos, ¿no?

Suspirando en derrota, él asintió. —Sí, lo somos. ¿Cuánto sabes sobre los líderes de nuestro país?

—Lo mismo que todos los demás, supongo. Joe Biden es el presidente actual y antes de él—

—Eso no es a lo que me refiero —la interrumpió Xavier—. ¿Qué sabes sobre los líderes detrás de escena de nuestro país? Los titiriteros.

La boca de Sienna formó una 'o' al darse cuenta de lo que él le estaba preguntando. —No mucho —admitió—. Esas cosas no me interesaban y mi padre me dejó ser.

Xavier asintió comprendiendo. Sabía que necesitaba darle una lección adecuada. —¿Has oído hablar de las sociedades secretas, verdad?

—Sí. La gente usualmente es invitada a ellas en la universidad. A menos que seas un legado. En ese caso, no tienes opción.

—Correcto. Supongo que también sabes que las sociedades secretas son solo diferentes nombres para clanes, como Ryder, Remington o Carrington.

Sienna asintió. —Las sociedades necesitaban líderes en público. Nuestras familias dieron un paso al frente.

—Pero también hay otras personas trabajando tras bambalinas que prefieren no ser conocidas —continuó Xavier—. Como-

—Los de arriba que están causando rebeliones —dijo Sienna, empezando a entender.

—Sí —concordó Xavier—. Son los titiriteros a quienes les han quitado sus marionetas. Son muy poderosos y están enfadados. No están contentos con el cambio de liderazgo.

—Pero, ¿qué tiene que ver eso conmigo? ¿Por qué soy importante?

—Estoy llegando a esa parte —le aseguró Xavier—. Pero para saber quién eres, necesitas saber de dónde vienes. Para entender tu rol en esto, necesitas conocer los eventos del pasado que

llevaron a ello.

—La tormenta perfecta.

—Ha estado gestándose durante décadas.

—¿Cómo? ¿Por qué?

Xavier levantó su mano, pidiéndole silencio. —En nuestro mundo, es muy raro criar a tus propios hijos. Usualmente, cuando un niño nace en una de las familias poderosas, sus enemigos lo saben y hacen lo que sea para secuestrarlos.

Sienna abrió la boca incrédula. —¿Secuestrarlos? ¿Por qué?

—Es una forma de mantener el control sobre los demás. Es retorcido pero también trae paz.

—¿Cómo puede traer paz? Haría lo contrario. Si alguien secuestrara a mi hijo, quemaría el mundo hasta los cimientos, destruyendo todo y a todos los que amaran —argumentó Sienna apasionadamente.

—Si fuera algo nuevo, probablemente sucedería —concedió Xavier—. Pero ha estado sucediendo durante siglos. Usualmente, se sabe qué familia secuestró a un niño. Lo que es un misterio es el lugar.

Sienna sacudió la cabeza, con desesperación en sus ojos. —Todavía no entiendo lo que estás diciendo. ¿Qué tiene que ver eso conmigo?

—Sienna —dijo Xavier suavemente, tomando su mano en la suya—. Las familias que nos criaron no son nuestras familias de sangre. Al igual que mi padre no es mi verdadero padre y mis hermanos no son mis verdaderos hermanos, el tuyo tampoco lo es.

A Sienna le comenzó a doler la cabeza. Su pecho se sentía pesado. Toda su vida resultaba ser una mentira.

—Pero eso no cambia nada —le dijo rápidamente, acariciando su mano con movimientos suaves—. La sangre no hace a la familia. El amor sí. Creo que tu padre te amaba. Te crió, pasó tiempo contigo. Eso es lo que hace a una familia. Amor y tiempo.

—¿Todos son secuestrados? —preguntó Sienna.

—No. Jensen es el verdadero Carrington de pura sangre.

—¿Por eso es el sucesor del Sr. Carrington?

Xavier negó con la cabeza. —No, no funciona de esa manera. La sucesión va por edad. Mi padre nos reconoció a los cuatro como sus hijos y eso nos hace Herederos del Poder. Pero Jensen sucederá en su rol porque es el mayor. Si yo fuera tres meses mayor, esa posición sería mía sin importar de quien sea la sangre que corre por mis venas.

Humedeciéndose los labios secos, Sienna reunió el valor para preguntar lo que realmente quería saber. —¿Quién es mi verdadero padre?

Xavier clavó sus ojos en los de ella. La lástima en sus brillantes ojos marrones le dijo todo lo que necesitaba saber mucho antes de que él abriera la boca para responder.

—Lo siento, Sienna, pero esa es una línea que no puedo cruzar. No puedo darte esa información.

—Pero ya me has contado tanto. Seguramente, puedes decirme esa cosa más.

—Lo que te he contado hasta ahora es conocimiento público. Especialmente si creciste en nuestro mundo, si eres una heredera. Me sorprendió un poco que no lo supieras.

Sienna se maldecía a sí misma por no haber prestado más atención. Era su propia culpa ser una ignorante.

—Por favor, Xavier —suplicó—. Necesito saberlo. ¿Quién es mi padre?

Xavier negó con la cabeza. —Lo siento. No puedo decirte eso. Solo-

—Jensen y el señor Carrington pueden darme esa información. —Sienna rodó los ojos. Sus manos empezaron a temblar de frustración. "Ya he oído eso antes."

Enfadada, se levantó y se alejó de Xavier sin decir otra palabra. Sabía que estaba siendo injusta con él. Ya le había dicho más de lo que le permitían. Pero no era suficiente. Necesitaba saber quién era y de dónde venía. Sienna necesitaba saber a qué familia pertenecía legítimamente.

Era el momento de activar su encanto y seducir al desprevenido Jensen. Cuando terminara con él, ni siquiera sabría qué lo golpeó.

CAPÍTULO 17

De vuelta en su habitación, Sienna se dirigió directamente al armario. Planeaba ponerse el mismo vestido que había probado más temprano ese día. Había demasiadas preguntas en su mente y no quería perder más tiempo. Era momento de obtener algunas respuestas.

Después de ponerse sus zapatos y retocar su maquillaje, Sienna dejó su habitación para buscar a Jensen. Según lo que sabía de él, casi seguramente estaría trabajando. Solo había dos lugares donde se le ocurría que podría encontrarlo: la sala de guerra o la sala de estudio donde habían jugado ajedrez el otro día.

Preferiendo no encontrarse con el señor Carrington en persona, decidió probar la sala de estudio primero. Con su escolta armada siguiéndola a una distancia apropiada, Sienna parecía una mujer con una misión. Una mujer muy elegante en una misión, usando un par de tacones altos que estaban lejos de ser cómodos. Pero no los llevaba con la intención de estar cómoda. Estos zapatos desempeñaban un papel mucho más importante.

Ignorando su instinto inicial de irrumpir simplemente en la sala, se obligó a sí misma a desacelerar y a tocar la puerta. Esperó una respuesta.

—Pasa —llamó una voz profunda. No podía decir si era Jensen.

Antes de dejarla entrar, intentó que su escolta se quedara afuera, pero no la escucharon. No se les había ordenado obedecer sus órdenes. Con un gesto de molestia, Sienna entró en la sala, colocando lo que ella consideraba una sonrisa encantadora en su rostro.

—¿Sienna? —preguntó Jensen, frunciendo el ceño en confusión—. ¿Qué haces aquí?

Vio el momento en que sus ojos azules la examinaron. Trató de mantener su rostro en una máscara cuidadosamente elaborada, pero ella conocía a los hombres y sabía que le gustaba lo que veía.

—No te estoy interrumpiendo, ¿verdad? —preguntó tentativamente, avanzando más hacia el interior de la sala.

—Para nada —dijo él de manera neutra.

—Esperaba que pudiéramos hablar. A solas —dijo Sienna, gestando con un movimiento de cabeza hacia sus guardias.

—Pueden esperar afuera, chicos. Gracias —dijo Jensen con un tono educado pero firme. Tan pronto como dejaron la sala, volvió su atención hacia ella—. ¿En qué puedo ayudarte?

Jensen estaba sentado detrás del escritorio con un montón de papeles delante de él. Sienna se acercó y se sentó en el lado derecho de la mesa. La miró con suspicacia pero no dijo nada. En cambio, se recostó en su silla, poniéndose cómodo.

—Estaba pensando en lo que tu padre dijo el otro día y quiero ayudar —le dijo Sienna.

—Veo. ¿No deberías estar hablándole a él en lugar de a mí?

—Realmente no lo sé —admitió Sienna—. Me han dicho que tú eres su mano derecha, así que pensé que si alguien sabía cómo ayudarme, serías tú.

Algo brilló en los ojos de Jensen. No se parecía en nada al deseo. —¿Quién fue?

—No importa —dijo Sienna, bastante enfática—. Es bastante obvio que tú eres el siguiente en la línea. No soy tonta, sabes. Sé cómo seguir el rastro.

—¿Ah, sí? —desafió Jensen, levantando una ceja.

Sienna asintió, regalándole una pequeña sonrisa. —Como dije, necesito tu ayuda.

Ella cruzó las piernas, dándole a él una muy buena vista del corte completo en el lado de su vestido. A juzgar por cómo se acomodó sutilmente en su silla, ella supo que lo notó y que no estaba tan impasible como quería hacerle creer.

—Habla —dijo él, con voz ronca. Ella imaginó que le costaba mucho no tocarla.

—Me gustaría ayudar pero no sé cómo. También me gustaría encajar, y hasta ahora, creo que lo estoy haciendo bastante bien con todos excepto contigo.

—Créeme, señorita Ryder, no lo haces tan mal.

A Sienna le gustaba pensar que escuchó un atisbo de coqueteo en su voz.

—Gracias —dijo ella, parpadeando con coquetería—. Pero quiero hacer más. Dime cómo puedo ser útil. Sé que no confiamos el uno en el otro y la culpa de eso no es solo tuya. Me gustaría que trabajáramos en eso.

Sus ojos se fijaron en los de ella, Jensen parecía estar estudiándola. Sienna esperaba que decidiera que estaba diciendo la verdad.

—Señorita Ryder—

—Sienna, por favor. Después de todo, vamos a ser una familia si tu padre se sale con la suya —interrumpió ella con un tono ligero.

—Sienna. —Jensen se permitió relajarse un poco.

Se enderezó en la silla y ajustó su corbata. La chaqueta de su traje estaba desabotonada. Los ojos de Sienna descendieron, evaluándolo de la misma manera que él lo hacía con ella. Intentaba tener una idea de lo que él tenía para ofrecer. A juzgar por su tamaño y cómo llenaba su traje, ella estaría dispuesta a apostar que era el más musculoso de todos, lo cual decía mucho considerando que Aiden se consideraba un culturista.

Había un cierto tipo de atractivo en Jensen. El cliché usual de alto, oscuro y misterioso lo describía perfectamente. Añade a la mezcla unos ojos azules sensuales y un cuerpo para morirse, y tenías un ejemplar perfecto sentado frente a ella en ese mismo momento.

Tragando un exceso de saliva, Sienna se maldijo por dejar que sus pensamientos se desviaran en esa dirección. Se suponía que ella era la que lo seducía, no al revés. Los chicos atractivos definitivamente eran su debilidad.

—Entiendo que me salté una de nuestras supuestas citas —dijo él, con una voz deliciosamente profunda—. No tuve mucho tiempo para pasar contigo. Espero que entiendas que con el cambio de poder, he estado más ocupado que de costumbre. Tuve que priorizar.

—Y yo no estaba en la lista de tus prioridades —concluyó Sienna, sonando infantil incluso para sus propios oídos.

—No, no lo estabas —le dijo Jensen. La franqueza en su voz picó más de lo que jamás admitiría.

—¿Pero? —Sienna alentó, esperando un cambio de corazón.

—Pero nada. Eso es todo. Pasar tiempo contigo era una tarea. Cortejarte fue una orden. Pensé que dejaría intentarlo a mis hermanos ya que todos mostraron más entusiasmo del que yo jamás podría. Simplemente no estoy interesado.

—Mentiroso —dijo Sienna, sabiendo que era un hecho—. Te interesa. Puedo verlo en tus ojos, en la forma en que aprietas los labios, en cómo se tensan tus bíceps cuando los toco.

Sienna deslizó su mano a lo largo de su brazo, ganando valentía cuando él no objetó. Girando su silla, ahora estaba completamente de frente a ella. Levantando su pierna descubierta, apoyó la punta de sus tacones altos entre sus piernas, ejerciendo una ligera presión muy cerca de sus preciadas joyas familiares.

Jensen contuvo cualquier reacción. Ni siquiera respiraba. Sus ojos tenían un brillo peligroso mientras sostenía su mirada.

—Puedo ver que sientes más de lo que te permites mostrar —dijo Sienna. Con su pie aún entre sus piernas, se impulsó fuera de la mesa, inclinándose hacia adelante, apoyando sus manos en los costados de su silla.

Jensen no se movió. Simplemente la miró.

—Sé que te atraigo. No tiene sentido negarlo. Sé que soy hermosa y sé cuándo me veo irresistible —dijo, con voz baja.

Sus frentes casi se tocaban, sus labios tan cerca que sus alientos se mezclaban. Inhalando, Sienna decidió que olía como el mar abierto en un fresco día de verano.

—¿Qué quieres de mí, Sienna? —preguntó él, con una voz que aparentaba tener el control. Pero ella sabía más. Sentía lo opuesto al control.

—No quiero ser ignorada. Quiero que nos llevemos bien.

Los labios de Jensen se curvaron en un leve esbozo de sonrisa. Desapareció tan rápido como apareció. Ella lo habría perdido si no lo estuviera observando tan de cerca.

—¿Qué tan *cerca* quieres que lleguemos? —preguntó, estirando el cuello, acortando aún más la distancia entre sus labios que ya era casi inexistente.

Sienna se mordió el labio inferior. Su corazón latía rápidamente en su pecho. Podría jurar que él también lo escuchaba. Intentando recuperar el control de la situación, agarró su corbata, estirándola.

Él inhaló profundamente cuando sus dedos rozaron su cuello. Finalmente pudo leer la mirada en sus ojos. Era deseo.

Aclarándose la garganta, se impulsó fuera de la silla y caminó hacia el otro lado del escritorio, sentándose en una de las sillas. Era muy importante mantener el escritorio entre ellos, de lo contrario, le arrancaría la ropa. Anhelaba explorar las profundidades de su cuerpo musculoso. Sabía que él también lo quería. Pero primero, él tendría que encontrarse con ella a mitad de camino.

—El tiempo lo dirá —le dijo, con una sonrisa seductora en los labios—. Estoy dispuesta a construir una buena y sólida amistad. Si tú también lo estás, por supuesto.

—Eso no me molestaría —dijo Jensen con una ligera inclinación de cabeza. Se veía más desconcertado de lo que ella le había visto antes, y aún así, tenía más control sobre sí mismo que cualquiera de sus hermanos.

Secretamente, se preguntaba hasta dónde podría presionarlo y aún así salirse con la suya. El recuerdo de su último encuentro con Kyle se impuso en su mente, y recordó que al final del día, todavía era solo una prisionera-invitada aquí y no tenía derechos propios.

—No quiero que nadie más muera. Dime cómo puedo ayudar a aplastar la rebelión —dijo, tratando de enfocarse en los negocios. Sabía que Jensen apreciaría eso.

Su familia era donde yacían sus lealtades y solo a través del trabajo duro lograría que él confiara en ella. Esperaba que todo el tiempo que pasaran juntos no se tratara solo sobre el trabajo. Le gustaba pensar que también se enseñarían mutuamente cómo divertirse.

Sienna no pudo evitar sentirse satisfecha cuando Jensen extendió su mano, reajustándose el pantalón mientras cambiaba de posición en la silla.

—Supongo que ayudaría si hicieras unas cuantas apariciones públicas —dijo por fin, su atención completamente centrada en la tarea que tenía entre manos—. Podríamos organizar una cena donde tú puedas socializar con los invitados. Siempre con uno de nosotros, eso sí. La situación ahí fuera es muy peligrosa en este momento y tú estás muy solicitada.

—¿Debería sentirme halagada? —preguntó Sienna, arqueando una ceja.

—Halagada, no. Más bien asustada —le dijo Jensen—. En algún momento, tendremos que invitar a los Remingtons. Ahora compartimos ciudad y necesitaremos construir algún tipo de relación con ellos. Permitir que el diablo entre a la casa solo invita a un incidente. Algo sucederá. Depende de nosotros que solo sea verbal. ¿Entiendes lo que trato de decir?

Sienna asintió. —Te preocupas de que intenten llevarme de vuelta.

—Sí. Confía en mí cuando digo que te tratamos muy bien. Ellos no te extenderían la misma cortesía que nosotros.

Sienna sabía que él decía la verdad. Recordaba cómo había sido estar allí solo un día. Se había sentido más temerosa por su vida de lo que jamás había estado aquí.

Los Carringtons podrían haber matado a sus amigos y familia, pero habían sido sorprendentemente amables con ella. Además, Aiden había dicho que había dos versiones de la historia. Quizás debería haber conocido toda la verdad antes de empezar a juzgar.

—Lo sé, Jensen —dijo ella, con un tono de voz firme—. No quiero deberle nada a nadie, por eso quiero aportar mi granito de arena.

Jensen la miró con aprobación. Necesitaría mantenerse firme si quería llegar a él.

—Hablaré con mi padre y organizaremos una pequeña cena. Llamémoslo una prueba. Tampoco soy tonto, Sienna. No te quitaré el ojo de encima, así que más te vale no hacer algo de lo que ambos podríamos arrepentirnos después —advirtió.

Una pequeña sonrisa se dibujó en el rostro de Sienna. —Entonces, ¿te entristecería si me pasara algo?

Jensen negó con la cabeza, un rizo de su cabello negro cayendo a un lado. Pasando su mano por el cabello, inmediatamente lo arregló. El tipo era tan impecable como controlador.

—No me importa lo que te pase. Solo me importa lo que le pase a mi familia y a mi gente.

—Puede que digas la verdad ahora, pero eso pronto cambiará. Antes de que te des cuenta, también me considerarás parte de tu familia.

—Ya veremos eso.

—Sí —acordó Sienna—. Veremos.

No queriendo prolongar más su estancia, se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—Gracias por tomarte el tiempo de hablar conmigo —dijo, alcanzando la puerta.

—Cuando quieras —le dijo él, sorprendiéndola con su respuesta. Le calentó el pecho saber que él también lo decía en serio.

Cerrando la puerta tras de sí, saludó con un pequeño gesto a su escolta armada. Juntos regresaron a su habitación.

CAPÍTULO 18

—Levántate y brilla, Bella Durmiente, canturreó Adrianna al entrar en la habitación de Sienna.

Sienna gruñó. Jamás sería una persona matutina. Rodando hacia el borde de la cama, echó un vistazo borroso a Adrianna. Aún no veía bien, pero notó suficiente como para darse cuenta de la ausencia de la bandeja.

—¿Qué pasa con mi desayuno? —preguntó Sienna a su amiga.

—Vas a desayunar con la familia —le explicó Adrianna, revisando el armario de Sienna.

—¿Cómo? —Sienna se incorporó de golpe. Adrianna ciertamente tenía toda su atención ahora —. ¿Qué quieres decir con que voy a desayunar con la familia? Siempre tomo mi desayuno en mi habitación, y luego uno de los herederos viene a sacarme.

—Las cosas han cambiado ahora, cariño. Para mejor, estoy segura —le dijo Adrianna—. Estás avanzando bien hacia convertirte en uno de nosotros. Lo estás haciendo muy bien. De verdad.

—Eso espero —murmuró Sienna.

—¿Qué has dicho? —preguntó Adrianna, mirándola por encima del hombro.

—Nada —dijo Sienna apresuradamente—. Voy a darme una ducha rápida, ¿vale?

—Perfecto. Mientras tanto, prepararé todo lo demás.

Fiel a su palabra, Adrianna tenía todo listo en el momento en que Sienna salió del baño. Antes de que se diera cuenta, estaba vestida y lista.

—¿Y bien? —la apremió Adrianna.

—¿Qué? —preguntó Sienna, confundida.

—¿No vas a ir? Llegarás tarde si no te vas ahora.

—¿Nadie viene a buscarme? —dijo Sienna, más para sí misma que para otra persona.

—Eres parte de la familia. Ahora ve —Adrianna le dio un ligero empujón hacia la puerta—. Yo recogeré el desorden aquí.

—¿Por qué no desayunas con la familia?

—Yo no soy una de ellos. Trabajo para ellos, pero nunca seré uno de ellos. No de esa manera. A menos que me case con uno de los herederos. Pero eso no ocurrirá porque-

—¿Te gusta demasiado tu libertad y eres joven y hermosa? —intervino Sienna, interrumpiéndola.

Adrianna sonrió. —Exactamente. ¡Ahora ve!

Con una sonrisa en el rostro, Sienna avanzó por el pasillo, haciendo todo lo posible por ignorar las mariposas ansiosas en su estómago. Se dijo a sí misma que Adrianna tenía razón. Esto era algo bueno.

Como estaba volviéndose costumbre, su escolta armada la seguía fielmente. Tenía guardias diferentes ahora. El otro grupo debía estar de descanso.

Al llegar al comedor, entró con toda la confianza que pudo, aunque definitivamente no se sentía así.

—Buenos días, señorita Ryder —la saludó el señor Carrington desde su asiento en la cabecera de la mesa.

—Señor Carrington —dijo Sienna con una sonrisa—. Buenos días a todos.

Recorrió la mesa con la mirada, sin querer ignorar a nadie. Jensen, Aiden, Xavier, Jaxon y, para su sorpresa, incluso Aurora estaban allí.

Sienna sintió cómo el calor subía por sus mejillas al recordar la última vez que vio a la señora Carrington.

—Buenos días —respondió el grupo al unísono.

—Espero no llegar tarde. Odiaría hacerles esperar —dijo Sienna, con un tono de disculpa. Se sentó entre Jensen y Aiden, a la derecha del señor Carrington.

—No te preocupes por eso, señorita Ryder. Nos complace mucho que comas con nosotros —dijo el señor Carrington, y señaló a los camareros para que sirvieran el desayuno. Para sorpresa de Sienna, le sirvieron cereal.

—Jaxon dijo que son tus favoritos —le dijo Aurora amablemente—. Si quieres comer algo más, eres más que bienvenida a hacerlo.

Sienna negó con la cabeza, permitiéndose sonreír. —Es perfecto. Gracias. —Al decir la última parte, se encontró con la mirada de Jaxon, quien le lanzó un guiño coqueto.

—Jensen me cuenta que estás lista para ayudarnos a organizar una cena —dijo el señor Carrington, invitándola a la conversación.

Sienna asintió. —Sí, señor. Me gustaría mucho que las cosas se calmaran y que todos pudiéramos vivir lo más pacíficamente posible. Solo quiero que la vida continúe.

—Deberíamos dejar a los Remingtons fuera de esto por ahora y solo invitar a los poderosos de la zona. Haré una lista —dijo Aurora.

—Yo puedo encargarme de los arreglos de la fiesta —se ofreció Jaxon.

—Xavier y yo entregaremos las invitaciones —dijo Aiden, mirando a Xavier quien asintió.

—Yo me encargaré de la seguridad —les dijo Jensen. —Tenemos que asegurarnos de que todo transcurra sin contratiempos.

—Bien —dijo el señor Carrington con aprobación. Sus ojos brillaban de orgullo al mirar a sus herederos. —Solo una cosa: seré yo quien se encargue de la seguridad.

—Pero Padre—

El señor Carrington levantó la mano, interrumpiendo a Jensen. —Quiero que prepares a la señorita Ryder para la fiesta. Necesito que le expliques lo que se espera de ella y lo que podría suceder.

Frunciendo el ceño, Jensen inclinó la cabeza en señal de deferencia. —Como desee, Padre.

En silencio, Sienna se sintió agradecida por tener la oportunidad de pasar más tiempo con Jensen. Necesitaba tenerlo de su lado.

—¿Quieres que hable con Adrianna para que me prepare un vestido? —preguntó Sienna, ofreciendo lo único que se le ocurría.

El señor Carrington le dio una sonrisa paternal. —Eso estaría muy bien, señorita Ryder. Pero no pierdas demasiado tiempo preocupándote por los vestidos. Estoy seguro de que Adrianna es perfectamente capaz de encargarse. Tu tarea es trabajar con Jensen. Sería mutuamente beneficioso si intercambian información sobre nuestros invitados. Los conoces muy bien, ¿verdad?

Sienna se encogió de hombros. —Estoy empezando a darme cuenta de que no sé tanto como pensaba. Pero estaría feliz de compartir cualquier detalle que me cruce por la mente.

—¿Alguien quiere café? —preguntó Aurora, llamando a los camareros.

—Sí, por favor —dijeron Sienna, junto con Jensen y Jaxon.

—La fiesta será mañana por la noche —anunció el señor Carrington después de un momento de silencio bastante cómodo.

—¿Tan pronto, querido? —preguntó Aurora, levantando la ceja.

—Cuanto antes, mejor —le dijo él. —Queremos acabar con las rebeliones lo antes posible. Nuestro control sobre el poder es, en el mejor de los casos, inestable.

—Deberíamos tener una pista de baile —dijo Sienna, con una idea formándose en su mente.

—No, eso es demasiado medieval —discrepó Aiden.

—Déjenla hablar —dijo Jensen, mirándola con interés.

—Si bailara con todos ustedes, sería una declaración, ¿no es así?

Aurora y el señor Carrington intercambiaron miradas, teniendo una conversación sin hablar.

—Podríamos tener un tema de *Bridgerton* para la fiesta —dijo Aurora, entusiasmándose con la idea.

Aiden gruñó. —Por favor, no. Ya de por sí odio usar el traje.

—Pero te ves tan guapo con él —ronroneó Sienna, acariciando su mano sobre la mesa.

Aiden rodó los ojos. —No pienses que alguna vez olvidaré que esta fue tu idea. La próxima vez que hagamos ejercicio juntos, vas a pagar. Te haré correr tanto que no podrás respirar bien.

Los ojos de Sienna chispearon, preguntándose si él estaba pensando en el mismo tipo de ejercicio que ella. Ese que tenía en mente la dejaba empapada en lugares completamente diferentes a simplemente correr.

Permitiéndose una rápida mirada al entrepierna de Aiden, tuvo toda la respuesta que necesitaba. El traje se estaba haciendo más pequeño cada minuto. Parecía incómodo, desplazándose ligeramente a un lado para aliviar la presión de los pantalones sobre su miembro endurecido.

—Creo que una fiesta de disfraces es una gran idea —arrulló Jaxon.

—Pero sin máscaras. Sería una pesadilla de seguridad —dijo el señor Carrington. —Tendremos que dejar claro que solo se aceptan los vestidos y los trajes. Jaxon, asegúrate de conseguir música apropiada a la época. Creo que una pequeña orquesta haría el trabajo.

—Conozco justo la adecuada.

—¿Todos saben lo que tienen que hacer? —preguntó el señor Carrington, mirando alrededor de la mesa. Asintió para sí mismo, aparentemente satisfecho. —Estupendo. Ahora si me disculpan, iré a hablar con nuestro jefe de seguridad. Que tengan un buen día, todos.

El grupo repitió sus despedidas mientras el señor Carrington abandonaba la mesa con Aurora a su lado.

—Supongo que también debo ponerme a trabajar —dijo Jaxon. —Va a ser la fiesta del siglo. Estoy tan emocionado.

Xavier rodó los ojos. —Odio las fiestas.

—Es muy importante que demos lo mejor de nosotros —dijo Jensen, las palabras estaban más dirigidas a Xavier que a nadie más. —De ello dependen nuestras vidas. No lo olviden.

Los Carrington podrían tener más responsabilidades sobre sus hombros de las que podían soportar, y Sienna no tenía planeado hacerlo más difícil. Todo lo contrario: también le interesaba que las cosas salieran bien.

—Primero hablaré con Adrianna, luego te encontraré en el estudio —le dijo Sienna a Jensen, más que preguntarle. Sin embargo, él asintió.

—Te acompaño —dijo Aiden antes de que alguien más pudiera.

Sienna le sonrió, aceptando feliz su oferta.

Tomados de la mano, salieron del comedor. Una vez al otro lado de la puerta, Aiden la prensó contra la pared, besándola profundamente. Sienna gimió en su boca, correspondiendo su beso con la misma pasión.

—Te extrañé —dijo Aiden cuando rompieron el beso para tomar aire.

Sienna sonrió contra sus labios. —Yo también te extrañé.

Él le acarició la mejilla suavemente. —Fue muy agradable tenerte con nosotros en el desayuno.

—¿Sí?

Él asintió. —Sí. No tienes idea de lo feliz que me hace que te estés integrando.

—Estoy haciendo lo mejor que puedo —le dijo ella.

—Lo sé. Lo veo. Todos lo ven. Lo estás haciendo muy bien —le dijo él, dándole un suave beso.

Fue demasiado breve. Sienna quería más. Necesitaba más.

—Vamos —le dijo él, alejándose pero sin soltarle la mano. —Tenemos trabajo que hacer.

Juntos, caminaron hacia la habitación de Sienna. Adrianna todavía estaba allí, organizando el armario. Aiden se fue a atender sus propios deberes.

—Adrianna —llamó Sienna para llamar su atención.

Adrianna gritó. —¡Jesús, chica, me asustaste! ¿Qué te hizo aparecer así de repente?

—No lo hice. Entré a la habitación normalmente.

Adrianna sacudió la cabeza, apoyando una mano en su pecho. —Te juro que no te escuché. Mi corazón amenaza con hacer una aparición estelar.

Sienna rodó los ojos ante las tonterías de su amiga. —Escucha, necesito hablar contigo.

—¿Cómo estuvo el desayuno? —preguntó Adrianna al mismo tiempo.

—Bien. De eso es de lo que necesito hablar contigo —dijo Sienna. —Vamos a tener una cena con temática del siglo XIX mañana y necesito un vestido acorde a la época. ¿Puedes hacerlo?

Adrianna se rascó la barbilla pensativa. —Admito que es un poco de corto aviso, pero no veo ningún problema.

Sienna aplaudió. —¡Genial!

—Estás emocionada —observó Adrianna.

—Lo estoy. Finalmente siento que estoy haciendo algo que beneficiará no solo a mí, sino también a la gente. Si terminamos con las rebeliones, quizás de alguna forma podamos seguir adelante con nuestras vidas. Ya ha habido demasiadas muertes.

Adrianna sonrió. —Ese es el espíritu. Me aseguraré de hacer mi parte. ¡Lucirás fabulosa!

—No tengo dudas sobre eso. Estaré en el estudio con Jensen si me necesitas —le dijo Sienna, ya de camino a la salida.

—¿Jensen? —preguntó Adrianna, su voz un tono más alto de lo usual. —¡Chica, cuando esto termine, necesitamos hablar!

—Lo haremos. Lo prometo —le dijo Sienna por encima del hombro, riendo. El sonido la siguió por el pasillo. Con su escolta armada en camino, estaba lista para encontrarse con Jensen y hablar sobre los detalles de la fiesta.

No mentía cuando decía que no sabía mucho sobre las casas poderosas. Sí, las conocía personalmente, pero ella era una chica de fiestas. Su padre era quien hacía negocios con ellas. La mejor información que podía brindar a los Carrington era qué marca de vino prefería cada casa.

Esperaba recordar más a medida que avanzaran por la lista. Estaba determinada a ser lo más útil posible. La fiesta iba a ser un éxito. Muchas vidas dependían de ello. Incluida la suya.

CAPÍTULO 19

Jensen revisaba una caja de documentos. Había otras dos igualitas sobre el escritorio. Sin más preámbulos, Sienna se acercó al escritorio, tomando una carpeta por su cuenta.

—No hace falta que revises esos —le dijo él. "Hablé un momento con mi madre, y planeamos invitar a estas familias."

Jensen le pasó una lista de nombres. Sienna la ojeó, reconociendo los nombres.

Kelsey: Ibrahim, Olaf, Krista, Maria.

Samenfeld: Linos, Jessika, Ben.

Berti: Elisabet, Arlene.

Aghayan: Dalia.

—No estoy segura de que sea buena idea invitar a los Berti —comentó Sienna.

Jensen levantó una ceja. —¿Y eso por qué?

—Los padres de Elisabet y Arlene trabajaron para mi padre. Estoy bastante segura de que los mataron en el complejo durante la Masacre Ryder.

—¿La Masacre Ryder?

Sienna se encogió de hombros. —Necesitaba un nombre. No importa su vida o sus elecciones, merecen ser recordados.

Sin decir palabra, Jensen asintió.

—Cuidado con la vieja viuda Aghayan. Parecerá frágil, pero su mente es tan astuta como lo era hace cincuenta años.

—Se rumorea que envenenó a sus tres maridos —reflexionó Jensen.

—Solo es un rumor porque tenía el dinero para hacerlo desaparecer. Dalia es una vieja bruja venenosa. Yo me mantendría lo más alejado posible de ella —aconsejó Sienna. —¿Cuál es el motivo detrás de esta lista de invitados?

Inclinándose más en la silla, Jensen se rascó la barbilla. —Si hacemos las paces con los Berti, podría mostrar a los demás que no somos unos monstruos. La viuda Aghayan es un claro ejemplo de mantener cerca a tus enemigos. Los Kelsey son un grupo débil, con solo Ibrahim para mantenerlos fuertes y relevantes. Una vez que el viejo bastardo muera, su hijo llevará a su familia al abismo. Los Samenfeld, por otro lado, son una familia a tener en cuenta. Son tan malvados y ambiciosos como los hay. Al menos con Dalia sabes que ya tiene un pie en la tumba. Pero los Samenfeld son jóvenes y tienen empuje.

Pensando lo mismo, Sienna asintió. —Odiaría estar cerca de los Samenfeld. Muéstrales un pedazo de tu espalda y te encontrarás con un cuchillo clavado en ella.

—Tomado en cuenta —dijo Jensen, escribiendo furiosamente en el papel frente a él. —¿Qué opinas sobre los Kelsey?

Sienna se rascó la barbilla, frunciendo el ceño. —Maria es de mi edad. Fuimos juntas a la escuela, pero no la recuerdo bien. Solo sé que siempre estaba desesperada por amor. Se decía que se estaba guardando para el matrimonio. Sus padres, Olaf y Krista, siempre prefirieron mantenerse en segundo plano. Por lo que sé, nunca hicieron nada que valiera la pena mencionar. El padre de Olaf, Ibrahim, es una historia completamente diferente.

—Continúa —dijo Jensen, animándola a seguir.

—Mi padre alguna vez me advirtió que nunca hablara con él o me acercara.» Sienna se estremeció al recordarlo. "Parecía muy adamantino al respecto. No sé en qué estará metido el viejo bastardo, pero puedo decirte que debe ser horrible. Nunca había visto a mi padre hablar así de nadie. Era como si temiera a Ibrahim.

Jensen la miró, sus ojos azules brillando con preocupación. —Quizás deberíamos reconsiderar nuestra lista de invitados.

Sienna negó con la cabeza. —No. Tienes una gran mezcla aquí. No quieres parecer débil y asustado. Podemos manejarlos.

Una pequeña sonrisa apareció brevemente en los labios de Jensen.

—Tu padre dijo que habría algunas cosas que se esperarían de mí. ¿Qué tenía en mente? —preguntó Sienna, lista para ensuciarse las manos.

—Necesitaremos que te mezcles y converses lo suficientemente abierta como para dejar a todos ver que no eres nuestra prisionera, pero al mismo tiempo tendremos que mantenerte bajo estrecha vigilancia —dijo Jensen.

—Todavía no confían en mí.

—No es una cuestión de confianza. Se trata de tu seguridad. A los invitados se les registrará en busca de armas, pero eso no significa que no haya peligro. También se te asignará un catador personal —le explicó Jensen.

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad? ¿No crees que esto es llevar las cosas demasiado lejos?

—No. Tu seguridad será nuestra máxima prioridad. Si algo te pasara en la fiesta frente a todos, estaríamos en un grave problema.

—¿Ustedes también tendrán catadores de comida? —preguntó Sienna, sintiendo la absurdidad de la situación. —Sabes que si alguien quiere matarme, encontrará la manera.

—Tal vez, pero eso no significa que debamos facilitárselo.

Sienna asintió, resignada. —Justo es justo.

—Como discutimos antes, se espera que bailes conmigo y con mis hermanos. Sin embargo, para no hacerte parecer una prisionera, creo que sería inteligente que también bailaras con uno de los invitados. ¿Ben, por ejemplo?

Los ojos de Sienna se agrandaron. —No creo que sea una buena idea. Él es un Samenfeld.

—Y también es el único que tiene una edad adecuada para bailar contigo. Es soltero, después de todo, y sería bueno dar la apariencia de que estás abierta a ser cortejada.

Sienna gruñó. —Ya sé que voy a odiar la fiesta.

—No será tan malo. Mis hermanos y yo estaremos a tu lado en todo momento y te mantendremos segura —le aseguró Jensen.

—Lo sé —dijo Sienna con la más pequeña de las sonrisas. Sabía que él haría todo para protegerla. Era su trabajo, y lo tomaba muy en serio.

—¿En qué estás pensando? —preguntó él, dándole una posible apertura para preguntar sobre lo que se moría por saber.

—¿Conociste a mi padre antes de que tú y tu familia ocuparan su lugar? —preguntó Sienna en su lugar, decidiendo que sería mejor construirlo poco a poco en el tiempo. Su relación con Jensen podría describirse como inestable, en el mejor de los casos.

Jensen estrechó la mirada con suspicacia, tomándose un momento para responder. Sin duda estaba tratando de decidir si ser honesto con ella o cerrar la conversación por completo.

—Nos hemos encontrado unas cuantas veces. Mi padre era uno de los políticos locales y tenía que dar informes ocasionales a tu padre —le contó al fin Jensen. —Cuando crecí, lo acompañaba a estas reuniones.

Le surgió una idea. —¿Alguna vez nos hemos encontrado en persona?

—Solo una vez —dijo Jensen, la sombra de una sonrisa en su rostro al recordarlo.

Sienna levantó la ceja. —¿Ah, sí?

Él asintió. —Mi padre olvidó una de las carpetas en el coche y me pidieron que la recuperara. Corría por uno de los largos pasillos cuando doblé una esquina y choqué contigo.

Los ojos de Sienna se abrieron de par en par al reconocerlo. —Me hiciste derramar mi batido por todo uno de mis vestidos favoritos.

Jensen soltó una carcajada, un sonido tan raro y delicioso. Sienna sabía que mataría por escucharlo más a menudo.

—Me gritaste tanto que pensé que me iban a ejecutar en el momento.

Sienna se estremeció al recordarlo. —Fui bastante mala, ¿verdad?

—La peor —aceptó Jensen. —Niña rica y consentida.

—Vaya, tranquilízate con los insultos. No hace falta llegar tan lejos.

Jensen se encogió de hombros. —Si la verdad sobre quién eres te duele, entonces haz algo para cambiarlo.

—¿Y ahora? —preguntó Sienna, temiendo medio de la respuesta. —¿Cómo me ves ahora?

—Igual que antes —le dijo Jensen.

Los ojos de Sienna se dirigieron hacia abajo, y dejó escapar un suspiro triste. No estaba llegando a ninguna parte. No importa lo que hiciera, las opiniones ya estaban formadas.

Sintiendo la ligera presión de los dedos de Jensen debajo de su barbilla, Sienna levantó la vista, encontrando sus ojos. No escuchó cuando se levantó de su silla. Agachándose frente a ella, sus ojos azules capturaron los verdes de ella en un hechizo.

—Te veo hermosa y fuerte —dijo Jensen, su voz la más vulnerable que ella había escuchado. —Sí, eres terca y puedes maldecir como un marinero. Pero también tienes un buen corazón. Veo todo eso. Lo vi la primera vez que nos encontramos. Fácilmente podrías haberme hecho ejecutar, pero en cambio te contentaste con simplemente gritarme. Sin saberlo, salvaste mi vida.

Las lágrimas brotaron en los ojos de Sienna. Por primera vez, vio a Jensen sin su máscara, completamente expuesto.

—Pensé que me odiabas —dijo ella, su voz un susurro.

Él negó con la cabeza. —No te odio. Nunca lo hice. Mientras no te interpongas en mi camino, nos llevaremos bien. Incluso excelente. Al final del día, solo quiero sacar adelante las cosas.

Sienna asintió. —Haré lo que sea necesario para ayudarte. Lo prometo.

—Sé que lo harás —dijo Jensen con una sonrisa. Sus dedos se demoraron un momento más en su barbilla antes de que se aclarara la garganta, rompiendo el hechizo. Su máscara volvió a su lugar. Siguiendo su ejemplo, Sienna se enderezó, alzando la cabeza con orgullo.

—A menos que se te ocurra algo más, creo que eso es todo en lo que respecta a esta fiesta —le dijo Jensen, dándole la opción de irse.

Decidiendo no hacerlo, Sienna tomó otra carpeta. —¿Qué más tienes aquí con lo que podría ayudarte?

Dándole una pequeña sonrisa, Jensen asintió aprobatoriamente. —Esa contiene una lista de todos los poderosos del Sur. Los informes detallados sobre los miembros de la familia y sus negocios están incluidos.

Impresionada, Sienna silbó.

—Esta caja —Jensen señaló la que ella había intentado abrir cuando entró por primera vez al estudio— tiene toda la información e informes sobre los poderosos del Norte. Y esta —señaló a la que estaba junto a ella— es todo lo que pudimos encontrar sobre los Remington.

—¿Tienen una caja entera para ellos solos? —preguntó Sienna, elevando las cejas.

Él asintió. —Han liderado el Norte durante siglos. El rastro es largo. Otras familias suelen venir e irse. Hay cambios cada pocas décadas, dependiendo de la fuerza de la generación y la competencia.

—Como los Kelseys —dijo Sienna, siguiendo su línea de pensamiento—. Olaf, Krista y Maria son demasiado débiles para mantener el nombre de la familia relevante. En cuanto Ibrahim muera, los tiburones vendrán a nadar.

Jensen asintió. —Exactamente. Nos beneficiaría ser uno de esos tiburones, si no el principal.

—Por eso necesitas rodearlos ahora. También es por eso que has invitado a la viuda Aghayan a la cena. No tiene a nadie a quien dejar su fortuna. Estará en juego —dijo Sienna.

Jensen sonrió. —Impresionante. ¿Y qué hay de los Samenfelds y los Bertis?

—Ya dijimos que los Bertis están aquí para mostrar una transición pacífica de poder después de la Masacre Ryder —dijo Sienna con un gesto de la mano—. Pero los Samenfelds son los que hay que vigilarse. Son fuertes.

—Ellos son los tiburones. Ten cuidado cuando bailes con Ben. Podría intentar hacerte hablar —le advirtió—. El mínimo detalle, por pequeño que parezca, puede usarse en contra de lo que estamos tratando de construir.

—No le diré nada. También es de mi interés mantener a los Carrington en la cima —le dijo ella, dándose cuenta de que era la verdad.

Observando la caja más grande, Sienna suspiró. —¿Qué haremos con los Remington? Serán un problema, y en parte es mi culpa.

—¿A qué te refieres con eso?

—Les dije que tu liderazgo es nuevo e inestable, y que ahora sería el momento perfecto para atacar y unir la ciudad bajo una sola familia —le contó Sienna, sintiéndose avergonzada.

—Pase lo que pase, no será tu culpa —dijo Jensen, su voz suave y amable—. No son tontos. Estoy seguro de que lo habían planeado antes de que tú les plantaras la idea en la cabeza. El viejo Remington quería casarte con su hijo, fortaleciendo aún más su reclamo sobre el Sur.

—No quiero casarme con Kyle. No quiero casarme con nadie —dijo Sienna, su voz era tanto obstinada como temerosa.

—No tendrás que hacerlo. No dejaré que eso suceda. Estás con nosotros y te mantendré segura. Puedes contar con eso.

Al mirarle a los ojos, Sienna supo que lo decía en serio. —Gracias.

Él le dio la menor de las inclinaciones antes de señalar la puerta con la cabeza. —Ve, toma un descanso. Podemos reunirnos de nuevo en unas horas y ver si hay algo más que necesitemos discutir que podríamos haber pasado por alto ahora.

—Un poco de aire fresco sería agradable —estuvo de acuerdo Sienna. Levantándose de la silla, caminó hasta la puerta antes de volverse. —¿No vienes?

Una chispa de sorpresa apareció en el rostro de Jensen. —¿Te gustaría que lo hiciera?

Sienna sonrió. —Sí, supongo que sí. Además, ambos podríamos usar un pequeño descanso.

Jensen echó un vistazo a sus papeles y Sienna pensó que la iba a rechazar. Para su sorpresa, él se levantó de la silla y caminó hacia ella, ofreciéndole su mano. —¿A dónde?

Con una sonrisa, Sienna tomó su mano. —Conozco el lugar perfecto.

CAPÍTULO 20

Si a Sienna le hubieran dicho hace dos semanas que estaría nadando desnuda con Jensen Carrington, pensaría que están lo suficientemente locos como para ser encerrados en un manicomio. Pero, de alguna manera, contra todas las probabilidades, aquí estaba.

Le tomó mucho menos convencer a Jensen de quitarse la ropa de lo que esperaba. Sonrió, sabiendo que él estaba empezando a aceptarla. Su ropa yacía descartada en una de las sillas al lado de la piscina junto con la de Jensen.

Ambos estaban completamente desnudos, sus cuerpos sumergidos en el agua. Para su consternación, Jensen se lanzó al agua rápidamente después de quitarse la ropa, y ella no pudo echar un vistazo apropiado a lo que él tenía para ofrecer.

Sonriendo con picardía, sus ojos brillaron con una chispa diabólica que Jensen notó de inmediato.

—¿Qué estás tramando? —preguntó él, pareciendo un poco cauteloso.

—Nada —dijo Sienna con una ligereza inusual en su tono.

—Sienna —advirtió Jensen.

Tomando una profunda respiración, Sienna se zambulló bajo el agua. Estaba acostumbrada a nadar con los ojos abiertos y planeaba echar un buen vistazo alrededor. Vio el momento en que Jensen se dio cuenta de lo que ella tramaba. La excitación le recorrió el cuerpo hasta llegar a su miembro. Su pequeño amigo ya no era tan pequeño, pues se endurecía más cada segundo.

Sienna lo rodeó como un tiburón. Tenía razón, el cuerpo de Jensen era como una escultura de arte. Estaba musculoso pero no de una manera exagerada como el cuerpo de Aiden por los esteroides.

Los ojos de Sienna se abrieron de sorpresa bajo el agua al ver que él tenía un abdomen de ocho segmentos. No era raro que la gente tuviera un abdomen así, pero era mucho menos común

que el de seis segmentos. Dependía mucho de la genética y del tipo de músculos que tuviera tu cuerpo.

El agua le quemaba los ojos, obligándola a nadar hacia arriba. Salió justo frente a él. Si él se sorprendió, no lo demostró. Pero su cuerpo le dejó saber a ella cuán afectado estaba por su cercanía repentina. Sus cuerpos solo se tocaban a través del movimiento del agua entre ellos mientras flotaban.

La mente traviesa de Sienna trajo a colación la imagen de su amigo no tan pequeño que seguía creciendo. Se preguntaba cómo reaccionaría Jensen si ella extendiera la mano y le diera una caricia. La idea de enredar su cuerpo con el suyo la hizo sentir tan ardiente que incluso el agua fresca de la piscina no le brindaba alivio.

Antes de que pudiera decidir su próximo movimiento, Jensen nadó hacia el borde de la piscina y salió. Ella tuvo justo el tiempo suficiente para observar descaradamente su firme trasero antes de que él se envolviera con una toalla alrededor de la cintura.

—Ya es suficiente por ahora —le dijo él, con el rostro y el tono neutrales—. Ven a la sala de estudio después del almuerzo y continuaremos con nuestro trabajo.

Lo único que Sienna pudo hacer fue asentir y mirar cuando él se alejó. Se lamió los labios ya que la imagen de su desnudez ahora estaba para siempre grabada en su mente. Era un ejemplar impresionante, y disfrutaría seduciéndolo.

Al salir de la piscina ella misma, fue hacia la silla donde estaba su ropa. Salvo que, ya no estaba ahí.

—Ese maldito pequeñajo —murmuró Sienna con ira, aunque tenía que admitir que estaba un poco impresionada. No esperaba que él le robara la ropa. Parecería que después de todo él tenía un lado juguetón.

No teniendo una toalla ni su ropa, Sienna decidió improvisar. Sin el más mínimo atisbo de vergüenza, Sienna abandonó la casa de la piscina llevando nada más que su traje de nacimiento. La expresión en los rostros de sus escoltas armados habría sido suficientemente impagable, pero ver a Xavier fue definitivamente la cereza del pastel.

—Sienna —susurró él su nombre como si fuera una oración, su rostro lleno de asombro, pero sus ojos tenían un cierto brillo.

Sin molestarse en cubrirse, Sienna puso sus manos en las caderas en su lugar, luciendo sus atributos.

—Hey, desconocido —dijo ella de manera seductora, parpadeando sus pestañas hacia él—. Hace tiempo que no nos veíamos.

Xavier, avergonzado, readjustó sus pantalones, acción que hizo que Sienna mirara hacia abajo. Levantó una ceja con una sonrisa burlona.

—¿Contento de verme, eh?

Xavier se atragantó. Le tomó un momento antes de que pudiera recuperar algo de su compostura anterior.

—¿Sabes que no llevas nada puesto, verdad? —preguntó Xavier, su voz baja y cuidadosamente controlada.

Sienna se encogió de hombros, disfrutando cómo se le abrían los ojos a Xavier mientras sus pechos rebotaban.

—¿Quiero saber qué pasó? —preguntó él, luciendo incómodo como nunca.

—¿Quién se preocupa por el pasado cuando podemos centrarnos en el presente? —dijo Sienna con una sonrisa.

Ella dio un paso hacia Xavier, cuya respiración se volvía más superficial por momentos.

Sus ojos se desviaron hacia su escolta armada. —Dadle a la chica algo de privacidad.

Reluctantes, se giraron hacia otro lado.

De vuelta con su atención en ella, se quitó la chaqueta y se la ofreció. Sienna sonrió pero negó con la cabeza.

—Preferiría mucho más que me cubrieras tú que la chaqueta —le dijo, y se mordió el labio inferior.

Xavier soltó una carcajada. —Me temo que no sabrías cómo manejarme, señorita Ryder.

Los ojos de Sienna se iluminaron al ver que él comenzaba a coquetearle de vuelta.

—Te aseguro que sería una buena estudiante. Aprendería exactamente lo que hace que tu reloj haga tic-tac. Dejando claro su punto, Sienna pasó su mano por la mejilla de Xavier, bajó por su mandíbula y dejó una pequeña marca de rasguño en su cuello.

Xavier tragó saliva. Sospechaba que se había metido en un lío más grande de lo que podía manejar. Desempeñando un papel, igual que ella, se forzó una sonrisa confiada en los labios. —Guía el camino, señorita Ryder. Nos queda mucho estudio por delante.

—¿Formamos un grupo de estudio? —preguntó Sienna con picardía.

—Claro. Supongo que podríamos invitar a Adrianna para que comparta su conocimiento —replicó Xavier, sorprendiéndola con su sugerencia.

—En realidad, tenía en mente a alguien... construido de manera diferente —dijo ella con aparente inocencia.

—¿Ah, sí?

Sienna asintió. —Alguien con más dureza que suavidad.

Inclinándose hacia adelante, los labios de Xavier tocaron la oreja de Sienna cuando habló. —Para tu información, no estaría en contra de eso.

El pensamiento provocó que el calor recorriera todo el cuerpo de Sienna, causando humedad en ciertas áreas. Su cuerpo tembló con la expectativa de su toque.

—Realmente deberías ponerte algo de ropa —le dijo él con una sonrisa, notando la piel de gallina. Sabía que no era porque tenía frío. Era todo lo contrario. —Te acompañaré a tu habitación y puedes hacer una lista de posibles opciones. Podremos discutirla en nuestro próximo encuentro.

—¿Posibles opciones?

—Oh sí. No podemos simplemente irrumpir ante la persona y esperar que tenga sexo con nosotros. Debemos llegar a una decisión y luego acercarnos juntos. Quizá incluso deberíamos hacer una prueba solo entre nosotros dos primero.

El anteriormente tímido Xavier ya no era tan recatado. Parecía un hombre que sabía lo que quería y no tenía miedo de conseguirlo. En este momento, todo lo que Sienna podía ver en sus ojos era deseo. La deseaba a ella.

Dándole una sonrisa seductora, se mordió el labio mientras su mente empezaba a imaginar todas las posibles danzas adicionales.

—Ahora ponte esto —le dijo él con una voz autoritaria, entregándole su chaqueta—. Aunque estoy disfrutando del espectáculo, todos los demás también lo están.

De mala gana, Sienna se colocó la única prenda de vestir sobre los hombros.

—Además —susurró Xavier, inclinándose confidencialmente hacia ella—, odiaría que mi padre diera una orden para quitar esa hermosa cabeza de sus finos hombros. Lo único tuyo que quiero ver saltando son tus pechos y tus nalgas mientras golpean contra mí.

Los ojos de Sienna se abrieron más de lo que jamás habría pensado posible. La imagen que sus palabras evocaron resultó en una ola de calor de proporciones épicas. La marea estaba cambiando, y ella necesitaría aprender a navegar en su corriente.

Satisfecho, Xavier pasó un brazo alrededor de ella, y juntos caminaron hacia su habitación. Solo era vagamente consciente de su escolta armada siguiéndolos a una distancia más que respetuosa, sin duda atendiendo la advertencia de Xavier.

Antes de irse, le dio un beso sensual cargado con la promesa de más. Sienna tuvo que admitir que, sea cual sea el juego en el que él estaba participando, lo estaba haciendo excelentemente. La

expectativa y la posibilidad de lo que estaba por venir hicieron que su mente girara en direcciones que nunca había pensado posible.

Dentro de la habitación, vio a Adrianna caminando en círculos alrededor de la muñeca de tamaño natural que llevaba lo que sin duda era su vestido para la cena.

—Bien, ya estás aquí. Necesito tu opinión sobre algo —dijo Adrianna, luego la miró, sus labios formando una sonrisa—. Espera, ¿qué llevas puesto?

—Nada.

—Puedo ver eso —dijo Adrianna lentamente, y luego ordenó—: Explícate.

—No hay mucho que decir, realmente —dijo Sienna mientras se ponía la bata de baño—. Hablé con Jensen sobre la lista de invitados, luego fuimos a nadar y él me robó la ropa.

Adrianna se rió. —No sé qué es más loco, que nadaras con Jensen o que él te robó la ropa.

—Historia verdadera, lo juro.

—¿Y luego qué pasó? ¿De quién era la chaqueta que llevabas?

Los ojos de Sienna se iluminaron al recordar. —Xavier. Puede que lo haya tomado por sorpresa con mi atuendo inesperado.

—No me sorprende.

—Hablando de Xavier —comenzó Sienna, asegurándose de elegir cuidadosamente las palabras—, me sorprendió al medio aceptar tener compañía mientras se divierte...

Adrianna se encogió de hombros, impasible. —¿Sabes que él es el más aventurero de ellos, verdad?

—¿En serio? Pensé que ese era Jaxon. Xavier parece tan tímido —admitió Sienna.

—No tienes idea, chica. Te dije que es muy talentoso y sensual. Es solo mi opinión, pero diría que también es el más experimentado. Hay algo en su timidez y distancia que simplemente hace que una chica quiera ver qué tipo de bestia puede conjurar en la cama.

Los ojos de Adrianna se velaron; sin duda perdida en un recuerdo de su propia experiencia con su bestia.

—Él mencionó algo sobre ti —dijo Sienna, tentativamente sondeando terreno.

Las cejas de Adrianna se alzaron. —¿Ah sí? ¿Qué dijo?

Sienna se encogió de hombros con indiferencia. —No mucho, solo que no le importaría combinar las experiencias.

Adrianna se lamió los labios en deliciosa anticipación. —Creo que podría ser muy divertido. ¿Qué piensas? ¿Qué le dijiste?

—Para ser honesta, insinué de alguna manera que preferiría tener a otro chico allí.

—¿Por qué?

—No sé. Solo creo que sería mejor.

Adrianna caminó hacia Sienna. —Dime la verdad, ¿alguna vez has estado con una chica antes? —preguntó, manteniendo su voz baja.

—No realmente —admitió Sienna.

Adrianna asintió, satisfecha. —Eso lo explica. Cariño, confía en mí cuando te digo que te beneficiarías mucho más invitando a otra chica a jugar en lugar de a un chico.

—¿Por qué?

—Porque las chicas son amantes más sensuales que los chicos. Especialmente los herederos Carrington.

El ceño de Sienna se frunció pensativa. —¿Y si conseguimos ambos?

Adrianna asintió, una sonrisa maliciosa jugando en sus labios. —No veo por qué no. Pero por favor, prométeme que seré una de las jugadoras.

—Creo que Xavier lo esperaba.

—¡Bien! —Adrianna aplaudió emocionada—. Si no te importa, sugeriría a Jaxon para el cuarto jugador, creo que encajaría perfectamente.

Sienna se rió. —Solo lo dices porque estás enamorada de él.

—¡No estoy enamorada de Jaxon! Solo creo que es muy soñador y es un amante fantástico. —Adrianna le lanzó una mirada—. Sabes de lo que estoy hablando.

Sienna se sonrojó al recordar cómo su cuerpo había chocado con el de Jaxon. Tragó saliva y asintió. —Supongo que tienes un buen punto ahí.

Adrianna sonrió ampliamente.

—Dejemos eso de lado —dijo Sienna moviendo la mano—. ¿Qué era lo que necesitabas de mí?

La cara de Adrianna se transformó, adoptando una seriedad profesional. —Necesito tu opinión sobre el vestido. ¿Quieres las mangas más abultadas o así están bien?

Sienna se rascó la barbilla pensativa. —Quítalas.

—¿Cómo?

—Quita las mangas. Tengo un trabajo que hacer y mostrar un poco de piel ayudará.

—Pero-

—Adrianna —dijo Sienna con paciencia—. Todo va a estar bien. Mostraré mis brazos, no mis pechos. No creo que al señor Carrington le importe. De hecho, creo que estará muy contento conmigo después de atender a nuestros invitados.

—Como desees —dijo Adrianna, aún incierta.

—Por cierto, te ha quedado increíble —le dijo Sienna—. De verdad que se te da muy bien.

—Gracias.

—¿Te importaría elegirme un nuevo atuendo? Quiero lavarme el cloro del cabello y luego tomar un almuerzo rápido antes de reunirme nuevamente con Jensen.

—Claro —respondió Adrianna, ya revisando su armario.

—¡Eres la mejor!

Sienna no podía creer que estuviera disfrutando tanto su día y sus aventuras con los herederos Carrington. Hasta ahora, la habían tratado bien y se había divertido mucho. Si la cena salía bien, podría contar con expandir aún más su libertad. Pero si algo salía mal, estaría en un mar de problemas.

CAPÍTULO 21

"¿Te importa si me uno a ti? —preguntó Sienna, señalando lo que había comenzado a considerar su sitio en la mesa del comedor.

—Por supuesto —dijo Aiden con una sonrisa, su voz profunda y rica. La luz en sus ojos grises era más brillante que la estrella en la cima del árbol de Navidad.

—¿Qué estás comiendo? —preguntó Sienna, mirando descaradamente su plato.

—¿Quieres un poco? —preguntó él entre bocados—. Es pavo en salsa de mostaza con papas asadas.

Tomando un tenedor propio, Sienna se acercó a su plato. Él le dio un manotazo en la mano.

—¿Qué crees que estás haciendo? —preguntó él, sorprendido.

Sienna levantó las cejas. "Tomando un poco. Lo ofreciste, ¿no?"

Él negó con la cabeza. —Nah, yo no comparto la comida. Puedes conseguir un plato para ti.

—¿Estás bromeando ahora mismo? ¿No has oído que compartir es amar?

Aiden rodó los ojos. —Eres toda una reina del drama.

—Tienes razón en lo de reina, aunque aún no has visto nada del drama. Pero si no me das un poco de esa comida, verás lo dramática que puedo llegar a ser.

Empujando su plato hacia Sienna, Aiden soltó una risa baja. —Eres adorable.

Sienna lo miró tan inocentemente como pudo. —Solo quería probar un poco de lo que estás teniendo.

—Puedes probar todo lo que quieras, pero voy a pedir otro plato. Soy un chico grande y necesito una comida completa.

Bromeando, Sienna puso su mano en su regazo, apretando su pierna. —Sí, lo eres. Eres mi chico grande, y me aseguraré de que consigas todo lo que tu corazón desee.

Los labios de Aiden se curvaron en una sonrisa. —No sé lo que mi corazón desea, pero ciertamente sé lo que mi cuerpo quiere.

—¿Ah sí? —Sienna se inclinó más cerca, su aliento mezclándose con el suyo—. Creo que puedo ayudar con eso.

—No creo que puedas —le dijo Aiden, su voz seria.

Sorprendida, Sienna frunció el ceño. —¿Qué quieres decir?

—Bueno, a menos que hayas aprendido a cocinar desde nuestra última cita para comer, dudo que seas la persona correcta a la que acudir.

Sienna rodó los ojos. —¿De verdad la comida es lo único en lo que puedes pensar?

—¿Acaso el sexo es lo único en lo que *tú* puedes pensar? —contratacó Aiden.

—Justo es justo. —Sienna soltó una carcajada—. No puedo creer que te estés quejando de eso.

Dejando su tenedor, Aiden alcanzó el rostro de Sienna y la besó.

—Me disculpo si te hice pensar que tenía mis prioridades equivocadas.

Deslizando su dedo por la mandíbula de él, Sienna sonrió. —No puedo reprocharte por necesitar recargar energías. No soy la persona más fácil de seguir el ritmo.

—En ese caso, no te importará si termino mi almuerzo.

Sienna soltó una risita, sonriendo. —Eres increíble.

—Y hambriento —añadió Aiden, con el rostro todo serio.

Sienna asintió. —Yo también tengo hambre. Así que vamos a pedir otro plato de lo que sea que estás comiendo.

—Salsa de mostaza con pavo —dijo Aiden—. Con papas asadas.

Con una sonrisa en el rostro, sacó su teléfono y envió un mensaje rápido, ordenando la comida. No pasaron más de diez minutos cuando otro plato fue traído. El mesero lo colocó frente a Sienna.

—Que aproveche —dijo Aiden con un guiño.

—Oh, lo haré —le aseguró ella—. Me muero de hambre.

Comieron en un silencio agradable. Ambos encontraron la presencia del otro reconfortante.

—¿Cuáles son tus planes para la tarde? —preguntó Aiden entre bocados.

—Trabajar con Jensen —respondió Sienna con la boca llena.

Aiden se rió. —Eso es tan atractivo. ¿Quién iba a decir que verte masticar terminaría siendo tan excitante para mí?

—Eres un idiota —dijo Sienna, rodando los ojos—. ¿Y en tu agenda?

—Voy a encontrarme con Xavier para entregar las invitaciones de la fiesta.

El ambiente se tornó sombrío. Podrían estar riendo y divirtiéndose, pero no había rincón lo suficientemente grande como para esconderse del mundo en el que vivían. Era un mundo peligroso.

Sienna estaba agradecida de que Jaxon volviera ileso cuando fue a hablar con los rebeldes. Era una lástima que sus esfuerzos no tuvieran éxito. La fiesta era muy importante para intentar que todos se calmaran y siguieran con sus vidas de la manera más pacífica posible.

—Prométeme que tendrás cuidado —susurró Sienna, mirándolo.

Sus tranquilos ojos grises armonizaban con la bravura de los verdes de ella. Antes pensaba que el color era tormentoso, pero ahora era más como una neblina calma. Si los de ella eran una selva salvaje antes, ahora eran un parque bien cuidado.

De alguna manera, los herederos Carrington habían encontrado el camino secreto que llevaba a su corazón. Ella quería que estuvieran seguros, vivos y felices. Sería aún mejor si pudiera estar allí para verlo y vivirlo con ellos.

—Lo prometo —le dijo él, con su mano en la mejilla de ella en un gesto gentil y vulnerable.

—Y cuida de Xavier también —añadió ella.

Aiden mostró una sonrisa. —Xavier puede que no parezca estar completamente ahí en ocasiones, pero créeme cuando te digo que es el más cuerdo de todos nosotros. Es una fuerza a tener en cuenta. Tengo suerte de que me acompañe en esta tarea.

Sienna se sintió satisfecha con su respuesta.

Alargando la mano para tomar un bocado del plato de ella, Aiden rompió la tensión. —Gracias por acompañarme a almorzar.

—Al menos esta vez realmente logramos comer juntos —bromeó Sienna, recordando su intento de hacer pizza.

—Buenos tiempos —dijo Aiden, sonriendo. Sin duda, recordando su sesión de besos que fue interrumpida por su madre y resultó en Sienna comiendo una pizza para llevar en su habitación, muy insatisfecha.

Aiden le dio un rápido beso en la mejilla. —Nos vemos luego —le dijo, y se dirigió hacia la salida del cuarto.

—Buena suerte —le llamó Sienna a su espalda.

Al terminar su propio almuerzo, sabía que la única manera de ayudar era aportando lo poco que pudiera. Saliendo del comedor, se dirigió directamente al estudio. Jensen ya estaba allí, revisando papeles.

Él levantó la vista hacia ella, con una sonrisa poco característica jugueteando en sus labios. —Bonito atuendo.

Sienna soltó una risita. —Sabes que dos pueden jugar ese juego, ¿verdad?

Enderezándose, Jensen la miró directamente a los ojos. En ese momento, los suyos tenían el color del mar turbio. —Chica, quizás seas una jugadora, pero es mi juego el que estamos jugando.

Acercándose a él, Sienna le dio una sonrisa maliciosa. —Aprendo rápido.

—Y yo soy un competidor despiadado.

—Espero que también seas un mal perdedor, porque cuando termine contigo, necesitarás mucho consuelo. Estaré encantada de proporcionarlo.

Sienna se mordió el labio inferior, las comisuras de su boca se elevaron en una sonrisa.

Jensen soltó una carcajada. —¿Se te ocurrió esa frase tú sola?

Rota la magia del momento, Sienna frunció el ceño. —¿Siempre fuiste tan idiota?

—Sí, de hecho es mi segundo nombre. ¿Siempre fuiste tan sensible?

—Solo donde importa —dijo Sienna, lamiéndose los labios para reforzar su punto.

Jensen rió. Ella encontró ofensiva su falta de respuesta adecuada.

—Definitivamente te conservaré cerca. Eres toda una chispa.

—Eres extrañamente juguetón —observó Sienna. —¿Qué te ha puesto de tan buen humor?

Tomando su mano, Jensen los guió hacia el sofá al otro lado del cuarto. Se sentaron y Sienna le dirigió una mirada curiosa. No podía descifrarlo. El hombre era un misterio.

—A veces tienes que vivir el ahora —le dijo él, su rostro serio. —No sabemos qué nos traerá el mañana. No sabemos quién de nosotros sobrevivirá ni en quién podemos confiar. Cansa estar siempre en guardia. A veces, solo quiero *ser*, ¿sabes?

Sienna asintió. Lo entendía más de lo que él podría pensar.

—¿Tienes miedo? —le preguntó después de un momento de consideración.

—Sería un tonto si no lo tuviera —dijo él, su voz vulnerable. —¿Tengo miedo de morir? No realmente. Todos moriremos. Lo que me da miedo es morir antes de haber vivido de verdad.

Sienna temía lo mismo. Le ayudaría entender dónde estaba la línea. Le preocupaba que pensara que estaba viviendo su vida al máximo pero luego darse cuenta de que estaba viviendo a medias. No alcanzar su pleno potencial era uno de sus miedos.

—¿Por qué me cuentas todo esto? —le preguntó ella.

Él se encogió de hombros. —No lo sé.

Ella alcanzó su mano y la sostuvo suavemente en las suyas. Él levantó la vista ante el gesto.

—Gracias —le dijo ella, su voz sincera.

Frunciendo el ceño, él le dio una mirada perpleja. —¿Por qué?

—Elige —dijo ella con una sonrisa. —Por dejarme entrar, por hablar conmigo, por no actuar como un imbécil más.

—¿Más? —preguntó él divertido. —¿Cuándo actué como un imbécil?

Sienna soltó una risita. —¿Qué tal cuando me sacaste de la cama a las malditas seis de la mañana?

Los labios de Jensen se curvaron hacia arriba. —Eso fue divertido.

—No, definitivamente no lo fue —le aseguró ella.

—Solo lo dices porque perdiste. ¿Quién es ahora el mal perdedor? Tal vez podrías aprovechar uno de los consuelos que ofrecías tan ansiosamente hace un momento.

La insinuación detrás de sus palabras la golpeó como un calor que siempre estuvo allí. Se dio cuenta de que todavía estaba sosteniendo su mano. Tomando una pequeña respiración, se giró para mirarlo solo para ver que él ya la estaba mirando. Había un brillo desconocido chispeando en sus ojos azul oscuro.

Antes de que pudiera pensarlo mejor, se impulsó hacia arriba y se subió a su regazo. Él también entró en acción, deslizando sus manos por su espalda, acercándola más. Sus bocas se encontraron con lo que solo podría describirse como necesidad. La necesidad de qué, no estaba segura. Tal vez ambos querían vivir y sentirse vivos por un momento.

Él rompió el beso y lamió sus labios. Ella se estremeció ante la sensación de su lengua y agarró su cabeza, estrellando su boca contra la de él en un nuevo beso. Tiró de su cabello lo suficientemente fuerte como para hacerlo gemir y luego aprovechó la oportunidad para profundizar el beso.

Inhaló, llenándose del aroma de él, como el mar abierto. Estar aquí ahora, besándolo, tocándolo, se sentía extrañamente liberador y libre.

Moviendo sus manos más abajo por su pecho, recordó cómo se veía debajo del agua. Ansiaba quitar las capas, tocar su piel. Buscando torpemente sus botones, sintió una presión en sus muñecas.

—Para —dijo él sin aliento, interrumpiendo el beso.

Confundida, Sienna se apartó. Su boca decía una cosa, pero sus ojos mostraban un claro deseo de otra.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

Suavemente, él la empujó fuera de él. —No deberíamos hacer esto. Deberíamos volver al trabajo.

—¿Por qué?

—No está bien —le dijo. —Hay mucho en juego mañana y necesito asegurarme de que estés preparada. Tener relaciones sexuales contigo no ayudará con eso.

—Eso es lo que tú dices. ¿Y si ayudándome a liberar la presión que siempre aumenta es lo que me impida explotar y lanzarme encima de Ben, de todos los hombres? —desafió Sienna.

Jensen rodó los ojos. —Hemos permitido que esto avance demasiado. Es mi culpa. No debería haber ido contigo a la piscina. Espero que me respetes por pedirte que te concentres en el trabajo.

Con la decepción clara en sus ojos, Sienna asintió. —Si eso es lo que quieres, está bien. Como sea.

Estaba enfurruñada y quería que él lo supiera. No le importaba. Él la había excitado y le hizo creer que estaban a punto de tener relaciones sexuales cuando de repente le echó un jarro de agua fría. La tensión todavía estaba allí y ahora comenzaba a sentirse de mal humor. Después de terminar aquí, necesitaría encontrar a otro heredero Carrington. Con suerte, ese no se rehuiría de lo que había que hacer.

Pasaron otra hora revisando las listas de invitados y hablando sobre sus historias. Jensen le contó la mayor parte de la información que los Carrington habían recopilado sobre las familias.

Sienna ya no tenía el corazón en ello. Su mente estaba en otra tarea. Después de un rato, ya no pudo soportarlo más.

—Estamos yendo en círculos. Ya me has contado esas cosas y no hay nada nuevo que pueda decirte. ¿Podemos considerar nuestro trabajo terminado? —le preguntó él.

Jensen frunció el ceño. Ese movimiento fue la única indicación de su descontento con ella. O quizás estaba descontento consigo mismo por dejar pasar una buena oportunidad.

—¿Hay algo más que quisieras que repasemos, o puedo retirarme? —lo desafió, dejando claro que quería irse.

—Sienna —dijo lentamente, su nombre sonando rico al salir de su boca—. Necesitas concentrarte. Un mal movimiento y estarás muerta. Mi padre también será una de las muchas personas observándote. Solo trato de ayudarte a sobrevivir.

Sienna gruñó frustrada. —Entiendo eso, pero ¿no ves que esto no es lo que quiero de la vida? No debería ser solo sobre sobrevivir, Jensen. Quiero vivir, reír, tener sexo y ser libre de disfrutar cada momento. No quiero seguir mirando por encima de mi hombro.

—¡No tienes el lujo de eso! —gritó Jensen.

Fue la primera vez que Sienna lo vio perder el temperamento. Pasó sus dedos por su cabello negro, desordenando su cuidadoso peinado despeinado.

—¿Crees que quiero esto? —le preguntó, con un fuego azul ardiendo en sus ojos—. ¿Crees que quiero ser responsable de tantas personas? ¿Crees que no quiero simplemente relajarme como lo hacen mis hermanos? No puedo. No puedo esconderme en la biblioteca como lo hace Xavier, y no puedo hacer ejercicio todo el día como lo hace Aiden, y sobre todo, no puedo permitirme bajar la guardia lo suficientemente largo como para tener una noche romántica agradable con una persona que me gusta que continúe en una noche salvaje de sexo apasionado como lo hace Jaxon. Simplemente no puedo ser como mis hermanos.

—Jensen —dijo Sienna en voz baja, con los ojos muy abiertos de choque y lástima.

Sentado en el sofá, se inclinó hacia adelante con los codos en sus piernas, y apoyó su cabeza en sus manos. En ese momento, el más alto y fuerte de los herederos Carrington se veía tan pequeño y vulnerable.

—Yo también quiero una vida —dijo, con voz tranquila—. Quiero todo lo que dijiste, pero sé que si persigo eso, mucha gente morirá. Hay un precio a pagar por estar en la cima, y lo estoy pagando. Nada es gratis, Sienna. Nada.

Antes de que pudiera detenerse, Sienna puso sus brazos alrededor de sus hombros y lo atrajo para un abrazo de lado.

—Lo siento, Jensen. A veces no pienso. Cuando siento mucho, tiendo a actuar sin pensar.

Él soltó una risa suave. —Tienes que tener cuidado con eso. Puede ser peligroso.

—Lo sé —respondió ella con una pequeña sonrisa en su rostro—. Estoy trabajando en ello. Supongo que empeora cuando me siento cómoda con alguien.

Levantando la cabeza, la miró. —Me alegra que te sientas cómoda conmigo, pero eso también puede ser peligroso para ti.

Sienna rodó los ojos. —¿Sabes que te contradices todo el tiempo, verdad?

Él se encogió de hombros. —Es muy difícil mantener mis pensamientos en orden cuando hay una chica hermosa sentada a mi lado.

Sintiendo el calor creciente, Sienna le dio una sonrisa torcida. —Te gusto.

—Me gustas —le dijo sin perder el ritmo.

Animada por su admisión, Sienna se inclinó más cerca. —¿Y qué vas a hacer al respecto? —lo desafió, con su voz en un susurro.

Jensen se levantó del sofá, girando hacia ella con una mirada de enfado en su rostro. —¿Acaso no me has estado escuchando? No hay nada que pueda hacer al respecto y no haré nada al

respecto.

—Pero-

—Aquí se acabó todo —la interrumpió, cortándole la palabra. —Eres libre de ir a buscar a uno de mis hermanos para que te dé lo que yo no puedo.

Con los ojos bien abiertos, Sienna finalmente sacudió la cabeza incrédula. —Estás completamente loco.

Se levantó y caminó hacia la puerta sin mirar atrás.

—Creo que Jaxon es el único que queda en la casa —le dijo él, mientras ella cerraba la puerta de un golpe tras de sí.

El tamaño de las agallas de este tipo era increíble. Sienna no miraba por donde iba mientras giraba esquina tras esquina, su escolta armada hacía lo posible por seguir su paso acelerado.

Podría estar enfadada con Jensen, pero tenía razón en una cosa. Aiden y Xavier estaban fuera entregando las invitaciones, lo que significaba que Jaxon era el único otro heredero Carrington en la casa que importaba. Estaba segura de que no le importaría ayudarla a distraerse.

CAPÍTULO 22

Sabiendo que Jaxon se encargaba de los preparativos de la fiesta, para Sienna no fue difícil encontrarlo.

Se dirigió al gran comedor, evitando cuidadosamente el ajetreo de los sirvientes que corrían de un lado para otro. Todos estaban tan ocupados, realizando sus pequeñas tareas, decorando la sala, preparando las mesas, etc. En medio de todo estaba Jaxon, supervisando todo.

Acercándose sigilosamente por detrás, Sienna pasó sus manos alrededor de su espalda y apoyó sus palmas en su abdomen musculoso. Su fresco aroma a menta la llenó de una nueva ola de energía.

—Hola, hermosa —dijo Jaxon felizmente.

—Hola, guapo —contestó ella, apoyando su mejilla contra su fuerte espalda.

—¿Qué haces aquí?

Sintió la vibración en su espalda cuando él habló.

—Te extrañé —le dijo.

Él se giró para mirarla. —¿De verdad?

Dándole una sonrisa juguetona, Sienna se mordió el labio de manera seductora, tratando de transmitir sus verdaderas intenciones. —Sí, así es.

Jaxon frunció los labios. —Supongo que ha pasado un tiempo desde la última vez que nos vimos.

—Y dejamos algunos asuntos pendientes cuando estábamos en la sala de TV, ¿recuerdas?

Sienna sabía el momento en que Jaxon se dio cuenta de lo que ella hablaba. Sus ojos brillaron con picardía y deseo. Ella deslizó su mano por su abdomen, buscando tentarlo también.

—¿Ya casi terminas aquí? —preguntó, lanzando un rápido vistazo alrededor de la sala.

Jaxon había hecho un trabajo espléndido. La gran sala realmente hacía honor a su nombre. Había un pequeño escenario en la esquina para la pequeña orquesta que iba a tocar. Las mesas estaban tácticamente dispuestas alrededor de la sala para dejar mucho espacio para la pista de baile.

—Todos saben lo que están haciendo. Puedo tomar un breve descanso y luego volver para supervisar el siguiente paso —dijo Jaxon.

—Espero que no sea demasiado breve —respondió Sienna sin vergüenza, moviendo las cejas de forma insinuante.

Jaxon se rió. —No te preocupes, sé lo que hago. Vamos.

Tomó su mano, llevándolos fuera del gran comedor.

—¿A dónde vamos? —preguntó Sienna sin aliento.

—Ya verás —respondió él, sonriendo.

Caminaban a medias, corrían a medias por un pasillo tras otro. Era una vista curiosa con el escolta armada de Sienna siguiéndolos. Llegaron a lo que solía ser el área de visitas en tiempos de los Ryder.

Jaxon sacó una llave de su bolsillo y desbloqueó una de las habitaciones de invitados. Al abrir la puerta, hizo un gesto para que el escolta de Sienna se quedara afuera.

—¿Qué es esto? —preguntó Sienna, con la boca abierta de asombro. Toda la habitación estaba cubierta de post-its llenos de garabatos.

—Me gusta considerarme un artista recreacional —dijo Jaxon, acercándose a su cintura.

Escapando de su alcance, Sienna estaba temporalmente más interesada en este nuevo descubrimiento. —Vaya.

Jaxon suspiró en señal de derrota. —Bienvenida a mi habitación. ¿Te gustaría echar un vistazo?

—Creo que ya vi suficiente —dijo ella, volviéndose hacia él con una sonrisa radiante en su rostro. —De la habitación, quiero decir. Aún no he visto suficiente de lo que escondes debajo de esa ropa.

—¿Ah sí? —Jaxon dio un paso audaz hacia ella. —¿Qué tal si te la quitas y ves?

Las cejas de Sienna se fruncieron en una concentración simulada. —No creo.

—¿Oh?

—Tengo una mejor idea.

Se acercó al sistema de audio que él había instalado y eligió un CD al azar de su colección. Él la miraba con interés, observando cada uno de sus movimientos. Con la música a alto volumen,

pasó por delante de Jaxon, rozando su corbata de manera provocativa, y se sentó en el sillón al otro lado de la habitación.

—Baila para mí —le dijo ella, con voz baja.

Los ojos de Jaxon brillaron. Tenía una pequeña sonrisa seductora en sus labios mientras empezaba a moverse al ritmo de la música.

—Quítate la ropa —ordenó ella. —Lentamente.

Siguiendo bailando, Jaxon se alcanzó y se quitó la corbata. Luego, se quitó la chaqueta, meneando las caderas de un lado a otro. La ropa de Sienna empezó a pesarle más a medida que el calor subía. Sintió la humedad crecer.

Jaxon giró, luego rasgó su camisa, revelando el pecho fuertemente cincelado debajo. Involuntariamente, Sienna se lamió los labios. Él empezó a acercarse, meneando las caderas hacia adelante y hacia atrás mientras jugaba con su cinturón.

Sienna luchó contra el impulso de alcanzarlo para tirarlo sobre ella. Lo deseaba. Su cuerpo estaba listo. Pero también estaba disfrutando del espectáculo.

De manera bastante poco elegante, se quitó los zapatos y los calcetines de un puntapié. Lo único que quedaba eran los pantalones y su ropa interior. De alguna manera, sabía que llevaría boxers ajustados que no harían mucho por ocultar el contorno de la dureza cada vez mayor en sus pantalones.

—Será mejor que mantengas tus manos quietas hasta que te permita lo contrario —advirtió con una cruda claridad en su voz, y luego se quitó los pantalones. —Es contra las reglas tocar a los bailarines. Las consecuencias podrían resultar devastadoras.

Sienna tragó saliva y asintió. Sería difícil resistirse a él, pero la amenaza de su estatus como heredero de los Carrington de su último encuentro todavía pesaba mucho en el aire.

Vistiendo nada más que sus calzoncillos, Jaxon danzaba frente a Sienna. Colocó su pierna sobre el reposabrazos y movió sus caderas hacia adelante y hacia atrás. Sienna podía ver claramente su dureza completamente erecta bailando justo frente a su cara.

Le dio el baile erótico más ardiente que jamás había visto o experimentado, y tuvo que sentarse sobre sus manos para evitar alcanzarlo y tocarlo por completo.

Jaxon se arrodilló, abriendo sus piernas. Enterró su rostro entre sus piernas y tiró del dobladillo de su ropa interior a través del vestido. Un gemido fuerte escapó de ella, y por la sonrisa que él le dio, ella sabía que podía oler su excitación.

Caramba, quería tocarlo. Necesitaba que él la tocara. Hacer que él bailara para ella parecía una buena idea hasta que él tomó el control y añadió nuevas reglas.

—Jaxon —suplicó ella.

Sus ojos azules se encontraron con los de ella, y le dio una sonrisa seductora.

—Todavía no, amor —le dijo, su voz demasiado baja para que ella pudiera oír, pero ella pudo leerlo en sus labios. Los mismos labios que estaba muriendo por besar.

Girando, Jaxon procedió a bailar con su trasero en su regazo.

—¡Jaxon! —Sienna rogó. Necesitaba tocarlo.

De espaldas a ella, Jaxon se inclinó hacia adelante y se bajó los calzoncillos. Se volteó y ella finalmente pudo verlo en todo su esplendor. Lentamente, bajó la mano y acarició su pene. Lo acarició una vez, dos veces.

Los ojos de Sienna estaban bien abiertos, su cuerpo enloquecido de deseo.

—Abre. Tu. Boca —dijo él, dando la orden lentamente, enfatizando cada palabra.

Obedeciendo, Sienna abrió bien grande, esperando emocionada lo que sabía que seguiría. Jaxon colocó su pierna de nuevo sobre el reposabrazos. Bromista y con movimientos lentos, dirigió su pene hacia sus labios. Todo mientras sus caderas aún se mecían al ritmo de la música.

Los ojos de Sienna se llenaron de felicidad mientras finalmente lo deslizaba dentro de su boca lo suficiente como para que ella pudiera tocarlo con sus labios. Sus ojos se revolvían hacia atrás en placer. Incapaz de contenerse más, Sienna abrió su boca todo lo que pudo y se inclinó hacia adelante para tomarlo todo. Jaxon gimió de satisfacción.

Agarró su cabello por detrás de la cabeza y la mantuvo quieta mientras procedía a mover sus caderas y tener sexo oral con su boca. Sus movimientos ganaron velocidad y se cuidó menos de lo profundo que iba.

Sin previo aviso, explotó, y sus jugos corrieron por la garganta de Sienna en una corriente fuerte e implacable. Sus músculos trabajaron arduamente para tragar cada gota. Ella tosió un par de veces cuando él se retiró, sintiendo la extraña sensación de algo faltante.

Le dio una sonrisa torcida, el deseo enloquecido en sus ojos desaparecido, ahora completamente reemplazado por una mirada de satisfacción.

Dejándola en la silla, Jaxon fue y apagó la música.

—Eso fue divertido —dijo alegremente mientras recogía sus calzoncillos y se los volvía a poner.

La mente de Sienna luchaba por formar pensamientos. —¿Qué estás haciendo?

Jaxon le dio una mirada perpleja. —¿A qué te refieres? Tengo que volver al trabajo.

Su boca se abrió tanto de shock como de sorpresa. —¿Qué? ¿Y yo qué?

Él se encogió de hombros. —Cuanto antes aprendas que no podemos tenerlo todo en la vida, más feliz serás.

Perdiendo los estribos, ella agarró su zapato y se lo lanzó, rozando apenas su cabeza. —Eres un jodido imbécil.

Su rostro se oscureció con ira. —Te convendría recordar con quién estás hablando —advirtió —. Esta vez lo dejaré pasar. Te recuerdo que fuiste tú quien eligió el juego en el que estaríamos jugando. Querías que bailara para ti y lo hice. No es mi culpa que no estés satisfecha con el rumbo que tomó todo.

Sienna se mordió la lengua para evitar replicarle al coche que le ofrecía. Jaxon era divertido, pero también peligroso. Era el tipo chico malo que todas sus amigas deseaban. A veces, la fantasía era mejor que la realidad. Especialmente cuando te tratan como basura.

Jaxon echó otro vistazo alrededor de la habitación para asegurarse de que no olvidaba nada. Caminó hacia el espejo y se arregló la corbata. Luego, se detuvo frente a Sienna y le echó un vistazo.

—Tienes un poco de algo aquí —le dijo, señalando la esquina de sus labios.

Ella pasó un dedo por el lugar que él señalaba y vio que tenía razón. Ese pequeño algo era el residuo dejado por los jugos que él había depositado en su boca. Se lo limpió con el dorso de la mano.

Jaxon la miró de nuevo y le sonrió. —Tu cabello podría necesitar un cepillado, pero aparte de eso, te ves bien.

Sienna luchó contra el impulso de rodar los ojos.

—Vamos, es hora de irnos —le dijo, luego puso su mano en la parte baja de su espalda y la empujó ligeramente hacia la puerta—. Tengo que volver al trabajo.

Sintiéndose completamente utilizada, y para colmo de males, totalmente insatisfecha, Sienna no se molestó en esperar a Jaxon cuando se detuvo para cerrar la puerta con llave. Siguió caminando hasta llegar a su habitación. Como siempre, Adrianna estaba allí.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Adrianna en cuanto vio su rostro.

Dejó todo y caminó hacia Sienna, colocando una mano en su mejilla. El simple pero amable gesto hizo que Sienna estallara en lágrimas.

—Soy tan idiota —lloró—. No debería estar aquí. Ni siquiera debería estar viva.

Adrianna la llevó a la cama, sosteniéndola en sus brazos. —No digas eso, cariño. Todo se resolverá. Ya verás. No pierdas la esperanza ahora.

—No tengo nada —lloró Sienna en los brazos de su amiga—. No soy nada.

—No, Sienna. Tienes todo. Eres todo. Dale tiempo y podrás verlo —dijo Adrianna, sosegadamente.

Sienna se aferró a su amiga como si se aferrara a la vida misma.

—¿Quieres contarme qué pasó? —le preguntó Adrianna al fin.

Sienna sollozó, el sonido nada señorial. —Odio a Jaxon.

—Ay, querida, todas odiamos a Jaxon. Bueno, nos encanta odiarlo, pero también odiamos quererlo. Él es Jaxon. ¿Qué hizo ahora?

—Me engañó para que le hiciera sexo oral sin devolver el favor —se quejó Sienna.

Adrianna continuó acariciándole el pelo en un gesto tranquilizador. —Ay, chica, ya tienes edad suficiente para saber que no debes esperar demasiado de los chicos. Especialmente cuando se trata de arrogantes privilegiados.

Sienna se sorprendió por la fuerza de las palabras de su amiga.

—Todos son agradables y apetecibles, pero la mayoría de las veces bastante egoístas también —continuó Adrianna—. A veces te tratan como una reina y otras peor que a una trabajadora sexual. Al menos las trabajadoras sexuales cobran.

Sienna asintió, el flujo de lágrimas disminuyendo. —Eso es exactamente cómo me sentí.

—La próxima vez, asegúrate de que él te satisfaga primero. No te acerques a tocarlo antes de que pague lo que debe —le instruyó Adrianna.

Sienna esbozó una pequeña sonrisa. —No creo que haya una próxima vez con Jaxon.

—Qué tontería —dijo Adrianna con un gesto de su mano—. No olvides que tenemos planeada una actividad grupal especial.

Sienna se llevó la mano a la cara mientras el calor llegaba a sus mejillas. —Puedes olvidarte de eso.

Las cejas de Adrianna se elevaron. —Vamos, tenía muchas ganas. Será divertido. Solo piénsalo, ¿sí?

Sienna asintió y luego se dirigió al baño para lavarse la cara. No planeaba en lo absoluto pensar en ello y no tenía intención de hablar con Jaxon más de lo necesario.

Más que lista para que el día terminara, Sienna fue a la sala de televisión para ver una película. Se alegró de no ver a nadie a la vista. Cuando la película estaba llegando a su fin, Adrianna entró, trayéndole un bol de frutas y yogur.

—Gracias —dijo Sienna—. ¿Te gustaría quedarte?

—Se está haciendo tarde. Tengo que levantarme temprano mañana. Gran día y todo eso, ya sabes —le dijo Adrianna—. Buenas noches, Sienna.

—Buenas noches.

Poco después, la película terminó, y Sienna fue a su habitación para intentar conseguir algo del muy necesario descanso. Estaba cada vez más ansiosa por la cena que se aproximaba.

Cerrando los ojos, comenzó a contar hasta el infinito, esperando que hubiera un cierto número después del cual se quedara dormida en un sueño algo reparador.

CAPÍTULO 23

La dulce voz de Adrianna la despertó mucho antes de lo que estaba preparada. Sienna sentía que había dormido menos de una hora.

—Te ves terrible —dijo Adrianna, horrorizada—. Voy a tener mucho trabajo contigo, ¿verdad?

Sienna se tomó un momento para estirarse en la cama, despertando sus músculos dormidos, antes de darle a Adrianna toda su atención. —Buenos días para ti también.

Adrianna rodó los ojos, una pequeña sonrisa jugueteando en sus labios. —¿Cómo te sientes hoy? ¿Mejor?

Sienna asintió. —Sí, supongo que solo necesitaba algo de sueño.

—Así es. Mi abuela siempre decía que el sueño es el mejor remedio. El sueño y el tiempo. ¿Sabías que el tiempo lo cura todo? —preguntó Adrianna con un tono burlón en su voz.

—Eres ridícula —le dijo Sienna, logrando sonreír.

—Ve a darte una ducha. Los Carrington se reunirán para desayunar en media hora o algo así. No querrás llegar tarde.

Atendiendo su advertencia, Sienna se levantó de la cama y se dirigió directamente hacia la ducha caliente.

—Este es tu vestido del día —le dijo Adrianna cuando regresó a la habitación, señalando primero el atuendo sobre su cama, luego, hizo un gesto hacia el vestido en el maniquí—. Esto te pondrás en la fiesta. Será mejor que vuelvas a la habitación inmediatamente después del almuerzo. Necesitaremos bastante tiempo para prepararte.

Sienna gruñó. Ya podía verse sentada en la silla mientras Adrianna le aplicaba capas de maquillaje y jugaba con el vestido. Tanta preparación para unas pocas horas de lo que probablemente ni siquiera sería divertido. Su vida era tan glamurosa.

—Ándale —dijo Adrianna, apresurándola—. El tiempo no espera a nadie. Y los Carrington tampoco.

Al ponerse el atuendo del día, Sienna se sentó en la silla para facilitarle a Adrianna la aplicación de un poco de maquillaje.

—Listo. Vete —le dijo Adrianna, prácticamente empujándola fuera de la habitación.

—Estás muy mandona hoy —se quejó Sienna con una sonrisa en su rostro.

Adrianna sonrió ampliamente. —Es un día importante. Es de nuestro mayor interés no arruinarlo.

Puede que estuviera sonriendo al decir eso, pero había un destello de seriedad en sus ojos que acompañó a Sienna todo el camino hasta el comedor. Llegó al mismo tiempo que Jensen.

—Buenos días, Sienna —dijo Jensen con una pequeña inclinación de cabeza. Su repentina cortesía aún la sorprendía.

—Buenos días.

Abrió la puerta, haciéndole un gesto para que ella entrara primero. Los otros miembros de la familia Carrington ya estaban sentados en la mesa. Sienna les deseó buenos días e hizo lo posible por evitar el contacto visual con Jaxon, quien parecía no notar nada inusual.

—Gran día —dijo el señor Carrington cuando ella y Jensen se sentaron.

—En efecto —concordó Sienna.

—¿Jensen te contó lo que se espera de ti? —le preguntó.

Sienna asintió. —Bailaré al menos una vez con todos los herederos y también una vez con Ben Samenfeld.

—Ten cuidado con ese —dijo Aurora.

—Ya se lo dije, madre —intervino Jensen, ahorrándole la respuesta.

—No se preocupen, señor y señora Carrington. Estoy segura de que lo tenemos todo bajo control —aseguró Sienna.

—Me alegra escuchar eso —dijo el señor Carrington, con una pequeña sonrisa en su rostro. —¿Todos los invitados aceptaron nuestra invitación, verdad?

Aiden asintió, permitiéndose terminar de masticar su comida antes de hablar. —Sí, padre.

—Padre —dijo Xavier un poco tímido, sorprendiendo a todos. —Tengo un presentimiento extraño sobre esto. Algo no me cuadra.

—Tonterías —Jaxon lo desestimó. —Está todo listo. Tenemos una seguridad de primera. Nada puede salir mal.

—Déjalo hablar —dijo Aurora, acallando a Jaxon.

Incomodo siendo el centro de atención, Xavier se encogió de hombros. —No sé. Siento que nos estamos olvidando de algo. Vamos a invitar a nuestra casa a un montón de familias que sabemos que nos odian. La pregunta no es si algo saldrá mal, sino más bien qué saldrá mal.

El ceño de Jensen se frunció mientras su expresión se oscurecía. —Xavier, ¿de qué estás hablando?

—No lo sé —le dijo honestamente a su hermano, y sacudió la cabeza frustrado. —Es solo un presentimiento. Quizá deberíamos cancelarlo.

—No —dijo el señor Carrington con firmeza, su voz retumbando en el comedor. —Seguiremos adelante con el evento como está planeado. Todos ustedes se comportarán de la mejor manera y estarán alerta. Eso te incluye a ti también, señorita Ryder.

—Sí, señor —dijo Sienna haciendo una pequeña reverencia con la cabeza.

—Después del desayuno, quiero que todos repasen los detalles del día. Asegúrense de tener suficiente tiempo para vestirse. Quiero a todos en perfecto estado. Cuando entren al gran salón esta noche, recuerden que no solo representan a los Carrington, sino que también llevan el nombre Carrington. ¿Estamos claros?

El grupo respondió al unísono. El señor Carrington tenía una sonrisa de satisfacción en su rostro.

Durante el resto del desayuno, Sienna se sintió como si fuera parte de una familia normal. Se rieron, se burlaron unos de otros, comieron e intercambiaron historias. Era lo más normal que se había sentido en mucho tiempo.

—Jensen, ¿puedo hablar contigo un momento? —Sienna detuvo al heredero Carrington mayor en su camino hacia la salida. El resto de la familia ya se había dispersado.

—¿Quieres hablar aquí o en el estudio? —le preguntó.

—En el estudio sería mejor.

Él asintió y le ofreció su brazo. Juntos, caminaron hacia el estudio. Nadie dijo una palabra durante todo el camino. No había mucha privacidad gracias a la escolta armada que estaba pegada a la espalda de Sienna.

Una vez llegaron, Jensen cerró firmemente la puerta en sus caras, dejándolos solos en la habitación.

—¿En qué puedo ayudarte? —le preguntó él, invitándola a sentarse junto a él en el sofá.

Con nerviosismo frotando sus manos, ella se sentó a su lado. No pudo evitar que sus pies comenzaran a moverse inquietos.

—Sienna —dijo Jensen, su voz calmada—. ¿Qué sucede?

—No sé por dónde empezar.

—Por el principio —sugirió él con una pequeña sonrisa.

Ella rodó los ojos, su broma de alguna manera la ayudó a relajarse un poco. —Quería preguntarte sobre mi familia.

Jensen tomó una profunda respiración y se enderezó. —No estoy seguro de que sea un buen momento para tener esa conversación.

—Ni siquiera sabes sobre qué quería preguntarte.

—Creo que sí.

—Entonces por favor, necesito saberlo —dijo Sienna dándole una mirada suplicante.

Él negó con la cabeza. —No puedo. Todavía no.

—Jensen...

Él suspiró. —Te propondré un trato.

Intrigada, Sienna levantó las cejas.

—Tendremos una conversación sobre tu familia después de la cena, pero solo si todo sale bien —le dijo.

—¿Pero qué pasa si sucede algo que está fuera de mi control?

—Si está fuera de tu control, lo permitiré. Pero si haces algo que pueda perjudicar a mi familia de alguna manera o lo que estamos tratando de hacer, entonces nuestro trato se cancela. No creo que necesite advertirte de nuevo lo importante que es esta noche.

Sienna negó con la cabeza. —Queda cristalino. Tenemos un trato.

—Bien —dijo él, y le dio una pequeña sonrisa. Ella llegó a apreciar sus sonrisas—. Quiero que te prepares para que puedas escuchar cosas que quizás no te gusten.

—Solo quiero saber la verdad —le dijo ella.

—Entiendo eso. Pero a veces, la verdad duele. Tienes hasta el final de la cena para cambiar de opinión.

Sienna asintió. —Gracias.

—¿Algo más en lo que pueda ayudarte? —preguntó él, el azul oscuro de sus ojos aclarándose un poco.

—Realmente no. Solo saber que finalmente obtendré algunas respuestas más tarde significa mucho —confió Sienna—. ¿Pero hay algo que pueda hacer por ti antes de la fiesta?

Jensen reflexionó un momento antes de responder. —Supongo que podríamos repasar los detalles de la fiesta otra vez, pero eso podría volverte loca. Además, creo que ya sabes todo lo que hay que saber.

—Jensen —dijo Sienna con voz baja, mirándolo a los ojos—. Dime que todo estará bien. Dime que nada saldrá mal. Dime que nadie intentará matarme esta noche.

Él se acercó a ella y alcanzó sus manos. —No puedo garantizarte eso. Pero puedo prometerte que no te quitaré los ojos de encima. Haré todo lo posible para mantenerte a salvo.

Al escuchar la sinceridad en su voz y ver en sus ojos que realmente le importaba, Sienna se permitió relajarse un poco.

—Todavía es temprano. Tómate un tiempo para ti misma antes de la fiesta —le dijo él con un asentimiento de cabeza hacia la puerta.

Sienna dudó. —¿Y si quiero quedarme aquí contigo un poco más?

Él le dio una mirada que le mostró cuánto la entendía. —¿Te gustaría jugar una partida de ajedrez? Sería justo darte la oportunidad de recuperar tu reputación.

Los labios de Sienna se curvaron lentamente en una amplia sonrisa. —Esta vez vas a perder. Estoy completamente sobria.

—A juzgar por tus ojos, no has dormido bien, así que mejor no uses eso como excusa conmigo —bromeó Jensen.

—La única excusa que podría usar es tu edad, viejo.

—¡Oye! Solo soy siete años mayor que tú —protestó.

—Lo que significa que ya estabas en la escuela cuando yo nací. Eso oficialmente te hace viejo en mi libro.

Jensen rió. —¿Estás segura de que siquiera sabes leer, niña?

Con una sonrisa, Sienna rodó los ojos. —Juguemos y veremos quién se ríe al último.

Se movieron hacia la mesa y Jensen preparó el tablero de ajedrez. Sienna tomó las piezas blancas, con la plena intención de destruirlo desde la primera jugada.

Las cejas de Jensen se elevaron cuando ella movió su peón. Le dio una mirada de incredulidad. —¿Un Gambito de Dama? ¿Realmente crees que no he visto ese movimiento antes?

Sienna sonrió. —No de la manera en que yo lo juego.

—Tu arrogancia nunca deja de sorprenderme.

Hicieron movimiento tras movimiento. El juego fue lento y al mismo tiempo rápido. Le hizo olvidar todo lo que había sucedido en las últimas semanas, todo lo que había perdido y todo lo que estaba por venir. Sienna se permitió soltarse y disfrutar del simple juego de ajedrez competitivo.

Jensen parecía tan absorto en el juego como ella. Sus ojos azules se oscurecían cada vez que ella hacía un movimiento fuera de su carácter. Le encantaba sorprenderlo y tomarlo desprevenido. No sucedía a menudo porque él era un gran estratega. Sus tácticas eran astutas y bien pensadas.

Sienna acogió el desafío. Movió sus piezas, sacrificándolas sin piedad con un único objetivo en mente. Su deseo de ganar era casi abrumador. Continuó presionando a Jensen, atacando sus defensas. Y lo estaba haciendo bastante bien. Hasta que...

—Jaque mate —anunció Jensen.

La boca de Sienna se abrió de sorpresa. —No. ¿Cómo? No. Eso es imposible.

Jensen le ofreció una sonrisa sabia. —Estabas tan centrada en tu propio juego y en tus propias trampas que ni siquiera viste las mías.

—Pero... —Sienna se quedó sin palabras. Había perdido. Otra vez.

—Juegas bien, Sienna. Pero no tienes paciencia —le dijo Jensen—. No es tu culpa. Aún eres joven y tienes mucho que aprender.

Ella resopló. —Tú solo eres siete años mayor que yo.

—Antes decías esa misma frase de otra manera —dijo él, sonriendo.

Sienna rodó los ojos, actuando como una adolescente malhumorada. —Como sea. Has ganado. ¿Quieres jugar otra vez?

Jensen miró su reloj de pulsera. —Mejor dejamos la revancha para otra ocasión. Creo que deberías prepararte para la fiesta. Estoy seguro de que Adrianna agradecería tener todo el tiempo extra que pueda conseguir.

—Sentarme en una silla sin hacer nada durante horas suena absolutamente fabuloso. No puedo esperar —dijo ella, su voz rebosante de sarcasmo.

—A todos nos toca aguantar y lucir bien más a menudo de lo que no —Jensen asintió comprensivamente.

Suspirando, Sienna se levantó y recogió sus cosas. Jensen guardó el tablero de ajedrez antes de escoltarla a la puerta.

—Gracias por la charla y el juego, Jensen —dijo Sienna, su voz sincera.

—Ha sido un placer.

Ella sonrió y atravesó la puerta.

—Sienna —Jensen llamó antes de que ella estuviera fuera de alcance. Intrigada, se dio la vuelta. Él le ofreció una de sus brillantes sonrisas. —Guárdame un baile.

En lugar del calor apasionado, fue un tipo diferente de calor el que se extendió a través del cuerpo de Sienna y se asentó en su pecho.

—Lo haré —prometió, y se dirigió a su habitación. Tenía una fiesta para la que prepararse y un oscuro heredero con quien bailar.

CAPÍTULO 24

Adrianna hizo que se tomara un baño, y Sienna no objetó. Pensaba que iba a ser la parte más relajante del día. Estaba equivocada.

Tan pronto como se desvistió y entró al baño, vio que Adrianna lanzó una de las bombas de baño dentro de la bañera. Sienna sonrió, su mente inocente y naíf pensando que todo lo que necesitaba hacer era remojarse un poco y salir para que empezara la pesadilla de vestirse.

Para su horror, Adrianna la siguió al baño, agarró una esponja de ducha y procedió a frotar su piel hasta el punto en que Sienna se sintió cruda. Intentó objetar, pero su amiga era una mujer con una misión y no había nada que Sienna pudiera hacer para hacerla detener. Pronto se dio cuenta de que si se quedaba quieta y dejaba que Adrianna hiciera lo que fuera necesario, su sufrimiento terminaría más rápido.

Con un suspiro de alivio, Sienna salió de la bañera y permitió que Adrianna la envolviera en una suave toalla. Su respiro fue breve, ya que su amiga solo usó la toalla para secarla y luego la ordenó al dormitorio donde el vestido y el kit de maquillaje la esperaban.

Antes de cualquier otra cosa, Adrianna procedió a cepillar el cabello de Sienna. La prisa en sus movimientos hizo que Sienna diera gritos de dolor más de una vez. Cuando tiró de un nudo especialmente malo, Sienna estalló.

—¡Por el amor de Dios, podrías detenerte y respirar un momento?! ¡Me estás matando aquí!

Los ojos de Adrianna se abrieron de par en par. Dio un pequeño paso atrás, y solo entonces Sienna notó que sus manos temblaban.

—Lo siento —dijo su amiga, su voz más débil que nunca.

—¿Qué te pasa?

Los ojos de Adrianna se llenaron de lágrimas. "Si no luces absolutamente perfecta esta noche, el señor Carrington me va a cortar la cabeza. Nada puede salir mal".

—Y nada va a salir mal —aseguró Sienna—. Pero, por favor, deja de arrancarme el cabello. No quiero tener que usar una peluca esta noche.

Adrianna soltó un resoplido poco femenino. —Supongo que he sido un poco brusca hoy.

—¿Un poco? —preguntó Sienna, levantando las cejas—. Chica, mi piel está toda cruda y sensible.

—Lo siento —ofreció Adrianna, su rostro tan adorable que Sienna no pudo evitar reírse.

—No te preocupes. Solo asegúrate de no apuñalarme con una aguja o meterme un cepillo en el ojo.

—Seré cuidadosa —prometió Adrianna.

La tensión en el aire bajó unos grados y las chicas incluso pusieron música mientras se arreglaban en un silencio de compañerismo.

Después de lo que parecieron horas, y probablemente fueron horas, Adrianna dio un paso atrás y estudió a Sienna.

—Vestido. Listo. Zapatos. Listo. Cabello. Listo. Maquillaje. Listo. —Su amiga estaba repasando una lista mental en su cabeza. Sus cejas se fruncieron.

—¿Ade? —Sienna dijo, usando por primera vez el apodo de Adrianna.

—Algo falta, —le dijo.

Sienna se miró a sí misma en el espejo. Horas de sufrimiento definitivamente habían valido la pena. Nunca se sintió ni se vio tan hermosa. Era como si una diosa del amor y de la belleza hubiera salido de un cuento de hadas y les hubiera otorgado su presencia a todos. Esta noche, ella era esa diosa.

—Me veo increíble, —respiró Sienna. —Lo tenemos todo.

Adrianna negó con la cabeza. —No, algo falta.

Contó con los dedos, repasando mentalmente la lista en su cabeza mientras murmuraba algo bajo su aliento. Su cara estaba fruncida en un gesto de preocupación, sus ceñas fruncidas.

—Algo falta, —repitió, su voz tornándose frenética.

Un golpe en la puerta interrumpió su divagación y se apresuró a abrir.

—Disculpe la interrupción. El señor Carrington me instruyó traer esto a la señorita Ryder, —dijo un sirviente con aspecto apenado, ofreciendo una pequeña caja a Adrianna.

—¿El señor Carrington? —Adrianna dijo, su voz sonando tan sorprendida como Sienna se sintió.

El sirviente asintió. —Sí, Jensen Carrington.

Una pequeña sonrisa apareció en la boca de Sienna mientras todo empezaba a tener más sentido. El sirviente hizo una pequeña reverencia antes de apresurarse a atender sus deberes.

—Gracias, —Adrianna llamó tras ella, luego cerró suavemente la puerta. Parecía mucho más calmada ahora.

—¿Qué hay en la caja? —Sienna preguntó, la curiosidad pudo más que ella.

—Justo lo que nos estaba faltando, —dijo Adrianna, sonriendo.

Sienna tomó la caja y la abrió. Jadeó al ver su contenido. Un hermoso colgante de lágrima de esmeralda con aretes a juego en forma de pera y diamantes. Su color complementaba bien su vestido.

—Es demasiado, —respiró Sienna. —No puedo aceptarlo.

—Tonterías, —le dijo Adrianna. —Es un regalo de Jensen. Nunca le he visto dar algo así a nadie. No querrás rechazarlo. Créeme.

Tomando en cuenta las palabras de su amiga, Sienna asintió. Con una pequeña sonrisa, Adrianna tomó la caja de sus manos y le puso el collar y los aretes. Una vez terminado, la giró hacia el espejo.

—He ahí, —anunció su amiga. —Así es como se rompen corazones.

Los labios de Sienna se curvaron en una amplia sonrisa. —Esto ha sido una tortura, pero mirándome ahora en el espejo, me atrevo a decir que podría haber valido la pena. Gracias.

—De nada, —dijo Adrianna, dando un apretón afectuoso a su mano.

—¿Y ahora qué? —Sienna preguntó.

Su amiga revisó la hora en su teléfono. —Ya casi es hora. Uno de los Herederos del Poder vendrá a recogerte y te escoltará a las festividades.

—¿Estarás ahí?

—Por supuesto, —dijo Adrianna con una de sus sonrisas características. —¿Tienes idea de cuánta gente bien vestida habrá? No puedo esperar para coquetear. Quiero terminar en la cama con cuantas personas pueda. Una chica tiene que practicar para nuestro cuarteto.

Sienna se sonrojó. —Te dije que eso no sucederá.

—Y también me dijiste que lo pensarías —contrarrestó Adrianna—. Además, ¿no te interesa siquiera un poco saber qué habilidades poseo?

Los ojos de Sienna se abrieron de par en par cuando una imagen de la cabeza de Adrianna entre sus rodillas cruzó su mente. Tragó saliva, sabiendo bien en qué deliciosos problemas podría meterse tan solo al entretener esa idea.

Leyendo su rostro y cuerpo con perfecta precisión, Adrianna soltó una risita. —Todo lo que tienes que hacer es preguntar. ¿Para qué preguntarse sobre la aventura cuando puedes vivirla? Además, te garantizo que nunca saldrás insatisfecha de mi cama. Sé cómo devolver el favor.

Sienna se atragantó con su propia saliva, su cuerpo ardía en lugares en los que no quería pensar. Era importante que se concentrara en la parte de negocios de la fiesta. La diversión vendría después.

Un golpe en la puerta la salvó de responder a su amiga sonriente.

—¡Creo que puede ser tu acompañante! —exclamó Adrianna emocionada—. Me pregunto quién será.

Sin más, abrió la puerta, revelando al apuesto Jensen.

—Señoritas —saludó con una pequeña inclinación de cabeza, acompañada de una sonrisa.

Sus ojos encontraron a Sienna y ella juraría que su boca se abrió de sorpresa. Tras un momento de silencio, comenzó a sentirse cohibida.

—¿Acaso no me veo bien? —preguntó, nerviosa pasándose las manos por el vestido.

Adrianna le dio un codazo a Jensen en las costillas, trayendo su atención de vuelta. Él parpadeó unas cuantas veces, recuperando su compostura.

—Te ves impresionante —le dijo finalmente—. Es la primera vez que estoy agradecido de ser el heredero mayor porque me da el honor de entrar al salón principal contigo del brazo.

Los labios de Sienna se curvaron en una sonrisa genuina.

—Tú tampoco te ves nada mal —dijo Adrianna, incapaz de contenerse.

Jensen finalmente la miró, su rostro un tanto más serio que cuando miró a Sienna. —Aquí tomo yo el relevo, Ade. Has hecho un espléndido trabajo. Vete a prepararte tú también y únete a nosotros en el salón principal cuando puedas. Tendrás un asiento de honor en la mesa entre Xavier y Jaxon.

Sus cejas se elevaron sorprendidas. —Gracias.

—Has servido bien a mi familia y conoces lo suficiente a mis hermanos como para mantenerlos equilibrados. Quizás no lo demostremos siempre, pero eres una gran adición a nuestra empresa. Soy yo quien debería estar agradeciéndote.

Adrianna silbó, olvidándose de sí misma momentáneamente. —El infierno debe haberse congelado porque no hay manera de que el Santo Jensen haya dicho todo eso.

Se tapó la boca con una mano, sus ojos se abrieron de par en par al darse cuenta de lo que había dicho. Las palabras se le escaparon antes de que pudiera detenerlas. El inesperado momento de bondad de Jensen la sorprendió lo suficiente como para bajar la guardia.

Sienna permaneció allí, tensa. Esperaba la reacción de Jensen, esperando que no fuera demasiado duro con su amiga.

Para sorpresa de ambas, Jensen inclinó la cabeza hacia un lado, frunciendo el ceño en confusión. —¿La gente realmente me llama Santo Jensen?

Las chicas estallaron en risas mientras la tensión se evaporaba.

—Es un cumplido —aseguró Sienna. Agarró su brazo y comenzó a arrastrarlo hacia la puerta antes de que Adrianna pudiera decir algo perjudicial.

—Espera, ¿cómo llaman a mis hermanos? —preguntó Jensen, genuinamente curioso. —¿Por qué me llaman Santo?

—Te lo diré después de la fiesta si todo sale bien —respondió Sienna con una pequeña sonrisa en su rostro mientras aprovechaba la oportunidad para recordarle sutilmente su trato.

Los ojos de Jensen destellaron con diversión. —Bien jugado, señorita Ryder.

Juntos caminaron por los pasillos fuertemente vigilados. La sensación del fuerte brazo de Jensen la ayudó con su nerviosismo. Sabía que esta noche tendría que desempeñar el papel de su vida. Solo podía esperar que no hubiera demasiados giros inesperados y momentos de improvisación en su camino.

Se detuvieron frente a la puerta del gran salón.

—¿Estás lista? —preguntó Jensen, girando la cabeza hacia un lado para mirarla.

Sienna asintió. —Tan lista como siempre estaré.

Le dio un apretón reconfortante a la mano. —Uno de nosotros estará cerca en todo momento —le aseguró.

—Excepto cuando baile con Ben.

Él hizo una mueca. —Lo siento por eso.

Ella sacudió la cabeza. —No te preocupes por eso. Todos tenemos un trabajo que hacer. Vamos.

Jensen asintió a los guardias, y ellos abrieron las puertas. Sienna luchó arduamente por mantener una expresión neutra en su rostro mientras sus ojos absorbían la grandeza del salón. Jaxon había hecho un trabajo asombroso. Parecía que el reloj se había retrocedido y hubieran entrado a uno de los salones de baile del siglo XIX.

Ya estaban todos presentes. El plan era que ella llegara al final para hacer una gran entrada. Funcionó. Todas las miradas estaban sobre ella cuando los anunciaron.

—¡El señor Jensen Carrington y la señorita Sienna Ryder!

Con más confianza de la que sentía, Jensen los guió al corazón de la sala. Desde el rincón de su ojo, vio a Jaxon dar una señal a la orquesta para continuar tocando.

En su mente, Sienna hizo un repaso de la agenda, por así decirlo. La gran entrada seguida por un rápido saludo a los invitados, luego el discurso del señor Carrington antes de la cena. Después, bailarían y socializarían. Se dio a sí misma un asentimiento apenas perceptible de aliento. Era su momento de brillar.

Jensen la guió al primer grupo de invitados.

—Elisabet, Arlene —dijo Sienna, sintiéndose emocionada al ver a las hijas Berti. —Me alegra mucho que hayan podido venir.

—Sienna —sonrió Elisabet, atrayéndola hacia un abrazo. —Lo siento por tu familia —le susurró al oído, lo suficientemente bajo como para que solo ella pudiera oírlo.

Sienna la miró a los ojos y le dio un apretón de manos agradecido. —Igualmente.

Arlene también la abrazó. Las chicas no eran amigas cercanas mientras crecían, pero todas habían perdido a sus familias en aquel terrible día y el vínculo entre ellas ahora era más fuerte que cualquier cosa que pudieran haber construido a lo largo de los años.

—Seguiremos tu ejemplo para lo que necesites —le dijo Arlene, palabras destinadas solo para ella.

De vuelta al lado de Jensen, Sienna miró a las chicas con gratitud en sus ojos. Antes había estado preocupada por su reacción, sin saber cómo la aceptarían de la mano del enemigo. Todos esos temores se habían ido, y todo lo que sentía ahora era su amor y apoyo. Haría todo lo que estuviera en su poder para que no resultaran heridas.

Jensen la llevó donde estaban los Kelseys.

—Señor Kelsey —saludó Jensen al jefe de la familia, y luego asintió educadamente a su hijo, nuera y nieta.

—Has escalado alto, ¿no es así, Jensen? —dijo Ibrahim directamente, probando el terreno.

Sienna sintió que el cuerpo de Jensen se tensaba, y le apretó el brazo para tranquilizarlo antes de intervenir en su rescate. —Señor Kelsey, ¡los años ciertamente lo han tratado bien!

Los labios de Ibrahim se curvaron hacia arriba, su atención ahora en Sienna. —Como siempre, eres demasiado amable, Sienna.

Jensen se crispó ante la falta de respeto que demostraba dirigiéndose a ellos directamente por su nombre.

—Gracias por venir. Espero poder charlar contigo más tarde —dijo Sienna, regalando a la familia Kelsey una de sus sonrisas ganadoras y alejando a Jensen de ellos antes de que pudiera

decir algo.

Cuando estaban fuera del alcance de oídos ajenos, le pellizcó el brazo a Jensen. —Concéntrate —siseó, con los dientes apretados, sus labios dibujando una sonrisa falsa.

Él asintió levemente. —Lo siento. Odio a ese tipo.

—Yo también, pero será mejor que te prepares porque los Samenfeld son los siguientes.

—Lo estás haciendo genial —le aseguró él.

Su cumplido la calentó y le dio la fuerza extra que necesitaba para enfrentarse a esa horrible familia.

—Señorita Ryder —la saludó Linos Samenfeld con la sonrisa más fingida. Apenas le dio una mirada a Jensen.

—Señor Samenfeld —sonrió Sienna—, ha pasado demasiado tiempo. Hola, señora Samenfeld. ¡Su vestido se ve increíble!

—Gracias, querida.

—Ahh, Ben —Sienna miró al horroroso hijo de arriba abajo con una sonrisa fingida—. Hace una eternidad que no te veo. ¿Te importa si te doy un abrazo?

—Para nada —dijo Ben, sonriendo. —Te ves preciosa.

—Gracias. —Sienna brilló. —Tú tampoco te ves nada mal. Asegúrate de pedirme un baile más tarde.

Le dio un guiño pícaro antes de permitir que Jensen la alejara de esas serpientes.

—Es aterrador lo buena que eres en eso —susurró Jensen con asombro en su voz.

Sienna encogió de hombros. —El hecho de que no me guste no significa que no sea buena en ello. Fui criada en este ambiente. Esto es todo lo que conozco.

—Eres mucho más que eso, Sienna.

Ella sonrió ante otro cumplido.

—Última parada —le dijo él mientras caminaban hacia la vieja viuda Aghayan.

—Sienna —Dalia la saludó con los brazos abiertos, y Sienna no tuvo más opción que adentrarse en ellos, inhalando su horrible aroma. —Lamento mucho lo de tu familia —dijo con una mirada de reojo a Jensen.

—Gracias, señora Aghayan —respondió Sienna, cortésmente terminando el abrazo. —Y gracias por venir.

—Por supuesto —canturreó la vieja viuda. —No me perdería la oportunidad de mostrar mi apoyo.

El misterio en sus palabras sobre a quién exactamente estaba apoyando quedó flotando en el aire.

—Señora Aghayan —la saludó Jensen. Su sonrisa falsa no era tan buena como la de Sienna.

—Señor Aghayan. —Dalia lo miró con las cejas levantadas. Lo examinó de arriba abajo sin pudor, incluso lamiéndose los labios como si saboreara sus músculos. —No sabes lo apetecible que luces.

Las puntas de las orejas de Jensen se tornaron rojas. Sienna habría dado cualquier cosa en ese momento por poder tomar una foto. Su rostro estaba petrificado en una máscara impagable.

—Usted también luce muy bien —dijo él, forzando la cortesía a través de dientes apretados.

La viuda anciana apoyaba su peso en su bastón. Disfrutaba del espectáculo tanto como Sienna.

—Si nos disculpan —dijo Jensen lo más amablemente que pudo, antes de llevarse a Sienna.

—Eso ha ido bien —le dijo ella, luchando por contener la risa.

—Cállate.

Sin decir otra palabra, Jensen los llevó hacia la larga mesa de cena donde ella estaría sentada entre él y Aiden.

Al observar finalmente a los herederos Carrington, Sienna se dio cuenta de que todos vestían el mismo traje que Jensen. Lucían bien en un traje negro con una corbata negra con una letra C escarlata bordada en ella. Era una señal suficientemente clara de quiénes eran y dónde estaban sus lealtades. El resto de los miembros del clan Carrington tenía la letra bordada en el bolsillo del pecho de sus chaquetas.

La música se fue apagando lentamente mientras los invitados tomaban sus lugares en la mesa. Si no estaba equivocada, era el momento para que el Sr. Carrington diera un discurso.

CAPÍTULO 25

El sonido del cuchillo chocando contra el vidrio llenó la habitación mientras todo lo demás se quedaba en silencio. Todas las miradas se dirigieron hacia la cabecera de la mesa donde el Sr. Carrington se levantó, luciendo fuerte y poderoso.

Se aclaró la garganta y sonrió a la multitud reunida.

—Bienvenidos, bienvenidos, bienvenidos —repitió, su voz profunda resonando a través del gran salón con poderosa autoridad—. Estoy muy feliz de poder ser el anfitrión de lo que espero sea la primera de muchas cenas fructíferas. Les agradezco a todos por unirse a nosotros en esta ocasión tan especial.

—Es cierto, mucho ha pasado en estos últimos meses, y sé que los tiempos han sido difíciles, pero aquí estamos, y lo que importa es que todos estamos intentando y dispuestos a empezar de nuevo.

Sienna echó un vistazo sutil alrededor de la mesa. La mayoría de las caras mostraban máscaras cuidadosas y educadas.

—Les pido que, al menos por una noche, dejen de lado sus diferencias y disfruten. ¿No es eso de lo que se trata la vida? ¿Cuál es el punto de vivir si no se vive en absoluto? Espero que disfruten nuestra cena, nuestras bebidas, nuestra música y nuestra compañía. Vamos a vivir un poco.

El Sr. Carrington levantó su copa y la habitación hizo eco: "¡Bravo, bravo!"

Aiden se inclinó hacia Sienna y susurró: —No es uno de sus mejores brindis, pero no puedo decir que no esté de acuerdo. No me importaría experimentar un poco de vida hoy.

Sienna se volvió hacia él con una sonrisa en el rostro. Sabía a lo que se refería y estaba de acuerdo con él. Terminar la fiesta con un final feliz sería perfecto en todos los sentidos.

Al otro lado de la mesa, sentada entre Jaxon y Xavier, Adrianna parecía estar pasando el momento de su vida. Jaxon la sorprendió mirándolos y le guiñó el ojo. Sienna lo reconoció con la más pequeña de las sonrisas. Todavía estaba molesta por su último encuentro, pero cuanto más lo pensaba, también se daba cuenta de que había sido intenso.

Volviendo su atención al plato que tenía delante, Sienna luchó por reprimir el calor interno que surgía. Personalmente, prefería comer su carne bien cocida y normalmente lo habría mandado de vuelta para que lo cocinaran más, pero esta vez no quería llamar la atención sobre sí misma. Ya se sentía bajo el foco de atención invisible.

—¿Quieres cambiarlo por mis verduras? —preguntó Aiden, notando que jugaba con su comida.

Sienna le lanzó una mirada agradecida. —¿Alguien te ha dicho últimamente lo increíble que eres?

—Me lo digo a mí mismo todas las mañanas mientras me miro al espejo.

Sienna rodó los ojos, sonriendo. —Gracias.

Lo más sutilmente posible, Aiden tomó el bistec del plato de Sienna y depositó en el suyo su surtido de verduras. Jensen fue el único que pareció notarlo, pero su única reacción fue un leve levantamiento de ceja. Estaban a salvo.

La conversación fluía agradablemente entre los invitados, llenando la habitación con un murmullo constante. Sienna se sentía nostálgica, recordando a su padre organizando eventos similares.

—Tengo que decir que me sorprende verte comiendo y riendo con las personas que mataron a tu familia —dijo Ibrahim a Sienna de repente.

La habitación quedó en silencio mientras la atención de todos se dirigía hacia ellos, sus ojos saltaban de Sienna a la malvada y vieja Kelsey.

Jensen se tensó al lado de Sienna, su aguda inhalación de aire la forzó a actuar antes de que él pudiera reaccionar. Aiden le alcanzó la mano por debajo de la mesa, dándole un apretón reconfortante.

Sienna se puso una sonrisa cortés en el rostro mientras miraba a Ibrahim. —He llegado a aprender que hay más de un punto de vista en la historia. Mi familia, aunque los amaba profundamente, estaban lejos de ser santos. Es cierto que ellos y las personas más cercanas a ellos no merecían morir de esa forma. —Miró a las hermanas Berti, reconociendo su dolor con un leve asentimiento, antes de continuar—. Pero también es cierto que no supieron cuándo dar un paso al costado por el bien de la gente.

Ibrahim sonrió con suficiencia. —¿Y crees que los Carrington están haciendo lo que es bueno para la gente?

Sienna se encogió de hombros. —Quizás sí, quizás no. Solo el tiempo lo dirá. Pero lo que sí sé es que están esforzándose mucho y sacrificando un montón. Están arriesgando sus vidas cada mañana cuando se levantan de la cama y luchan por el bien de nuestro pueblo, por su igualdad. ¿Y tú, señor Kelsey? ¿Cómo estás ayudando?

El rostro de Ibrahim se ensombreció mientras Sienna le devolvía la jugada. El ambiente se tornó sombrío mientras todos esperaban por lo que acontecería a continuación. La tensión era palpable, tan espesa en el aire que se podía cortar con el cuchillo más embotado.

Desde el rincón de su ojo, Sienna vio a los guardias alcanzando discretamente sus armas. Había ido demasiado lejos. Llamar y insultar a Ibrahim Kelsey era una de las peores cosas que podría haber hecho esa noche.

La fiesta sería un fracaso y Jensen nunca le diría quién era su verdadera familia. Sería afortunada si lograba pasar la siguiente hora ilesa. Su vida, así como la de todos en la habitación, estaba en juego. Todo dependía de lo que Ibrahim dijera a continuación.

Él tomó la más mínima de las respiraciones, justo lo suficiente para escupir una palabra, y movió sus labios para formarla, cuando todos fueron interrumpidos por una risa aguda.

Sorprendidos, todas las cabezas se giraron hacia la anciana viuda Aghayan cuyo rostro estaba cubierto de lágrimas mientras no podía contener más la risa. Al rico sonido de la misma, el hechizo de tensión mortal se había roto y toda la fiesta comenzó a reír.

Aiden apretó la mano de Sienna debajo de la mesa, instándola silenciosamente a unirse. Forzándose a reír, ella captó la mirada de Dalia y la vieja viuda le guiñó un ojo maliciosamente. Sienna no sabía qué pensar al respecto.

El resto de la cena transcurrió con todos evitando temas pesados. Se sirvió el postre y el ánimo se elevó. Se abrieron botellas extras de vino, se llenaron copas y los invitados se mostraron ansiosos por que comenzara la parte de baile de la fiesta.

Por fin, Jensen se aclaró la garganta, se puso de pie y le ofreció su mano a Sienna.

—¿Me concederías este baile? —le preguntó con una ligera inclinación de cabeza.

Tras tomar otro sorbo de vino, Sienna dejó el vaso, luego se giró hacia Jensen con una sonrisa coqueta. —Pensé que nunca lo pedirías.

Él le devolvió la sonrisa y la condujo a la pista de baile. La orquesta comenzó a tocar una nueva canción a su señal, y antes de que Sienna lo supiera, estaba presionada de cerca contra él, meciéndose al ritmo de la música.

—Lo estás haciendo muy bien —susurró él reconfortantemente en su cabello.

—Tenía tanto miedo de haber ofendido a Ibrahim —confesó ella.

—Ese bastardo cruzó la línea, y tú lo pusiste en su lugar.

—Podría haber sido un desastre...

—Sí, podría haber sido así, pero no lo fue. Sin embargo, la noche está lejos de terminar, así que mantén la guardia alta.

Con una facilidad impresionante, la hizo girar por la pista de baile. Ella se maravillaba de sus habilidades para bailar y se dejaba llevar por el sonido de la música, disfrutando al mismo tiempo del tacto de sus músculos bajo su impecable traje.

La canción terminó demasiado pronto para su gusto, pero ambos entendían que tenían trabajo que hacer, y no era conveniente que pasaran la noche bailando sin cambiar de parejas. Como si estuviera coordinado, Aiden dio una palmada en el hombro de Jensen. Con una renuencia apenas perceptible, Jensen le ofreció la mano de Sienna a su hermano.

—Hola, alborotadora —dijo Aiden cuando se quedaron solos, con una hermosa sonrisa en su rostro.

Sienna se rió. —Tú sí que sabes quién soy para llamarme así.

Aiden rió, sus ojos se suavizaron. —Dios, cómo te extraño. Siento que no te he visto mucho últimamente. No puedo creer que esté diciendo esto, pero mataría por una buena hora de yoga... contigo.

Sienna arqueó una ceja sugestivamente. —¿Hora real de yoga o ejercicios de estiramiento improvisados?

—Un entrenamiento es un entrenamiento, ¿verdad? —replicó Aiden, haciéndola girar para que no pudiera responder.

Cuando aterrizó de nuevo en sus brazos, estaba un poco sin aliento, pero había una gran sonrisa en su rostro. Los herederos Carrington tendían a tener ese efecto sobre ella. Solo esperaba que los invitados también pudieran verlo, porque ese era uno de los puntos que tenía que trasmitir aquella noche.

Por el rabillo del ojo, Sienna notó que Xavier se acercaba a ellos. Siguiendo su mirada, Aiden gruñó.

—Estas canciones son demasiado cortas para disfrutar de verdad el baile —se quejó. —Prométeme que bailaremos más.

—Veré qué puedo hacer —le dijo Sienna con un guiño.

Para su sorpresa, Xavier no le tomó la mano, sino que en su lugar le ofreció una copa de champán.

—Pensé que te gustaría un pequeño respiro antes de que sea nuestro turno —le dijo, y ella le regaló una sonrisa agradecida antes de dar un sorbo bastante grande.

—¿Cómo estás disfrutando de la fiesta? —le preguntó Xavier, manteniendo un ojo en los pocos bailarines.

Adrianna reía mientras Jaxon la hacía girar, Elisabet parecía ligeramente rígida en los brazos de Jensen, mientras Arlene se reía con Ben. Al otro lado de la sala, Aiden parecía estar coqueteando con Maria.

—Nadie ha intentado matarme aún, así que diría que es un éxito —bromeó Sienna.

Xavier rodó los ojos de manera afable. —Señorita Ryder, siempre la bromista.

Sienna le lanzó una sonrisa y le ofreció su mano. —Bailemos.

Al unirse a los demás danzantes en la pista, Xavier la atrajo más hacia él. Sienna inhaló y, de manera extraña, asoció su aroma con el de las fresas. Olfateaba deliciosamente bien. Le surgió un pensamiento...

—Nunca continuamos nuestra conversación del grupo de estudio.

—¿Oh? —Xavier arqueó una ceja, una sonrisa engreída en su rostro. —¿Has pensado en los estudiantes?

—Adrianna y Jaxon —le dijo ella, sus ojos brillando con emoción.

Sintió que todo su cuerpo vibraba mientras él reía. —Ciertamente sabes cómo elegirlos.

Sienna se encogió de hombros. —Adrianna es básicamente tu elección, y Jaxon es un favor para ella.

—¿Y quién es tu elección? —preguntó él, a pesar de conocer la respuesta, con una sonrisa engreída en su rostro.

—Tú —susurró Sienna con una mirada cargada de deseo en sus ojos, sus labios dibujando una tentación seductora.

Xavier abrió la boca para decir algo cuando la orquesta anunció que harían una pausa y los invitados aplaudieron cortésmente. Sienna aprovechó la oportunidad y se alejó de él con la completa intención de dejarlo queriendo más.

Todo ese bailar le había dado sed de algo más que alcohol. Se dirigió a la mesa y agarró una botella de agua. Después de saciar su sed, tomó uno de los mini sándwiches que los sirvientes llevaban alrededor en bandejas de plata.

—Buenas noches, Sienna. —Dalia Aghayan se le acercó por detrás, sorprendiéndola.

Masticando tan rápido como pudo, Sienna tragó y ofreció a la anciana viuda una sonrisa cortés. —Señora Aghayan, ¿cómo está?

No se atrevía a mirar alrededor para ver si alguien la veía hablando con Dalia. Sus instintos le gritaban que se alejara de la viuda, pero no podía hacer nada sin ofenderla. Tomando una respiración profunda, Sienna se concentró en todo lo que la rodeaba y en la conversación que estaba a punto de desarrollarse, esperando no hacer nada que arruinara todos sus esfuerzos.

—Estoy bien, gracias, querida —sonrió Dalia—. De hecho, vine aquí esta noche porque quería hablar contigo.

—¿Ah sí?

—¿Te importa si damos un paseo?

Insegura sobre cuál era el procedimiento adecuado, Sienna no pudo responder antes de que Dalia enganchara su brazo con el suyo y la llevara al balcón. Las alarmas en la cabeza de Sienna empezaron a parpadear en rojo brillante. Estaba convencida de que la anciana viuda tenía la intención de empujarla por el balcón.

—¿De qué querías hablar? —preguntó Sienna, esforzándose por sonar educada y tranquila.

—Conocí a tu madre —le reveló Dalia. Los ojos de Sienna se agrandaron ante el tema inesperado—. Bueno, supongo que sabes que realmente no era tu madre, pero considerando las circunstancias y cómo funcionan las cosas por aquí, oficialmente serías su hija.

Con eso, Sienna se dio cuenta de que la anciana viuda sabía que ella no era una Ryder.

—De la misma manera, tu madre era mi sobrina —dijo Dalia como si fuera un hecho, desvelando el viejo secreto que Sienna estaba segura de que ni siquiera los Carringtons sabían. Estaba demasiado atónita para responder, pero Dalia no esperaba que lo hiciera.

—Antes de continuar, necesito que me prometas que no le dirás a nadie lo que estoy a punto de contarte.

Con la boca seca, todo lo que Sienna logró fue un pequeño asentimiento que pareció satisfacer a Dalia.

—Estoy muriendo —confesó la anciana viuda en voz baja—. Tengo cáncer en etapa cuatro y no hay nada que se pueda hacer. Los médicos dicen que me quedan menos de tres meses de vida.

—Lo siento —dijo Sienna, con los ojos llenándose de lágrimas al darse cuenta de que esta anciana era la única familia viva que le quedaba y que incluso sus días estaban contados.

Dalia hizo un gesto de despedida con la mano. —Soy vieja y he vivido más de lo que cualquier persona normal debería. He perdido tres amores de mi vida y he tenido cinco abortos

espontáneos. La vida no me ha tratado bien. Puede que no me quede nadie, pero no quiero morir sola.

—Lo siento —repitió Sienna, sin saber qué más decir. La confesión de la anciana viuda era lo último que esperaba que sucediera esa noche.

—Sienna —comenzó Dalia y tomó su mano entre las suyas—, no tengo a quién dejar mi fortuna, y no quiero que esté al alcance de cualquiera.

Las cejas de Sienna se fruncieron en confusión. —¿Qué quieres que haga? No me queda ninguna influencia. Los Ryders se han ido.

Dalia le dedicó una sonrisa conspirativa. —Los Ryders y su poder pueden haberse ido, pero voy a dejarte todo lo que Aghayan ha construido.

Sienna parpadeó sorprendida. —¿Qué estás diciendo?

—Tú, Sienna, serás mi única sucesora.

—¿Pero por qué? ¿Qué quieres a cambio?

Dalia se encogió de hombros. —Nada, excepto la satisfacción de saber lo sorprendidos que estarán todos al leer mi testamento, por eso no puedes hablar de esto.

Sienna asintió. —Gracias.

Dalia le dio un apretón reconfortante en la mano. —Te estoy dando una oportunidad de luchar, niña. No necesitas ceder ante nadie. Sé quien tú quieras.

Impulsivamente, Sienna abrazó a la anciana viuda y permitió que una sola lágrima recorriera su mejilla. Las acciones de esta mujer lo cambiarían todo. La balanza se inclinó hacia el otro lado y Sienna no sería tan impotente como antes.

CAPÍTULO 26

De vuelta en la fiesta, Sienna luchaba por mantener su rostro impasible. Las noticias de Dalia la llenaron de tristeza al saber que pronto perdería al último miembro vivo de su familia, pero también de felicidad al haberle dado una oportunidad de luchar.

—¿Qué tal si ahora bailamos?

Sienna se giró y vio a Ben Samfeld detrás de ella, ofreciéndole su mano. Suprimiendo un escalofrío, Sienna puso una sonrisa cortés.

—Pensé que nunca lo propondrías —respondió, tomando su mano y siguiéndole hacia la pista de baile.

Sienna logró percibir su aroma cuando él la atrajo hacia sí, envolviéndola en un abrazo que esta lenta canción requería. Luchó por no mostrar su repulsión por su olor a tabaco rancio.

—No te he visto desde que me gradué de la preparatoria —comenzó Ben una conversación—. Fuiste la única estudiante de primer año que captó la atención de todos los seniors, especialmente la mía.

Recordando su papel, Sienna alzó la mirada hacia él y pestañeó de forma exagerada. —Habríamos sido el tema de conversación de la escuela si tan solo te hubieras atrevido a acercarte a mí.

—Eras demasiado intimidante —confesó Ben—. Todavía lo eres.

Sienna soltó una carcajada. —¿Sabes lo que dicen sobre si un niño es malo contigo en el jardín de infancia?

Ben levantó la ceja, su expresión mostraba confusión.

—¡Que te quiere! —dijo Sienna, empujándolo juguetonamente—. Estuve enamorada de ti todo el año.

—¿De verdad? —preguntó Ben, disfrutando la conversación.

Sienna asintió con entusiasmo, esperando que él no viera a través de sus mentiras. —Eras el mariscal de campo estrella, nuestro líder, y la fantasía de todas las chicas.

Ben tenía una amplia sonrisa en el rostro mientras la acercaba más a él, su mano explorando un poco más abajo de lo que a ella le gustaba. Sintiendo las miradas de la sala sobre ellos, Sienna luchaba por mantener su compostura. Los herederos Carrington bailaban con sus parejas cerca para asegurarse de que ella estuviera segura, mientras aún les daban la ilusión de privacidad.

—¿Por qué no dijiste nada? —preguntó él, respirando de manera repulsiva en su oído.

Sienna bajó la cabeza, intentando dar una impresión de timidez. —¿Y tú? Prácticamente dominabas esa escuela. Además, si recuerdo correctamente, estabas saliendo intermitentemente con la capitana de las animadoras. ¿Celia, verdad?

—Cecelia —corrigió él, haciendo una mueca. —Y en realidad, nunca salimos realmente. Solo era muy buena en ciertas cosas que no incluían la animación.

—¿Ah sí? ¿Como cuáles?

—Digamos que con ella, tuve mucha práctica desarrollando ciertas habilidades que definitivamente son útiles en los tiempos actuales.

Intentó ser misterioso y seductor, pero Sienna hizo todo lo posible por no vomitar sus entrañas, esperando que él no notara su disgusto. Bailaron en silencio por un momento más, permitiendo que Sienna recuperara su compostura.

—¿Y ahora qué? —preguntó Ben al fin.

—Algunas cosas son iguales, pero otras han cambiado —respondió Sienna, dándole una respuesta evasiva.

Él se alejó lo suficiente para mirarla a los ojos, su expresión seria. —Puedo ayudarte. Hablaré con mi padre, y todo esto se resolverá. Confía en mí.

Los ojos de Sienna se abrieron de par en par al darse cuenta de cuánto él había malinterpretado la situación. Era su culpa y tenía que arreglarlo.

—Creo que ahora es mi turno —interrumpió Jaxon en el peor momento posible. Sienna se quedó con la boca abierta, sus ojos llenos de un pánico indescriptible. Ben asintió a Jaxon, luego le dio a Sienna un guiño cómplice.

—Idiota —le siseó Sienna a Jaxon una vez que estuvieron fuera del alcance del oído.

Sus cejas se fruncieron en confusión. —¿Qué? Pensé que te estaba salvando.

—Quizás solo nos hayas condenado a todos —le dijo ella y le dio a su brazo un pellizco sutil pero doloroso.

Sus ojos se llenaron de lágrimas involuntariamente, lo que lo hizo parpadear un par de veces para limpiarlos. Sienna dio un respingo al ver que había cometido otro error. Jaxon le lanzó una mirada endurecida con una oscuridad aterradora en sus ojos. Era el peor heredero Carrington con el que podría haberse cruzado. La noche estaba resultando ser un espléndido evento.

Conteniendo la respiración, Sienna esperó su reacción, pero antes de que pudiera hacer algo, las luces se apagaron y la música se detuvo. El agarre de Jaxon sobre ella se tensó, pero esta vez en lugar de ser una caricia amenazante, era protectora y firme.

Con la energía apagada y la sala envuelta en oscuridad, Sienna sintió más que vio al resto de los herederos Carrington mientras formaban un círculo impenetrable a su alrededor.

—Dale un momento —dijo Jensen desde su lado derecho, su presencia reconfortante—. Los generadores de respaldo deberían activarse en breve.

Fiel a su palabra, en el momento siguiente, la luz brilló con fuerza, deslumbrándolos a todos. Sienna vio a Jensen de pie a su derecha, Jaxon a su izquierda, Aiden enfrente de ella y Xavier detrás de ella. Los herederos Carrington acudieron en su rescate, considerando su seguridad como una alta prioridad.

—¿Qué pasó? —preguntó Sienna, dando voz a los pensamientos de todos.

—Qué encantadora cena. Lamento no haber podido asistir personalmente. Parecería que la invitación se perdió en el correo.

La voz primero salió de los altavoces alrededor de la sala, luego las pantallas de TV alrededor de la sala se iluminaron, mostrando al secuestrador.

—Hola a todos. Mr. Remington saludó a todos con una sonrisa. *—Me temo que no puedo verlos ni oírlos, pero espero que todo funcione bien de su lado.*

La sala se quedó quieta, todos estupefactos ante la aparición inesperada del viejo Remington. Todo lo que podían hacer era escuchar las palabras del anciano, anticipando lo peor.

—Mi tiempo es muy valioso, al igual que el suyo, y no tengo intención de desperdiciarlo andando con rodeos, dijo Mr. Remington, su voz grave y su expresión seria. Sienna sabía que lo que estaba a punto de decir a continuación los arruinaría a todos.

—La siempre encantadora señorita Ryder por la que todos ustedes suspiran no es una Ryder de verdad. Estoy seguro de que eso no sorprende a la mayoría de ustedes, ya que todos crecieron en nuestra sociedad trastornada. Estoy aquí para ofrecerles una solución y a través de ella, lo más deseado de todos - la paz.

Sienna apretó los puños, sus uñas clavándose dolorosamente en las palmas de sus manos. Los herederos Carrington permanecían inmóviles, sus espaldas rectas rígidas como tablones de

madera.

—Mi solución les ofrecerá la opción de criar a sus propios hijos y tener a los puros herederos de su sangre heredar su título.

La habitación se llenó de murmullos, y Sienna pudo ver los intercambios de miradas entre algunos de los invitados.

—Todo lo que necesitan hacer es aceptarme como el verdadero líder de la ciudad y el único gobernante del Norte y el Sur. Comenzaremos con ustedes proclamando su lealtad a mí y aceptando a la última viviente Ryder, que no es Sienna, sino mi nuera Tina Remington. Ella es la esposa de mi hijo de sangre pura y heredero Lyle Remington. Juntos, traerán paz y prosperidad a nuestra ciudad.

—Solo necesitan actuar con inteligencia, y actuar ahora. El tiempo es de suma importancia, ya que los Carrington aún están debilitados. Pueden dar la impresión de poder, pero recuerden que todo es una ilusión. Nunca serán los verdaderos líderes de la ciudad. Todos aclamen a los Remington.

El viejo bastardo concluyó con una sonrisa arrogante. La habitación quedó paralizada por el más breve de los momentos antes de que se desatara el caos. La gente empezó a gritar unos sobre otros mientras el caos estallaba.

Sienna se frotó los brazos, tratando de evitar que su cuerpo temblara. Se preguntaba si Dalia cambiaría de opinión sobre dejarle la fortuna ahora que sabía que Tina era su verdadera sobrina. La viuda Aghayan insinuó que sabía que Sienna no era de su sangre, pero en ese momento no sabía sobre Tina. Sin embargo, la fortuna Aghayan era lo menos de sus preocupaciones en este momento.

El discurso del viejo Remington encendió la más pequeña de las chispas, provocando que el fuego se esparciera por la habitación en una corriente salvaje e incontrolable. Los herederos Carrington, todos excepto Jensen, siguieron a su lado, manteniéndola a salvo.

—¡Silencio! —bramó Jensen, su voz resonando por el gran salón con autoridad, exigiendo ser obedecido y respetado.

Ahora todos los ojos y la atención estaban sobre el señor Carrington mientras se paraba en el escenario improvisado que se había preparado para la orquesta. Tenía una pequeña sonrisa en su rostro que no traicionaba ninguna de la ansiedad que Sienna sentía.

Ibrahim Kelsey avanzó, su postura desafiando a Mr. Carrington. —Nos hablas como si fuéramos tontos. No toleraré eso, ni permitiré ser irrespetado de esa manera. ¡Desde este

momento, declaro públicamente que la familia Kelsey brinda su apoyo a los Remingtons del Norte!

—Por favor, no hagas eso —intervino Sienna antes de poder detenerse, su voz llena de desesperación—. A mi padre no le gustaría que los Remingtons se extendieran por el Sur.

Ibrahim rió, un sonido oscuro y cruel. —¿No te has enterado, niña? Tu padre no era tu padre. Es una cosa sospecharlo, pero es completamente diferente tenerlo confirmado. No eres una Ryder. No eres nada.

Los ojos de Sienna se llenaron de lágrimas, sus manos temblaban detrás de su espalda. Los herederos Carrington se movieron para cerrar el círculo.

—Es cierto —dijo Mr. Carrington con voz firme, recuperando la atención de la sala—. La señorita Sienna Ryder no es una Ryder. Su sangre pertenece a una familia mucho más poderosa que las de esta ciudad.

Los susurros apagados recorrieron la habitación, las cabezas giraban hacia Sienna.

—La familia Samenfeld proclamará nuestra lealtad a los Carrington —anunció Linos, y Sienna se permitió esperar por el más breve de los momentos antes de que fuera aplastado de nuevo—. A cambio, quiero que mi hijo se case con Sienna. No nos importa si es una Ryder o no.

—¡De ninguna manera!

—¡Eso es absurdo!

—¿Estás jodiendo?

—¡Loco de remate!

Las airadas objeciones vinieron de los herederos Carrington. Aiden tomó la mano de Sienna entre las suyas, dándole un apretón reconfortante.

—Por el Código de Honor Carrington, Sienna es la única que puede daros esa respuesta —dijo Mr. Carrington, y todas las miradas se dirigieron hacia ella.

Sienna tragó saliva. No sabía qué se esperaba de ella o cuál sería la respuesta adecuada. Lo único de lo que estaba segura era de que no quería casarse con Ben, ni con nadie más, de hecho.

—No estoy en venta. Nadie puede forzarme a casarme y no seré entregada como algún tipo de premio o ficha de negociación —respondió con la cabeza alta, esperando que su respuesta no la llevara a la muerte.

En el rabillo del ojo, vio a Jensen dándole una sonrisa de aprobación. Aiden frotó su dedo contra su mano en un movimiento tranquilizador. Lo hizo bien.

—Pero Sienna... —dijo Ben, su expresión mostrando confusión—. Pensé que eso era lo que querías.

Sienna sacudió la cabeza. —No soy una damisela en apuros. No necesito ser salvada.

Las cabezas de todos se giraron al lado cuando la viuda Aghayan aplaudió, una sonrisa divertida jugueteando en sus labios. —Bien jugado, caballeros. Han logrado parecer más desesperados con cada palabra pronunciada y con cada argumento lanzado. Puede que sea la última de los Aghayans, pero mi fortuna es vasta, y aún nos mantenemos fuertes. No daré mi apoyo a los Carringtons, sin ofender —dijo rápidamente mientras sus ojos viajaban al mayor de los Carrington.

Ibrahim soltó una carcajada satisfecha. —Otra para los Remingtons entonces.

—No —dijo Dalia firmemente—. El apoyo de los Aghayans y todos sus recursos se otorgan libremente a Sienna.

El pecho de Sienna se calentó, la declaración hizo que su corazón latiera más rápido con alivio y felicidad. El anuncio de Dalia la hizo sentir solo un poco más liviana, sabiendo que había mucho más en su camino hacia la libertad.

—¡Nosotras también! —anunciaron las hermanas Berti, avanzando—. Reconocemos a Sienna como nuestra líder, sin importar el apellido que pueda llevar. Siempre nos trató con amabilidad y respeto, y esperamos que haga el deber que se le ha otorgado al ser criada como una Ryder. Ella es y siempre será la verdadera Ryder a nuestros ojos.

—¡Pero ella no es nada! —gritó Ibrahim y pisoteó sus pies como un niño caprichoso al que se le ha negado su golosina.

—Te dije que ella proviene de una familia mucho más poderosa —dijo el señor Carrington—. ¡Ella es una Lockwood!

Los efectos de su anuncio fueron palpables. Incluso la boca de Ibrahim se abrió de sorpresa.

—No puede ser...

—Eso es imposible...

—¿Cómo...

Las palabras eran diferentes, pero la reacción general transmitía la misma emoción. Sorpresa mezclada con incredulidad. Las caras antes alegres de los invitados ahora pálidas y desalentadas.

La mente de Sienna se tambaleó cuando finalmente llegó a la respuesta. Ella era una Lockwood. Era conocido en los círculos más sutiles que el Sur fue dado a los Ryders para gobernar y el Norte a los Remingtons. Pero su poder solo se extendía hasta los bordes de la ciudad. Muy por encima de ellos, y mucho más fuerte, presidiendo sobre todo el país y en ocasiones actuando como la mano derecha del presidente mismo, estaba la familia Lockwood.

La gente susurraba su nombre alrededor de la mesa, mirando constantemente por encima del hombro por miedo a ser escuchados o seguidos. Si existiera una lista de las familias más peligrosas e influyentes, los Lockwood estarían en la cima.

Quedaba claro que a Mr. Carrington le gustaba su reacción. La información tampoco era nueva para los Herederos del Poder.

—Creo que es hora de terminar por hoy —anunció Mr. Carrington—. Gracias a todos por venir. Nos pondremos en contacto sobre los futuros desarrollos que conciernen a nuestra ciudad.

—Vamos —susurró Aiden, y luego la guió rápidamente fuera del gran salón para evitar cualquier interrupción. Xavier iba detrás, dando instrucciones a su escolta armada.

La respiración de Sienna se volvía más superficial con cada paso que daba, logrando mantener el pánico a raya hasta que estuvo segura detrás de los muros de su habitación. Aiden y Xavier se fueron, sin duda regresando a la fiesta para intentar ayudar a salvar la situación.

Por fin sola, Sienna se quitó el vestido, sin importarle cuando oyó los sonidos de desgarro. Necesitaba espacio para respirar y el vestido se lo dificultaba. Al abrir la ventana, dejó entrar el aire fresco, cuyo frío le provocó escalofríos por todo el cuerpo.

Respiró hondo...

Era una Lockwood.

Y expiró...

Obtuvo la fortuna de Aghayan.

Respiró hondo...

Las hermanas Berti la nombraron líder.

Y expiró...

Estaba en un buen lío.

Sienna tenía una decisión que tomar. La guerra se cernía sobre sus cabezas. Sutil, pero mortal. Sus cejas se arqueaban ante la idea de salir del fuego cruzado e ir a los Lockwood, declarándose como una de ellos.

Le bastó un movimiento de cabeza para desechar esa estúpida idea. No podía dejar los terrenos sin que nadie se diera cuenta, y dudaba que la dejaran ir. Su estatus como prisionera podría haber mejorado, pero su posición como invitada tenía límites considerables. Tendría que ser inteligente al respecto.

Además, Sienna no tenía conocimiento interno sobre los Lockwood. Quizás no estarían muy felices de tenerla de vuelta. Una vez más, tenía que elegir el mal que conocía.

Independientemente de lo que estuviera a punto de suceder, Sienna tendría que quedarse con los Carrington. La trataron mejor que nadie y no podía negar que le habían caído bien.

Se estaba haciendo tarde y tendría que reunir sus fuerzas para hablar con Mr. Carrington. Sería un gran día mañana y no estaría de más mantener la astucia. El único paso razonable siguiente era dormir un poco.

CAPÍTULO 27

Después de pasar media noche dando vueltas en la cama, Sienna se levantó y tomó una ducha. Tenía mucho en su mente, y cuanto antes pusiera las cosas en marcha, mejor para todos los involucrados.

La ducha fue la más corta que jamás había tomado, y ni siquiera se detuvo un momento para apreciar las propiedades purificantes del agua fresca. Revolviendo su armario, tenía en mente que, pase lo que pase, el Sr. Carrington tenía un estricto código de vestimenta y no había excusa para no cumplirlo.

Eligiendo uno de los vestidos al azar y combinándolo con tacones altos, Sienna prestó algo de atención a su cabello y maquillaje. Estaba lista mucho antes de que llegara Adrianna, viendo a su amiga sin palabras por primera vez.

—Sé que es tu trabajo, pero no podía esperar —se disculpó Sienna—. Necesito hablar con el Sr. Carrington lo antes posible y elaborar un plan.

El hermoso rostro de Adrianna se contrajo en un ceño fruncido. Se frotó el cuello como si intentara soltar nudos de estrés invisibles.

—Ayer fue un desastre —reconoció.

—Lo sé.

—Tengo miedo —admitió.

Sienna miró hacia arriba ante la vulnerabilidad en la voz de su amiga y tomó su mano en las suyas.

—Todo va a estar bien —prometió—. Lo resolveremos.

Adrianna sacudió la cabeza. —Tú no lo sabes. Por cómo lo veo, nuestro tiempo se está agotando.

—No —insistió Sienna, su voz firme—. Todavía tenemos algunos ases bajo la manga.

—¿Ah, sí? ¿Como cuáles? —Adrianna desafió con una ceja levantada.

—Tendrás que esperar y ver —respondió Sienna con más confianza de la que sentía. Esperaba no estar mintiéndole a su amiga.

Soltando la mano de Adrianna, Sienna comenzó a andar de un lado para otro en la habitación. Su amiga se sentó en la silla, su postura usualmente recta ahora rota e encorvada. Todos estaban desanimados por lo que había sucedido. Sienna se permitió otro minuto de paseo antes de enfrentarse a la realidad.

—¿Quieres venir conmigo al desayuno? —preguntó Sienna.

Adrianna sacudió la cabeza. —No es mi lugar, y no quiero molestar más al Sr. Carrington.

Sienna se mordió el labio. —¿Está de mal humor?

—No lo sé —admitió Adrianna—. Prefiero no averiguarlo.

Sienna asintió para sí misma, entendiendo que ya no tenía el lujo de esconderse más tiempo. Era hora de enfrentarse a la música.

Acercándose a su amiga, Sienna la levantó de su silla y la abrazó. Necesitaba la fuerza y el consuelo de Adrianna tanto como Adrianna necesitaba los suyos. Sienna no tenía muchas amigas, por lo que no permitiría que esta cayera sin estar allí para ayudarla a levantarse. Adrianna haría lo mismo por ella, e incluso lo había hecho una vez antes cuando los herederos Carrington la secuestraron.

—Deberías ir —dijo Adrianna, apretándola una última vez antes de soltarla.

—Nos vemos pronto —Sienna miró a los ojos de Adrianna y se consoló con la chispa reavivada en ellos.

Sin más demora, Sienna salió de su habitación, saludó a su escolta armada con una pequeña inclinación de cabeza y se dirigió al comedor, donde esperaba que toda la familia ya se hubiera reunido.

—Buenos días —dijo con un tono seguro al entrar en la habitación. Canalizó su interior de antigua heredera Ryder. Esa personalidad la ayudó a sobrevivir en el pasado y era un escudo que ahora necesitaba más que nunca.

La familia Carrington se giró hacia ella, la expresión de todos tan sombría como siempre. Se alegró de ver que no era la única que había tenido una noche inquieta. Las ojeras de Jensen eran las más prominentes de todas.

Para sorpresa de todos, el señor Carrington se levantó y le hizo un gesto a Sienna para que se sentara. Cuando ella llegó a la silla, Aurora y los herederos Carrington se levantaron de sus

asientos, siguiendo a su líder en mostrarle respeto. Sienna luchó por mantener su rostro neutral ante el inicio inesperado.

—Gracias —dijo, y soltó un suspiro aliviado cuando se sentaron con ella. Habría sido incómodo tener que pedirles que se sentaran.

Un pesado silencio cayó alrededor de la mesa. Los nervios de Sienna estaban destrozados y no creía que su estómago fuera capaz de retener la comida. Sin querer quedarse con las manos vacías, llenó su taza de café y le añadió algo de azúcar, luego lo mezcló con más fuerza de la necesaria.

—¿Algo en lo que estés pensando, señorita Ryder? —preguntó el señor Carrington, y cuando Sienna levantó la vista, vio que no era el único que le daba una mirada inquisitiva.

Dejando su cuchara a un lado, Sienna se aclaró la garganta. —De hecho, sí, hay algo.

—Continúa —dijo el señor Carrington, e inclinó la cabeza hacia un lado, dándole toda su atención.

—Necesitamos hablar sobre lo que pasó ayer en la fiesta.

—¿Te refieres a cuando Linos Samenfeld exigió que te casaras con su hijo a cambio de que juraran lealtad a nuestro lado? ¿O cuando la viuda Aghayan anunció que te dejaría la fortuna de su familia? ¿O cuando las hermanas Berti te llamaron la única y verdadera líder, y te ofrecieron su apoyo, fueras Ryder o no?

Sienna tragó saliva. —Sí. Eso.

El señor Carrington asintió. —¿Por qué no empiezas tú?

Sienna evitó encontrarse con los ojos de los demás, manteniendo su atención completa en el señor Carrington, pero eso no significaba que no estuviera consciente de los cuerpos rígidos de los herederos Carrington alrededor de la mesa. Casi podía sentir la mirada suspicaz que Aurora le lanzaba desde el otro lado de la mesa.

Sienna cerró los ojos por el menor de los segundos para centrarse, luego tomó una respiración profunda y comenzó.

—Primero me gustaría dejar claro que estoy de su lado y continuaré estándolo, pero algunas cosas tendrán que cambiar —dijo con más confianza de la que sentía.

Su padre le enseñó cómo farolear hasta cierto nivel durante las negociaciones. Aunque esa táctica podría ser beneficiosa, también podría volverse en su contra de manera voraz. Las consecuencias no le importaban porque no tenía nada que perder. Su vida ya pertenecía a alguien más, pero no se daría por vencida sin al menos intentar obtener algún control sobre ella.

—Continúa —dijo el señor Carrington, con un tono neutral.

—Propongo una sociedad —dijo y finalmente miró alrededor de la mesa a los herederos, y añadió—. Una igualitaria.

—¿Qué ganamos nosotros? —preguntó el señor Carrington.

Sienna luchó por mantener una sonrisa fuera de su rostro y ocultó su felicidad porque había anticipado y se había preparado para esa pregunta.

—Para empezar, no tendrán que estar mirando por encima del hombro, sin saber si los traicionaré o si me escaparé o lo que sea que estuvieran pensando. Creo que eso sería muy beneficioso para todos nosotros —dijo, y dejó que su mirada recorriera la habitación.

Las cejas de Aiden estaban fruncidas, sin duda pensando en sus palabras. Xavier parecía no estar prestando mucha atención a la conversación y prefería jugar con el cruasán en su plato. Jaxon la miraba con los ojos entrecerrados, mientras que Aurora no se molestaba en ocultar su desagrado por su audacia. Jensen era el único cuyo pensamiento Sienna no podía leer.

—Creo que tienes razón —dijo el señor Carrington, y la cabeza de todos -incluyendo la de Xavier, que al parecer prestaba atención después de todo- se giró hacia él. —Te dije que tu buen comportamiento tendría sus recompensas y creo que anoche te ganaste esto más que suficiente.

La boca de Sienna se quedó abierta por un segundo antes de que se recordara cerrarla y procediera a actuar como si lo esperara.

—Bien, gracias —dijo, asintiendo para sí misma.

Un fantasma de sonrisa apareció en la cara de Mr. Carrington, y si la situación no fuera tan horrible, Sienna pensaría que se estaba divirtiendo.

—¿Algo más? —le preguntó él.

Decidida a tentar a la suerte un poco más, Sienna asintió y tomó otra profunda y estabilizadora respiración. Esta vez miró a los herederos Carrington. —Ahora que somos iguales, tienen que actuar como tales. Se acabó el maltratarme, se acabaron las amenazas veladas y se acabaron los secretos. Quiero saber qué está pasando en la ciudad y quiero participar en las discusiones sobre cómo salvarla.

Los herederos asintieron de mala gana.

Sienna entrecerró los ojos. —Quiero oírlos decirlo.

—Te trataré como a una amiga —dijo Xavier, el primero en hablar, recordándole a Sienna una de las primeras conversaciones que tuvieron. Sienna le dio una sonrisa agradecida.

Aiden se levantó y puso una mano sobre su hombro. —Yo también. Te has probado más de una vez, y te reconoceré como mi igual.

El corazón de Sienna se calentó con sus palabras y parpadeó varias veces para evitar las lágrimas.

Reclinándose en su silla, Jaxon soltó una risa. Sienna le lanzó una mirada penetrante, viendo en sus ojos el entendimiento de que parte de esta farsa era por él.

—¿Jaxon? —preguntó Mr. Carrington con una ceja levantada—. ¿Hay algo que quieras decir?

—Hay mucho que quiero decir —replicó Jaxon, pero luego sus ojos se suavizaron y su voz se relajó—. No es mi costumbre admitir mis errores, pero supongo que ya era hora de que alguien me señalara, aunque fuera de manera sutil.

Sienna inclinó la cabeza, mirándolo con interés, porque su reacción estaba lejos de lo que había esperado y estaba ansiosa por ver a dónde conduciría.

—No sé ustedes —continuó, lanzando una mirada a sus hermanos antes de encontrarse con los ojos de Sienna—, pero sí abusé de mi poder como heredero Carrington en más de una ocasión. Prometo mantener mi temperamento bajo control y mis amenazas al mínimo. Actué como un niño mimado y egoísta. Por eso, me disculpo. A partir de ahora, somos iguales.

El corazón de Sienna se aceleró cuando Jaxon le dio una sonrisa tan diferente a su usual sonrisa seductora. Esta estaba llena de aprobación y orgullo, cosas que nunca esperó obtener de Jaxon. Al menos no cuando se trataba de asuntos serios que implicaban mantenerse vestidos.

Todos los ojos se volvieron hacia Jensen, quien permaneció en silencio, con una expresión pensativa en el rostro.

—¿Hijo? —presionó Mr. Carrington cuando el silencio se volvió incómodo.

Los ojos azules de Jensen se alertaron mientras miraba primero a su padre y luego a Sienna, que estaba sentada a su izquierda. Se aclaró la garganta, y luego habló con la autoridad de un verdadero heredero.

—Has ganado mi respeto.

Sienna estaría decepcionada por su brevedad si sus ojos no estuvieran fijos en los de ella. En ellos, vio el significado que esas cuatro palabras llevaban. Ella le había caído bien a Jensen, igual que él a ella, y entre ellos floreció un respeto mutuo.

Sienna se sobresaltó, sorprendida por el sonido de los aplausos. Giró la cabeza hacia Aurora, quien la miraba con una pequeña sonrisa en el rostro y continuó aplaudiendo un momento más antes de ponerse de pie.

—¿Querida? —Mr. Carrington levantó la ceja en pregunta, aunque su cara traicionaba su diversión.

—Supongo que la igualdad ya está establecida a satisfacción de todos, así que creo que es hora de pasar a los asuntos de verdadera importancia —dijo Aurora, con una voz firme pero no amable—. Sienna, bienvenida a la familia. Ahora ayúdanos a salvarla.

—Tiene razón —concordó Mr. Carrington con su esposa, pero mantuvo su mirada en Sienna —. Si hay algo más que quieras decir, hazlo ahora, si no, continuaremos.

—Eso es todo, señor. Gracias. —Sienna inclinó la cabeza en señal de deferencia.

—Repetiré algunos de los detalles ya conocidos por el bien de la señorita Ryder —dijo el señor Carrington con voz seria mientras se dirigía a toda la mesa—. Es bien sabido que Remington ha estado reclutando gente y sobornando bandas para que se unan a su causa, la cual ahora es clara para todos. Planea derrocarnos y tomar el control del Sur. Solo es cuestión de tiempo antes de que haga su movimiento. Me temo que lentamente nos estamos quedando sin tiempo.

El aliento de Sienna se quedó atrapado en su pecho. Una cosa era sospecharlo y otra muy distinta tenerlo confirmado.

—Las familias Kelsey y Samenfeld fueron solo las primeras de muchas que públicamente prometieron su apoyo a los Remington. Necesitamos idear un plan para lidiar con eso antes de que sea demasiado tarde —continuó el señor Carrington—. En este punto, estoy abierto a cualquier sugerencia, por desesperada o temeraria que parezca.

Los hombros de Sienna temblaron ante la pesadez de la carga que acababa de ser colocada sobre ellos. El líder del clan Carrington miró alrededor de la mesa, esperando que alguien se pronunciara y les ofreciera una solución.

—A mí me parece que tenemos dos cosas que podemos hacer —dijo Sienna, su voz creciendo en confianza con cada palabra. Se negó a mostrar algún signo de inseguridad cuando la miraban con interrogantes en sus ojos.

—Necesitamos hacer saber a las familias que Remington no es la única opción que tienen. Deberíamos hacer una conferencia de prensa y presentar un frente unido —sugirió.

Jensen negó con la cabeza. —Las conferencias de prensa atraen demasiada atención del público general. Tenemos que volar bajo el radar y provocar cambios desde el fondo, como siempre lo han hecho nuestras familias.

—¿Qué tal si la transmitimos solo en ciertos canales privados a los que se puede acceder con una contraseña? Todo el montaje estaría fuertemente encriptado e imposible de que alguien fuera del círculo invitado entre por accidente —dijo Xavier, sus ojos en otro mundo, sin duda haciendo ya los cálculos mentales de lo que se necesitaría para establecerlo todo.

—¿Podrías hacer eso? —preguntó el señor Carrington.

Xavier asintió, luciendo más confiado que nunca. Sienna tenía que admitir que eso lo hacía verse muy atractivo.

—¿A quién invitaríamos? —preguntó Jaxon, su voz llena de duda.

—A todos —respondió Sienna sin dudarlo—. A todo aquel que sea alguien. Los Remington han difuminado las líneas, lo que significa que ya no hay fronteras. Estoy segura de que hay familias en el Norte que podrían ser convencidas de ponerse de nuestro lado. Entonces invitamos a todos.

El señor Carrington se rascó la barbilla, su rostro pensativo. —No es mala idea. Podría funcionar a nuestro favor.

La habitación murmuró su acuerdo, y Sienna se permitió una pequeña sonrisa triunfal. Lo estaba haciendo bien.

—¿Cuál es la otra cosa? —preguntó Jensen, señalando que Sienna dijo que tenían dos cosas que podían hacer.

—Bueno —comenzó Sienna, de repente insegura de si era lo correcto, pero desterró el pensamiento con una profunda respiración—. Creo que deberíamos intentar ponernos en contacto con los Lockwoods.

Sienna contuvo el aliento y esperó mientras la habitación se paralizaba. El señor Carrington fue el primero en procesar y entender lo que ella estaba diciendo. Movió su plato lejos de él para hacer espacio mientras ponía sus codos sobre la mesa y se inclinaba hacia adelante.

—¿Estás segura de esto? —preguntó, sonando más como un padre que como un líder de un clan.

—Ni siquiera estamos seguros de que funcionaría —interrumpió Aurora antes de que Sienna pudiera responder.

—Podría ir en cualquier dirección —admitió el señor Carrington, sus ojos aún en Sienna, esperando su respuesta.

—Creo que no tenemos mucha elección. Si no pedimos ayuda, estamos jodidos. Si pedimos ayuda y sale mal, también estamos jodidos —dijo Sienna, y se mordió el labio.

—Es tu decisión —le dijo él.

Sienna miró a su derecha, donde estaba sentado Aiden, su roca silenciosa. Él le dio un asentimiento alentador y eso fue todo lo que necesitó.

—Hagámoslo —dijo ella, su mirada de vuelta en el señor Carrington.

Sus palabras impulsaron a Jensen a la acción. —Haré llegar el mensaje y organizaremos algo lo antes posible.

El señor Carrington asintió a su hijo mayor, luego se volvió hacia Xavier. —Asegúrate de que todo esté preparado para la conferencia de prensa.

—Sí, padre —dijo Xavier en señal de deferencia.

—También quiero que no haya sorpresas durante una llamada con los Lockwoods —añadió.

—No te preocupes, padre. Me ocuparé de eso.

El señor Carrington miró alrededor de la habitación. La tensión pareció disiparse un poco y el aire era más ligero. Tenían un plan, lo que significaba que tenían esperanza.

—El desayuno ha terminado —anunció, se levantó y le ofreció su mano a su esposa, quien la tomó con gusto. Salieron del comedor, dejando a Sienna sola con los herederos Carrington.

—Mejor me voy yo también —murmuró Sienna, y apartó su silla—. Nos vemos luego.

Se había ido antes de que alguien pudiera objetar y estaba contenta de que los únicos pasos que la siguieron pertenecieran a su escolta armada.

CAPÍTULO 28

Adrianna saltó del sillón en el momento en que Sienna entró a la habitación.

—¿Qué tal el desayuno? —le preguntó su amiga, recuperando su ánimo habitual.

—Movido —respondió Sienna, mordiéndose el labio. Dudaba en entrar en detalles, no porque no confiara en Adrianna, sino porque aún no había tenido la oportunidad de procesarlo por sí misma.

Adrianna asintió comprendiendo y mantuvo su buen ánimo mientras hablaba. —He tenido tiempo para pensar mientras estabas desayunando, y creo que deberíamos hacerlo. Hoy.

—¿Hacer qué? —preguntó Sienna.

—Solo piénsalo. Sería una buena distracción y todos podríamos usar algo para animarnos —continuó Adrianna, ignorando su pregunta.

—¿Hacer qué? —repitió Sienna.

—He estado acumulando tanta tensión y liberarla definitivamente ayudaría. Estoy segura de que estarías feliz de liberarla, especialmente después de lo que pasó con Jaxon el otro día. Así que sí, realmente creo que deberíamos hacerlo —siguió Adrianna.

—Adrianna —dijo Sienna, agarrando a su amiga por el brazo para llamar su atención. —¿Hacer qué?

Adrianna le dio una sonrisa pícara. —Un cuarteto.

Soltando a su amiga, Sienna rodó los ojos. —Ya te dije que eso no iba a suceder.

—Y también me dijiste que lo pensarías —contratacó su amiga.

Sienna frunció los labios. —Sí, pero no creo que sea buena idea. Además, Jaxon y yo tenemos una especie de paz extraña entre nosotros y no quiero arriesgar eso.

Adrianna soltó una carcajada. —Más bien no quieres arriesgarte a que él termine antes que tú.

Sienna se golpeó la frente al recordar. —Ni siquiera me lo recuerdes.

Adrianna puso sus manos en las mejillas de Sienna y se paró frente a ella. La cercanía hizo que Sienna contuviera la respiración mientras miraba a los ojos llenos de alma de Adrianna.

—Te garantizo que no saldrías de esa experiencia insatisfecha —prometió Adrianna con una voz baja y sexy que envió escalofríos por la espalda de Sienna.

Sienna se atragantó con su saliva y comenzó a toser. Los ojos de Adrianna se abrieron de par en par, preocupados, y su voz subió una octava mientras le daba palmaditas en la espalda a Sienna y le preguntaba si estaba bien.

Después de finalmente atrapar un respiro, Sienna logró asentir. Esperaba que Adrianna viera su enrojecimiento como una secuela de su tos y no la vergüenza de lo que le acababa de decir.

—Estoy bien. Fue por el conducto equivocado —explicó Sienna.

—Buena cosa que yo tenga habilidad para acertar en el correcto desde el primer intento —soltó Adrianna.

Una vez que las palabras salieron, se miraron, y luego estallaron en carcajadas. Sienna se dobló, sosteniéndose el vientre, y Adrianna luchaba por recuperar el aliento mientras se secaba las lágrimas.

—Estás loca —exclamó Sienna entre risas.

—Entonces, ¿te unes? —preguntó Adrianna cuando se calmó.

Sienna dudó por un momento, pensando en las otras opciones. Podría quedarse en su habitación y lamentarse de cómo toda su vida era una mentira, y de que era una Lockwood, y podría pensar en maneras de cómo los Remington podrían estar planeando su venganza. Nada de eso le resultaba tan atractivo como pasar tiempo con Adrianna y los dos atractivos herederos Carrington.

—¿Qué tenías en mente? —preguntó Sienna, rindiéndose.

—¡Vas a ver, será tan divertido! —exclamó Adrianna aplaudiendo. Su rostro se volvió serio mientras comenzaba a dar órdenes—. Toma una ducha, afeítate, haz lo que tengas que hacer. Quiero que estés impecable cuando te recoja en una hora.

Sienna levantó una ceja. —Por favor dime que estás bromeando.

Adrianna negó con la cabeza. —Tienes una hora.

Sienna se quedó sin palabras al ver a su amiga salir saltando de la habitación. Al no tener nada mejor que hacer, se quitó la ropa y fue al baño. Tomando una cuchilla nueva, se afeitó rápidamente mientras estaba en la ducha, luego se puso crema por todo el cuerpo.

Terminó frente a su armario, mirando la ropa en su interior. Como no sabía qué tenía en mente Adrianna, luchó con qué ponerse. Quizás no debería ponerse nada y simplemente usar su bata de

baño. Eso haría la parte de desvestirse mucho más fácil para todos los involucrados.

Al final, decidió por un oscuro, hermoso y sedoso vestido de cóctel. Adrianna le había dicho que se presentara de la mejor manera, así que ir bien vestida no parecía una mala idea. Dudando de que Adrianna tuviera en mente una expedición de senderismo, Sienna agarró unos tacones altísimos que eran tan incómodos como parecían, pero eso no la hacía menos fabulosa.

Sienna se sentó en la cama y echó un vistazo al reloj de la pared. La hora casi había terminado y Adrianna entraría en cualquier momento. Cuando se abrió la puerta, Adrianna no se molestó en entrar, sino que hizo gestos para que Sienna saliera.

—¡Te ves hermosa! —le dijo Adrianna.

—Gracias. —Sienna sonrió y se mordió el labio—. Me encanta tu vestido.

Adrianna llevaba un corto vestido rojo que hacía maravillas con sus curvas. Su cabello estaba recogido en una cola de caballo que solo podía significar problemas. Esa chica estaba lista para conquistar el mundo.

Sus tacones hacían sonidos al caminar por el pasillo, y como siempre, el escolta armado de Sienna seguía a una distancia apropiada.

—¿A dónde vamos? —preguntó Sienna.

—Ya verás.

Después de subir otro juego de escaleras, Sienna comenzó a cuestionar su elección de zapatos.

—¿Está lejos? —preguntó Sienna nuevamente.

—Casi llegamos —prometió Adrianna.

Su amiga la llevó por un corredor hacia el área recién decorada de la casa. Sienna no estaba al tanto de que estuvieran renovando y miró atónita los corredores desconocidos. Trataba de recordar qué habitaciones solían estar allí.

—Es una nueva adición a la casa —le dijo Adrianna, como leyendo su mente—. Los herederos querían poner su propio toque al complejo, pero el Sr. Carrington no les permitió cambiar el diseño original. Al final, decidieron añadir una nueva ala, donde los cuatro se alojarían.

Sienna frunció el ceño. —Pero vi la habitación de Jaxon el otro día. Era una de las habitaciones de invitados.

Adrianna asintió. —Aún no se han mudado completamente, pero lo más importante ya está listo. Realmente no lo puedo describir porque tienes que verlo para entenderlo.

Sienna no estaba al tanto de eso y se reprendió a sí misma por no haber notado un trabajo tan grande siendo realizado en el terreno.

—Quién sabe, si desempeñas bien tu papel, quizás incluso consigas una habitación en su ala —bromeó Adrianna guiñándole un ojo—. Sería un sueño hecho realidad, ¿verdad?

Sienna frunció los labios en una línea delgada, no exactamente emocionada por la idea de tener que renunciar a su habitación. Era lo único que la mantenía conectada a su pasado y a quién era. Por otro lado, quizá no fuera una mala idea. Tal vez cortar todos los lazos con quién era le vendría bien. Pero este no era ni el momento ni el lugar para pensar en eso. Además, los herederos no le habían pedido que se uniera a ellos, así que no era como si tuviera algo en qué pensar.

El nuevo ala le daba la sensación de caminar por los pasillos ricamente decorados de un palacio como Versalles. Cada pieza de mobiliario, cada pintura en una pared o un jarrón en una mesa gritaba riqueza. Junto con su propio dinero, los Carrington automáticamente poseían todo lo que solía pertenecer a los Ryders. Sienna sabía que los bolsillos de su familia eran profundos.

—No he recibido exactamente el gran tour todavía, así que no puedo decirte qué hay en esas habitaciones —dijo Adrianna de manera bastante malhumorada—. Solo me han dado instrucciones para la 'suite dorada', como la llamó Jaxon. Yo tampoco la he visto.

—La suite dorada —repitió Sienna. Conociendo a Jaxon, ni siquiera podía imaginar qué esplendor les esperaba allí. Por lo visto, firmaban cheques en blanco cuando se trataba de construir su parte de la casa.

Adrianna los detuvo frente a las gigantes puertas dobles hechas de oro puro con detalles intrincados y complejos. Su amiga se aclaró la garganta lo suficientemente fuerte como para dejar claro al escolta armado de Sienna que esperaba que ellos abrieran la puerta para ellas.

Uno de los chicos se adelantó y la abrió. A juzgar por la forma en que se contrajo su bíceps, la puerta debía pesar una tonelada.

—Esperen afuera —les instruyó Adrianna, y enganchó su brazo con el de Sienna mientras entraban.

La boca de Sienna se abrió de asombro y sus ojos no podían abarcarlo todo. La suite dorada carecía del diseño dorado que esperaba, pero no le faltaba la grandeza que había comenzado a asociar con los herederos Carrington.

La suite tenía todo lo que un apartamento tiene y más, excepto la cocina. Pero eso no era sorprendente, considerando que tenían su propio chef y que las comidas familiares también eran reuniones del clan.

El tema de la habitación era blanco y negro, siendo los únicos colores las luces de neón trazadas con gusto, que actualmente estaban ajustadas en el color púrpura.

Un lado de la habitación servía como área de reunión y tenía un sofá que se veía cómodo, dos sillas y una mesa. Un televisor gigante estaba montado en la pared y actualmente mostraba los últimos videoclips musicales. En una esquina había un área de mini bar con un bar real y taburetes. Detrás de él, estantes llenos de botellas de alcohol.

El otro lado de la habitación tenía una cama que hacía que una de tamaño king se viera pequeña y un espejo cubriendo el techo. La zona íntima de Sienna se estremeció al pensar en lo que vería allí.

En el extremo más lejano de la habitación, en un área altamente elevada con una vista impresionante, había un jacuzzi que fácilmente podría albergar al menos a diez personas. En ese momento, solo había dos en él.

Jaxon y Xavier se acomodaron cómodamente y sorbieron lo que parecía ser whiskey con hielo mientras esperaban a que las chicas se unieran a ellos.

CAPÍTULO 29

—Lista cuando quieras —llamó Jaxon por encima de la música, con los labios curvados en una sonrisa.

—¿Quieres algo para beber? —preguntó Xavier, más prudente que su hermano.

Se puso de pie y el agua goteó por sus anchos hombros, trazando una línea a través de sus abdominales de acero y deteniéndose al borde de sus bóxers. Su ropa interior no ocultaba lo que había detrás. Debido a la humedad, la tela se adhería a su pene, delineándolo claramente para que todos lo vieran.

Sienna respiró hondo para mantener la calma. Apretó el brazo de Adrianna, compartiendo la emoción con su amiga. Adrianna le guiñó un ojo y la llevó a la barra.

—Tomaré un Mojito de fresa —dijo Adrianna, y luego miró a Sienna, quien pensó que era apropiado porque siempre asociaba el sabor de las fresas con el sabor de Xavier.

—Un Cosmopolitan para mí.

—Lo que usted ordene —dijo Xavier con una voz profunda que le envió escalofríos por la espalda. Tenía una sonrisa en los labios mientras preparaba las bebidas, pero Sienna estaba más concentrada en la forma en que el agua trazaba las líneas de su cuerpo.

—¿Alguien se unirá a mí o qué? —llamó Jaxon desde el jacuzzi con voz compungida.

Sienna ocultó su sonrisa, encantada con la idea de que no todo giraba en torno a él. Decidió prestar más atención a Xavier que a su idiota hermano. Adrianna no estaba en la misma sintonía que ella, claramente adorando todo lo que Jaxon hacía o decía.

—Desabróchame —dijo Adrianna y le dio la espalda a Sienna.

El vestido cayó al suelo con un movimiento fluido, y Adrianna quedó allí con sus tacones altos y ropa interior de encaje rojo. Era una diosa. Los ojos de Sienna la siguieron mientras se dirigía hacia Jaxon y se metía en el jacuzzi sin molestarse en quitarse los zapatos.

—Su bebida, mi lady.

Xavier colocó una bebida frente a ella, sus ojos le daban una mirada expectante. Sienna tomó el vaso, dio un sorbo y sus ojos se abrieron cuando sintió el líquido en su lengua.

—¿Bueno? —preguntó Xavier.

Sienna se relamió y asintió. —Es el mejor que he probado.

Xavier sonrió y se inclinó conspiratoriamente. —No se lo digas a nadie, pero mezclar cócteles es otro de mis hobbies secretos.

—Estás lleno de sorpresas, ¿no? —dijo Sienna con voz seductora. Sus ojos mantuvieron a los marrones de Xavier en un trance, y no podía esperar para pasar los dedos por su cabello húmedo.

Xavier se aclaró la garganta y con un gesto de cabeza señaló el jacuzzi. —¿Lista para estudiar?

Sienna se rió. —Guía el camino.

Tomó su vaso, y Xavier tomó el de Adrianna con una mano y deslizó la otra alrededor de la espalda de Sienna. Con una mirada a los abdominales de acero de Xavier, a Sienna no le importaba que su vestido se arruinara. Su firme trasero se marcaba a través de los boxers húmedos, y podría jurar que su pene creció. Xavier estaba listo para jugar, y a juzgar por el calor que sentía en sus bragas, ella también.

Adrianna no notó su Mojito al borde del jacuzzi porque estaba demasiado ocupada explorando la boca de Jaxon. Xavier se volvió hacia Sienna y levantó una ceja en una pregunta silenciosa. Ella dio otro sorbo a su Cosmopolitan, asintió y le entregó el vaso para que lo dejara a un lado.

Volviéndose hacia Sienna, Xavier se acercó más a ella, su erección creciente tocándola a través de la tela de sus ropas. Sienna no podía apartar la mirada de sus ojos cautivadores y se estremeció cuando él puso las manos alrededor de ella para alcanzar la cremallera.

Jaxon y Adrianna se desvanecieron en el fondo, y el único sonido en los oídos de Sienna era el del cierre del vestido al abrirse. Los movimientos de Xavier eran lentos y precisos, aumentando la expectativa que ella sentía a través de los latidos acelerados de su corazón que bombeaba tan fuerte. Apenas podía oír algo por encima del zumbido en sus oídos. La mano de Xavier se movía con la cremallera, cada vez más abajo, y también lo hacían los escalofríos que su toque enviaba por su columna vertebral.

Una vez abierto, las manos de Xavier viajaron por su espalda hacia sus hombros, donde deslizó el vestido fuera de ellos y la suave seda se deslizó más allá de sus caderas hasta el suelo, revelando que no llevaba ropa interior. No era la primera vez que Xavier la veía desnuda, pero la mirada en sus ojos la hizo sentir como si lo fuera. Sus labios se curvaron en una sonrisa apreciativa.

Antes de que Sienna pudiera reaccionar, él se arrodilló y alcanzó sus zapatos de tacón. Sus ojos se encontraron con los de ella mientras Sienna ponía su mano en sus amplios hombros para mantener el equilibrio y levantaba la pierna. Con delicadeza, le quitó los zapatos uno tras otro y luego se puso de pie muy lentamente, su cuerpo tan cerca del suyo que podía sentir el calor que emanaba de él. No estaba segura si el calor provenía enteramente de su cercanía o de la intimidad que acababa de mostrarle, y eso la encendió de deseo.

Con una pequeña sonrisa, Xavier le ofreció su mano e hizo un gesto hacia el jacuzzi con la cabeza. Sienna entrelazó sus dedos con los de él, maravillada por su suave tacto y recordando lo detallista y paciente que era al pintar rocas. Estaba ansiosa por ver si esa paciencia se traducía también en otras actividades.

Jaxon y Adrianna se separaron el tiempo suficiente para vitorear cuando Sienna se unió a ellos en el agua. Los ojos de Adrianna recorrieron el cuerpo de Sienna, demorándose más en ciertas áreas. Jaxon se relamió los labios y se recostó con una sonrisa arrogante en su rostro. Xavier, siempre un caballero, les entregó las copas a las chicas y propuso un brindis.

—Por un poco de diversión muy necesaria —dijo, levantando su copa.

—Por nuestro grupo de estudio —dijo Sienna con una sonrisa y guiñándole un ojo a Xavier, quien ahora sonreía.

Adrianna probó su mojito antes de levantar la copa, asintiendo aprobatoriamente. —Por las habilidades de barman de Xavier.

Todas las cabezas se volvieron hacia Jaxon. Tomándose su tiempo, alcanzó su whisky y lo unió con los demás.

—Por la familia —dijo con voz seria y amorosa. Sus ojos se encontraron con los de Xavier, Adrianna y luego se posaron en los de Sienna. Eran del tono azul más claro que Sienna había visto. Ella creía firmemente que el color de los ojos de una persona cambiaba con su estado de ánimo.

Brindaron y bebieron un generoso trago. La fuerza del cosmopolitan de Sienna estaba bien equilibrada para que su garganta no ardiera, pero el grado de alcohol era lo suficientemente alto como para que se le subiera rápidamente a la cabeza.

—Porque cada vez que nos tocamos, siento la estática —comenzó a cantar Adrianna cuando sonó la canción de *Cascada* en la televisión.

—Y cada vez que nos besamos, toco el cielo —se unió Sienna, asintiendo a los chicos para que se sumaran.

—¿No puedes oír mi corazón latir? No puedo dejarte ir. Te quiero en mi vida —continuaron juntas, riendo.

El aire de la habitación estaba cálido, pero el agua caliente hacía la experiencia perfecta. El aroma del alcohol llenaba sus fosas nasales, y el sonido de las risas mezclado con el canto resonaba en sus oídos.

A su derecha, Xavier lucía más apuesto que nunca, con los labios curvados en una sonrisa y los amplios hombros relajados. Su piel suave, brillante de humedad, llamaba la atención sobre sus abdominales. Su cabello castaño claro parecía más oscuro y estaba peinado hacia atrás.

A su izquierda, Jaxon descansaba cómodamente la espalda contra el borde del jacuzzi, su cuerpo esbelto brillando bajo el agua. Con el aire de surfista que siempre le rodeaba, parecía estar en casa entre las burbujas. La sonrisa en su rostro era radiante y prometía travesuras.

Frente a ella estaba Adrianna, con su cabello púrpura aún recogido en una apretada coleta, y Sienna se sorprendería si salía intacta de su aventura. Era la primera vez que Sienna veía su cuerpo expuesto, y aunque no se consideraba atraída por las mujeres, no podía negar lo atractiva que era Adrianna y lo emocionada que estaba por explorar de cerca sus curvas. Por la forma en que su amiga chupaba una fresa ahogada en alcohol, Sienna podía adivinar a qué sabría.

Adrianna notó que la miraba, se mordió el labio y sonrió. Le entregó su copa a Jaxon, luego se acercó hasta quedar frente a Sienna, cuyos labios se separaron ligeramente en anticipación. Los ojos castaños de Adrianna sostuvieron los verdes de ella por un momento hipnótico. Era como si el tiempo se detuviera y nada más importara. Sienna no podía oír la música, no sabía qué hacían los chicos; solo era consciente de cómo se movía el agua con cada respiración de Adrianna y de lo tenso que estaba su cuerpo en anticipación de lo que vendría.

Acercándose más y más, hasta que sus narices casi se tocaron, Adrianna cerró los ojos en el último momento, justo antes de que sus labios rozaran los de Sienna. El beso fue diferente a cualquiera que hubiera experimentado. Podría deberse a que era su primer beso con una mujer o porque era Adrianna.

El beso envió un escalofrío similar a una pluma por su columna vertebral y Sienna temía moverse para no sobresaltarla. Los labios de Adrianna eran suaves y el toque delicado. Terminó tan rápido como comenzó, pero Sienna quería más.

Al separarse, Adrianna la miró a los ojos y Sienna vio un destello de disfrute ahí. Su plan de seguir adelante con esta sesión de estudio por Xavier estaba resultando equivocado. Las palabras de Adrianna sobre que las mujeres eran amantes sensuales le vinieron a la mente y Sienna tuvo el impulso de agarrar la coleta de su amiga y acercarla más. Antes de que pudiera actuar, Adrianna

volvió a su lugar anterior y tomó su bebida. Cada vez que sus miradas se encontraban, el corazón de Sienna se aceleraba como si compartieran un secreto que nadie más conocía siquiera.

Vaciando su copa, Adrianna batió las pestañas hacia Xavier. —¿Otra?

Xavier se rio y se inclinó hacia adelante. —Pago por adelantado —le dijo, con voz grave.

Adrianna le dio una sonrisa maliciosa, luego lamió sus labios, asegurándose de que los suyos nunca tocaran los de él. —La mitad ahora y la otra mitad cuando obtenga la mercancía.

Bajo el agua, con los dedos entrelazados con los de Sienna, ella apartó la mirada de Adrianna y Xavier hacia Jaxon.

—Me has estado ignorando —la reprendió, manteniendo un tono ligero.

Sienna se encogió de hombros. —Tal vez lo hice, tal vez no.

—¿Por qué?

Ella puso los ojos en blanco, queriendo reprocharle su comportamiento, pero al mismo tiempo no quería arruinar el ambiente y tenía que admitir que se estaba divirtiendo. Empujándose hacia adelante, trepó al regazo de Jaxon, sonriendo con satisfacción cuando sintió su erecto pene a través de la delgada tela de sus bóxers. Su cuerpo desnudo tenía un efecto visible en él.

Sienna se inclinó hacia adelante, sus labios rozando su mejilla mientras susurraba en su oído con voz seductora. —Porque eres un egoísta idiota que solo se preocupa por su propio placer. Pero ahora somos iguales —dijo, y apretó ligeramente su pezón para mostrarle que él ya no estaba a cargo—. Si quieres placer de mí, tendrás que devolverlo. Debido a nuestra experiencia, seguiré el ejemplo de Xavier y exigiré el pago por adelantado.

Cuando terminó de hablar, se alejó para mirar a Jaxon. Sus ojos estaban vidriosos de deseo y sus labios se curvaban en una pequeña sonrisa.

—Tu deseo es una orden para mí —gorjeó, luego deslizó un dedo dentro de ella.

Sienna agarró su cuello para mantener el equilibrio, sus senos justo frente a su rostro, y él aprovechó la oportunidad para chupar su pezón. Su dedo se movía en círculos dentro de ella, trazando las paredes de su coño. El intruso dentro de ella la volvía loca y se mordió el labio para evitar que se le escapara un gemido. Jaxon mantuvo sus ojos fijos en ella, emborrachándose con su placer.

Introdujo otro dedo y comenzó a moverlos dentro, tocando el punto más sensible con cada contracción. A pesar de su discurso de igualdad, la tenía servida en bandeja de plata. La mirada en sus ojos le mostró quién estaba a cargo, pero también había algo más allí y le decía que no la dejaría insatisfecha.

Los labios de Sienna se curvaron en una sonrisa mientras comenzaba a moverse contra él. Sus movimientos frotaban su mano contra su coño y su pene. Le dio lo que creyó que era una mirada seductora e inclinó la cabeza a un lado, dejando que su cabello cayera sobre él. Sus manos estaban apoyadas alrededor de su cuello para sostenerse mientras lo montaba con sus piernas, dejando espacio para sus hábiles dedos.

—¿Quieres tu bebida ahora o después? —preguntó Xavier con una sonrisa burlona.

De manera abrupta e insensible, Jaxon sacó su dedo tan rápido como lo había metido y alcanzó el vaso de Sienna. —Ella la tomará ahora.

El vacío que dejaron sus dedos dentro de ella la molestó. Ella quería más. Su coño ansiaba más.

Él le entregó el vaso con un guiño y le dio un rápido y cariñoso beso en la mejilla. Sienna lo aceptó con un ceño fruncido y se dio la vuelta, aún sentada en el regazo de Jaxon, de cara a Xavier y Adrianna, quienes también se acomodaron juntos, haciéndose cómodos. Su trasero estaba firmemente presionado contra el pene de Jaxon, y se aseguró de dejarse mover por el agua contra él.

Con cada oleada de burbujas, Sienna flotaba hacia arriba y luego se hundía de nuevo. Así era como se movía contra el pene de Jaxon. Quitando la presión con las burbujas, y luego aterrizando sobre él, su trasero desnudo frotándose contra sus bóxers.

La siguiente vez que se hundió, no había tela entre ellos. Jaxon había aprovechado la oportunidad para deslizar sus bóxers hacia abajo y Sienna aterrizó sobre su pene. La inesperada sensación hizo que se enderezara y sus senos rebotaron. Jaxon ahogó su risa y la rodeó con sus manos, manteniéndola abajo, más cerca de él y su pene.

Su agarre sobre ella era firme, y cuando vinieron las burbujas de nuevo, ella no flotó hacia arriba sino que fue reposicionada en su regazo, su pene ahora descansando entre sus nalgas.

Sienna probó su bebida, vaciando casi la mitad del vaso de un solo trago. Jaxon se rio entre dientes y siguió su ejemplo, apurando la suya por completo. Sus manos, rodeando su cintura, acariciaron su estómago, apretaron suavemente sus senos, y luego viajaron más abajo y se detuvieron entre sus piernas. Incapaz de controlarse, Sienna las abrió más, esperando a que Jaxon la tocara. Su pene llenaba sus nalgas, la punta visible en la parte delantera. Él deslizó sus dedos sobre la superficie de su coño pero nunca entró en él.

Estaba jugando con ella, pero ella no se molestó siempre y cuando el preludio terminara con satisfacción. Si él no estaba dispuesto a entregarle lo que necesitaba, siempre podía contar con Xavier y Adrianna para intervenir.

Sin querer entregárselo todo de una vez como él estaba acostumbrado antes, aunque lo anhelaba, Sienna se desenredó de él y se apretujó entre Adrianna y Xavier, quienes la recibieron con toques provocativos, y ella cerró los ojos mientras los labios de Adrianna trazaban un camino por su cuello.

Jaxon no parecía para nada molesto mientras se recostaba contra el borde del jacuzzi con un vaso de whisky y observaba la escena frente a él. Con su mano libre, acariciaba su pene ahora liberado, sus bóxers completamente descartados cuando se sirvió otra bebida.

La escena era elegante y erótica. El coño de Sienna palpitaba de deseo, y una mirada a las entrepiernas de Jaxon y Xavier le dijo que sus penes estaban duros.

Ella mantuvo los ojos de Jaxon, observándolo mientras acariciaba su erección. Su mano se movía hacia arriba y hacia abajo, causando ondulaciones bajo el agua. Ella mordió su labio y sus cejas se fruncieron.

Una ola de burbujas llegó, distorsionando su vista de su pene, enviando su atención a su duro pecho. Brillaba en el agua y Sienna anhelaba lamerlo, probarlo e incluso morderlo.

Una presión en sus senos la hizo jadear y Sienna cruzó miradas con Xavier, quien estaba jugando con sus pezones. Con cada apretón y leve tirón, se alzaban más altos y fuertes.

Adrianna le lamió el cuello y mordisqueó su oído con un aliento cálido que hizo temblar a Sienna, o quizás el temblor se debía a que Xavier dejó de jugar con sus pezones y movió su mano bajo la superficie del agua hacia su coño. Todo el cuerpo de Sienna se estremeció de anticipación, y se alegró de que estuvieran en el agua, de lo contrario todos podrían ver cuán excitada estaba y cuánto estaba añadiendo a la humedad del agua.

Jaxon gruñó; sus ojos estaban fijos en ellas mientras su mano seguía bombeando bajo el agua.

Adrianna agarró su mentón y le dio la vuelta hacia ella, luego presionó sus labios contra los de Sienna, aprovechando el momento de sorpresa de Sienna para separar sus labios con la lengua y meter su lengua en su boca, invitando a la de Sienna a salir a jugar. Como en un movimiento coordinado, Xavier rodeó su coño con el dedo y Sienna jadeó en la boca de Adrianna, sintiendo que sus labios se curvaban en una sonrisa. Su amiga sabía a las fresas que estaba chupando momentos antes.

El agua se movió cuando Jaxon se deslizó detrás de Adrianna, besando su cuello, hombros y espalda, y el único reconocimiento que ella le dio fue agarrar un puñado de su cabello mientras mantenía su atención en Sienna, retorciendo su lengua de maneras que, a pesar de su humilde procedencia, Sienna no había experimentado antes.

La mano de Jaxon le apretó el cuello, enviando un placentero dolor por todo su cuerpo. Adrianna mordisqueó su labio inferior, tirando y chupando mientras los escalofríos le recorrían la espina dorsal, y Xavier jugaba con los labios entre sus piernas, haciéndola temblar de deseo por más.

Una de las manos de Sienna se enredó en la cola de caballo púrpura de Adrianna, tirando de vez en cuando para mostrar que aún tenía el control. Centró su otra mano, viajando desde los amplios hombros de Xavier, sintiendo sus fuertes músculos, maravillándose del toque de sus duros bíceps, pasando por sus acerados abdominales, hasta que llegó a su pene, con la plena intención de pagar parte del placer que había recibido.

El pene de Xavier era más grueso que el de Jaxon, pero el de Jaxon era más grande, y completamente erectos, ambos eran bestias que ella anhelaba domar.

El aliento de Xavier le hizo cosquillas en el hombro mientras exhalaba sorprendido. No vio a dónde movía Sienna su mano hasta que agarró su pene suave pero firmemente. Se izó un poco y ella le ayudó a deslizar sus boxers. Incluso sus piernas eran puro músculo.

Con más confianza y coraje, Sienna devolvió los besos de Adrianna, mientras movía su mano arriba y abajo, acariciando el pene de Xavier. Él dejó de besarla, demasiado absorto en los intensos y decididos movimientos de Sienna. Ella apretaba y tiraba, acariciaba y amasaba, todo el tiempo aumentando el ritmo cada vez más lentamente.

—Joder con esto —gruñó Xavier, levantándose y alzando a Sienna, llevándola a la cama, sin importarle que estuvieran mojados.

Sus senos se presionaban contra su pecho y su cuerpo se estremeció al toque de sus abdominales perfectos. Los herederos Carrington parecían dioses griegos.

—Ya era hora —dijo Jaxon, ofreciéndole la mano a Adrianna.

Su vello púbico dorado oscuro parecía más oscuro debido al agua mojada. Jaxon la ayudó a salir del jacuzzi, observando descaradamente sus firmes senos, luego se inclinó hacia adelante y se los chupó rápida pero minuciosamente. Cuando quedó satisfecho con su apariencia, se arrodilló y agarró su ropa interior con los dientes, su nariz rozando su coño al pasar, y la deslizó sobre sus zapatos.

Sienna estaba observando toda la escena desde la cama cuando Xavier se subió encima de ella y la besó como si su vida dependiera de ello. Sienna lo respiró, su aroma masculino excitándola aún más.

Con cada movimiento que hacía al besarla y su lengua acariciaba la de ella, su erección tentaba su coño, tocándolo apenas lo suficiente para hacerla arder más brillante y fuertemente

con deseo. El olor de la excitación de todos era denso en el aire.

Los besos de Xavier eran suaves pero firmes. Sabía lo que quería y la forma en que le gustaba, pero Sienna tenía sus propias ideas y necesidades que quería que se cumplieran primero.

—Fóllame como a una perra —susurró a su oído, y luego lo mordisqueó tentadoramente antes de que él la volteara boca abajo, y ella aferró la almohada con el puño.

Ambos estaban listos y Xavier metió su pene dentro de ella sin vacilación. Su respiración se volvió más rápida a medida que aumentaba la velocidad, llenando su cuerpo con su grosor. Ella puso una mano contra la pared fría, usándola para ayudarse a empujar contra él, hasta que no sintió nada más que su erección.

Su aliento cálido se convirtió en sudor que se deslizaba por su duro estómago y sobre su espalda. Ella se sacudió de placer, su piel caliente y húmeda mientras su cuerpo se esforzaba con el orgasmo.

Xavier se retiró y la dio vuelta de nuevo. La mente de Sienna estaba completamente perdida mientras seguía su liderazgo, sintiendo su duro cuerpo contra el suyo. Tembló cuando sintió que sus músculos se contraían mientras se apartaba, haciendo espacio para que otro cuerpo se les uniera a un lado. Esperaba que fuera Adrianna, pero cuando sintió otra polla dura presionando contra su pierna, se estremeció, imaginando cómo sería ser follada en la boca y la vagina al mismo tiempo.

Separando las piernas en una invitación para que alguien entrara, jadeó sorprendida cuando fue Adrianna quien se acomodó entre sus piernas y comenzó a lamer su húmeda vagina, chupando todos sus jugos. Mientras su lengua revoloteaba sobre ella y la trabajaba, los ojos de Sienna rodaron hacia atrás. Comenzó a levantar sus caderas, ahogando la cara de Adrianna con su vagina. Sus muslos se frotaban contra las pollas duras.

Xavier exigía sus besos con creciente urgencia, y Jaxon mordisqueaba sus pezones hasta dejarlos en carne viva. El dolor la volvía loca y se retorcía de un lado a otro. Arrastró sus uñas por la espalda de Jaxon, dejando marcas rojas y enojadas. Adrianna aumentó el ritmo, encontrando el punto en la parte superior de su vagina y lo rodeó, haciendo que la espalda de Sienna se arqueara. El movimiento presionó sus piernas con más fuerza contra sus pollas.

Su cuerpo temblaba, abrumado por todas las estimulaciones que estaba recibiendo, y si tenía la oportunidad de hablar, suplicaría a alguien, a cualquiera, que la follara. No podía soportarlo más. Un terrible grito fue amortiguado por la boca de Xavier contra la suya.

El latido caliente en su vagina le decía que una sola embestida sería suficiente para empujarla por el borde. Había pasado un tiempo desde que había sentido la liberación y ahora la anhelaba.

Sienna se estremeció violentamente, lista para saltar al borde, cuando Adrianna se movió hacia arriba, empujando a Xavier sobre su espalda, y se sentó a horcajadas sobre él. Jaxon aprovechó la abertura y deslizó su polla entre las piernas de Sienna, con la cabeza tocando la punta de su vagina.

—Hazlo —gimió sin aliento.

Pulgada a pulgada, Jaxon la deslizó más profundamente. La lentitud era tan agonizante como emocionante, pero él seguía presionando más profundo, y Sienna contuvo la respiración. Su cabeza cayó a un lado mientras Jaxon comenzaba a mover sus caderas en embestidas sensuales. A su lado, Adrianna tomó su mano y logró darle una sonrisa antes de que sus ojos rodaran de placer mientras cabalgaba a Xavier, cuyos muslos bombeaban furiosamente contra los de Adrianna.

Los ojos de Sienna se entrecerraron y devolvió su atención a Jaxon, agarrando un puñado de las ásperas hebras de satén de su cabello y gruñó:

—¡Fóllame!

Obedeciendo, Jaxon pasó sus dedos por su pecho con la suficiente rudeza para dejar marcas, luego aceleró, su polla llenándola una y otra vez, cada vez más profundo y más fuerte con cada embestida. La longitud de su polla erguida bombeaba brutalmente dentro de ella.

—Aprieta mis pechos —ordenó, pero antes de que Jaxon pudiera hacerlo, Adrianna agarró su pezón y tiró de él, luego se inclinó hacia adelante y lo chupó, mientras Xavier estaba dentro de ella, follándola. Jaxon igualó su ritmo, y Sienna gimió tan fuerte que casi fue un grito y ahora no había nadie para amortiguarlo.

—Más, más, más —exigió, sus ojos rodando hacia atrás, todo su cuerpo era uno con el placer.

Al momento siguiente, sintió algo húmedo en su cara y abrió la boca, viendo la vagina de Adrianna, esperando que la lamiera para limpiar los jugos de Xavier. Guiada por el instinto, Sienna siguió la línea de humedad y la chupó hasta secarla, tragando todo lo que Adrianna tenía para ofrecer. Hundió su lengua dentro de ella y fue recompensada con un gemido de Adrianna.

Jaxon salió de ella y ofreció su polla a Adrianna para que la chupara, pero Sienna no quedó desatendida por mucho tiempo, ya que Xavier entró en ella y con unas cuantas embestidas enérgicas y salvajes, dejó escapar un gemido desgarrador. Los sonidos fueron amortiguados por la vagina de Adrianna y Sienna sacó la lengua una vez más, lamiéndola con lentas y largas lamidas que la empujaron al borde. Puso sus manos contra la pared para apoyarse mientras liberaba todos sus jugos en la boca expectante de Sienna.

Exhaustas pero satisfechas, se dejaron caer en la cama con sus cuerpos entrelazados y sus jugos mezclados.

CAPÍTULO 30

"Eso fue-"

—El mejor grupo de estudio que he tenido hasta ahora, —interrumpió Sienna a Adrianna y se acomodó en el cálido abrazo de Xavier.

Jaxon soltó una carcajada. —Si a eso le llamas estudiar, entonces inscríbeme en todas las sesiones. Joder, voy a estudiar tanto que sacaré puros dieces.

Sienna sonrió, de acuerdo con Jaxon. Había disfrutado su tarde, pero ahora que la parte del sexo había terminado, no quería quedarse demasiado tiempo y empezar a hacerse ilusiones. Solo fue sexo, fue divertido y un gran alivio del estrés.

Le dio a Xavier un rápido beso en la mejilla, luego se levantó de la cama.

—¿A dónde vas? —preguntó Adrianna.

—De regreso a mi habitación, —respondió Sienna mientras se vestía.

—¿Tan pronto? —se preguntó Jaxon.

—Tengo mucho trabajo por hacer.

—¿Hay algo en lo que podamos ayudar? —preguntó Xavier.

Sienna se detuvo y miró al trío en la cama. —Ya hicieron más de lo que pueden imaginar, —respondió con una suavidad inusual.

—Espera, iré contigo, —la llamó Adrianna y empezó a desplazarse hacia el borde de la cama.

—No hace falta, —le dijo Sienna. —Tómate la tarde libre y disfruta. Tengo mucho en lo que pensar y cosas que preparar.

Tan pronto como sus zapatos estuvieron firmemente atados, Sienna dejó la habitación, y su escolta armada se puso en posición de atención al verla.

—¿Alguno de ustedes sabe dónde está Jensen? —preguntó.

Se intercambiaron miradas como si se comunicaran en silencio.

—Podría estar en el estudio, —le dijo uno de ellos.

—¿Te importaría echar un vistazo mientras voy a mi habitación a cambiarme? —le preguntó.

—No estoy seguro de si debería, —dijo, viéndose inquieto.

Los ojos de Sienna se estrecharon mientras luchaba por mantener la paciencia. —Tres de ustedes seguirán pegados a mi trasero. Creo que estaré bien.

Su escolta armada intercambió miradas silenciosas nuevamente antes de que el chico asintiera y fuera a buscar a Jensen.

Sienna suspiró y caminó hacia su habitación, necesitando desesperadamente una ducha y queriendo ponerse algo más cómodo pero igual de fabuloso, como correspondía a los estándares de los Carrington.

Jensen era el único que podía ayudarla a prepararse adecuadamente para la conferencia de prensa y cuyo consejo sería más valioso. Conocía los entresijos de lo que estaba sucediendo, no solo en la ciudad, sino en todo el país. Ahora que sabía que era una Lockwood, también quería preguntarle sobre eso. Tendría que darle toda la información que tenía para asegurarse de que las cosas salieran bien. Además, ya no estaba permitido ocultarle nada ahora que eran iguales.

Sienna estaba harta de andar con pies de plomo alrededor de todos y asegurarse de no pisar huevos por accidente. Se acabaron los días de ser una prisionera o una maldita invitada-prisionera. Era hora de que abrazara plenamente a la Ryder que su padre había querido que fuera.

Pedir un teléfono sería una buena idea, porque necesitaba hablar con Dalia y las hermanas Berti. Sería beneficioso para su causa recopilar información de sus aliados.

Con una sonrisa de disculpa, Sienna cerró la puerta en las caras de su escolta armada, se deslizó fuera de su vestido y entró directamente en la ducha. El grupo de estudio era divertido y un buen alivio del estrés, pero había cosas de las que no podía escapar. La realidad vendría a llamar ya estuvieras listo o no. Sienna prefería estar preparada.

Después de arreglarse el maquillaje y ponerse un conjunto fresco de ropa, abrió la puerta para hablar con su escolta armada.

Elevó una ceja en señal de pregunta. —¿Y bien?

El cuarto tipo había vuelto y avanzó. —El señor Carrington está en el estudio, señorita.

El ceño de Sienna se frunció. —¿El señor Carrington o Jensen?

—Ehh... —El tipo miró a sus colegas antes de volver a mirar a Sienna. —Jensen.

Lo dijo tan bajo y miró alrededor para ver si alguno de sus superiores lo había escuchado, y Sienna entendió inmediatamente que era una falta de respeto.

—Gracias —dijo Sienna, y comenzó a caminar, sabiendo que la seguirían.

Estaba demasiado nerviosa por la conferencia de prensa para pensar en otra cosa. Sus esperanzas dependían en gran medida de Jensen y su consejo. De alguna manera, comenzó a verlo como una roca y una presencia constante en la que podía confiar en su momento de necesidad. Era gracioso porque no hace mucho tiempo no podía soportar la idea de él o de cualquier heredero Carrington, pero ahora eran tan queridos para ella, y no dejaría que nada les sucediera.

—Pase —llamó Jensen desde dentro del estudio después de que ella tocara.

Empujando la puerta abierta, Sienna entró y cerró la puerta detrás de ella. Las cejas de Jensen se fruncieron al verla y se apresuró a salir de detrás de la mesa para acercarse a ella.

—¿Estás bien? —preguntó, y corrió sus manos por sus brazos como para comprobar si tenía heridas.

Sienna lo apartó. —Estoy bien. Pero necesito tu ayuda.

Dando un paso atrás, el rostro de Jensen volvió a su máscara neutral, y levantó una ceja en señal de pregunta. Sienna aceptó la invitación y comenzó a hablar.

—Entiendo que esta conferencia de prensa es muy importante para todos nosotros. Es una forma de transmitir el mensaje y reunir apoyo. Necesitas ayudarme a hacerlo bien porque solo tendremos una oportunidad.

Sienna se mordió el labio y esperó su respuesta. Jensen se tomó su tiempo y se rascó la barbilla pensativamente. Caminó hacia su escritorio, se sentó y le hizo señas a Sienna para que hiciera lo mismo. Ella soltó un suspiro de alivio, sabiendo que había activado su hermoso pero astuto cerebro.

—¿Quieres hacer primero una conferencia de prensa o intentar ponerte en contacto con Lockwood? —preguntó Jensen, sus ojos azul oscuro la sostenían como si intentara leerla.

—No lo sé —admitió ella—. ¿Qué crees que sería mejor?

Jensen tomó una respiración profunda y sacudió la cabeza. —Para ser honesto, podría ser de cualquier manera. Si hablamos primero con Lockwood y no nos cree, entonces perdimos nuestra oportunidad, pero si hacemos una conferencia de prensa primero y Lockwood se entera de ti por medio de ella, podría molestarse mucho con nosotros.

—Si está molesto, podemos explicarle las cosas y calmarlo, pero si no nos cree y bloquea todas las futuras formas de comunicación, entonces lo hemos perdido y realmente nos hemos metido en un buen lío —reflexionó Sienna.

Nunca le habían gustado la política, pero si quería sobrevivir en el mundo de las víboras, necesitaría aprender a evitar sus trampas y lenguas de plata. Hablar con Jensen le ayudó a ver

otras perspectivas de las cosas y planear cómo superar posibles obstáculos antes de que aparecieran. Él era muy bueno en lo que hacía, y no tenía dudas de que algún día lideraría el clan Carrington y lograría grandes cosas.

—Entonces, conferencia de prensa será —aceptó Jensen, y sacó su teléfono—. Voy a mandarle un mensaje a Xavier para que comience a organizarlo. Deberíamos hacerlo mañana por la mañana. ¿Te parece bien a las diez?

Sienna asintió. —Es bien después del desayuno y lo suficientemente temprano como para que se concentren en lo que tenemos que decir. ¿Cómo difundirás la noticia?

—Xavier se encargará de todo —respondió Jensen sin quitar los ojos del teléfono.

Sienna podía ver a Xavier todavía acostado en la cama con Jaxon y Adrianna mientras le enviaba mensajes a Jensen. Luchó por mantener la sonrisa fuera de su rostro, insegura de cómo Jensen reaccionaría ante esta información.

—No pienses que olvidé que prometiste decirme por qué la gente me llama el Santo Jensen —le recordó.

Sienna se rió. —También dije que te lo diría si la fiesta salía bien.

—¿No crees que así fue? —preguntó él, levantando la ceja.

Ella se encogió de hombros. —No realmente.

Jensen suspiró y sus ojos se suavizaron mientras salía de la silla y le ofrecía la mano a Sienna. Ella la tomó y lo siguió al sofá.

—Sienna —comenzó, su voz sonaba lejos de su usual firme autoridad—. Es cierto que la fiesta no salió como esperábamos, pero te estás perdiendo el punto más importante aquí, que es también nuestra victoria más preciada.

Sienna frunció el ceño.

—Estamos vivos —explicó—. Cierto, no sabemos cuánto durará eso, pero nos hemos ganado un día más. Eso es otro día en el que podemos luchar, disfrutar y no darnos por vencidos. ¿Entiendes lo que te digo?

Sienna asintió con los ojos llorosos mientras las palabras de Jensen tocaban todas las teclas correctas.

—Solo quiero vivir —confesó con una vulnerabilidad serena en su voz.

Él tomó sus manos entre las suyas y las apretó reconfortantemente.

—Lo harás —le prometió—. Haré todo lo que esté en mi poder para asegurarme de ello. Una vez que todo esto termine, vas a tener una vida buena, Sienna. Recuérdalo.

Mirando a sus ojos, que eran el tono de azul más oscuro pero más claro que jamás había visto, Sienna se encontró asintiendo mientras su corazón se calentaba. Ella confiaba en este hombre con su vida y creía que él cumpliría su promesa. Era una de las razones por las que la gente lo llamaba San Jensen.

Tan rápido como se abrió, Jensen también era hábil para cerrarse de nuevo y centrarse de nuevo en el asunto que tenían entre manos. La cara de Jensen se volvió seria y su voz sin emoción al empezar a hablar sobre la conferencia de prensa.

—Los puntos importantes que necesitas resaltar son que decidiste unirte al clan Carrington —dijo Jensen, luego se detuvo y dudó mientras Sienna tomaba aire bruscamente—. Decidiste unirte a nuestro clan, ¿verdad?

Sienna se mordió el labio y comenzó a frotarse las manos, evitando su mirada. —Pensaba que seguiría siendo una Ryder pero dejaría claro que me estoy alineando con los Carringtons.

Jensen apretó el labio en una línea delgada. —Debí haber sabido que complicarías todo. ¿Por qué necesitas hacer mi vida más difícil?

La cabeza de Sienna se levantó bruscamente ante su repentino arrebato. —¿De qué demonios estás hablando?

Jensen se levantó, pasó su mano por su cabello y comenzó a pasear por la habitación. Su voz era fuerte, pero no estaba gritando, y su usual calma comenzaba a desmoronarse.

—¿Qué tipo de mensaje se envía si te quedas una Ryder? Nosotros matamos a los Ryders, y si permaneces como tal, solo será cuestión de tiempo antes de que te veas empujada a traicionarnos y tomar el lugar para el que fuiste criada. Además, ¿cómo crees que Lockwood se sentirá cuando le digas que eres su hija, pero mantendrás el apellido de un hombre que te arrebató de él? Todo esto es un desastre y va a explotarnos en la cara.

La sangre de Sienna hervía, y ella entrecerró los ojos ante la presión nada sutil que él estaba ejerciendo sobre ella.

—Lo pensaré y haré lo que considere correcto —dijo entre dientes, tratando de ser diplomática aunque sus puños cerrados anhelaban una respuesta diferente.

Jensen le dio un asentimiento reticente, tomó una respiración profunda y se recostó en el sofá, manteniendo una distancia considerable de ella.

—Deberías asegurarte de hablar sobre el apoyo que te brindaron los Aghayan y la familia Berti, lo que significa y lo que harás con él —le dijo.

—Voy a dejar claro lo que estamos tratando de construir y cómo lo llevaremos a cabo —dijo ella mientras hacía notas mentales en su cabeza, luego se mordió el labio—. Quizás deberíamos

escribirlo todo.

—Es mejor no hacerlo —Jensen no estuvo de acuerdo—. Parecería que eres nuestro títere y te dijimos qué decir. Tendrá un mayor impacto si hablas desde el corazón y dices lo que te parezca correcto en el momento.

Sienna tragó saliva y sus ojos se agrandaron mientras empezaba a sacudir la cabeza. —Esa es una muy mala idea. Incluso yo no sé qué saldría de mi boca.

El fantasma de una sonrisa apareció en los labios de Jensen, y se acercó más en el sofá. Tocó su mano en un gesto reconfortante. —Lo harás bien. Confía en ti misma y habla desde tu corazón. Eres más sabia de lo que crees y has pasado por demasiado para seguir siendo considerada una niñita rica y consentida.

Sienna resopló y rodó los ojos. —Parece que eso pasó hace una eternidad, ¿verdad?

Jensen la miró un momento más, su mano aún tocando la de ella, antes de que se levantara abruptamente y caminara hacia su escritorio, rompiendo el hechizo. —Creo que estás lista para mañana, pero deberías tomártelo con calma por el resto del día. Tal vez irte a la cama temprano; hueles a alcohol.

Las puntas de las orejas de Sienna se pusieron rojas al recordar lo que estaba haciendo menos de tres horas antes. La ducha la había despabilado un poco, pero los poros de su cuerpo todavía destilaban los cosmopolitans que había consumido.

—Creo que es mejor si hacen que me traigan la cena a la habitación —convino—. Gracias por la charla.

Jensen le dio un asentimiento cortante, luego volvió su atención a los documentos en el escritorio, y Sienna supo que había sido despedida. Otro pensamiento se le ocurrió cuando alcanzó la puerta, y se volvió.

—¿Podemos conseguirme un teléfono y una computadora?

—Haré que alguien te lo lleve a tu habitación —dijo Jensen sin levantar la mirada.

Su tono despectivo le dolió, pero trató de no tomárselo de manera personal. Era quien era y no tenía nada que ver con ella, o al menos eso era lo que se decía a sí misma. Le sorprendió un poco que no necesitara más convencimiento. Parecería que el acuerdo de igualdad estaba haciendo su magia.

Dando media vuelta sobre sus talones, Sienna dejó la habitación sin decir una palabra y cerró la puerta de un golpe detrás de ella. Se imaginó a Jensen saltando por el ruido, y la imagen le brindó cierto nivel de satisfacción.

Una vez que estuvo de regreso en su habitación, Sienna hizo exactamente lo que le dijo a Jensen. Su cena fue entregada, y también su teléfono y computadora. Demasiado cansada para buscar las últimas noticias, puso una película en su computadora y se sumió en otro sueño inquieto.

CAPÍTULO 31

Sienna despertó con los párpados pesados, y cuando intentó abrirlos, sintió la dolorosa sensación que era el resultado de otra noche en vela. La rojez en sus ojos la hacía parecer como si estuviera en un constante estado de estar drogada, y las oscuras ojeras debajo sugerían que estaba o hambrienta o en una pelea que había perdido. Esperaba que Adrianna pudiera usar su magia para hacerla lucir bien ante las cámaras.

Salpicando su cara con agua fría, Sienna intentó aclarar su mente. Necesitaría estar despierta para hacer bien la conferencia de prensa.

Una mirada al reloj le indicó que eran casi las ocho de la mañana. Tomó una respiración profunda y se frotó las manos sudorosas. Tal vez sería mejor saltarse el desayuno y enfocarse en la conferencia de prensa en su lugar. Podría almorzar temprano después. Con eso, tendría mucho tiempo para prepararse, así como para evitar quedarse atascada en el baño vomitando.

Sienna caminaba de un lado a otro en la habitación. Los estúpidos nervios la hacían sentirse como una niña pequeña de nuevo. Era ridículo porque era una artista experimentada, pero eran circunstancias diferentes, y lo sabía.

—Mierda —murmuró entre dientes y se pasó la mano por el cabello, luego tiró de los nudos.

Adrianna nunca mencionó qué se pondría hoy. El aliento de Sienna se aceleró al pensar que tal vez no tenía nada preparado. Sacudió la cabeza y cerró los ojos como si rezara. Deberían haber esperado otro día. No estaban preparados, y sin duda algo saldría mal.

—Mierda, mierda, mierda —siguió repitiendo. El uso de una maldición parecía ayudar.

—Buenos días —Adrianna entró con su alegría habitual pero se detuvo en seco cuando vio a Sienna. —Dios santo, mujer, ¿qué te pasó?

Sienna se volvió hacia ella, intentó sonreír pero en su lugar hizo una mueca. Sus manos temblaban y su vientre hacía ruidos extraños. —No creo poder hacer esto.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó Adrianna, ahora de pie frente a ella y frotándole la espalda con suavidad.

Sienna sacudió la cabeza. —Es una conferencia de prensa a nivel nacional. Si digo una cosa incorrecta, no solo me condenaré a mí misma sino a todos ustedes. La cagaré. Todos morirán, y será mi culpa.

Sienna estalló en lágrimas, su cuerpo temblaba tanto que sus piernas ya no la sostenían más. Adrianna la llevó a medias hasta la cama. El pánico en sus ojos hizo que Sienna llorara más fuerte.

—Necesito llamar a alguien —dijo Adrianna, con la voz desesperada. Sacó su teléfono del bolsillo y empezó a escribir.

—¿A- a quién estás llamando? —preguntó Sienna entre sollozos.

—Quienquiera que venga —dijo Adrianna, dejando el teléfono para consolar a su amiga—. Envié un mensaje al grupo en el que estoy con los herederos Carrington.

—¿Estás en un grupo con los herederos? —preguntó Sienna, distraída por un momento.

Adrianna asintió. —Me pidieron que te vigilara, y ahí es donde programaban sus citas contigo.

Sienna resopló. —No sé por qué no me sorprende. Eso suena mucho a ellos. ¿Hubo algún detalle?

—Ninguno, pero no por falta de intentos —dijo Adrianna y guiñó un ojo—. Fueron bastante misteriosos sobre cómo pasaban su tiempo contigo, pero por supuesto no todo pudo mantenerse en secreto. Como, por ejemplo, cuando tú y Aiden tuvieron relaciones sexuales con el escolta armado justo frente a la puerta. La noticia se esparció, y los otros herederos preguntaron al respecto.

Sienna se golpeó la frente. —Eso es horrible. Suena como si fuera una prostituta.

—Para nada, cariño —la calmó Adrianna—. Eres una agente libre, y estabas haciendo lo que está bien en tus derechos como lo dicta su Código de Honor. Nunca te llames a ti misma prostituta.

La puerta de su habitación se abrió, y los cuatro herederos Carrington entraron con expresiones preocupadas en sus rostros. Eran una fuerza de la naturaleza: inteligentes, guapos y la mayor parte del tiempo amables. También eran sus amigos.

—¿Qué pasa?

—¿Estás bien?

—¿Te lastimaste?

—¿Qué ocurrió?

Hablaban uno sobre otro, haciéndole preguntas, y la sincera preocupación en sus voces hizo que Sienna llorara aún más.

Aiden fue el primero en saltar a la cama y la atrajo hacia él, meciéndola de adelante hacia atrás. Xavier se sentó al borde de la cama y le apretó la pierna para consolarla. Jaxon se sentó del otro lado de ella y le sostuvo la mano. Jensen fue el único que quedó de pie, su rostro lucía más torturado de lo que Sienna jamás había visto.

No necesitaban hablar ya que su presencia era suficiente para brindarle a Sienna consuelo y darle fuerzas. Eran sus amigos y su nueva familia, y todos se presentaron cuando ella los necesitaba. Solo hizo falta un mensaje de texto para traerlos a todos a su habitación.

—¿Estás bien? —Jensen fue el primero en romper el silencio.

Sienna vio preocupación en sus ojos azul oscuro, y consiguió asentir, su mejilla aún presionada contra el fuerte pecho de Aiden. Absorbiendo su calor, ella igualó su respiración al calmado latir de su corazón.

—Estoy bien —les dijo—. Solo estoy nerviosa por la conferencia de prensa.

—Pase lo que pase, no estás sola —dijo Xavier, frotando su pierna.

—No te dejaremos caer —prometió Jaxon.

Aiden acarició su cabello. —Ahora eres una de nosotros.

Jensen asintió y le dio una pequeña sonrisa. La mirada en sus ojos le dijo más de lo que mil palabras podrían. Eran su familia, y los amaba profundamente. Haría que se sintieran orgullosos.

—Eres más inteligente de lo que te das crédito, y tienes un gran corazón. Síguelo, y te irá bien —le dijo Jensen, sus ojos fijos en los de ella.

Después de un momento más, el cual utilizó para absorber la fuerza que estos chicos poderosos y amables le estaban dando, Sienna se sintió lo suficientemente fuerte para enfrentar lo que viniera. Se sentó, enderezando su espalda.

—Gracias por venir —les dijo, luchando por contener las lágrimas que amenazaban con caer cada vez que los miraba. De alguna manera, se habían convertido en su refugio seguro y su razón para seguir luchando.

Adrianna avanzó, empujando suavemente a los chicos fuera de la cama. —Por mucho que ella ame tenerlos aquí, ya está mejor, y tengo que ayudarla a prepararse. Ya casi son las diez.

Jensen miró su reloj de pulsera, frunciendo el ceño. —Xavier, ¿está todo listo?

Xavier asintió. —Voy a ejecutar el programa otra vez para verificar si hay errores o discrepancias, pero creo que estamos bien. Las contraseñas han sido enviadas, y creo que podemos esperar una gran asistencia.

El rostro de Sienna se puso pálido. —¿Qué significa eso? ¿De cuántas personas estamos hablando?

—No lo sabemos con certeza —respondió Xavier y se rascó la barbilla—. Las hemos enviado a todas las familias de las que estamos seguros forman parte de un clan u otro. Si dudamos de su conocimiento sobre el mundo detrás de escena aunque sea por un segundo, decidimos no enviar nada.

—No queremos ser responsables de revelar los entresijos de un país a la población general —explicó Jensen.

—Considerando que enviamos la invitación por todo el país, diría que el resultado podría ser un par de cientos de miles.

Sienna inhaló profundamente, sus ojos se agrandaron. —Eso es mucha gente.

Aiden le apretó la mano, y ella cruzó miradas con él. La calma gris en sus ojos la sosegó, y una pequeña sonrisa en sus labios desaceleró su corazón palpitante.

—Lo harás genial —la tranquilizó—. Si en algún momento te sientes perdida o asustada, mira detrás de la cámara. Yo estaré ahí.

—O simplemente puedes mirarme e imaginarme desnudo —dijo Jaxon con un encogimiento de hombros.

Sienna esbozó una pequeña sonrisa. Todos estarían allí para ella, y ella los haría sentir orgullosos.

Adrianna aplaudió, el sonido fuerte sobresaltó a todos. —Vamos, gente. Muévanse. Estamos contra el reloj aquí, y por la pinta y el olor de ella, estoy bastante segura de que aún no se ha duchado.

—¿Perdón? —preguntó Sienna. Su boca se abrió ante la insinuación descarada de Adrianna de que olía mal.

Jaxon soltó una risotada, y Aiden le dio un golpe reprochador en la parte trasera de la cabeza, luego le guiñó un ojo a Sienna.

Adrianna los apresuró a todos a salir, y Sienna fue al baño para darse una ducha rápida mientras su amiga le preparaba el atuendo.

El frío en el aire le envió un escalofrío por la espina dorsal mientras se metía en la ducha. Necesitaba una fría para despertarse, pero deseaba una caliente para calmar su ansiedad. Al final, se decidió por una ducha tibia y se lavó rápidamente el cabello. Adrianna prefería tener un lienzo en blanco en lo que respecta al rostro y cabello de Sienna.

Sienna puso música y subió el volumen antes de sentarse en la silla de Adrianna. Mientras su amiga la arreglaba, cerró los ojos y vació su mente. Su foco estaba en la música y su ritmo. Trató de ignorar la letra, pero una parte seguía impactándola.

Sácame de mi cabeza, sácame de mi mente. Sea lo que me hagas pasar, sobreviviré. Estoy viviendo una terrible pesadilla. Simplemente despiértame de esta terrible pesadilla.

Agarró el brazo de la silla tan fuerte que sus nudillos se volvieron blancos. Era uno de sus CDs favoritos, pero la canción nunca se había sentido tan personal como ahora. Su respiración se volvió superficial, y su pecho comenzó a dolerle.

Adrianna le cepilló el pelo con manos firmes, y su presencia ayudó a Sienna a calmarse. Todas las pesadillas tenían que acabar tarde o temprano. La conferencia de prensa de hoy la acercaría un paso más al despertar.

—Listo —anunció Adrianna, luego se apartó para mirarla—. ¿Estás segura de que no quieres comer algo? Estás muy pálida.

—No creo que pudiera retenerlo, y estoy bastante segura de que a nadie le gustaría que vomitara durante una transmisión en vivo. Estaré bien —dijo, tratando de convencerse a sí misma.

Adrianna le lanzó una mirada de lástima, luego volvió su atención a la tarea que tenía entre manos. —Te preparé un atuendo formal, pero en lugar de un vestido, opté por pantalones. Pensé que los patriarcas aceptarían mejor tu autoridad si tu ropa interior no estuviera al alcance de una brisa fuerte.

Sienna rodó los ojos, pero una vez que procesó las palabras, tuvo que estar de acuerdo con el razonamiento de Adrianna. Con un poco de ayuda de su amiga, logró ponerse la ropa sin despeinarse ni estropear su maquillaje.

Adrianna echó un vistazo al reloj. —Quince minutos restantes. Será mejor que vayamos, o nos perderemos el inicio.

Tan lista como siempre, Sienna se dirigió a la puerta y ya había alcanzado el pomo cuando se giró. —¿A dónde debo ir?

El ceño de Adrianna se frunció, y sacó su teléfono, deslizando el dedo por él antes de mirar de nuevo a Sienna.

—No lo sé —admitió—. Estoy segura de que si eliges una dirección y comienzas a caminar, alguien se encontrará contigo a mitad de camino.

Sienna rodó los ojos. —O podrías enviar un mensaje en el grupo y preguntar. No quiero llegar tarde.

Adrianna asintió y sonrió. —Sí, eso también podría hacer.

Procedió a escribir un mensaje de texto, y no pasaron dos segundos cuando su teléfono sonó con una respuesta.

—Es en el estudio.

Con el tiempo agotándose, Sienna atravesó la puerta y aceleró por el pasillo. Poco después, vio a Aiden acercándose hacia ella.

—Todo está listo —le dijo sin detenerse, girándose y manteniendo el paso con ella—. Por cierto, te ves hermosa.

Las mejillas de Sienna se tiñeron de rojo, y se sacudió la cabeza rápidamente. No era el momento ni el lugar para comportarse como una adolescente enamorada.

El pasillo frente al estudio estaba lleno de gente. Sienna solo había visto a los Carrington y a algunos de los sirvientes. No tenía la más mínima idea de que tanta gente residiera en el complejo. Aunque, tenía sentido que los Carrington tuvieran su propio ejército de asesores.

Aiden puso su mano en la pequeña de su espalda, la ligera presión de su toque la guió hacia adelante cuando ella, sin darse cuenta, redujo la velocidad. El pequeño gesto le brindó una inmensa cantidad de confort, y tomó un respiro profundo, asintió a los otros Herederos del Poder presentes en la sala, y caminó detrás de la mesa, donde se sentaría al dar un discurso.

Xavier estaba rodeado por un grupo de personas, y todos estaban furiosamente escribiendo, preparando la transmisión en vivo segura. Frente a la mesa había una cámara grande y dos conjuntos de luces deslumbrantes. Otras personas caminaban nerviosamente de un lado a otro haciendo su trabajo en el lado opuesto de la sala desde donde estaba Sienna.

Aiden colocó un vaso de agua frente a ella, y Sienna le sonrió agradecida. Se permitió perderse en la tranquilidad gris de sus ojos. Él le guiñó un ojo, y su sonrisa se amplió mientras intentaba convencerse a sí misma de que su corazón acelerado era culpa de él.

Adrianna entró en la sala y se colocó al lado de Jaxon, quien la rodeó con su brazo. El brillo en la cara de su amiga hizo que Sienna olvidara por un momento lo que estaba a punto de hacer, pero el alivio fue breve porque Jensen dejó de hablar con su padre y se acercó a ella.

Intentó mantener una expresión neutral, pero Sienna lo conocía demasiado bien como para creerlo. Había aprendido a leer sus ojos, y el color del mar más oscuro le decía que algo estaba en camino.

—Un minuto y empiezas —le dijo y le dio un apretón a su mano—. Puedes hacerlo.

Sienna extendió la mano hacia el vaso de agua, su garganta repentinamente seca. Puntos negros danzaban frente a sus ojos y el zumbido en sus oídos enmudecía todas las voces en la

habitación. Se frotó las palmas contra los muslos, dejando marcas de sudor en su ropa.

Cuando levantó la vista, su visión algo despejada, vio a Xavier contando hacia atrás con los dedos.

5... Los ojos de toda la sala pesaban sobre ella.

4... Las vidas de todos estaban en sus manos.

3... El futuro de su ciudad dependía de sus palabras.

2... No podía pensar.

1... No podía respirar.

¡Vamos!

La luz roja de la cámara se encendió y no pudo dejar de mirarla, su mente en blanco. La habitación estaba completamente silenciosa mientras todos esperaban que comenzara a hablar. Un movimiento detrás de la cámara captó su atención, y se encontró con los ojos de Jensen. Él le dio una leve señal de aprobación, dándole todo el ánimo que necesitaba.

Tomando una profunda respiración, Sienna hizo que sus ojos se dirigieran a la cámara y sonrió. Sin un discurso preparado, tendría que improvisar y esperar que su boca nerviosa no divagara demasiado.

—Buenos días a todos, y gracias por acompañarme en mi anuncio. Para aquellos que no me conocen, mi nombre es Sienna Ryder.

Se detuvo, frunciendo el ceño.

—Bueno, supongo que eso no es del todo cierto. Me criaron como una Ryder, pero en realidad, soy una Lockwood. Supongo que todos están al tanto de cómo funcionan las cosas en nuestro país, así que me saltaré la parte de la explicación de por qué y cómo llegué a ser una Ryder.

Se sonrió, sintiéndose más confiada con cada palabra. Ayudaba que Jensen asintiera en aprobación cuando ella lo miraba.

—Ahora que me he presentado, permítanme comenzar desde el principio. Si te uniste a esta transmisión en vivo, debe ser porque estás al tanto de la Masacre de los Ryder. —Su voz se quebró al decir la última palabra, y permitió que sus ojos se llenaran de lágrimas, sabiendo que eso le daría fuerza a lo que iba a decir a continuación.

—A veces algo malo tiene que suceder para que finalmente las cosas cambien. He estado trabajando con los Carringtons estas últimas semanas y he visto lo que están tratando de lograr. Han encontrado mucha resistencia camuflada como rebeldes que solo apoyarían a los Ryder. Eso

es una mentira. Esa resistencia no se creó por lo que les pasó a los Ryder, sino por el movimiento que los Carringtons empezaron.

Sienna se sentó más erguida, apoyando sus brazos sobre la mesa e inclinándose sobre ellos, luego miró directamente a la cámara.

—El objetivo que los Carringtons quieren lograr es abolir la pobreza entre nuestra gente. ¿Por qué nuestros amigos y vecinos deben pasar hambre si tenemos más que suficiente para alimentar a todos? ¿Por qué hay gente sin un techo sobre sus cabezas cuando tenemos edificios vacíos que se están cayendo a pedazos?

La voz de Sienna crecía con cada palabra a medida que la ira crecía dentro de ella, dándole la fuerza y el poder que necesitaba para proteger a su gente, a sus seres queridos y a sí misma.

—Si avanzamos juntos, podemos hacer que nuestra ciudad prospere y crezca como nunca antes, pero para hacerlo, necesitamos su ayuda. —Se detuvo, dejando que el significado de sus palabras se asentara antes de decirles qué hacer. Mantuvo el contacto visual con la cámara cuando continuó.

—El primer plan era hacer que los ricos invirtieran un poco en esos proyectos. El propósito del dinero no es acumularlo en un banco, aunque a todos nos encanta verlo crecer. Necesita fluir y circular, y solo de esa manera daremos a nuestra gente la mejor vida posible. Pero como he dicho, ese era el primer plan.

Sienna levantó la barbilla orgullosa y estrechó la mirada. Ignoró las miradas confundidas que intercambiaban los Carrington. Jensen le había dicho que improvisara, y eso era lo que estaba haciendo.

—El nuevo plan es diferente, y sería mejor que se unieran a él lo antes posible. Con los Remington haciendo su jugada, está claro que no podemos ignorarlo y necesitamos hacer algo, por eso decidimos darles una opción. La gente de nuestra ciudad, el Sur y el Norte, tienen 48 horas para jurar lealtad a los Carrington. Si lo hacen, no necesitarán invertir ni un céntimo, pero si se quedan con los Remington, les quitaremos todo lo que tienen y lo pondremos en nuestro proyecto. La guerra se acerca. Elijan un bando ahora.

Tomando aliento, Sienna redujo la velocidad. Inclinó la cabeza hacia un lado y les ofreció una pequeña sonrisa.

—No tiene que ser así —continuó, su voz genuina—. Si damos este paso juntos ahora, ni siquiera sentirán la cantidad invertida. Piénsenlo. Este será nuestro legado. Hagamos que sea algo de lo que podamos sentirnos orgullosos.

Permitiéndose una rápida mirada a Jensen, soltó un suspiro de alivio al ver que asentía en señal de aprobación. Eso le dio fuerzas para continuar.

—Las familias Aghayan y Berti ya han dado su apoyo a mí como una Ryder. Quisiera agradecerles por su confianza y señalar una vez más que, a pesar de todo lo que ocurrió, veo lo que los Carrington intentan hacer, y haré cualquier cosa que pueda para ayudarlos. Los Ryders están con los Carrington.

Era momento de terminar el discurso, y Sienna sabía que debía dirigirse a todo el país. La pobreza y el sufrimiento no estaban limitados a una sola ciudad.

—Mis compatriotas, nos encantaría trabajar con ustedes y hacer que nuestro país sea mejor de lo que jamás fue. Juntos podemos hacerlo más seguro y crear la Tierra Prometida con la que todos soñamos. Gracias por acompañarme hasta el final. Estaré esperando su respuesta. Hagan buenas elecciones.

Sienna estaba a punto de indicar que había terminado cuando se le ocurrió otro pensamiento y consideró que era una buena oportunidad para transmitir su solicitud.

—Señor Lockwood... Padre. —Dudó, buscando las palabras—. Si está viendo esto, no sé qué está pensando, pero me encantaría conocerlo. Me encantaría conocer a mi familia. Usted sabe dónde encontrarme. Estaré esperando.

Con una pequeña inclinación de cabeza hacia Xavier, la transmisión en vivo se cortó, y la sala estalló en un fuerte aplauso. Sienna se atrevió a mirar al señor Carrington, que la miraba con una sonrisa orgullosa, aplaudiendo con todos los demás. Sienna se sintió bien con su discurso. Estaba segura de que lograrían grandes cosas.

—Necesito un poco de aire —dijo a nadie en particular, levantándose de la mesa y caminando hacia la ventana.

La hermosa vista de los jardines abajo calmó su corazón, y el aire fresco enfrió sus mejillas. Cerró los ojos y tomó una profunda respiración. Sus manos temblaban ahora que el discurso había terminado, y los nervios comenzaron a abandonar su cuerpo. Sus piernas comenzaron a temblar también, y cuando abrió los ojos, Sienna se dio cuenta de que no era su cuerpo el que temblaba, sino el suelo.

Una fuerte explosión atravesó el aire. La presión desde atrás la lanzó hacia adelante. Su cuerpo dolía donde había colisionado con la ventana, su piel perforada por el vidrio. La gente gritaba, sus voces amortiguadas e irreconocibles. La visión de Sienna se nubló, y sus ojos se voltearon hacia atrás. Una ráfaga de aire sobre su piel y un dolor tan severo que perdió el conocimiento.

CAPÍTULO 32

La cabeza de Sienna palpitaba. El ruido en sus oídos era fuerte, pero podía oír una voz más clara que las demás.

—Aguanta.

Intentó abrir los ojos para ver quién le hablaba. Lo logró por un momento pero no pudo ver nada.

—Despierta.

Quería moverse, pero su cuerpo no le obedecía. Temblaba, su ropa estaba húmeda.

—Abre los ojos.

Pensó que los tenía abiertos. Su pecho empezó a doler, y tuvo que luchar para respirar. Comenzó a convulsionar, los movimientos súbitos causaban un dolor terrible en todo su cuerpo.

—Quédate conmigo.

La persona habló con un ligero tono de pánico en la voz. Manos fuertes se deslizaron bajo ella, y el suelo se alejó mientras era levantada. Su espalda latía, y el dolor en su cabeza hacía imposible formar un pensamiento.

—Por favor, Sienna, sé fuerte.

No quería ser fuerte, quería dormir. Sus músculos estaban cansados, y su cuerpo pesado. Se sentiría mejor después de unas horas de descanso.

—La explosión no causó mucho daño, pero la caída pudo haberla matado. Tiene suerte de estar viva.

—¿Entonces, estará bien?

La voz le sonaba familiar, pero Sienna no podía ubicarla.

—Sí.

—¿Se recuperará completamente?

—Es lo que esperamos, pero a veces no vemos la magnitud del daño hasta que la persona está despierta.

Quería decirles que se sentía bien, pero su boca no se movía.

—¿Cuándo va a despertar?

—Podría ser hoy, mañana, la próxima semana, o en dos años. Es difícil decirlo.

Estaba despierta ahora, pero no podía abrir los ojos. Su cuerpo no le obedecía. Intentó moverse, hacer cualquier cosa, pero nada funcionaba. Estaba exhausta. Sería mejor dormir un poco más y luego intentarlo de nuevo.

—¿Lo llamaste?

—Sí, pero no conseguí hablar con él. Hablé con uno de sus secuaces.

¿De quién hablan? Gritaba en su mente, intentando llamar su atención, pero su boca no funcionaba.

—¿Qué te dijeron?

—No mucho.

—¿Vendrá? Es su hija, por Dios. ¿No quiere verla?

—No lo sé. Nadie quiso hablar conmigo.

—¿Crees que estará bien?

—Eso espero.

¿Alguien más resultó herido? Sienna luchaba en vano por sacar las palabras.

—Voy a cambiar las vendas y darle un baño rápido. ¿Te importaría darnos un poco de espacio? Han hecho una nueva tanda de café en la cafetería.

La puerta de la habitación se abrió y se cerró. A través de sus párpados, la luz se oscureció cuando una figura se acercó a ella. Una presión en sus brazos mientras su cuerpo era levantado a una posición sentada. Una mano se deslizó bajo sus piernas y fue levantada de su cama y colocada en una silla de ruedas. El aire rozó su rostro mientras la llevaban fuera de la habitación.

La estaban secuestrando.

Su mente le gritaba a su cuerpo que se moviera. Su cabeza se inclinó hacia un lado, descansando en su hombro, y logró abrir ligeramente el ojo derecho.

El pasillo blanco era un borrón, la gente de azul evitaba la silla de ruedas mientras su secuestrador los empujaba hacia la salida.

Movió los labios, formando la palabra *ayuda*, pero el movimiento pasó desapercibido. No salió ningún sonido y su boca estaba seca.

En la esquina, un hombre de ropas oscuras los esperaba. Intercambió palabras con su secuestrador, pero no podía entenderlas. El hombre tomó control de su silla de ruedas y la empujó hacia el ascensor. Cuando la puerta se cerró, se colocó frente a ella y estudió su rostro.

—Estás despierta, ¿verdad?

Sienna reconoció la voz.

"Lamento lo de la explosión, pero teníamos que traerte de vuelta."

Su tono era siniestro y le provocó escalofríos.

"Estoy seguro de que estás confundida, especialmente porque te dije que no habría nada entre nosotros, pero reflexioné y cambié de opinión. Nadie te volverá a quitar de mí, y en cuanto lleguemos a casa, nos casaremos y construiremos un imperio."

Las alarmas en la mente de Sienna se dispararon. Los Remington la tenían. Estaba en manos de Kyle. En su mente, se levantó y huyó de él, pero en realidad, solo levantó un dedo. Un movimiento tan insignificante que él ni siquiera lo notó. El ascensor se detuvo, y él se movió detrás de la silla de ruedas otra vez, empujándola para salir.

El tiempo se agotaba. Una vez que él la llevase, ella nunca podría escapar. Su mente gritaba pidiendo ayuda y por los herederos Carrington. Estaba sola. Nadie estaba allí para ayudarla.

Kyle la empujó silla de ruedas abajo por el estacionamiento y se detuvo frente a la furgoneta blanca. Una lágrima resbaló por la mejilla de Sienna cuando sintió sus brazos alrededor de ella. La levantó y la colocó en la parte trasera de la furgoneta, luego cerró la puerta.

Intentó moverse, intentó gritar, intentó hacer cualquier cosa. Al final, estaba luchando por respirar. El esfuerzo la agotó, y luchó por mantener la conciencia.

Las voces fuera de la furgoneta. Kyle estaba hablando con alguien. La puerta delantera de la furgoneta se abrió. Un fuerte golpe y un ruido sordo.

La mente de Sienna revivió la explosión y el dolor. Su cuerpo se convulsionó, y sus pulmones no podían respirar.

La puerta trasera se abrió, y alguien la levantó, luego la colocó en el suelo caliente del estacionamiento. El sol debía haber estado fuerte ese día. Sienna se aferró a cada pensamiento que su mente le lanzaba. Era mejor que concentrarse en el dolor que ardía en su pecho.

"¡No está respirando!"

No era la voz de Kyle. Esta persona tenía acento.

"¡Llama al doctor!"

Estaba rodeada de personas, su pánico colgaba pesadamente en el aire. No sabía cuánto tiempo pasó antes de que su cuerpo fuera movido, y alguien colocó algo en su cara. El aire fresco entró en sus pulmones, y finalmente pudo respirar.

Dentro y fuera. Una vez. Dos veces.

Una mano cálida sostuvo la suya, y ella intentó levantar su dedo de nuevo.

"Está despierta, —gritó la voz. "Me apretó la mano."

Hizo más de lo que planeaba, así que tal vez podría abrir los ojos de nuevo. Poniendo todo su enfoque, se imaginó abriéndolos y la luz cegándola. Le dolía la cabeza cuando lo hizo, sus ojos se llenaron de lágrimas por el cambio repentino.

"Estás bien."

Sienna miró a la persona que ahora estaba de pie frente a ella. Era un hombre de aspecto mayor con los ojos verdes más intensos que jamás había visto. Ella se concentró en ellos, tratando de mantenerse despierta.

—Nada te pasará —prometió él, acariciando su cabello—. Ahora estás a salvo.

Algo en su voz le dijo a ella que debía creerle. Si estaba a salvo, podía permitirse descansar. Cerrando sus ojos, su mente se deslizó en la oscuridad, buscando un alivio del dolor.

Fue la sed la que la despertó. Cuando abrió los ojos, reconoció el techo. Estaba en su habitación. Todo debió haber sido una pesadilla, y Adrianna entraría en cualquier momento, instándola a levantarse y desayunar con los Carrington.

Casi lo creería si no fuera por el sonido de los pitidos a su derecha. Moviendo la cabeza hacia el lado, vio máquinas que no debían estar allí. Sus ojos se entrecerraron, y levantó las manos para frotárselos, pero dudó al ver los tubos en ellos. Su cuerpo estaba conectado a las máquinas, y con un golpe, entendió que la pesadilla era real.

Un movimiento a su izquierda captó su atención. Alguien estaba durmiendo en la silla. A Sienna le tomó un momento reconocerlo.

—Jensen —logró decir, el movimiento lastimándole los labios secos.

Sus ojos se abrieron al pequeño sonido, y cuando sus miradas se encontraron, él saltó a sus pies.

—Sienna —exhaló él, su voz llena de alivio—. Gracias a Dios, despertaste.

—Agua.

Él asintió en comprensión y corrió a la mesa. Tomó la jarra de la bandeja y llenó el vaso hasta la mitad, luego lo llevó a ella y suavemente lo colocó contra sus labios. La frescura del vidrio calmó las grietas, y cuando el agua llegó a su boca, Sienna quiso llorar. El alivio fue instantáneo.

—¿Qué pasó? —preguntó con voz ronca.

El colchón se inclinó hacia un lado mientras Jensen se sentaba a su lado. Sus ojos estaban hundidos en su rostro, y las ojeras debajo de ellos dejaban claro que no había dormido en un buen tiempo.

—Lo siento tanto, Sienna. Todo es mi culpa —le dijo él, y por primera vez, ella oyó que su voz se quebraba.

Se pasó una mano por el pelo despeinado, y solo ahora ella notó su apariencia desaliñada. Su corbata estaba deshecha, y su traje lleno de arrugas. Si no hubiera sabido mejor, habría jurado que tenía una mancha de comida en su camisa.

—¿Qué pasó? —preguntó de nuevo, con el corazón destrozado por él.

Jensen levantó la vista con una expresión torturada y dolor en sus ojos azules oscuros. Sacudió la cabeza como si no supiera por dónde empezar. Justo cuando Sienna pensó que tendría que preguntar nuevamente, él comenzó a hablar.

—De alguna manera, los Remington colocaron una bomba en la casa. Sabían exactamente dónde se llevaría a cabo la conferencia de prensa, y cuando te vieron a través de la ventana, activaron la bomba.

—¿Alguien resultó herido? —preguntó Sienna, con las manos temblando ante la pregunta que realmente quería hacer.

—Todos están bien. Hubo algunas heridas superficiales, pero eso es todo —aseguró Jensen.

Sienna soltó un suspiro de alivio. Ahora era más fácil llenar sus pulmones, y su pecho no dolía tanto.

—¿Qué pasó después?

—¿Recuerdas algo? —preguntó Jensen.

Sienna cerró los ojos, intentando ordenar sus pensamientos. Su memoria era un borrón, y no sabía qué era real y qué era un sueño. Le empezó a doler la cabeza y se puso las manos en ella, temblando de frustración.

—No sé. Es todo un lío. La mayoría del tiempo solo recuerdo estar en mucho dolor, luego escuché algunas voces hablando, y creo que una de ellas era un doctor. —Sus ojos se abrieron de par en par, y su cabeza se movió bruscamente para mirar a Jensen—. Kyle estaba allí, e hizo algo. ¿Qué pasó?

La respiración de Sienna se volvió superficial mientras una ola de pánico la envolvía. Jensen tomó su mano y la apretó. El gesto reconfortante no hizo nada para calmar su ansiedad, y empezó a jadear por aire, incapaz de llenar sus pulmones. Jensen se inclinó hacia adelante y frotó su pecho. El ritmo de sus movimientos la afianzó, y finalmente el aire entró en sus pulmones.

Jensen miró hacia abajo a sus manos, con el ceño fruncido. Era tan inusual en él evitar mirarla, y Sienna se preparó para lo que estaba por venir.

—Tú recibiste la peor parte —le dijo, con una voz tan baja que tuvo que esforzarse para escucharlo—. El vidrio explotó, y te cortaste, luego la presión de la bomba te impulsó hacia adelante justo a través de la ventana. —Hizo una pausa, luego tomó aire y continuó, con la voz temblorosa—. Tu cuerpo estaba torcido en un ángulo antinatural, y estaba seguro de que estabas muerta.

Se cubrió el rostro con las manos y respiró profundo durante dos largos segundos. Los ojos de Sienna se llenaron de lágrimas al ver a este hombre poderoso lucir tan desolado. Quería consolarlo y decirle que ella estaba aquí y que todo estaba bien, pero no podía, porque sería mentir. Podía estar aquí, pero no estaba bien. Su cuerpo empezó a temblar solo de pensar en aquel día, y sabía que llevaría tiempo sacarse el sonido de la explosión de la cabeza, y aún entonces, estaba segura de que se sobresaltaría con el más mínimo ruido. Eventos como ese dejaban huella en una persona, y ella nunca lo superaría completamente. Pero su vida no había terminado porque estaba viva y sin daños permanentes.

—Te llevamos al hospital tan pronto como pudimos y te llevaron al quirófano —continuó Jensen con una voz fría y distante. Estaba enunciando hechos y había desconectado sus emociones—. Tienes tres costillas rotas, una de las cuales perforó un riñón. Tu tobillo izquierdo no está roto, solo está mal torcido. Deberías poder usarlo en uno o dos días sin problema. Tu rostro...

Se detuvo como si no pudiera terminar la frase.

—¿Qué pasa con mi rostro? —preguntó Sienna con voz aguda.

Levantó la mano y empezó a tocarlo con cuidado. Jensen hizo un movimiento para detenerla, pero ella lo rechazó. Sus mejillas parecían estar bien, y su piel suave. Su boca y nariz también. Subió más, y su mano rozó un vendaje encima de su ojo derecho. Parecía lo suficientemente pequeño, pero necesitaba verse a sí misma.

—Un espejo —dijo ella, pero Jensen negó con la cabeza.

—Dame un espejo —ordenó, con voz firme y determinada.

Jensen negó con la cabeza otra vez, y ella lo miró con los ojos entrecerrados. Empujándose fuera de la cama, él caminó hasta la mesa y tomó el espejo de mano. Se lo llevó y dudó.

—Parece peor de lo que es —le aseguró.

Sienna hizo un gesto para que se lo entregara, y con gran reluctancia, lo hizo. Ella tomó una respiración profunda para calmar sus manos temblorosas, luego miró en el espejo.

Había unos pocos rasguños menores en su rostro, y la mayoría de ellos casi se habían curado, pero encima de su ojo derecho, cubriendo su ceja, había un yeso blanco grueso. Alzó la mano para quitárselo, pero Jensen agarró su brazo, deteniéndola.

—No. Aún no. Al menos espera a que se haya curado —dijo él.

—Tengo que verlo —le dijo ella.

Tenía que saberlo, o no podría dejar de pensar en ello. Él asintió, soltó su mano y agarró el espejo en su lugar, sosteniéndolo para que ella pudiera ver. Sienna le dio una pequeña sonrisa y luego continuó inspeccionando su rostro. Alzó la mano y lentamente retiró el yeso. Sus ojos se llenaron de lágrimas y esperaba que fuera porque el pegamento estaba pegado en su ceja. Sienna cerró los ojos y se quitó todo de una vez. Su piel palpitó un poco y esperó un momento a que la sensación disminuyera antes de mirarse en el espejo.

Al ver su ceja, la risa brotó en el pecho de Sienna, y estalló en carcajadas. Jensen inclinó la cabeza hacia un lado y le dio una mirada interrogativa bajo su ceño fruncido. Sienna jadeó por aire, intentando hablar, pero fue superada por otra oleada de risitas.

—¿Por qué te ríes? —exigió Jensen.

Ante su tono estricto, Sienna se obligó a calmarse y mantuvo la cara seria. Sacudió la cabeza y rodó los ojos. Una gran sonrisa estaba plasmada en sus labios.

—¿Qué es? —preguntó él, con el ceño fruncido.

—Por la forma en que hablabas, esperaba faltar la mitad de la cara —le dijo ella, con una sonrisa clara en su voz.

—Pero tienes una cicatriz. —Lo dijo como si fuera el fin del mundo.

Ella resopló. —Apenas. Una vez que me crezca la ceja, la cubrirá fácilmente. Solo las personas que saben que está allí la verán.

Jensen suspiró y bajó la vista a la cama. —Soy una de esas personas. Siempre me recordará cómo te fallé.

—No me fallaste —dijo Sienna, y tomó su mano entre las suyas—. Estoy viva. Todos estamos vivos. Estaremos bien.

Jensen esbozó una pequeña sonrisa y asintió. —Tienes razón. Tuvimos suerte, aunque no debemos bajar la guardia. Todo el clan ha estado en la sala de guerra todo este tiempo, planeando una venganza lo suficientemente grande como para hacerles lamentar haber cruzado nuestro camino.

—¿Por qué no estás allí? —Sienna preguntó, encontrándolo extraño.

—Mis hermanos y yo hemos estado turnándonos para mantenerte a salvo —le dijo, y se encogió de hombros como si no fuera nada, pero Sienna sabía que era exactamente lo contrario.

—Gracias —le dijo.

Él levantó la vista hacia ella y sonrió. El corazón de Sienna dio un salto al ver sus hermosos ojos. Los Carrington eran buenas personas, y ella tenía suerte de tenerlos en su vida. El reinado de los Ryders estaba llegando a su fin, y se estremeció al pensar que podrían haber sido los Remington los que los reemplazaran.

—¿Qué pasó con Kyle? —preguntó Sienna, recordando que él no terminó la historia.

Los ojos de Jensen se oscurecieron y su voz bajó una octava cuando habló. Apretó las manos en puños, y Sienna podía ver el volumen de sus bíceps a través de su camisa cuando sus músculos se tensionaron.

—Sobornó a una de las enfermeras para llevarte hasta él, y luego te capturó en el estacionamiento. Ya te tenía en la furgoneta cuando nos dimos cuenta de que habías desaparecido.

Jensen negó con la cabeza incrédulo, las venas de su frente visibles mientras luchaba por mantener la ira a raya.

—Escuché disparos —recordó Sienna.

Jensen asintió. —Tuvimos suerte de que llegara y te viera. Sus hombres acabaron con los hombres de Remington, e incluso podrían haber herido a Kyle. No estamos seguros porque se subió a otro coche y desapareció antes de que pudiéramos acabar con él.

Sienna lo asimilaba todo, su cuerpo se enfriaba al pensar en caer en las garras del viejo Remington. Preferiría morir antes que volver allí. Había sido por poco.

—¿Quién me salvó?

Jensen la miró a los ojos y sonrió. Fue la primera sonrisa genuina que le había dado desde que despertó.

—Tu padre.

CAPÍTULO 33

Sienna quería caminar por el pasillo hasta la sala de guerra por sí misma, pero Jensen hizo tanto alboroto que tuvo que permitirle que la llevara en la silla de ruedas. También no ayudaba a su caso que tuviera un tobillo torcido y costillas rotas. Lamentó haberle dado el control de su silla de ruedas incluso antes de salir de la habitación cuando él la chocó contra el costado de la puerta. Él parecía arrepentido y más cuidadoso, pero nada mejoraría su ánimo porque se vio obligada a sentarse en una silla de ruedas.

Era más fácil ocupar su mente con cosas ridículas que pensar en cómo estaba en camino a encontrarse con su familia. Su verdadera familia.

Jensen le había dicho que su madre y su hermano también estaban aquí. Sienna ni siquiera sabía que tenía un hermano, pero eso no era demasiado sorprendente ya que no sabía nada sobre los Lockwoods, excepto que eran la familia más poderosa y peligrosa de los Estados Unidos de América. Se decía que el Presidente mismo era su marioneta, y que ellos maniobraban y lideraban el país a través de él.

—¿Cómo es mi mamá? —preguntó Sienna a Jensen, queriendo saber más sobre la única persona que nunca había tenido y nunca supo cuánto había extrañado. Se frotó las palmas sudorosas contra su ropa, esperando que nadie quisiera darle la mano.

—Eres la viva imagen de ella, solo más joven —respondió Jensen sin perder el ritmo, y luego agregó—. De hecho, me sorprende que nadie lo haya notado antes.

Los labios de Sienna se curvaron en una sonrisa. Nunca se había parecido a ninguno de los Ryders y se sentía como la oveja negra. Ahora todo tenía sentido. Al fin, pertenecería, ya que había encontrado a su familia.

—¿Y mi papá?

Jensen se tomó un momento para considerar antes de responder. —Me da un poco de miedo —admitió—. Pero creo que es porque puedes sentir el poder que irradia de él. Hay algo en él que grita peligro.

Sienna se estremeció y Jensen rápidamente agregó—: Es muy cariñoso con su esposa, y eso dice mucho de cómo es con su familia y la gente a la que ama. También me fijé en lo preocupado que estaba por ti cuando te trajo de vuelta al hospital.

—Estaré bien —murmuró Sienna para sí misma, intentando sentirse mejor ante el camino desconocido que nuevamente tenía que tomar. Jensen pareció escucharla porque detuvo la silla de ruedas y la giró hacia él.

—Después de lo que pasó, esto probablemente no signifique mucho para ti, pero te prometo por mi vida y todo lo que considero querido que no dejaré que nada te pase —le dijo, su voz fuerte y segura—. Si veo algo raro o no me gusta cómo te tratan, te saco de ahí. No me importa cuán poderosos puedan ser los Lockwoods, no permitiré que nadie te lastime nunca más.

A pesar de saber que no podía hacer mucho, Sienna aún agradeció el fuego y la pasión en sus palabras. Sonrió y le hizo señas para que continuara. Todos la esperaban y ya no podía evitarlo por más tiempo. Era algo para lo que nunca estaría lista, pero aún así tendría que hacerlo.

Jensen la llevó hasta la sala de guerra y asintió a los guardias para que abrieran la sala. Sin dudarlo, la empujó hacia dentro y se detuvo frente a la mesa redonda.

El resto de la familia Carrington estaba sentado detrás de ella y los labios de Sienna se curvaron en una sonrisa al verlos. Incluso el señor Carrington parecía feliz de verla. Una lágrima resbaló por la mejilla de Aurora y la limpió sutilmente. Jaxon, Aiden y Xavier no perdieron un momento, se levantaron de sus asientos, la rodearon y cada uno le dio un beso gentil en la mejilla. Rodeada por los Herederos del Poder de los Carrington, Sienna finalmente pudo respirar de nuevo.

Sus ojos volvieron a la mesa donde estaban sentadas las personas que ella suponía eran los Lockwood. Jensen tenía razón, su madre se parecía exactamente a ella, y no tuvo problema en reconocerla. Su cabello era un poco más corto, y la piel alrededor de sus ojos y labios un poco arrugada, pero aparte de eso, se veía como Sienna suponía que se vería en veinte años.

El chico sentado al lado derecho de su madre la miró con sospecha en sus inteligentes ojos verdes. Basándose en sus rasgos juveniles, Sienna no le daría más de veinte años. Su cabello estaba corto y cuidadosamente peinado. Parecía un modelo y Sienna estaba segura de que él lo sabía.

De pie detrás de ellos estaba la persona a quien Sienna más dudaba en mirar. Cuando sus ojos se encontraron con los de él, tomó una respiración profunda al reconocer el tono de verde más intenso que jamás había visto. Jensen le dijo que fue su padre quien la había salvado, pero no recordaba cómo se veía hasta ahora. De repente, supo sin lugar a dudas que todo estaría bien.

Los ojos de su padre se suavizaron mientras la miraban y sus labios esbozaron una pequeña sonrisa. —Te ves mucho mejor —le dijo, sin duda pensando en el momento en que la salvó.

—Me siento mucho mejor también. Gracias por salvarme —dijo Sienna, y se dio cuenta de que esas eran las primeras palabras que intercambiaba con su padre.

—Solo lamento que no hayamos llegado antes —dijo él con un dejo de arrepentimiento en su tono, pero luego lo sacudió. —Hablaremos de todo eso más tarde.

Sienna asintió en acuerdo ya que no tenía ganas de discutir asuntos personales frente a todo el clan Carrington y quienesquiera que fueran las personas paradas en los bordes de la sala.

Poniendo una mano sobre el hombro de su hijo y la otra sobre su esposa, el Lockwood más viejo miró a su alrededor de la sala y dijo con grave determinación, —Es hora de que tomemos control de la ciudad.

Continúa leyendo con Herederos del Poder Libro 2:
El Siguiente en la Fila

Otros títulos de Carmen Black

Otros títulos de Carmen Black

Vida en la Casa de los Bros

- Intimidador, De enemigos a amantes, Universidad, Harén inverso -

RoomHates

RoomMates

FlatMates

Another Roommate

Seth

Hunter

Lucas

Roommate on the Way

Family

Vida en la Casa de los Bros

- Intimidador, De enemigos a amantes, Universidad, Harén inverso -

RoomHates

RoomMates

FlatMates

Another Roommate

Seth

Hunter

Lucas

Roommate on the Way

Family

Leyes de Atracción

- Harén inverso, Los Mejores Amigos del Hermano, Diferencia de Edad -

Custodia Compartida

Declarándose Inocente

Pruebas Atractivas

Leyes de Atracción

- Harén inverso, Los Mejores Amigos del Hermano, Diferencia de Edad -

Custodia Compartida

Declarándose Inocente

Pruebas Atractivas

Todas las Cosas Equivocadas

- Oscuro, Mafia/Criminalidad, Harén inverso -

Rompiendo Cadenas

Posibilidades Quebradas

Reinado Roto

Todas las Cosas Equivocadas

- Oscuro, Mafia/Criminalidad, Harén inverso -

Rompiendo Cadenas

Posibilidades Quebradas

Reinado Roto

Herederos del Poder

- Oscuro, Mafia/Criminalidad, Harén inverso -

Robando a Sienna

El Siguiente en la Fila

El Precio de la Fortuna

Herederos del Poder

- Oscuro, Mafia/Criminalidad, Harén inverso -

Robando a Sienna

El Siguiente en la Fila

El Precio de la Fortuna